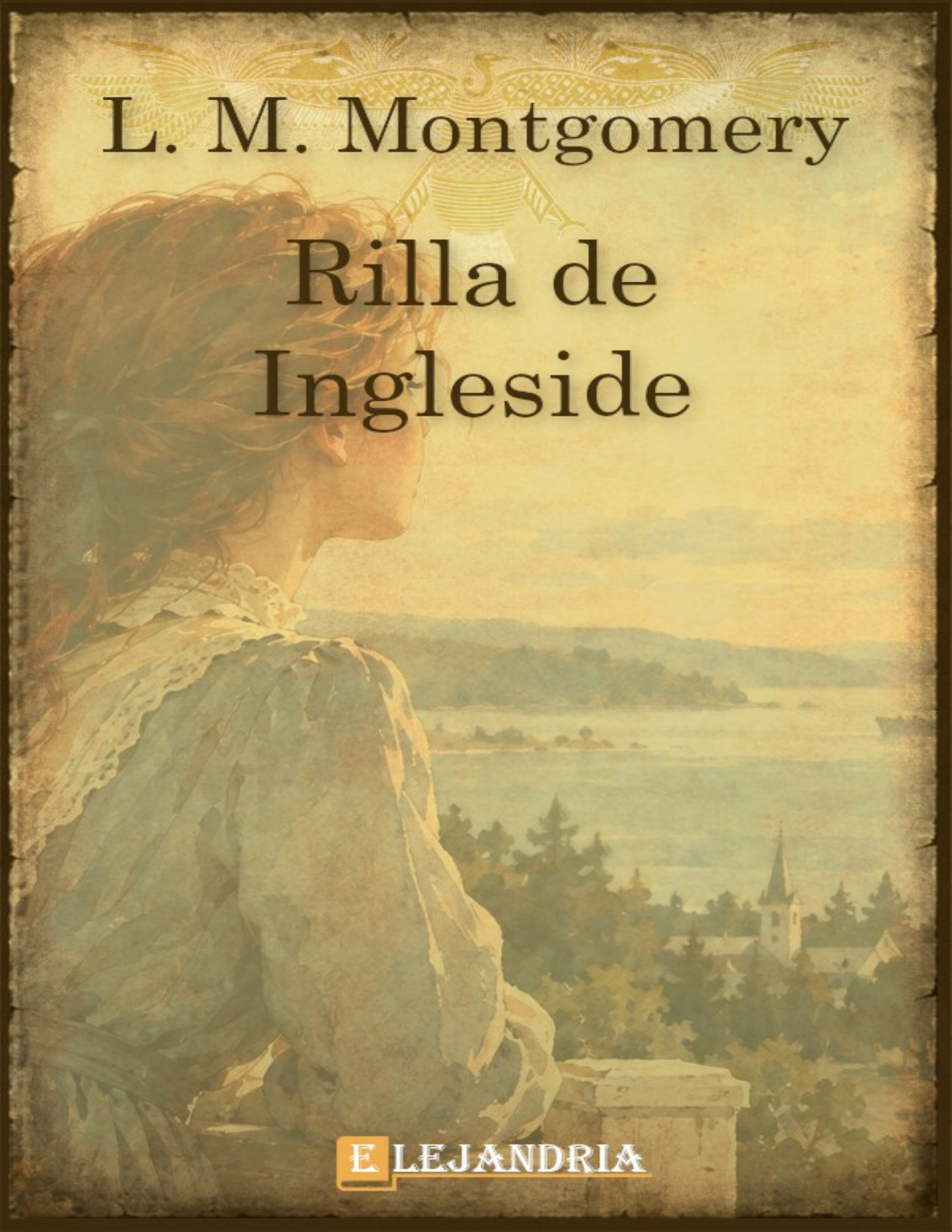


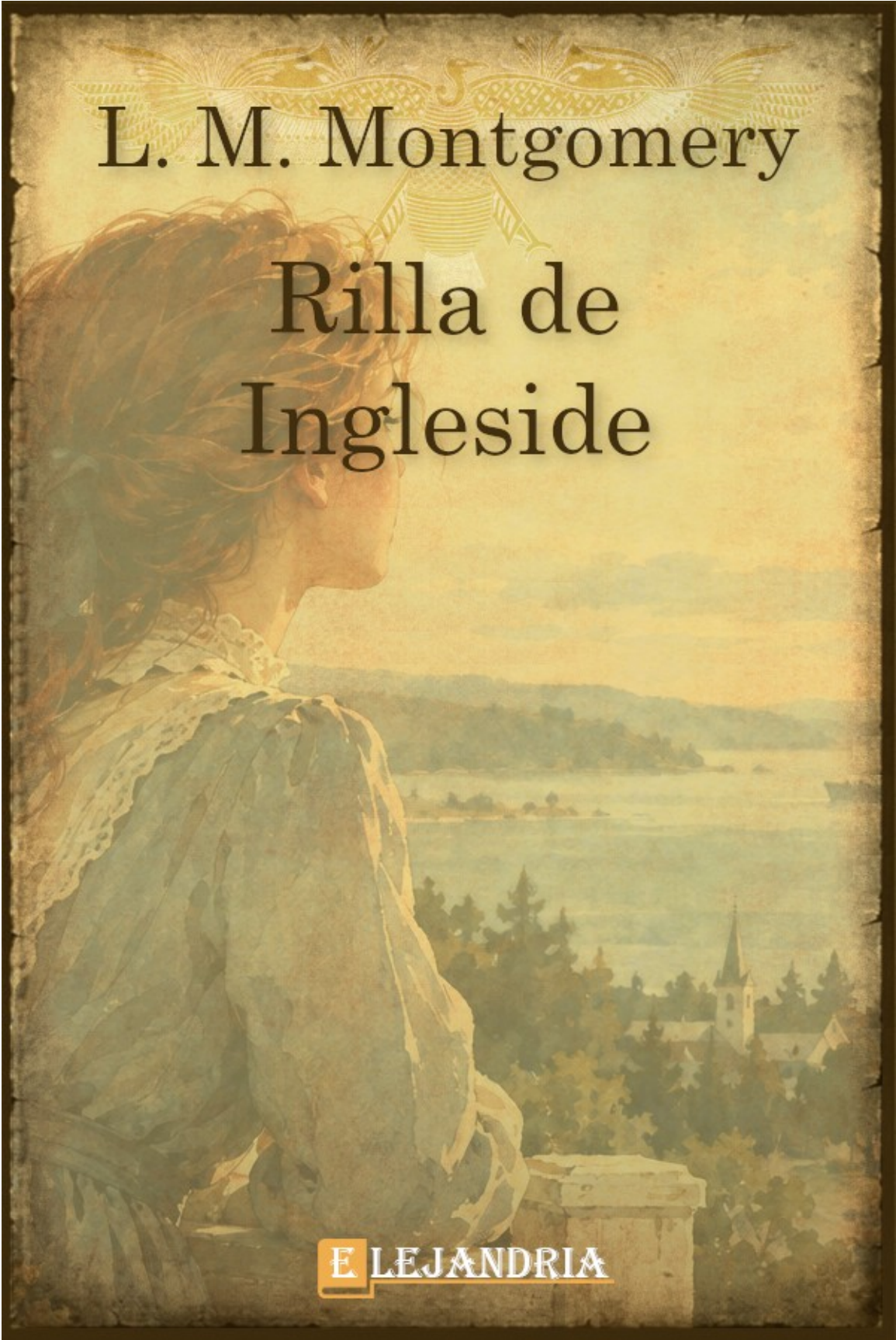


L. M. Montgomery

Rilla de
Ingleside



E LEJANDRIA

The background of the book cover is a soft, painterly illustration. It depicts a woman with long, wavy brown hair, seen from the side and slightly from behind. She is wearing a light-colored, possibly blue or green, dress with a white lace collar. She is looking out over a vast, hazy landscape. In the foreground, there are dark, silhouetted trees and a small building with a pointed roof. In the distance, a body of water stretches towards a range of low hills under a pale, yellowish sky. The overall style is reminiscent of late 19th or early 20th-century book illustrations.

L. M. Montgomery

Rilla de
Ingleside

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

RILLA DE INGLESIDE

L. M. MONTGOMERY

PUBLICADO: 1921

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: McCLELLAND AND STEWART, TORONTO,
1921**

DEDICATORIA

«Ahora permanecen para nosotros eternamente jóvenes
quienes con tal esplendor entregaron su juventud.»

—Sheard

A la memoria de Frederica Campbell MacFarlane, que se alejó de
mí al despuntar el alba del 25 de enero de 1919: una amiga
verdadera, una personalidad excepcional, un alma leal y valerosa.

CAPÍTULO 1. LAS «NOTAS» DEL GLEN Y OTROS ASUNTOS

Era una tarde cálida, de nubes doradas, amable. En la gran sala de estar de Ingleside, Susan Baker se sentó con cierta satisfacción severa flotando en torno a ella como un aura; eran las cuatro y Susan, que había estado trabajando sin descanso desde las seis de la mañana, sentía que se había ganado a pulso una hora de reposo y de cháchara. Susan, en ese momento, era perfectamente feliz; todo había salido aquel día en la cocina con una perfección casi sobrenatural. El doctor Jekyll no se había convertido en Mr. Hyde y por tanto no le había crispado los nervios; desde donde estaba sentada podía ver el orgullo de su corazón: el macizo de peonías que ella misma había plantado y cultivado, floreciendo como no florecía ni podía florecer ningún otro macizo de peonías de Glen St. Mary, con peonías carmesí, peonías de un rosa plateado, peonías blancas como ventisqueros de nieve invernal.

Susan llevaba una blusa nueva de seda negra, tan elaborada como cualquiera de las que gastaba la señora Marshall Elliott, y un delantal blanco almidonado, adornado con un complicado encaje de ganchillo de trece centímetros de ancho nada menos, sin contar el entredós a juego. Así que Susan tenía toda la cómoda conciencia de una mujer bien vestida mientras abría su ejemplar del *Daily Enterprise* y se disponía a leer las «Notas» del Glen que, según acababa de informarle la señorita Cornelia, ocupaban media columna y mencionaban a casi todo el mundo en Ingleside. Había un gran

titular en negrita en la primera plana del *Enterprise* que anunciaba que un tal archiduque Fernando había sido asesinado en un lugar de nombre extraño, Sarajevo, pero Susan no se entretuvo con cosas tan poco interesantes e intrascendentes; iba en busca de algo verdaderamente vital. Ah, aquí estaba: «Apuntes de Glen St. Mary». Susan se acomodó con fruición, leyendo cada uno en voz alta para extraerle toda la satisfacción posible.

La señora Blythe y su visita, la señorita Cornelia —*alias* la señora Marshall Elliott—, charlaban cerca de la puerta abierta que daba a la veranda, por la que entraba una brisa fresca y deliciosa que traía vaharadas de perfume fantasmal desde el jardín, y ecos alegres y encantadores desde el rincón cubierto de enredaderas donde Rilla, la señorita Oliver y Walter reían y charlaban. Allí donde estuviera Rilla Blythe, había risas.

Había otro ocupante de la sala de estar, hecho un ovillo en un sofá, que no se debía pasar por alto, pues era una criatura de marcada personalidad y, además, tenía la distinción de ser el único ser viviente al que Susan de verdad odiaba.

Todos los gatos son misteriosos, pero el doctor Jekyll y Mr. Hyde —«Doc», para abreviar— lo era triplemente. Era un gato de doble personalidad, o si no, como juraba Susan, estaba poseído por el demonio. Para empezar, había habido algo sobrenatural en los mismísimos albores de su existencia. Cuatro años antes, Rilla Blythe había tenido un gatito adorado y precioso, blanco como la nieve, con una traviesa puntita negra en la cola, al que llamó Jack Frost. A Susan le desagradaba Jack Frost, aunque no podía o no quería dar ninguna razón válida para ello.

—Puede usted creerme, mi querida señora doctora —solía decir con tono agorero—, ese gato acabará mal.

—¿Pero por qué lo crees? —le preguntaba la señora Blythe.

—No lo *pienso*: lo *sé* —fue toda la respuesta que Susan se dignó dar.

Para el resto de la gente de Ingleside, Jack Frost era un favorito; era tan limpio y tan bien acicalado, y jamás dejaba que se le viera una mancha o mácula en su hermoso traje blanco; tenía maneras entrañables de ronronear y acurrucarse; era escrupulosamente honrado.

Y entonces sobrevino una tragedia doméstica en Ingleside. ¡Jack Frost tuvo gatitos!

Sería vano intentar describir el triunfo de Susan. ¿Acaso no había insistido siempre en que aquel gato resultaría ser un engaño y una trampa? ¡*Ahora* podían verlo con sus propios ojos!

Rilla se quedó con uno de los gatitos, uno muy bonito, de pelaje peculiarmente lustroso y brillante, de un amarillo oscuro cruzado por rayas anaranjadas, y con unas orejas grandes, satinadas y doradas. Lo llamó Goldie, y el nombre le pareció bastante apropiado a aquella criaturilla juguetona que, mientras fue gatito, no dio muestra alguna de la naturaleza siniestra que en realidad poseía. Susan, por supuesto, advirtió a la familia de que nada bueno cabía esperar de ninguna cría de aquel diabólico Jack Frost; pero sus agoreros graznidos de Casandra cayeron en saco roto.

Los Blythe se habían acostumbrado tanto a considerar a Jack Frost un miembro del sexo masculino que no lograban desprenderse de la costumbre. Así que seguían usando continuamente el pronombre masculino, aunque el resultado fuera absurdo. Las visitas solían quedarse pasmadas cuando Rilla se refería como si tal cosa a «Jack y su gatito», o le decía a Goldie con severidad: «Ve con tu madre y que *él* te lave el pelo».

—*No* es decente, mi querida señora doctora —decía la pobre Susan con amargura. Ella misma zanjaba la cuestión refiriéndose siempre a Jack como «eso» o «la bestia blanca», y al menos un corazón no se afligió cuando «eso» murió envenenado por accidente el invierno siguiente.

Al cabo de un año, «Goldie» resultaba un nombre tan manifiestamente inadecuado para el gatito anaranjado que Walter,

que por entonces andaba leyendo la novela de Stevenson, se lo cambió por el de doctor Jekyll y Mr. Hyde. En su fase de doctor Jekyll, el gato era un minino soñoliento, cariñoso, casero, amante de los cojines, al que le gustaban las caricias y se regodeaba en que lo mimaran y le dieran palmaditas. Le encantaba sobre todo tumbarse de espaldas y que le acariciaran suavemente la garganta, lustrosa y color crema, mientras ronroneaba con somnolienta satisfacción. Era un ronroneador notable; jamás había habido en Ingleside un gato que ronronease tan constante y tan extáticamente.

—Lo único que le envidio a un gato es el ronroneo —comentó el doctor Blythe una vez, escuchando la sonora melodía de Doc—. Es el sonido más satisfecho del mundo.

Doc era muy hermoso; cada uno de sus movimientos era pura gracia; sus posturas, magníficas. Cuando enroscaba su larga cola anillada de gris en torno a las patas y se sentaba en la veranda a contemplar fijamente el vacío durante largos ratos, los Blythe sentían que ni una esfinge egipcia habría hecho una Deidad del Portal más digna.

Cuando le sobrevenía el estado de Mr. Hyde —cosa que ocurría invariablemente antes de la lluvia, o del viento—, se convertía en un ser salvaje de mirada transformada. La transformación siempre le sobrevenía de repente. Saltaba con fiereza de su ensimismamiento con un gruñido feroz y mordía cualquier mano que intentara sujetarlo o acariciarlo. Su pelaje parecía oscurecerse y sus ojos relucían con una luz diabólica. Había en él, la verdad, una belleza sobrenatural. Si la mudanza ocurría al anochecer, toda la gente de Ingleside sentía un cierto terror hacia él. En esos momentos era una bestia temible y solo Rilla lo defendía, asegurando que era «un gato tan bueno y rondador». Y rondaba, desde luego.

Al doctor Jekyll le encantaba la leche fresca; Mr. Hyde no la tocaba y gruñía sobre su carne. El doctor Jekyll bajaba las escaleras con tanto sigilo que nadie lo oía. Mr. Hyde hacía su pisada tan pesada como la de un hombre. Varias noches, cuando Susan estaba sola en la casa, «la dejaba muerta de miedo», según declaraba ella,

haciendo justamente eso. Se sentaba en mitad del suelo de la cocina, con sus ojos terribles clavados sin pestañear en los de ella durante una hora seguida. Aquello le destrozaba los nervios, pero la pobre Susan le tenía demasiado respeto para intentar echarlo. Una vez se había atrevido a tirarle un palo, y él había saltado de inmediato hacia ella con ferocidad. Susan salió corriendo de la casa y no volvió a intentar meterse con Mr. Hyde jamás; aunque descargaba sus fechorías sobre el inocente doctor Jekyll, echándolo ignominiosamente de su territorio cada vez que osaba asomar el hocico, y negándole ciertos bocaditos sabrosos que él ansiaba.

«Los numerosos amigos de la señorita Faith Meredith, Gerald Meredith y James Blythe —leyó Susan, paladeando los nombres como dulces bocados bajo la lengua—, se alegraron mucho de darles la bienvenida al hogar hace unas semanas, de vuelta del Redmond College. James Blythe, que se licenció en Artes en 1913, acaba de terminar su primer año de medicina.»

—Faith Meredith se ha convertido de verdad en la criatura más hermosa que he visto en mi vida —comentó la señorita Cornelia por encima de su labor de encaje de filet—. Es asombroso cómo han salido esos niños después de que Rosemary West se fuera a la casa parroquial. La gente casi ha olvidado qué diablillos traviesos eran antes. Ana, querida, ¿olvidarás alguna vez cómo se las gastaban? Es realmente sorprendente lo bien que Rosemary se entendió con ellos. Es más una compañera que una madrastra. Todos la quieren, y Una la adora. En cuanto al pequeño Bruce, Una se hace una perfecta esclava de él. Claro que es un encanto. Pero ¿has visto alguna vez a un niño parecerse tanto a una tía como se parece él a su tía Ellen? Es igual de moreno e igual de vehemente. No le veo ni un rasgo de Rosemary. Norman Douglas siempre jura a voz en grito que la cigüeña destinaba a Bruce para él y Ellen, y que lo llevó a la casa parroquial por error.

—Bruce adora a Jem —dijo la señora Blythe—. Cuando viene por aquí, sigue a Jem a todas partes en silencio, como un fiel perrito,

mirándolo desde debajo de sus cejas negras. Creo de veras que haría cualquier cosa por Jem.

—¿Van a hacer buena pareja Jem y Faith?

La señora Blythe sonrió. Era bien sabido que la señorita Cornelia, que en otro tiempo había sido una virulenta enemiga de los hombres, se había aficionado de veras a hacer de casamentera en sus años de declive.

—Todavía solo son buenos amigos, señorita Cornelia.

—*Muy* buenos amigos, *créeme* —dijo la señorita Cornelia con énfasis—. Me entero de todo lo que se trae entre manos esta gente joven.

—No me cabe duda de que Mary Vance se encarga de que así sea, señora Marshall Elliott —dijo Susan con intención—, pero *yo* creo que es una vergüenza eso de hablar de que los niños hacen pareja.

—¡Niños! Jem tiene veintiún años y Faith diecinueve —replicó la señorita Cornelia—. No debes olvidar, Susan, que los viejos no somos los únicos adultos que hay en el mundo.

Susan, indignada —pues detestaba cualquier alusión a su edad, no por vanidad sino por el temor obsesivo de que la gente llegara a pensar que era demasiado vieja para trabajar—, volvió a sus «Notas».

«Carl Meredith y Shirley Blythe regresaron el viernes por la noche de Queen's Academy. Tenemos entendido que Carl se hará cargo de la escuela de Harbour Head el año que viene, y estamos seguros de que será un maestro popular y de éxito.»

—Al menos les enseñará a los niños todo lo que hay que saber sobre bichos —dijo la señorita Cornelia—. Ya ha terminado con Queen's, y el señor Meredith y Rosemary querían que fuera directamente a Redmond en otoño, pero Carl tiene una vena muy independiente y pretende costearse él mismo parte de la universidad. Le vendrá bien para su carácter.

«Walter Blythe, que ha estado enseñando los últimos dos años en Lowbridge, ha presentado su dimisión —leyó Susan—. Tenemos entendido que se propone ir a Redmond este otoño.»

—¿Está Walter ya lo bastante fuerte para Redmond? —preguntó la señorita Cornelia con inquietud.

—Esperamos que lo esté para el otoño —dijo la señora Blythe—. Un verano de ocio al aire libre y al sol le sentará muy bien.

—El tifus es difícil de superar del todo —dijo la señorita Cornelia con énfasis—, sobre todo cuando se ha estado tan al borde de la muerte como estuvo Walter. Creo que haría bien en dejar la universidad un año más. Pero es tan ambicioso. ¿Van a ir también Di y Nan?

—Sí. Las dos querían enseñar otro año más, pero Gilbert piensa que sería mejor que fueran a Redmond este otoño.

—Me alegro. Así vigilarán a Walter y se asegurarán de que no estudie demasiado. Supongo —prosiguió la señorita Cornelia, con una mirada de reojo a Susan— que, después del corte que me han dado hace un momento, no será prudente por mi parte insinuar que Jerry Meredith le hace ojitos a Nan.

Susan hizo caso omiso de esto, y la señora Blythe volvió a reír.

—¿No tengo ya bastante entre manos, querida señorita Cornelia, con todos estos chicos y chicas de amoríos a mi alrededor? Si me lo tomara en serio, me abrumaría por completo. Pero no me lo tomo así: todavía me cuesta demasiado darme cuenta de que han crecido. Cuando miro a esos dos hijos míos tan altos, me pregunto si de verdad pueden ser los mismos bebés gordezuelos, dulces y con hoyuelos que besaba, mimaba y arrullaba para dormir hace bien poco, el otro día mismo, señorita Cornelia. ¿No era Jem el bebé más adorable de la vieja casa de ensueño? Y *ahora* es licenciado y lo acusan de estar de cortejo.

—Todos nos hacemos mayores —suspiró la señorita Cornelia.

—La única parte de mí que *se siente* vieja —dijo la señora Blythe — es el tobillo que me rompí cuando Josie Pye me retó a caminar por el caballete del tejado de los Barry, en los tiempos de Tejas Verdes. Me duele cuando sopla viento de levante. No admito que sea reuma, pero *sí* que me duele. En cuanto a los niños, ellos y los Meredith están planeando un verano alegre antes de tener que volver a los estudios en otoño. Son una pandilla tan aficionada a divertirse. Tienen esta casa en un perpetuo torbellino de regocijo.

—¿Va a ir Rilla a Queen's cuando Shirley vuelva?

—Todavía no está decidido. Más bien me inclino a pensar que no. Por un lado, su padre cree que no está aún lo bastante fuerte, que ha crecido más deprisa de lo que aguantan sus fuerzas; la verdad es que es absurdamente alta para una chica que todavía no ha cumplido los quince. Tampoco tengo yo mucho interés en que se vaya; sería terrible no tener ni a uno solo de mis niños en casa conmigo el invierno que viene. Susan y yo nos pondríamos a pelearnos entre nosotras para romper la monotonía.

Susan sonrió ante aquella broma. ¡La idea de pelearse con «mi querida señora doctora»!

—¿Y quiere ir la propia Rilla? —preguntó la señorita Cornelia.

—No. La verdad es que Rilla es la única de mi rebaño que no es ambiciosa. Me gustaría de veras que tuviese un poco más de ambición. No tiene ideales serios de ninguna clase: su única aspiración parece ser pasarlo bien.

—¿Y por qué no habría de pasarlo bien, mi querida señora doctora? —exclamó Susan, que no soportaba oír ni una sola palabra en contra de nadie de la gente de Ingleside, ni siquiera de boca de uno de los suyos—. Una muchacha joven *debe* pasarlo bien, y eso lo sostendré siempre. Ya tendrá tiempo de sobra para pensar en el latín y el griego.

—Me gustaría ver en ella *un poco* de sentido de la responsabilidad, Susan. Y tú misma sabes que es vanidosa hasta decir basta.

—Algo tendrá de qué estar vanidosa —replicó Susan—. Es la muchacha más bonita de Glen St. Mary. ¿Cree usted que todos esos MacAllister y Crawford y Elliott del otro lado del puerto podrían sacar un cutis como el de Rilla en cuatro generaciones? *No* podrían. No, mi querida señora doctora, yo sé cuál es mi lugar, pero no puedo permitir que hable usted mal de Rilla. Escucha esto, señora Marshall Elliott.

Susan había encontrado la ocasión de desquitarse de la señorita Cornelia por sus pullas sobre los amoríos de los niños. Leyó la noticia con deleite.

«Miller Douglas ha decidido no irse al Oeste. Dice que la vieja Isla ya le basta y que seguirá cultivando las tierras de su tía, la señora Alec Davis.»

Susan miró a la señorita Cornelia con intención.

—He oído decir, señora Marshall Elliott, que Miller le está haciendo la corte a Mary Vance.

Aquel dardo atravesó la coraza de la señorita Cornelia. Se le encendió la cara rolliza.

—No pienso consentir que Miller Douglas ronde a Mary —dijo con sequedad—. Viene de una familia de poca monta. Su padre fue una especie de oveja negra de los Douglas, nunca lo consideraron realmente de los suyos, y su madre era una de esas terribles Dillon de Harbour Head.

—Me parece haber oído, señora Marshall Elliott, que los propios padres de Mary Vance no eran lo que se dice aristócratas.

—A Mary Vance la han educado bien, y es una muchacha lista, espabilada y capaz —replicó la señorita Cornelia—. No va a desperdiciarse con Miller Douglas, *¡créeme!* Conoce *mi* opinión sobre el asunto, y Mary todavía no me ha desobedecido nunca.

—Bueno, no creo que tengas por qué preocuparte, señora Marshall Elliott, porque la señora Alec Davis está tan en contra como

podrías estarlo tú, y dice que ningún sobrino suyo se va a casar jamás con una don nadie sin nombre como Mary Vance.

Susan retomó el hilo, sintiendo que había salido triunfante de aquel asalto, y leyó otra «nota».

«Nos complace saber que la señorita Oliver ha sido contratada como maestra por otro año más. La señorita Oliver pasará sus merecidas vacaciones en su casa de Lowbridge.»

—Cuánto me alegro de que Gertrude se quede —dijo la señora Blythe—. La echaríamos muchísimo de menos. Y ejerce una influencia excelente sobre Rilla, que la venera. Son íntimas amigas, a pesar de la diferencia de edad.

—Creía haber oído que se iba a casar.

—Creo que se habló de ello, pero tengo entendido que se ha aplazado un año.

—¿Quién es el joven?

—Robert Grant. Es un joven abogado de Charlottetown. Espero que Gertrude sea feliz. Ha tenido una vida triste, con mucha amargura, y siente las cosas con una intensidad terrible. Ya ha dejado atrás su primera juventud y está prácticamente sola en el mundo. Este nuevo amor que ha entrado en su vida le parece algo tan maravilloso que creo que apenas se atreve a creer en su permanencia. Cuando hubo que posponer la boda, se quedó completamente desesperada; aunque desde luego no fue culpa del señor Grant. Hubo complicaciones en la liquidación de la herencia de su padre, que murió el invierno pasado, y no pudo casarse hasta que se resolvieron los enredos. Pero creo que Gertrude sintió que era un mal presagio y que su felicidad se le escaparía de algún modo, a fin de cuentas.

—No conviene, mi querida señora doctora, poner demasiado el corazón en un hombre —observó Susan con solemnidad.

—El señor Grant está tan enamorado de Gertrude como ella de él, Susan. No es de él de quien desconfía: es del destino. Tiene un

cierto punto místico, supongo que algunos la llamarían supersticiosa. Cree de un modo curioso en los sueños, y no hemos conseguido que se ría de ello. Debo reconocer, además, que algunos de sus sueños... pero bueno, no estaría bien que Gilbert me oyera insinuar semejante herejía. ¿Qué has encontrado tan interesante, Susan?

Susan había dejado escapar una exclamación.

—Escuche esto, mi querida señora doctora. «La señora Sophia Crawford ha dejado su casa de Lowbridge y en adelante vivirá con su sobrina, la señora Albert Crawford.» Vaya, si esa es mi propia prima Sophia, mi querida señora doctora. Nos peleamos de niñas por quién se quedaba con una estampa de la escuela dominical que decía «Dios es Amor», orlada de capullos de rosa, y no nos hemos vuelto a hablar desde entonces. Y ahora resulta que viene a vivir justo enfrente de nosotros, al otro lado del camino.

—Tendrás que poner fin a esa vieja rencilla, Susan. No conviene llevarse mal con los vecinos.

—La prima Sophia empezó la pelea, así que a ella le toca empezar también las paces, mi querida señora doctora —dijo Susan con altivez—. Si lo hace, espero ser lo bastante buena cristiana como para ir a su encuentro a medio camino. No es una persona alegre, y ha sido un jarro de agua fría toda su vida. La última vez que la vi, tenía la cara con mil arrugas, puede que más, puede que menos, de tanto preocuparse y presagiar desgracias. Aulló de un modo espantoso en el funeral de su primer marido, pero se volvió a casar antes de que pasara un año. La siguiente nota, según veo, describe el servicio especial de nuestra iglesia del domingo pasado por la noche y dice que los adornos eran preciosos.

—Hablando de eso, me acuerdo de que el señor Pryor desapruueba enérgicamente las flores en la iglesia —dijo la señorita Cornelia—. Siempre dije que habría problemas cuando ese hombre se mudó aquí desde Lowbridge. Nunca debieron nombrarlo anciano: fue un error, y lo lamentaremos toda la vida, *icréeme!* He oído que ha dicho

que, si las chicas siguen «ensuciando el púlpito de malas hierbas», dejará de ir a la iglesia.

—La iglesia se las arregló muy bien antes de que el viejo Barbas-en-la-Luna llegara al Glen, y es mi opinión que se las arreglará sin él cuando se haya ido —dijo Susan.

—¿Quién diablos le puso ese mote tan ridículo? —preguntó la señora Blythe.

—Vaya, los chicos de Lowbridge lo llaman así desde que tengo memoria, mi querida señora doctora. Supongo que será porque tiene la cara tan redonda y colorada, con esa orla de patillas rubias alrededor. Eso sí, no conviene que nadie se lo diga en su presencia, y a eso puede usted atenerse. Pero peor que las patillas, mi querida señora doctora, es que es un hombre muy poco razonable y tiene un buen montón de ideas raras. Ahora es anciano de la iglesia y dicen que es muy religioso; pero *yo* me acuerdo muy bien, mi querida señora doctora, de hace veinte años, cuando lo pillaron dejando pastar a su vaca en el cementerio de Lowbridge. Sí señor, no se me ha olvidado, y siempre me acuerdo de ello cuando lo oigo rezar en la reunión. Bueno, esas son todas las notas, y no hay mucho más de importancia en el periódico. A mí nunca me han interesado mucho los países extranjeros. ¿Quién es ese archiduque al que han asesinado?

—¿Y a nosotros qué nos importa? —preguntó la señorita Cornelia, sin saber la espantosa respuesta a su pregunta que el destino ya estaba preparando—. Siempre hay alguien asesinando o siendo asesinado en esos Estados balcánicos. Es su estado normal, y la verdad es que no creo que nuestros periódicos deban imprimir cosas tan escandalosas. El *Enterprise* se está volviendo demasiado sensacionalista con esos titulares tan grandes. Bueno, tengo que irme a casa. No, Ana, querida, es inútil que me pidas que me quede a cenar. A Marshall se le ha metido en la cabeza que, si no estoy en casa a la hora de comer, no vale la pena comer: muy de hombre. Así que me voy. Santo cielo, Ana, querida, ¿qué le pasa a ese gato? ¿Le ha dado un ataque? —dijo esto último cuando Doc saltó de repente

a la alfombra a los pies de la señorita Cornelia, echó las orejas hacia atrás, le bufó, y luego desapareció de un salto feroz por la ventana.

—Oh, no. Solo se está convirtiendo en Mr. Hyde: lo cual significa que tendremos lluvia o mucho viento antes de que amanezca. Doc es tan bueno como un barómetro.

—Bueno, doy gracias de que esta vez se haya puesto hecho una fiera fuera y no en mi cocina —dijo Susan—. Y ahora voy a ocuparme de la cena. Con la gente que tenemos ahora en Ingleside, más nos vale pensar en las comidas con tiempo.

CAPÍTULO 2. ROCÍO DE LA MAÑANA

Fuera, el césped de Ingleside estaba lleno de charcos dorados de sol y de parcelas de sombra seductora. Rilla Blythe se mecía en la hamaca bajo el gran pino escocés, Gertrude Oliver estaba sentada a sus raíces, a su lado, y Walter yacía cuan largo era sobre la hierba, perdido en un romance de caballerías en el que viejos héroes y bellezas de siglos idos y muertos volvían a vivir con viveza para él.

Rilla era la «pequeña» de la familia Blythe y vivía en un estado crónico de indignación secreta porque nadie creía que ya fuese mayor. Le faltaba tan poco para los quince años que ya se los atribuía, y era tan alta como Di y Nan; además, era casi tan bonita como Susan creía que era. Tenía unos ojos grandes, soñadores, color avellana, una piel de leche salpicada de diminutas pecas doradas y unas cejas delicadamente arqueadas que le daban un aire recatado e interrogante, capaz de hacer que la gente —sobre todo los muchachos de su edad— quisiera responder a esa pregunta. Tenía el pelo de un castaño rojizo maduro, y un pequeño hoyuelo en el labio superior parecía como si algún hada buena se lo hubiera marcado con el dedo el día del bautizo de Rilla. Rilla, cuyas mejores amigas no podían negarle su parte de vanidad, pensaba que su cara pasaba muy bien, pero le preocupaba su figura, y deseaba que su madre se dejase convencer de dejarla llevar vestidos más largos. Ella, que había sido tan rolliza y regordeta en los viejos tiempos del Valle del Arco Iris, era ahora increíblemente delgada, en esa etapa de puros brazos y piernas. Jem y Shirley le atormentaban el alma llamándola «Araña». Y sin embargo, de algún modo, escapaba a la

torpeza. Había algo en sus movimientos que hacía pensar que nunca andaba, sino que siempre bailaba. La habían mimado mucho y estaba un pelín consentida, pero, aun así, la opinión general era que Rilla Blythe era una chica encantadora, aunque no fuera tan lista como Nan y Di.

La señorita Oliver, que esa noche volvía a su casa de vacaciones, había vivido de pupila en Ingleside durante un año. Los Blythe la habían acogido para complacer a Rilla, que estaba perdidamente enamorada de su maestra y hasta estaba dispuesta a compartir su cuarto, ya que no había otro disponible. Gertrude Oliver tenía veintiocho años y la vida había sido una lucha para ella. Era una joven de aspecto llamativo, con unos ojos castaños, algo tristes, en forma de almendra, una boca inteligente y un tanto burlona, y una enorme masa de cabello negro recogida en torno a la cabeza. No era guapa, pero había en su rostro un cierto encanto de interés y misterio, y a Rilla la fascinaba. Hasta sus ocasionales estados de ánimo sombríos y cínicos tenían su atractivo para Rilla. Esos estados solo le venían cuando la señorita Oliver estaba cansada. En todo lo demás era una compañía estimulante, y el alegre grupo de Ingleside nunca recordaba lo mucho mayor que era que ellos. Walter y Rilla eran sus preferidos, y ella era la confidente de los deseos y aspiraciones secretos de ambos. Sabía que Rilla ansiaba «salir» —ir a fiestas como Nan y Di, y tener delicados vestidos de noche y, sí, no vale la pena andarse con rodeos, *ipretendientes!* ¡Y en plural, además! En cuanto a Walter, la señorita Oliver sabía que había escrito una serie de sonetos «A Rosamond» —es decir, a Faith Meredith— y que aspiraba a una cátedra de literatura inglesa en alguna gran universidad. Conocía su amor apasionado por la belleza y su odio, igualmente apasionado, por la fealdad; conocía su fuerza y su debilidad.

Walter era, como siempre, el más apuesto de los chicos de Ingleside. A la señorita Oliver le gustaba mirarlo por su buena planta: era exactamente como a ella le habría gustado que fuese su propio hijo. Cabello negro y brillante, ojos de un gris oscuro deslumbrante, facciones sin tacha. ¡Y poeta hasta la punta de los

dedos! Aquella serie de sonetos era en verdad algo extraordinario para un muchacho de veinte años. La señorita Oliver no era una crítica parcial, y sabía que Walter Blythe tenía un don maravilloso.

Rilla quería a Walter con toda su alma. Él nunca se burlaba de ella como Jem y Shirley. Nunca la llamaba «Araña». El apodo cariñoso que le había puesto era «Rilla-mi-Rilla» —un pequeño juego de palabras con su verdadero nombre, Marilla—. La habían llamado así por la tía Marilla de Tejas Verdes, pero la tía Marilla había muerto antes de que Rilla tuviera edad de conocerla bien, y Rilla detestaba aquel nombre por lo espantosamente anticuado y remilgado que le parecía. ¿Por qué no podían haberla llamado por su primer nombre, Bertha, que era hermoso y digno, en vez de aquel tonto «Rilla»? No le importaba la versión de Walter, pero a nadie más se le permitía llamarla así, salvo a la señorita Oliver de cuando en cuando. «Rilla-mi-Rilla», dicho con la voz musical de Walter, le sonaba precioso, como el ritmo cantarín de un arroyo plateado. Habría *muerto* por Walter si con eso le hubiera hecho algún bien; así se lo decía a la señorita Oliver. A Rilla le gustaban las cursivas tanto como a la mayoría de las chicas de quince años, y la gota más amarga de su cáliz era la sospecha de que Walter le contaba más secretos a Di que a ella.

—Cree que no soy lo bastante mayor para entenderlo —se había quejado una vez, rebelde, ante la señorita Oliver—. ¡Pero sí lo soy! Y no se lo contaría *jamás* a nadie en el mundo, ni siquiera a usted, señorita Oliver. A *usted* le cuento todo lo mío: no *podría* ser feliz si tuviera algún secreto para usted, querida; pero nunca traicionaría el suyo. Yo le cuento *todo* a *él*, hasta le enseño mi diario. Y me duele *terriblemente* que él no me cuente las cosas a *mí*. Eso sí, me enseña todos sus poemas: son *maravillosos*, señorita Oliver. Ay, vivo con la esperanza de llegar a ser algún día para Walter lo que Dorothy, la hermana de Wordsworth, fue para él. Wordsworth nunca escribió *nada* parecido a los poemas de Walter, ni tampoco Tennyson.

—Yo no diría tanto. Los dos escribieron una gran cantidad de basura —dijo la señorita Oliver con sequedad. Luego, arrepentida al

ver una mirada dolida en los ojos de Rilla, añadió apresuradamente:

—Pero creo que Walter *llegará* a ser también un gran poeta, algún día; puede que el primer gran poeta de verdad que haya tenido nunca Canadá; y tendrás más confianza suya según te hagas mayor.

—Cuando Walter estuvo en el hospital con el tifus el año pasado, casi me volví loca —suspiró Rilla, con cierto aire de importancia—. No me contaron lo grave que estaba de verdad hasta que todo hubo pasado; papá no lo permitió. Me alegro de no haberlo sabido: no *habría podido* soportarlo. Ya lloraba hasta quedarme dormida todas las noches, tal como estaban las cosas. Pero a veces —concluyó Rilla con amargura (le gustaba hablar con amargura de cuando en cuando, imitando a la señorita Oliver)— a veces pienso que Walter quiere más al perro Monday que a mí.

El perro Monday era el perro de Ingleside, llamado así porque había entrado en la familia un lunes, cuando Walter estaba leyendo *Robinson Crusoe*. En realidad pertenecía a Jem, pero también le tenía mucho apego a Walter. Ahora estaba tumbado junto a él, con el hocico hundido contra su brazo, y golpeaba el suelo con la cola, arrobado, cada vez que Walter le daba una caricia distraída. Monday no era un collie, ni un setter, ni un sabueso, ni un terranova. Era, como decía Jem, «perro a secas»: *muy* a secas, según añadía la gente menos caritativa. Desde luego, la belleza no era el fuerte de Monday. Tenía manchas negras esparcidas al azar sobre su pelaje amarillo, y una de ellas, al parecer, le borraba un ojo. Tenía las orejas hechas jirones, porque a Monday nunca le habían ido bien los lances de honor. Pero poseía un talismán. Sabía que no todos los perros podían ser hermosos, ni elocuentes, ni vencedores, pero que todo perro podía amar. Bajo su pellejo vulgar latía el corazón más cariñoso, más leal y más fiel de todos los perros desde que hay perros; y en sus ojos castaños asomaba algo más parecido a un alma de lo que ningún teólogo estaría dispuesto a admitir. En Ingleside todos le tenían cariño, hasta Susan, aunque su desafortunada costumbre de colarse en el cuarto de invitados para dormirse en la cama ponía a dura prueba ese cariño.

Aquella tarde en concreto, Rilla no tenía ninguna queja pendiente contra el estado de las cosas.

—¿Verdad que junio ha sido un mes delicioso? —preguntó, mirando soñadora a lo lejos las nubecillas plateadas y quietas que colgaban tan apacibles sobre el Valle del Arco Iris—. Lo hemos pasado tan bien, y ha hecho un tiempo tan bonito. Ha sido perfecto en todos los sentidos.

—Eso no me gusta ni la mitad —dijo la señorita Oliver con un suspiro—. Es de mal agüero, no sé por qué. Una cosa perfecta es un regalo de los dioses: una especie de compensación por lo que viene después. Lo he visto tantas veces que ya no me gusta oír a la gente decir que lo han pasado perfectamente bien. Aunque, eso sí, junio *ha sido* delicioso.

—Claro que tampoco ha sido muy emocionante —dijo Rilla—. Lo único emocionante que ha pasado en el Glen en todo un año fue que la vieja señorita Mead se desmayara en la iglesia. A veces me gustaría que pasara algo *dramático*, de vez en cuando.

—No lo desees. Las cosas dramáticas siempre tienen su amargura para alguien. ¡Menudo verano tan agradable vais a pasar todos vosotros, criaturas alegres! ¡Y yo aburrida en Lowbridge!

—Vendrá a menudo, ¿verdad? Creo que este verano habrá mucha diversión, aunque supongo que yo, como siempre, me quedaré en los márgenes. ¿No es horrible que la gente siga pensando que eres una niña pequeña cuando ya no lo eres?

—Tienes tiempo de sobra para hacerte mayor, Rilla. No desees que se te pase la juventud volando. Se va demasiado deprisa. Ya empezarás a probar la vida bastante pronto.

—¡Probar la vida! Yo quiero *comérmela* —exclamó Rilla riendo—. Lo quiero todo, todo lo que pueda tener una chica. Dentro de un mes cumpliré quince años, y *entonces* ya nadie podrá decir que soy una niña. Una vez oí decir que los años de los quince a los diecinueve son los mejores de la vida de una chica. Pienso hacer que sean perfectamente espléndidos: llenarlos de diversión, sin más.

—De nada sirve pensar en lo que vas a hacer: es bastante seguro que no lo harás.

—Ay, pero se pasa muy bien solo pensándolo —exclamó Rilla.

—No piensas más que en divertirte, monito —dijo la señorita Oliver con indulgencia, pensando que la barbilla de Rilla era realmente la última palabra en barbillas—. En fin, ¿para qué sirven los quince años, si no? Pero dime, ¿tienes idea de ir a la universidad este otoño?

—No, ni este otoño ni ningún otro. No quiero. Nunca me han interesado esas «ologías» e «ismos» que traen locas a Nan y a Di. Y ya somos cinco los que vamos a la universidad. Con eso basta y sobra. En toda familia tiene que haber un zoquete. Y yo estoy muy dispuesta a ser el zoquete, si puedo ser un zoquete bonito, popular y encantador. Lista no puedo ser. No tengo ningún talento, y no se imagina lo cómodo que es eso. Nadie espera nada de mí, así que nadie me da la lata para que lo haga. Y tampoco puedo ser una criatura hacendosa y cocinillas. Odio coser y quitar el polvo, y si Susan no consiguió enseñarme a hacer panecillos, no lo conseguirá nadie. Papá dice que no trabajo ni hilo. Así que debo de ser un lirio del campo —concluyó Rilla, con otra carcajada.

—Eres demasiado joven para abandonar los estudios del todo, Rilla.

—Bah, mamá me hará seguir un plan de lecturas el invierno que viene. Así aprovechará su título universitario. Por suerte, a mí me gusta leer. No me mire tan apenada y tan reprobadora, querida. No puedo ser sobria y seria: todo me parece tan de color de rosa, tan de arco iris. El mes que viene cumpliré quince años, el año que viene dieciséis, y el siguiente, diecisiete. ¿Puede haber algo más encantador?

—Toca madera —dijo Gertrude Oliver, medio en broma, medio en serio—. Toca madera, Rilla-mi-Rilla.

CAPÍTULO 3. ALEGRÍA A LA LUZ DE LA LUNA

Rilla, que al quedarse dormida todavía cerraba los ojos con fuerza, de modo que siempre parecía estar riéndose en sueños, bostezó, se desperezó y sonrió a Gertrude Oliver. Esta había llegado de Lowbridge la tarde anterior y se había dejado convencer para quedarse al baile del faro de Four Winds la noche siguiente.

—El nuevo día está llamando a la ventana. Me pregunto qué nos traerá.

La señorita Oliver se estremeció un poco. Nunca recibía los días con el entusiasmo de Rilla. Había vivido lo bastante para saber que un día puede traer algo terrible.

—A mí lo que más me gusta de los días es que son imprevisibles —siguió Rilla—. Es estupendo despertarse así, en una mañana dorada y espléndida, y preguntarse qué paquete sorpresa te va a traer el día. Siempre me quedo diez minutos soñando despierta antes de levantarme, imaginando el montón de cosas maravillosas que *podrían* pasar antes de que caiga la noche.

—Espero que hoy pase algo muy inesperado —dijo Gertrude—. Espero que el correo nos traiga la noticia de que se ha evitado la guerra entre Alemania y Francia.

—Ah... sí —dijo Rilla, vagamente—. Será terrible si no se evita, supongo. Pero a nosotros no nos afectaría mucho, ¿verdad? Creo que una guerra sería tan emocionante. Dicen que la guerra de los bóers lo fue, pero claro, yo no recuerdo nada de aquello. Señorita

Oliver, ¿me pongo esta noche el vestido blanco o el verde nuevo? El verde es con mucho el más bonito, claro, pero casi me da miedo llevarlo a un baile junto al mar, no sea que le pase algo. ¿Y me hará el peinado nuevo? Ninguna otra chica del Glen lo lleva todavía y *va a causar sensación*.

—¿Cómo conseguiste que tu madre te dejara ir al baile?

—Ay, Walter la convenció. Sabía que yo me llevaría un *disgusto tremendo* si no iba. Es mi primera fiesta de verdad de persona mayor, señorita Oliver, y llevo toda una semana sin pegar ojo por las noches, dándole vueltas. Cuando he visto salir el sol esta mañana me han dado ganas de gritar de alegría. Sería sencillamente *espantoso* que lloviera esta noche. Creo que me pondré el vestido verde y correré el riesgo. Quiero estar lo más guapa posible en mi primera fiesta. Además, es un par de centímetros más largo que el blanco. Y también me pondré mis zapatillas de plata. La señora Ford me las mandó las pasadas Navidades y todavía no he tenido ocasión de estrenarlas. Son una preciosidad. Ay, señorita Oliver, cuánto espero que algún chico me saque a bailar. Me moriré de vergüenza, de verdad que sí, si nadie lo hace y tengo que quedarme toda la noche pegada a la pared. Claro que Carl y Jerry no pueden bailar porque son hijos del pastor, que si no podría contar con ellos para librarme de una humillación *total*.

—Tendrás pareja de sobra: vienen todos los chicos del otro lado del puerto, y habrá muchos más chicos que chicas.

—Me alegro de no ser hija del pastor —rió Rilla—. La pobre Faith está furiosa porque esta noche no se va a atrever a bailar. A Una le da igual, claro, nunca le ha tirado el baile. Alguien le dijo a Faith que habría una fiesta de estirar caramelo en la cocina para quienes no bailasen, y tendrías que haberle visto la cara que puso. Supongo que ella y Jem se pasarán casi toda la noche sentados en las rocas. ¿Sabía que vamos todos a bajar andando hasta ese arroyuelo que hay bajo la vieja casa de ensueño, y que de allí navegaremos hasta el faro? ¿A que va a ser sencillamente divino?

—Cuando yo tenía quince años, también hablaba en cursiva y en superlativos —dijo la señorita Oliver con sarcasmo—. Creo que la fiesta promete ser agradable para la gente joven. Yo espero aburrirme. Ninguno de esos chicos se molestará en bailar con una solterona como yo. Jem y Walter me sacarán una vez, por caridad. No habrá nadie ni siquiera con quien hablar. Así que no esperes que la espere con tu enternecedor arretrato juvenil.

—Pero ¿no lo pasó bien usted en *su* primera fiesta, señorita Oliver?

—No. Lo pasé fatal. Iba desastrada y era fea, y nadie me sacó a bailar salvo un chico más feo y más desastrado que yo. Era tan patoso que llegué a odiarlo, y ni siquiera *él* volvió a sacarme. Nunca tuve una verdadera juventud, Rilla. Es una pérdida triste. Por eso quiero que tú tengas una juventud espléndida y feliz. Y espero que tu primera fiesta sea una que recuerdes toda tu vida con placer.

—Anoche soñé que estaba en el baile y que, en pleno meollo de la fiesta, descubría que iba vestida con el quimono y las zapatillas de andar por casa —suspiró Rilla—. Me desperté ahogando un grito de horror.

—Hablando de sueños, tuve uno raro —dijo la señorita Oliver, distraída—. Fue uno de esos sueños vívidos que tengo a veces: no son el revoltijo confuso de los sueños corrientes, sino tan nítidos y reales como la vida misma.

—¿Qué soñaste?

—Estaba de pie en los escalones del porche, aquí, en Ingleside, mirando hacia los campos del Glen. De pronto, muy a lo lejos, vi una ola larga, plateada y reluciente que rompía sobre ellos. Se acercaba cada vez más: era solo una sucesión de olitas blancas, como las que a veces rompen en la playa de arena. El Glen estaba siendo tragado. Pensé: «Seguro que las olas no llegarán hasta Ingleside»; pero se acercaban más y más, tan deprisa que, antes de que pudiera moverme o gritar, ya rompían justo a mis pies, y *todo* había desaparecido: no quedaba más que una extensión de agua

embravecida donde antes estaba el Glen. Intenté retroceder, y vi que el borde de mi vestido estaba mojado *de sangre...* y desperté temblando. No me gusta el sueño. Tenía algo de siniestro. Ese tipo de sueño vívido siempre «se me cumple».

—Espero que no signifique que va a venir una tormenta del este a estropear la fiesta —murmuró Rilla, inquieta.

—¡Incorregibles quince años! —dijo la señorita Oliver con sequedad—. No, Rilla-mi-Rilla, no creo que haya ningún peligro de que anuncie nada tan terrible como *eso*.

Desde hacía varios días corría una corriente subterránea de tensión bajo la vida de Ingleside. Solo Rilla, absorta en su propia vida en ciernes, no se daba cuenta. El doctor Blythe había tomado la costumbre de ponerse serio y decir poco al leer el periódico. Jem y Walter seguían con vivo interés las noticias que traía. Aquella tarde, Jem fue a buscar a Walter, excitado.

—Oye, chico, Alemania le ha declarado la guerra a Francia. Esto significa que probablemente Inglaterra también entrará en la lucha, y si lo hace... bueno, el Flautista de aquella vieja fantasía tuya habrá llegado por fin.

—No era una fantasía —dijo Walter despacio—. Fue un presentimiento, una visión... Jem, de verdad lo *vi* un momento, aquella noche, hace tiempo. ¿Y si Inglaterra entra en la guerra?

—Pues entonces todos tendremos que arrimar el hombro y ayudarla —exclamó Jem, alegre—. No podríamos dejar que la «vieja madre gris del mar del norte» luchara sola, ¿verdad? Pero tú no puedes ir: el tifus te ha dejado fuera de eso. Una lástima, ¿eh?

Walter no dijo si era una lástima o no. Se quedó mirando en silencio, por encima del Glen, hacia el puerto azul que ondulaba más allá.

—Nosotros somos los cachorros: si esto acaba en una pelea de familia, tenemos que meternos con uñas y dientes —siguió Jem, animado, revolviéndose los rizos rojos con una mano morena, fuerte,

enjuta y sensible: la mano de un cirujano nato, pensaba a menudo su padre—. ¡Menuda aventura sería! Pero supongo que Grey, o alguno de esos viejos zorros cautelosos, arreglará las cosas en el último momento. Aunque sería una vergüenza espantosa que dejaran tirada a Francia. Si no lo hacen, nos vamos a divertir. Bueno, supongo que ya es hora de arreglarse para la juerga del faro.

Jem se marchó silbando *Wi' a hundred pipers and a' and a'*, y Walter se quedó un buen rato donde estaba. Tenía el ceño fruncido. Todo aquello había estallado con la negrura y la brusquedad de un nubarrón de tormenta. Unos días antes, a nadie se le había pasado siquiera por la cabeza. Ahora resultaba absurdo pensarlo. Ya se encontraría alguna salida. La guerra era algo infernal, horrible, espantoso: demasiado horrible y espantoso para que sucediera en el siglo veinte entre naciones civilizadas. El mero hecho de pensarlo era espantoso, y a Walter le entristecía la amenaza que suponía para la belleza de la vida. No pensaría en ello: se lo quitaría resueltamente de la cabeza. Qué hermoso estaba el viejo Glen, en su plenitud de agosto, con su sarta de viejas casas umbrosas, sus prados labrados y sus jardines tranquilos. El cielo de poniente parecía una gran perla dorada. Allá abajo, el puerto se escarchaba con la luz naciente de la luna. El aire estaba lleno de sonidos exquisitos: silbidos soñolientos de petirrojo, murmullos maravillosos, tristes y suaves del viento entre los árboles en penumbra, el susurro de los álamos temblones que conversaban en susurros plateados y agitaban sus delicadas hojas en forma de corazón, y risas juveniles y cantarinas que llegaban desde las ventanas de los cuartos donde las chicas se arreglaban para el baile. El mundo estaba empapado de una belleza enloquecedora de sonido y color. Él solo pensaría en esas cosas, y en la alegría honda y sutil que le procuraban. «De todos modos, nadie esperará que yo vaya», pensó. «Como dice Jem, de eso ya se ha encargado el tifus».

Rilla estaba asomada a la ventana de su cuarto, ya vestida para el baile. Un pensamiento amarillo se le escapó del pelo y cayó por el alféizar como una estrella fugaz de oro. Intentó atraparlo, en vano;

pero le quedaban suficientes. La señorita Oliver le había tejido una coronita con ellos para el pelo de su favorita.

—Está todo tan hermosamente en calma... ¿A que es estupendo? Vamos a tener una noche perfecta. Escuche, señorita Oliver, oigo clarísimas esas campanillas viejas del Valle del Arco Iris. Llevan colgadas allí más de diez años.

—Su tintineo siempre me hace pensar en aquella música aérea y celestial que Adán y Eva oían en el Edén de Milton —respondió la señorita Oliver.

—Nos lo pasábamos tan bien en el Valle del Arco Iris cuando éramos niños —dijo Rilla, soñadora.

Ya nadie jugaba en el Valle del Arco Iris. Por las tardes de verano estaba muy silencioso. A Walter le gustaba ir allí a leer. Jem y Faith se citaban allí con frecuencia; Jerry y Nan iban allí a proseguir sin interrupción las interminables disputas y discusiones sobre temas profundos que parecían ser su manera preferida de cortejarse. Y Rilla tenía allí su propio rinconcito boscoso predilecto, donde le gustaba sentarse a soñar.

—Antes de irme tengo que bajar corriendo a la cocina a lucirme delante de Susan. No me lo perdonaría nunca si no lo hiciera.

Rilla entró como una exhalación en la penumbrosa cocina de Ingleside, donde Susan zurcía calcetines con aire muy prosaico, y la iluminó con su belleza. Llevaba el vestido verde con sus guirnaldas de margaritas rosas, medias de seda y zapatillas de plata. Tenía pensamientos dorados en el pelo y en la garganta, de un blanco cremoso. Estaba tan guapa, tan joven y tan radiante que hasta la prima Sophia Crawford se vio obligada a admirarla, y la prima Sophia Crawford admiraba pocas cosas terrenales y pasajeras. La prima Sophia y Susan habían resuelto su vieja rencilla, o la habían pasado por alto, desde que la primera había venido a vivir al Glen, y la prima Sophia solía acercarse por las tardes a hacer una visita de vecindad. Susan no siempre la recibía con entusiasmo, porque la prima Sophia no era, precisamente, lo que se dice una compañía

estimulante. «Hay visitas que son visitas, y hay visitas que son visitaciones, mi querida señora doctora», dijo Susan en cierta ocasión, dejando entender que las de la prima Sophia eran de las segundas.

La prima Sophia tenía una cara larga, pálida y arrugada, una nariz larga y afilada, una boca larga y fina, y unas manos larguísimas, delgadas y pálidas, casi siempre cruzadas con resignación sobre su regazo de calicó negro. Todo en ella parecía largo, delgado y pálido. Miró a Rilla Blythe con aire compungido y dijo, apenada:

—¿Es todo tuyo ese pelo?

—Pues claro que sí —exclamó Rilla, indignada.

—¡Ah, bueno! —suspiró la prima Sophia—. ¡Casi sería mejor para ti que no lo fuera! Tanto pelo le quita fuerzas a una persona. Dicen que es señal de tisis, aunque espero que en tu caso no resulte así. Supongo que esta noche estaréis todos bailando, hasta los chicos del pastor, lo más seguro. Supongo que sus chicas no llegarán a tanto. Ah, en fin, yo nunca fui partidaria del baile. Conocí una vez a una chica que cayó muerta bailando. Cómo se le puede ocurrir a nadie volver a bailar después de un castigo así, no lo puedo comprender.

—¿Y *volvió* a bailar? —preguntó Rilla, con impertinencia.

—Ya te he dicho que cayó muerta. Claro que no volvió a bailar nunca más, pobre criatura. Era una Kirke, de Lowbridge. No irás a salir así, con el cuello desnudo, sin nada encima, ¿verdad?

—Hace una noche calurosa —protestó Rilla—. Pero me pondré un chal cuando salgamos al agua.

—Yo supe de una barca llena de jóvenes que salieron a navegar por ese puerto hace cuarenta años, una noche igual que esta, *exactamente* igual que esta —dijo la prima Sophia, lúgubre—, y volcaron y se ahogaron todos, hasta el último. Ah, en fin, espero que esta noche no os pase nada parecido. ¿Pruebas algo para las pecas? A mí siempre me fue muy bien el zumo de llantén.

—Desde luego que tú entiendes de pecas, prima Sophia —dijo Susan, saliendo en defensa de Rilla—. Estabas más moteada que un sapo cuando eras niña. Las de Rilla solo le salen en verano, pero las tuyas se quedaban fijas, estación tras estación; y ni siquiera tenías un color de fondo como el suyo detrás de ellas. Estás muy guapa, Rilla, y ese peinado te sienta bien. Pero no pensarás ir andando hasta el puerto con esas zapatillas, ¿verdad?

—Oh, no. Todas llevaremos los zapatos viejos hasta el puerto y las zapatillas en la mano. ¿Te gusta mi vestido, Susan?

—Me recuerda a un vestido que yo llevaba de niña —suspiró la prima Sophia antes de que Susan pudiera contestar—. También era verde, con florecillas rosas, y llevaba volantes de la cintura al bajo. No usábamos esas cosas tan escurridas que llevan las chicas ahora. Ay, cómo han cambiado los tiempos, y no para bien, me temo. Aquella noche le hice un roto grande y alguien le derramó encima una taza de té. Lo estropeó del todo. Pero espero que a tu vestido no le pase nada. Aunque pienso que debería ser un poco más largo: tienes las piernas tan terriblemente largas y delgadas.

—La señora doctora Blythe no aprueba que las niñas pequeñas se vistan como si fueran mayores —dijo Susan con sequedad, con la sola intención de darle un corte a la prima Sophia. Pero Rilla se sintió insultada. ¡Niña pequeña, nada menos! Salió de la cocina hecha una furia. La próxima vez no bajaría a lucirse delante de Susan —¡Susan, que no creía que nadie fuera mayor hasta cumplir los sesenta!—. ¡Y aquella horrible prima Sophia, con sus pullas sobre las pecas y las piernas! ¿Qué derecho tenía una vieja... una vieja *espárrago* como esa a hablar de que otros fuesen largos y flacos? A Rilla se le nubló y se le echó a perder todo el placer que sentía en sí misma y en su velada. Hasta los dientes del alma se le pusieron de punta, y de buena gana se habría sentado a llorar.

Pero más tarde se le levantó de nuevo el ánimo, al verse una más entre el alegre grupo que se dirigía al faro de Four Winds.

Los Blythe salieron de Ingleside al son melancólico de los aullidos del perro Monday, encerrado en el establo para que no se colara como invitado no deseado en el faro. Recogieron a los Meredith en el pueblo, y otros se les fueron uniendo mientras bajaban por el viejo camino del puerto. Mary Vance, espléndida con su crepé azul y su sobrefalda de encaje, salió por la verja de la señorita Cornelia y se pegó a Rilla y a la señorita Oliver, que iban juntas y que no la acogieron con demasiado entusiasmo. Rilla no le tenía mucho cariño a Mary Vance. Nunca había olvidado el humillante día en que Mary la persiguió por el pueblo con un bacalao seco. A decir verdad, Mary Vance no era precisamente popular entre nadie de su pandilla. Aun así, disfrutaban de su compañía: tenía una lengua tan afilada que resultaba estimulante. «Mary Vance es una costumbre nuestra: no podemos pasar sin ella ni siquiera cuando estamos furiosos con ella», había dicho una vez Di Blythe.

La mayoría del grupito se había emparejado, a su manera. Jem iba con Faith Meredith, por supuesto, y Jerry Meredith con Nan Blythe. Di y Walter iban juntos, enfrascados en una conversación confidencial que Rilla envidiaba.

Carl Meredith iba con Miranda Pryor, más para fastidiar a Joe Milgrave que por otro motivo. Se sabía que Joe sentía una fuerte inclinación por dicha Miranda, a la que la timidez le impedía dar rienda suelta en todas las ocasiones. Puede que Joe reuniera valor para acercarse a Miranda si la noche estaba oscura, pero allí, en aquel crepúsculo de luna, sencillamente no podía hacerlo. Así que iba a la zaga de la procesión pensando de Carl Meredith cosas que no es lícito repetir. Miranda era hija de Barbas-en-la-Luna; no compartía la impopularidad de su padre, pero tampoco tenía muchos pretendientes, por ser una criatura pálida e insulsa, algo dada a las risitas nerviosas. Tenía el pelo rubio plateado y los ojos, dos grandes globos de porcelana azul, parecían los de quien de niña se hubiese llevado un buen susto y no se hubiera repuesto jamás. Habría preferido con mucho ir con Joe que con Carl, con quien no se sentía ni pizca a gusto. Aun así, también era todo un honor tener a su lado a un universitario, y además hijo de la casa parroquial.

Shirley Blythe iba con Una Meredith, y los dos estaban bastante callados, porque así eran de natural. Shirley tenía dieciséis años, era sosegado, sensato, reflexivo, y tenía un humor discreto. Seguía siendo el «niño moreno» de Susan, con su pelo castaño, sus ojos castaños y su tez de un moreno limpio. Le gustaba ir con Una Meredith porque ella nunca intentaba hacerle hablar ni lo importunaba con cháchara. Una seguía siendo tan dulce y tímida como en los días del Valle del Arco Iris, y sus grandes ojos azul oscuro seguían siendo tan soñadores y anhelantes como entonces. Sentía por Walter Blythe una inclinación secreta, cuidadosamente oculta, que nadie sospechaba salvo Rilla. Rilla la comprendía y deseaba que Walter se la correspondiera. Le gustaba más Una que Faith, cuya belleza y aplomo eclipsaban un poco a las demás chicas, y a Rilla no le gustaba que la eclipsaran a ella.

Pero, por el momento, era muy feliz. Resultaba delicioso ir con sus amigas, casi bailando, por aquel camino oscuro y reluciente, salpicado de piceas y abetos pequeños, cuyo bálsamo perfumaba de resina todo el aire alrededor. Tras las colinas, ya hacia poniente, quedaban praderas bañadas en la última luz del ocaso. Delante tenían el puerto reluciente. Una campana repicaba en la iglesita del otro lado del puerto, y las notas, como de sueño, se iban apagando en torno a los cabos difusos, de color amatista. Más allá, el golfo seguía de un azul plateado bajo aquella luz postrera. Ay, todo era glorioso: el aire limpio con su toque de sal, el bálsamo de los abetos, la risa de sus amigas. Rilla amaba la vida, su lozanía y su brillo; amaba el rumor de la música, el murmullo de las conversaciones alegres; quería caminar para siempre por aquel camino de plata y sombra. Era su primera fiesta y se disponía a pasarlo espléndidamente. No había nada en el mundo de qué preocuparse, ni siquiera de las pecas y las piernas demasiado largas, nada salvo aquel pequeño temor persistente de que nadie la sacara a bailar. Era hermoso y pleno, sin más, estar viva, tener quince años, ser bonita. Rilla tomó una larga bocanada de arrobó, y la cortó en seco a la mitad. Jem le estaba contando una historia a Faith: algo que había ocurrido en la guerra de los Balcanes.

—El médico perdió las dos piernas —se las habían hecho papilla— y lo dejaron allí, en el campo, para que muriese. Y él fue arrastrándose de un herido a otro, de todos los que tenía alrededor, mientras pudo, haciendo todo lo posible por aliviarles el sufrimiento —sin pensar nunca en sí mismo—, hasta que murió mientras ataba un vendaje alrededor de la pierna de otro hombre. Los encontraron así: las manos muertas del médico todavía sujetaban fuerte el vendaje, la hemorragia estaba cortada y la vida del otro hombre, salvada. Menudo héroe, ¿verdad, Faith? Te digo que, cuando leí aquello...

Jem y Faith se alejaron hasta quedar fuera del alcance del oído. Gertrude Oliver se estremeció de pronto. Rilla le apretó el brazo con ademán comprensivo.

—¿Verdad que ha sido horrible, señorita Oliver? No me extraña que le diera un escalofrío. No sé por qué Jem cuenta esas cosas tan espantosas en un momento como este, cuando todos hemos salido a divertirnos.

—¿Te parece horrible a ti, Rilla? A mí me ha parecido maravilloso, hermoso. Una historia así hace que una se avergüence de haber dudado alguna vez de la naturaleza humana. Lo que hizo ese hombre fue cosa de dioses. ¡Y cómo responde la humanidad al ideal del sacrificio! En cuanto a mi escalofrío, no sé qué lo habrá causado. Desde luego, la noche es lo bastante cálida. Puede que alguien esté pisando ahora mismo, en la oscuridad, bajo las estrellas, el trozo de tierra que será mi tumba. Esa es la explicación que daría la vieja superstición. Bueno, no voy a pensar en eso en una noche tan hermosa. ¿Sabes, Rilla?, cuando llega la noche siempre me alegro de vivir en el campo. Aquí conocemos el verdadero encanto de la noche como nunca lo conocen los que viven en la ciudad. Todas las noches son hermosas en el campo, hasta las de tormenta. A mí me encanta una noche de tormenta salvaje en esta vieja costa del golfo. En cuanto a una noche como esta, es casi *demasiado* hermosa: pertenece a la juventud y al país de los sueños, y le tengo un poco de miedo.

—Yo tengo la sensación de ser parte de ella —dijo Rilla.

—Ah, claro, tú eres lo bastante joven para no tener miedo de las cosas perfectas. Bueno, ya hemos llegado a la casa de ensueño. Este verano parece solitaria. ¿No han venido los Ford?

—No... Al menos el señor y la señora Ford y Persis no han venido. Kenneth sí vino, pero se ha quedado con la familia de su madre, al otro lado del puerto. No lo hemos visto mucho este verano. Está un poco cojo, así que no ha salido mucho.

—¿Cojo? ¿Qué le pasó?

—Se rompió el tobillo jugando al fútbol el otoño pasado, y estuvo casi todo el invierno sin poder moverse. Desde entonces cojea un poco, pero va mejorando todo el tiempo, y él espera que pronto estará del todo bien. Solo ha venido a Ingleside dos veces.

—Ethel Reese está loca por él —dijo Mary Vance—. Cuando se trata de él, pierde el poco sentido común que Dios le dio. La otra noche, después de la reunión de oración, él la acompañó a casa desde la iglesia del otro lado del puerto, y los aires que se ha dado desde entonces cansan a cualquiera. ¡Como si un chico de Toronto como Ken Ford fuese a fijarse de verdad en una paleta como Ethel!

Rilla se ruborizó. A ella no le importaba que Kenneth Ford acompañase a Ethel Reese a casa una docena de veces... ino le importaba *nada*! *Nada* de lo que él hiciera le importaba a ella. Él le llevaba siglos de edad. Andaba con Nan, Di y Faith, y a ella, a Rilla, la consideraba una cría a la que solo hacía caso para tomarle el pelo. Y ella detestaba a Ethel Reese, y Ethel Reese la odiaba a ella —la había odiado siempre, desde que Walter le sacudiera a Dan de forma tan sonada en los tiempos del Valle del Arco Iris—; pero, vamos a ver, ¿por qué tenía ella que parecerle indigna de la atención de Kenneth Ford solo por ser una chica de pueblo? ¡En cuanto a Mary Vance, se estaba convirtiendo en una auténtica chismosa, y no pensaba en otra cosa que en quién acompañaba a quién a casa!

Había un pequeño embarcadero en la orilla del puerto, bajo la casa de ensueño, y allí había dos barcas amarradas. Una la

patroneaba Jem Blythe; la otra, Joe Milgrave, que sabía todo lo que hay que saber de barcas y no tenía el menor reparo en que Miranda Pryor se diera cuenta. Echaron una carrera puerto abajo y ganó la barca de Joe. Iban llegando más barcas desde Harbour Head y cruzando el puerto desde el lado oeste. Por todas partes se oían risas. La gran torre blanca de la punta de Four Winds rebosaba de luz, mientras su faro giratorio destellaba en lo alto. Una familia de Charlottetown, parientes del farero, pasaba el verano en el faro, y eran ellos quienes daban la fiesta a la que habían invitado a todos los jóvenes de Four Winds, de Glen St. Mary y del otro lado del puerto. Cuando la barca de Jem viró para acercarse al pie del faro, Rilla, desesperada, se quitó los zapatos de un tirón y se puso las zapatillas plateadas a espaldas de la señorita Oliver, que la tapaba. Una mirada le había bastado para ver que los escalones tallados en la roca que subían hasta el faro estaban flanqueados de chicos y alumbrados con farolillos chinos, y estaba decidida a *no* subir aquellos escalones con los zapatos pesados que su madre había insistido en que llevara para el camino. Las zapatillas le apretaban de un modo espantoso, pero nadie lo habría sospechado al ver a Rilla subir los escalones sonriendo, con los ojos oscuros y suaves brillantes e interrogantes, y el color subiéndole con fuerza a sus redondas mejillas de crema. En el mismo instante en que llegó arriba de los escalones, un chico del otro lado del puerto le pidió un baile, y al momento siguiente estaban en el pabellón que habían levantado del lado del mar del faro para los bailes. Era un rincón encantador, techado con ramas de abeto y colgado de farolillos. Más allá estaba el mar en un resplandor que brillaba y titilaba; a la izquierda, las crestas y hondonadas iluminadas por la luna de las dunas de arena; a la derecha, la costa rocosa con sus sombras de tinta y sus calas cristalinas. Rilla y su pareja se lanzaron entre los bailarines; ella aspiró una honda bocanada de placer; ¡qué música tan hechicera le sacaba a su violín Ned Burr, del Upper Glen! Era de verdad como aquellas flautas mágicas del viejo cuento que obligaban a bailar a todo el que las oía. Qué fresca y qué limpia soplaba la brisa del golfo; ¡qué blanca y maravillosa era la luz de la luna sobre todas las

cosas! Esto era la vida, la vida encantadora. Rilla sintió como si tanto sus pies como su alma tuvieran alas.

CAPÍTULO 4. EL FLAUTISTA TOCA

La primera fiesta de Rilla fue un triunfo, o eso le pareció al principio. Tuvo tantas parejas de baile que tuvo que repartir los bailes entre varias. Sus zapatillas plateadas parecían bailar por sí solas, y aunque seguían apretándole los dedos y levantándole ampollas en los talones, eso no le estropeó en lo más mínimo la diversión. Ethel Reese le hizo pasar diez minutos malísimos al llamarla misteriosamente para que saliera del pabellón y susurrarle, con esa sonrisita torcida propia de los Reese, que el vestido se le abría por detrás y que había una mancha en el volante. Rilla corrió, angustiada, al cuarto del faro habilitado como tocador de señoras improvisado, y descubrió que la mancha no era más que una manchita de hierba y que la abertura era igual de pequeña, donde se le había soltado un corchete. Irene Howard se lo abrochó y le dedicó unos cumplidos empalagosos y condescendientes. Rilla se sintió halagada por la condescendencia de Irene. Era una chica del Upper Glen de diecinueve años a la que parecía gustarle la compañía de las más jóvenes; las malas lenguas decían que porque así podía reinar sobre ellas sin rivalidad. Pero a Rilla, Irene le parecía maravillosa, y la quería por sus atenciones. Irene era guapa y elegante; cantaba *divinamente* y pasaba todos los inviernos en Charlottetown tomando clases de música. Tenía una tía en Montreal que le mandaba prendas maravillosas; se decía que había tenido un desengaño amoroso triste —nadie sabía exactamente cuál—, pero el misterio mismo era parte del atractivo. Rilla sintió que los cumplidos de Irene coronaban su velada. Volvió corriendo, alegre, al pabellón, y se entretuvo un momento en el resplandor de los farolillos de la

entrada, mirando a los que bailaban. Un claro momentáneo entre la multitud que giraba le dejó ver a Kenneth Ford, de pie al otro lado.

A Rilla le dio un vuelco el corazón —o, si eso es una imposibilidad fisiológica, a ella se lo pareció—. Así que, después de todo, él estaba allí. Había dado por hecho que no vendría, no es que a ella le importara lo más mínimo. ¿La vería? ¿Se fijaría en ella? Por supuesto, no la sacaría a bailar: eso no podía ni esperarlo. Él la tenía por poco más que una cría. La había llamado «Araña» no hacía ni tres semanas, una noche que había estado en Ingleside. Ella había subido a llorar por eso y lo había odiado. Pero volvió a darle un vuelco el corazón cuando vio que él iba abriéndose paso por el lado del pabellón, hacia ella. ¿Venía hacia ella...? ¿De verdad...? ¿De verdad?... ¡Sí, venía! La estaba buscando; estaba allí, a su lado; la miraba desde arriba con algo en sus ojos grises oscuros que Rilla nunca les había visto. ¡Ay, era casi más de lo que podía soportar! Y todo seguía igual que antes: los bailarines giraban, los chicos que no habían conseguido pareja rondaban por el pabellón, las parejitas de enamorados se sentaban aparte en las rocas; nadie parecía darse cuenta de la cosa tan tremenda que acababa de suceder.

Kenneth era un chico alto, muy guapo, con cierta gracia despreocupada de porte que, por contraste, hacía parecer tiesos y torpes a todos los demás. Se decía que era tremendamente listo, y llevaba encima el aura de una ciudad lejana y una gran universidad. También tenía fama de conquistador. Pero eso probablemente se debía a que poseía una voz risueña y aterciopelada que ninguna chica podía oír sin que le diera un vuelco el corazón, y una forma peligrosa de escuchar, como si una estuviese diciendo algo que él llevara toda la vida deseando oír.

—¿Es esta Rilla-mi-Rilla? —preguntó él en voz baja.

—Tí —dijo Rilla, y al instante deseó poder tirarse de cabeza por las rocas del faro, o desaparecer de algún modo de un mundo que se burlaba de ella.

Rilla había ceceado de pequeña, pero se le había pasado casi del todo con los años. Solo en momentos de tensión y de agobio le volvía la tendencia. Llevaba un año entero sin cecear; y ahora, justo en el momento en que más deseaba parecer mayor y de mundo, iba y ceceaba como una niña de pecho! Era demasiado humillante; sentía que se le iban a saltar las lágrimas; al minuto siguiente estaría llorando a moco tendido, sí, llorando a moco tendido sin más; deseaba que Kenneth se marchara, deseaba que no hubiese venido nunca. La fiesta se había echado a perder. Todo se le había vuelto polvo y cenizas.

Y la había llamado «Rilla-mi-Rilla», y no «Araña», ni «Cría», ni «Gatita», como solía llamarla cuando se dignaba fijarse en ella. A ella no le molestaba en absoluto que él usara el apodo cariñoso que le había puesto Walter; sonaba precioso en su voz baja y acariciadora, con apenas un asomo de énfasis en el «mi». Habría sido tan bonito si no hubiese hecho el ridículo. No se atrevía a levantar la vista, no fuese a ver burla en sus ojos. Así que la mantuvo baja; y como sus pestañas eran muy largas y oscuras, y sus párpados muy carnosos y de un tono cremoso, el efecto resultaba encantador y provocativo, y Kenneth pensó que, después de todo, Rilla Blythe iba a ser la belleza de las chicas de Ingleside. Él quería hacer que levantara la vista, volver a captar aquella miradita recatada e interrogante. Era, sin ninguna duda, lo más bonito de la fiesta.

¿Qué estaba diciendo? Rilla apenas podía creer lo que oía.

—¿Bailamos?

—Sí —dijo Rilla. Lo dijo con una determinación tan feroz de no cecear que prácticamente escupió la palabra. Y volvió a retorcerse por dentro. Había sonado tan atrevida, tan ansiosa, como si se le hubiera echado encima sin más! ¿Qué pensaría él de ella? Ay, ¿por qué tenían que pasar cosas tan espantosas justo cuando una chica quería estar en su mejor momento?

Kenneth la llevó entre los bailarines.

—Me parece que este tobillo cojo mío aún da para un baile, por lo menos —dijo él.

—¿Cómo *tienes* el tobillo? —dijo Rilla. Ay, ¿por qué no se le ocurría otra cosa que decir? *Sabía* que él estaba harto de que le preguntaran por el tobillo. Se lo había oído decir en Ingleside; le había oído decirle a Di que pensaba llevar un cartel colgado del pecho anunciando a todo el mundo que el tobillo iba mejorando, etcétera, etcétera. Y ahora tenía que ir y hacerle otra vez esa pregunta tan manida.

Kenneth *estaba* harto de que le preguntaran por el tobillo. Pero no era frecuente que se lo preguntaran unos labios con un hoyuelo tan adorable y besable justo encima. Puede que por eso contestara con tanta paciencia que iba mejorando y que no le molestaba mucho, siempre que no anduviera ni se quedara de pie demasiado tiempo seguido.

—Me dicen que con el tiempo quedará tan fuerte como antes, pero este otoño voy a tener que dejar el fútbol.

Bailaron juntos, y Rilla sabía que todas las chicas a la vista la envidiaban. Después del baile bajaron los escalones de roca, y Kenneth encontró una barca chata, y remaron cruzando el canal iluminado por la luna hasta la playa de arena; caminaron por la arena hasta que el tobillo de Kenneth protestó, y entonces se sentaron entre las dunas. Kenneth le habló como le había hablado a Nan y a Di. Rilla, vencida por una timidez que no acababa de entender, apenas podía hablar, y pensaba que él la encontraría espantosamente boba; pero, a pesar de eso, todo era maravilloso: la noche exquisita bajo la luna, el mar reluciente, las diminutas olitas rompiendo con un siseo en la arena, el viento fresco y caprichoso de la noche susurrando entre las hierbas tiesas de lo alto de las dunas, la música que llegaba, débil y dulce, cruzando el canal.

«Un alegre repique de luz de luna para el jolgorio de las sirenas»
—citó Kenneth en voz baja, unos versos de uno de los poemas de Walter.

¡Y allí estaban, ella y él, los dos solos, envueltos en aquel hechizo de sonidos e imágenes! ¡Si al menos las zapatillas no le mordieran tanto! ¡Y si al menos pudiera hablar con la gracia de la señorita Oliver; o, mejor aún, si pudiera hablar aunque solo fuera como hablaba ella misma con los otros chicos! Pero las palabras no le salían; solo podía escuchar y murmurar de cuando en cuando alguna frase sin sustancia. Pero puede que sus ojos soñadores, y su labio con el hoyuelo, y su cuello esbelto, hablaran elocuentemente por ella. Fuera como fuese, Kenneth no parecía tener ninguna prisa por proponer volver, y cuando por fin volvieron, la cena ya estaba servida. Él le buscó asiento junto a la ventana de la cocina del faro y se sentó en el alféizar a su lado mientras ella comía sus helados y su tarta. Rilla miró a su alrededor y pensó en lo maravillosa que había sido su primera fiesta. *Nunca* la olvidaría. La sala resonaba de risas y bromas. Ojos jóvenes y hermosos centelleaban y brillaban. Desde el pabellón de fuera llegaba el repique del violín y el paso acompasado de los bailarines.

Hubo un pequeño revuelo entre un grupo de chicos apiñados junto a la puerta; un joven se abrió paso entre ellos y se detuvo en el umbral, mirando alrededor con expresión bastante sombría. Era Jack Elliott, del otro lado del puerto, estudiante de medicina en McGill, un chico callado, poco aficionado a la vida social. Lo habían invitado a la fiesta, pero no se le esperaba, porque ese día había tenido que ir a Charlottetown y no podría estar de vuelta hasta tarde. Y sin embargo, allí estaba: llevaba un papel doblado en la mano.

Gertrude Oliver lo miró desde su rincón y volvió a estremecerse. A fin de cuentas, ella también había disfrutado de la fiesta, porque había coincidido con un conocido de Charlottetown que, por ser forastero y mucho mayor que la mayoría de los invitados, se sentía algo fuera de lugar, y se había alegrado de dar con aquella chica inteligente capaz de hablar de los asuntos del mundo y de los sucesos de fuera con el brío y el vigor de un hombre. En el placer de su compañía había olvidado parte de los celos que había sentido durante el día. Ahora le volvían de golpe. ¿Qué noticias traería Jack

Elliott? Le vinieron a la mente, sin que las llamara, unos versos de un poema antiguo: «hubo un rumor de fiesta en la noche», «¡Silencio! ¡Escuchad! Un sonido grave suena como un doblar de campanas ascendente». ¿Por qué pensar en eso ahora? ¿Por qué no hablaba Jack Elliott, si es que tenía algo que contar? ¿Por qué se quedaba allí plantado, con aquel aire ceñudo e importante?

—Pregúntale, pregúntale —dijo ella, febril, a Allan Daly. Pero otro ya se lo había preguntado. La sala, de golpe, quedó en completo silencio. Fuera, el violinista había parado a descansar, y allí también reinaba el silencio. A lo lejos se oía el gemido bajo del golfo: el presagio de una tormenta que ya subía por el Atlántico. La risa de una chica llegó flotando desde las rocas y se apagó, como si la repentina quietud la hubiese asustado hasta hacerla desaparecer.

—Inglaterra le ha declarado la guerra a Alemania hoy —dijo Jack Elliott, despacio—. La noticia llegó por telégrafo justo cuando salía del pueblo.

—Que Dios nos ayude —susurró Gertrude Oliver para sus adentros—. ¡Mi sueño, mi sueño! Se ha roto la primera ola. Miró a Allan Daly e intentó sonreír.

—¿Es esto el Armagedón? —preguntó ella.

—Me temo que sí —dijo él con gravedad.

A su alrededor se había alzado un coro de exclamaciones: sorpresa superficial e interés vago, en su mayoría. Pocos de los presentes calibraron la importancia de la noticia; menos aún se dieron cuenta de que aquello pudiera afectarles a ellos. Al poco rato el baile se reanudó, y el rumor del jolgorio volvió a ser tan alto como antes. Gertrude y Allan Daly comentaron la noticia en voz baja y con tono preocupado. Walter Blythe se había puesto pálido y había salido de la sala. Fuera se encontró con Jem, que subía a toda prisa por los escalones de roca.

—¿Te has enterado de la noticia, Jem?

—Sí. El Flautista ha llegado. ¡Hurra! Yo sabía que Inglaterra no iba a dejar tirada a Francia. He estado intentando que el capitán Josiah izar la bandera, pero dice que no es lo correcto hasta que salga el sol. Jack dice que mañana empezarán a pedir voluntarios.

—Vaya escándalo por nada —dijo Mary Vance con desdén, mientras Jem se alejaba corriendo. Estaba sentada con Miller Douglas sobre una nasa de langosta, asiento que no solo carecía de todo romanticismo, sino que además era incomodísimo. Pero tanto Mary como Miller eran sumamente felices encima de ella, que era lo que importaba. Miller Douglas era un mozo grandullón, fornido y tosco, que tenía la lengua de Mary Vance por un don extraordinario, y sus ojos claros, por estrellas de primera magnitud; y ninguno de los dos tenía la menor idea de por qué Jem Blythe quería izar la bandera del faro. —¿Qué más da que vaya a haber guerra allá en Europa? —añadió—. Estoy segura de que a nosotros no nos afecta.

Walter la miró y le sobrevino una de sus extrañas visitaciones proféticas.

—Antes de que termine esta guerra —dijo, o algo dijo a través de sus labios— todos los hombres, las mujeres y los niños del Canadá la sentirán: tú también, Mary, la sentirás, la sentirás hasta lo más hondo del corazón. Llorarás lágrimas de sangre por ella. El Flautista ha llegado, y tocará hasta que cada rincón del mundo haya oído su música terrible e irresistible. Pasarán años antes de que termine la danza de la muerte, años, Mary. Y en esos años se romperán millones de corazones.

—¡Figúrate! —dijo Mary, que siempre decía eso cuando no se le ocurría otra cosa que decir. No sabía qué quería decir Walter, pero se sentía incómoda. Walter Blythe siempre decía cosas raras. Aquel Flautista suyo —no había vuelto a oír hablar de él desde los tiempos en que jugaban en el Valle del Arco Iris— y ahora volvía a asomar la cabeza. No le gustaba, eso era todo, y no pensaba prestar atención a semejantes tonterías.

—¿No estás exagerando un poco, Walter? —preguntó Harvey Crawford, que llegaba en ese momento—. Esta guerra no va a durar años: se acabará en un mes o dos. Inglaterra borrará a Alemania del mapa en un periquete.

—¿Crees que una guerra para la que Alemania lleva veinte años preparándose va a acabar en unas semanas? —dijo Walter con vehemencia—. Esto no es una miserable escaramuza en un rincón de los Balcanes, Harvey. Es una lucha a muerte. Alemania viene a conquistar o a morir. ¿Y sabes qué pasará si conquista? Canadá será una colonia alemana.

—Bueno, me parece que unas cuantas cosas tendrán que pasar antes de *eso* —dijo Harvey, encogiéndose de hombros—. Para empezar, habría que derrotar a la armada británica; y además, aquí Miller y yo *sí* que armaríamos un buen alboroto, ¿verdad, Miller? Ningún alemán tiene cabida en este viejo país, ¿eh?

Harvey bajó las escaleras riendo.

—Os juro que vosotros los chicos decís las cosas más disparatadas —dijo Mary Vance con fastidio. Se levantó y arrastró a Miller hacia la orilla rocosa. No era frecuente que tuvieran ocasión de hablar a solas, y Mary estaba decidida a que esa no la estropeará la absurda cháchara de Walter Blythe sobre flautistas, alemanes y demás sandeces. Dejaron a Walter solo en los escalones de roca, contemplando la belleza de Four Winds con ojos ensimismados que no la veían.

Para Rilla, también, lo mejor de la velada había quedado atrás. Desde el anuncio de Jack Elliott había notado que Kenneth ya no pensaba en ella. Se sintió de pronto sola y desdichada. Era peor que si él nunca se hubiera fijado en ella. ¿Era así la vida: algo delicioso que sucede y que luego, justo cuando una se deleita en ello, se te escapa de las manos? Rilla se dijo, patéticamente, que se sentía años más vieja que cuando había salido de casa aquella noche. Quizá lo fuera. Quizá de verdad lo era. ¿Quién sabe? No conviene reírse de las angustias de la juventud. Son terribles de veras, porque

la juventud aún no ha aprendido que «esto también pasará». Rilla suspiró y deseó estar en casa, en la cama, llorando contra la almohada.

—¿Cansada? —dijo Kenneth con dulzura, pero distraído, ay, qué distraído. En realidad no le importaba lo más mínimo si estaba cansada o no, pensó ella.

—Kenneth —se aventuró ella con timidez—, ¿no crees que esta guerra apenas nos afectará a nosotros, en Canadá?

—¿Que si nos afectará? Claro que sí, a los afortunados que puedan participar. Yo no podré, gracias a este maldito tobillo. Vaya mala suerte, digo yo.

—No veo por qué tenemos que pelear las batallas de Inglaterra —exclamó Rilla—. Bien capaz es ella de pelearlas sola.

—Esa no es la cuestión. Formamos parte del Imperio Británico. Es un asunto de familia. Tenemos que apoyarnos unos a otros. Lo peor de todo es que se habrá acabado antes de que yo pueda servir de algo.

—¿Quieres decir que de verdad te alistarías si no fuera por el tobillo? —preguntó Rilla, incrédula. La idea le parecía tan..., tan ridícula.

—Claro que sí. Van a ir a millares, ya verás. Jem se irá, me juego el cuello; Walter, supongo, aún no tendrá fuerzas para ello. ¡Y Jerry Meredith también se irá! ¡Ay, muchachos! ¡Y yo aquí preocupado por perderme el fútbol este año!

Rilla estaba demasiado aturdida para decir nada. ¡Jem, y Jerry! ¡Qué disparate! Papá y el señor Meredith no lo permitirían. Ni siquiera habrían terminado la universidad. Ay, ¿por qué no se habría guardado Jack Elliott sus horribles noticias?

Mark Warren se acercó y le pidió un baile. Rilla fue con él, sabiendo que a Kenneth le daba igual que se quedara o se fuera. Una hora antes, en la playa de arena, él la había mirado como si fuera el único ser de importancia en el mundo. Y ahora ella no era

nadie. Los pensamientos de Kenneth estaban ocupados por aquel Gran Juego que iba a jugarse en campos manchados de sangre, con imperios como apuesta: un Juego del que las mujeres no podían formar parte. Las mujeres, pensó Rilla con tristeza, no tenían más remedio que sentarse a llorar en casa. Pero todo aquello eran tonterías. Kenneth no podía ir —él mismo lo admitía— y Walter tampoco —menos mal— y Jem y Jerry tendrían más sentido común. Ella *no* iba a preocuparse, ella *iba* a divertirse. ¡Pero qué torpe era Mark Warren! ¡Cómo se hacía un lío con los pasos! ¿Por qué, por el amor de Dios, se empeñaban en bailar los chicos que no tenían la menor idea de cómo hacerlo, y que además tenían los pies como barcas? ¡Vaya, la había chocado contra alguien! *Nunca* volvería a bailar con él.

Pero bailó con otros, aunque el baile ya no le hacía ninguna ilusión, y había empezado a notar que las zapatillas le hacían mucho daño. Kenneth parecía haberse ido; al menos no se le veía por ninguna parte. Al fin y al cabo, su primera fiesta se había echado a perder, aunque en su momento le hubiera parecido tan hermosa. Le dolía la cabeza; le ardían los dedos de los pies. Y lo peor estaba aún por llegar. Había bajado con unos amigos del otro lado del puerto hasta la orilla rocosa, donde se quedaron todos mientras arriba se sucedían los bailes. Se estaba fresco y agradable, y ellos estaban cansados. Rilla se quedó callada, sin tomar parte en la alegre conversación. Se alegró cuando alguien avisó a voces de que las barcas del otro lado del puerto ya se iban. Siguió una carrera entre risas hasta la roca del faro. Unas pocas parejas seguían girando en el pabellón, pero la multitud había menguado. Rilla buscó con la mirada al grupo del Glen. No vio a ninguno. Entró corriendo en el faro. Seguía sin haber ni rastro de nadie. Consternada, corrió hasta los escalones de roca, por donde bajaban a toda prisa los invitados del otro lado del puerto. Vio las barcas abajo: ¿dónde estaba la de Jem?, ¿dónde la de Joe?

—Vaya, Rilla Blythe, pensaba que te habías ido a casa hacía rato —dijo Mary Vance, que agitaba su chal hacia una barca que se deslizaba canal arriba, gobernada por Miller Douglas.

—¿Dónde están los demás? —jadeó Rilla.

—Pues se han ido: Jem se marchó hace una hora, y Una tenía dolor de cabeza. Y los demás se fueron con Joe hace cosa de un cuarto de hora. Mira, ahí van, doblando Birch Point. Yo no fui porque el mar se está poniendo bravo y sabía que me marearía. No me importa volver a pie desde aquí. Solo son dos kilómetros y medio. Pensé que te habrías ido. ¿Dónde estabas tú?

—Abajo, en las rocas, con Jen y Mollie Crawford. Ay, ¿por qué no me buscaron?

—Sí que te buscaron, pero no te encontraron. Entonces pensaron que te habrías ido en la otra barca. No te preocupes. Puedes quedarte esta noche conmigo y llamamos por teléfono a Ingleside para decir dónde estás.

Rilla comprendió que no había otro remedio. Le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza: *no* iba a permitir que Mary Vance la viera llorar. ¡Pero que la olvidaran así! Pensar que a nadie se le había ocurrido asegurarse de dónde estaba, ni siquiera a Walter. Entonces tuvo un recuerdo repentino y consternador.

—Mis zapatos —exclamó—. Me los dejé en la barca.

—Vaya por Dios —dijo Mary—. Eres la criatura más despistada que *yo* he visto en mi vida. Vas a tener que pedirle a Hazel Lewison que te preste unos zapatos.

—No pienso hacerlo —exclamó Rilla, a quien no le caía bien la tal Hazel—. Antes voy descalza.

Mary se encogió de hombros.

—Como quieras. La vanidad tiene su precio. Así aprenderás a tener más cuidado. Bueno, vámonos andando.

Así que se pusieron en marcha a pie. Pero eso de caminar por un camino pedregoso y lleno de roderas, con unas zapatillas frágiles de color plata y tacón alto a la francesa, no es ninguna delicia. Rilla

logró cojear y tambalearse hasta que llegaron al camino del puerto, pero no pudo seguir más con aquellas detestables zapatillas. El dolor sencillamente no se podía soportar. Se las quitó, junto con sus queridas medias de seda, y siguió descalza. Tampoco aquello fue agradable: tenía los pies muy delicados, y los guijarros y las roderas del camino se los lastimaban. Le escocían los talones llenos de ampollas. Pero el dolor físico casi se le olvidaba ante el escozor de la humillación. ¡Menudo aprieto! ¡Si Kenneth Ford pudiera verla ahora, cojeando como una niña con una piedra clavada en el pie! ¡Ay, qué manera tan horrible de terminar su preciosa fiesta! Sencillamente *tuvo* que llorar: era demasiado espantoso. A nadie le importaba ella, nadie se preocupaba lo más mínimo por ella. Bueno, si cogía un resfriado por volver a casa descalza en un camino húmedo de rocío y acababa consumiéndose, tal vez entonces lo lamentarían. Se secó a hurtadillas las lágrimas con el chal —ilos pañuelos parecían haberse esfumado igual que los zapatos!—, pero no pudo evitar sorberse la nariz. ¡Cada vez peor!

—Ya veo que has cogido un resfriado —dijo Mary—. Deberías haberlo sabido, sentándote al viento en esas rocas. Tu madre no te va a dejar salir otra vez así como así, te lo digo yo. Desde luego que ha sido una fiesta de las buenas. Los Lewison saben hacer las cosas bien, eso hay que reconocérselo, aunque Hazel Lewison no es santo de mi devoción. Ay, qué cara tan negra puso cuando te vio bailar con Ken Ford. Y esa fresca de Ethel Reese, otro tanto. ¡Menudo coqueto está hecho!

—No creo que sea un coqueto —dijo Rilla, tan desafiante como se lo permitían dos resoplidos desesperados.

—Bueno, ya sabrás más de hombres cuando tengas mi edad —dijo Mary con aire de superioridad—. Eso sí, no te creas todo lo que te digan. No dejes que Ken Ford piense que le basta con dejar caer el pañuelo para tenerte en el bolsillo. Ten más amor propio que eso, criatura.

¡Era insoportable que Mary Vance la sermoneara y la tratara con condescendencia de esa manera! ¡Y era insoportable caminar por

caminos pedregosos con los talones llenos de ampollas y los pies descalzos! ¡Y era insoportable estar llorando sin pañuelo y no poder dejar de llorar!

—No estoy pensando —sorbió— en Kenneth —sorbió— Ford —dos sorbidos— en *absoluto* —exclamó la torturada Rilla.

—No hace falta que te pongas así, criatura. Deberías estar dispuesta a aceptar consejos de gente mayor. *Yo* vi cómo te escabullías a la playa con Ken y te quedabas allí un buen rato con él. A tu madre no le gustaría nada si *ella* lo supiera.

—Se lo voy a contar todo a mi madre, y a la señorita Oliver, y a Walter —jadeó Rilla entre resoplidos—. ¡*Tú* te pasaste *horas* sentada con Miller Douglas encima de esa nasa de langostas, Mary Vance! ¿Qué diría la señora Elliott de *eso* si *ella* lo supiera?

—Ay, no voy a discutir contigo —dijo Mary, retirándose de pronto a un terreno más alto y digno—. Lo único que digo *yo* es que deberías esperar a ser mayor antes de hacer esas cosas.

Rilla renunció a disimular que estaba llorando. *Todo* estaba estropeado: hasta aquella hora hermosa, soñadora y romántica a la luz de la luna con Kenneth en la playa quedaba vulgarizada y envilecida. Detestaba a Mary Vance.

—Pero bueno, ¿qué te pasa? —exclamó Mary, desconcertada—. ¿Por qué lloras?

—Es que me duelen..., me duelen mucho los pies... —sollozó Rilla, aferrándose al último jirón de su orgullo. Era menos humillante admitir que lloraba por los pies que por..., por que alguien se hubiera estado divirtiendo a tu costa, y tus amigos te hubieran olvidado, y otra gente te tratara con condescendencia.

—No me extraña —dijo Mary, no sin cierta amabilidad—. No te preocupes. Sé dónde hay un tarro de manteca de oca en la despensa de Cornelia, tan bien puesta, y no hay crema de las caras que se le compare. Te pondré un poco en los talones antes de que te acuestes.

¡Manteca de oca en los talones! ¡Así que en esto terminaban su primera fiesta, su primer pretendiente y su primer romance a la luz de la luna!

Rilla dejó de llorar, hastiada de la inutilidad de las lágrimas, y se durmió en la cama de Mary Vance con la calma de la desesperación. Fuera, el amanecer llegó gris, en alas de la tormenta; el capitán Josiah, fiel a su palabra, izó la Union Jack en el faro de Four Winds, y esta ondeó al viento feroz contra el cielo encapotado como un gallardo fanal inextinguible.

CAPÍTULO 5. «RUIDO COMO DE MARCHA»

Rilla bajó corriendo por el esplendor soleado de la arboleda de arces detrás de Ingleside, hasta su rincón favorito en el Valle del Arco Iris. Se sentó en una piedra cubierta de musgo verde entre los helechos, apoyó la barbilla en las manos y se quedó mirando, sin ver nada, el cielo azul deslumbrante de aquella tarde de agosto: tan azul, tan sereno, tan inmutable, tal como se había arqueado sobre el valle en los días tibios del final del verano desde que ella tenía memoria.

Quería estar sola: pensar las cosas con calma, adaptarse, si es que era posible, a aquel mundo nuevo al que parecía haber sido trasplantada con una brusquedad y una totalidad que la dejaban medio desconcertada respecto a su propia identidad. ¿Era ella, podía ser ella, la misma Rilla Blythe que había bailado en el faro de Four Winds seis días atrás, solo seis días atrás? A Rilla le parecía haber vivido tanto en esos seis días como en toda su vida anterior; y si es verdad que el tiempo debería medirse por latidos del corazón, así había sido. Aquella noche, con sus esperanzas y temores, sus triunfos y humillaciones, le parecía ya historia antigua. ¿De veras había podido llorar solo porque la habían olvidado y había tenido que volver a casa a pie con Mary Vance? Ay, pensó Rilla con tristeza, qué trivial y absurdo le parecía ahora aquel motivo de lágrimas. *Podía* llorar *ahora* de muy buena gana, pero *no* lo haría; no *debía* hacerlo. ¿Qué era lo que había dicho mamá, con aquellos labios blancos y aquellos ojos afligidos como Rilla nunca antes se los había visto,

«Cuando a nuestras mujeres les falte el valor,
¿seguirán siendo intrépidos nuestros hombres?»

Sí, eso era. Tenía que ser valiente, como mamá, y como Nan, y como Faith: Faith, que había llorado con los ojos centelleantes, «¡Ay, si yo fuera hombre, para ir también!». Solo que, cuando le dolían los ojos y le ardía la garganta de aquella manera, tenía que esconderse un rato en el Valle del Arco Iris, solo para pensar las cosas con calma y recordar que ya no era una niña, que era una persona adulta y que las mujeres tenían que afrontar cosas así. Pero era..., era agradable escaparse sola de vez en cuando, donde nadie pudiera verla y donde no tuviera que sentir que la gente la creía un poco cobarde si a pesar de todo se le escapaban algunas lágrimas.

¡Qué dulce y selvático era el olor de los helechos! ¡Qué suavemente se mecían y susurraban sobre ella las grandes ramas plumosas de los abetos! ¡Qué son de duende tenían las campanillas de los «Árboles Enamorados», un tintineo suelto de cuando en cuando al paso de la brisa! ¡Qué violácea y esquiva la bruma, allí donde en tantos altares de las colinas se ofrecía incienso! ¡Cómo blanqueaban al viento las hojas de los arces, hasta que la arboleda parecía cubierta de pálidas flores plateadas! Todo era exactamente igual a como lo había visto cientos de veces, y sin embargo, la faz entera del mundo parecía cambiada.

«¡Qué maldad la mía, desear que pasara algo dramático!», pensó. «¡Ay, si pudiéramos recuperar esos días queridos, monótonos y placenteros! No volvería a quejarme de ellos nunca, nunca más».

El mundo de Rilla se había hecho pedazos justo al día siguiente de la fiesta. Mientras seguían en la mesa de Ingleside después de comer, hablando de la guerra, había sonado el teléfono. Era una llamada de larga distancia desde Charlottetown, para Jem. Cuando terminó de hablar, colgó el auricular y se dio la vuelta, con la cara encendida y los ojos brillantes. Antes de que dijera una sola palabra, su madre, Nan y Di ya se habían quedado pálidas. En cuanto a Rilla, por primera vez en su vida sintió que todo el mundo debía de oír los latidos de su corazón, y que algo le atenazaba la garganta.

—Están pidiendo voluntarios en la ciudad, papá —dijo Jem—. Ya se han alistado docenas. Esta noche voy a la ciudad a alistarme.

—Ay... mi pequeño Jem —exclamó la señora Blythe con la voz quebrada. Hacía años que no lo llamaba así, desde el día en que él se había rebelado contra ese nombre—. Ay, no... no... mi pequeño Jem.

—Tengo que hacerlo, mamá. Tengo razón, ¿verdad, papá? —dijo Jem.

El doctor Blythe se había puesto en pie. Él también estaba muy pálido, y la voz le salía ronca. Pero no vaciló.

—Sí, Jem, sí... si así lo sientes, sí...

La señora Blythe se cubrió el rostro con las manos. Walter se quedó mirando el plato, taciturno. Nan y Di se cogieron de la mano la una a la otra. Shirley intentó parecer indiferente. Susan se quedó sentada como paralizada, con el trozo de tarta a medio comer en el plato. Susan nunca llegó a terminarse aquel trozo de tarta, un hecho que daba elocuente testimonio de la conmoción de su fuero interno, pues Susan consideraba una ofensa capital contra la sociedad civilizada empezar a comer algo y no terminarlo. Eso era despilfarro deliberado, dijeran lo que dijeran las gallinas al respecto.

Jem se volvió otra vez hacia el teléfono. —Tengo que llamar a la casa parroquial. Jerry querrá ir también.

Ante esto, Nan había dado un grito, «¡Ay!», como si le hubieran clavado un cuchillo, y había salido corriendo de la habitación. Di la siguió. Rilla se volvió hacia Walter buscando consuelo, pero Walter estaba perdido para ella en algún ensueño que no podía compartir.

—Muy bien —decía Jem por teléfono, con la misma frialdad con que habría concretado los detalles de una merienda campestre—. Ya me lo suponía, sí, esta noche, el de las siete. Nos vemos en la estación. Hasta luego.

—Mi querida señora doctora —dijo la pobre Susan, apartando su tarta—, ojalá me despertara usted. ¿Estoy soñando, o estoy despierta? ¿Es que ese bendito muchacho se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Quiere decir que va a alistarse como soldado? ¡No

me diga que quieren a criaturas como él! Es un escándalo. Seguro que usted y el doctor no lo van a permitir.

—No podemos impedirselo —dijo la señora Blythe, ahogándose—. ¡Ay, Gilbert!

El doctor Blythe se acercó por detrás a su esposa y le tomó la mano con delicadeza, mirando aquellos dulces ojos grises que solo una vez antes había visto llenos de una angustia tan suplicante como ahora. Los dos pensaron en aquella otra vez: el día, años atrás, en la casa de ensueño, cuando había muerto la pequeña Joyce.

—¿Querías que se quedara, Ana, cuando los demás se van, cuando él cree que es su deber? ¿Querías que fuera tan egoísta y de alma tan mezquina?

—¡No, no! Pero... ay..., nuestro primogénito..., si no es más que un muchacho..., Gilbert..., intentaré ser valiente dentro de un rato, pero ahora mismo no puedo. Ha sido todo tan repentino. Dame tiempo.

El doctor y su esposa salieron de la habitación. Jem se había ido, Walter se había ido, Shirley se levantó para irse también. Rilla y Susan se quedaron mirándose la una a la otra por encima de la mesa desierta. Rilla todavía no había llorado: estaba demasiado aturdida para las lágrimas. Entonces vio que Susan estaba llorando, Susan, a quien nunca antes había visto derramar una lágrima.

—Ay, Susan, ¿de verdad se va a ir? —preguntó ella.

—Es..., es..., es sencillamente ridículo, eso es lo que es —dijo Susan.

Se enjugó las lágrimas, tragó saliva con resolución y se levantó.

—Voy a fregar los platos. Eso hay que hacerlo, aunque todo el mundo se haya vuelto loco. Vamos, querida, no llores. Lo más probable es que Jem se vaya, pero la guerra habrá terminado mucho antes de que él llegue siquiera cerca del frente. Vamos a cobrar ánimo, y no preocupemos a tu pobre madre.

—En el *Enterprise* de hoy decía que lord Kitchener afirma que la guerra durará tres años —dijo Rilla, dubitativa.

—Yo no tengo el gusto de conocer a lord Kitchener —dijo Susan con serenidad—, pero me atrevo a decir que se equivocará tan a menudo como cualquier hijo de vecino. Tu padre dice que esto acabará en unos meses, y tengo tanta fe en *su* opinión como en la de cualquier lord que se llame Fulano. Así que estemos tranquilas, confiemos en el Todopoderoso y dejemos esto arreglado. Se acabó lo de llorar, que es una pérdida de tiempo y desanima a todo el mundo.

Jem y Jerry se fueron a Charlottetown aquella noche, y dos días después volvieron de caqui. El Glen entero zumbaba de emoción. La vida en Ingleside se había convertido de pronto en algo tenso, tirante, emocionante. La señora Blythe y Nan estaban valientes y sonrientes y maravillosas. La señora Blythe y la señorita Cornelia ya andaban organizando una sección de la Cruz Roja. El doctor y el señor Meredith andaban reclutando hombres para una Sociedad Patriótica. Rilla, pasado el primer golpe, reaccionó ante el romanticismo de todo aquello, a pesar de su pena. Jem, desde luego, estaba magnífico de uniforme. *Era* espléndido pensar en los muchachos de Canadá respondiendo tan rápida, tan valiente y tan generosamente a la llamada de su país. Rilla llevaba la cabeza bien alta entre las chicas cuyos hermanos no habían respondido así. En su diario escribió,

«Va a hacer lo que yo habría hecho de haber sido hijo, y no hija, de Douglas», y estaba segurísima de que lo decía en serio. ¡Si hubiera sido chico, desde luego que también habría ido! De eso no tenía la menor duda.

Se preguntó si sería muy terrible por su parte alegrarse de que Walter no se hubiera recuperado tan pronto como todos habían deseado, después de la fiebre.

No podría soportar que Walter se fuera, escribió. Quiero a Jem con locura, pero Walter significa para mí más que nadie en el mundo, y

me *moriría* si él tuviera que irse. Está tan *cambiado* estos días. Apenas me habla. Supongo que él también quiere ir, y se siente mal porque no puede. No sale para nada con Jem y Jerry. Nunca olvidaré la cara de Susan cuando Jem volvió a casa de caqui. Se le contrajo y retorció, como si fuera a llorar, pero lo único que dijo fue: «*Casi* pareces un hombre con eso puesto, Jem». Jem se rio. A él nunca le importa, porque Susan todavía lo considera poco menos que un niño. Todo el mundo parece ocupado menos yo. Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer, pero no parece haber nada. Mamá, Nan y Di están ocupadas todo el tiempo, y yo ando vagando por ahí como un fantasma solitario. Lo que de verdad me duele, sin embargo, es que las sonrisas de mamá, y las de Nan, parecen puestas desde fuera. Los *ojos* de mamá ya no se ríen nunca. Eso me hace sentir que tampoco debería reírme yo: que es una maldad sentirse *reilona*. Y me cuesta muchísimo contener la risa, aunque Jem vaya a ser soldado. Pero cuando río tampoco lo disfruto como antes solía. Hay algo detrás de todo esto que no deja de dolerme, sobre todo cuando me despierto por la noche. Entonces lloro porque tengo miedo de que Kitchener de Jartum tenga razón y la guerra dure años, y de que Jem pueda estar... Pero no, no voy a escribirlo. Sentiría que así se hiciera realidad de verdad. El otro día Nan dijo: «Nada puede volver a ser exactamente igual para ninguno de nosotros». Eso me hizo sentir rebelde. ¿Por qué no iban a volver a ser iguales las cosas, cuando todo esto termine y Jem y Jerry hayan vuelto? Volveremos a estar todos felices y alegres, y estos días parecerán solo una pesadilla.

La llegada del correo es ahora el acontecimiento más emocionante de cada día. Papá le arrebató el periódico al cartero —nunca antes había visto a papá arrebatar nada— y los demás nos amontonamos a su alrededor y leemos los titulares por encima de su hombro. Susan jura que no cree ni una palabra de lo que dicen los periódicos y que no piensa creerla, pero siempre se acerca a la puerta de la cocina, escucha, y luego se va meneando la cabeza. Está indignadísima todo el tiempo, pero cocina especialmente todo lo que le gusta a Jem, y no armó el menor escándalo cuando ayer encontró

a Monday dormido en la cama del cuarto de invitados, justo encima de la colcha de hojas de manzano de la señora Rachel Lynde. «El Todopoderoso sabrá dónde va a tener que dormir tu amo dentro de poco, pobre bestia muda», dijo, mientras lo sacaba de allí con mucha suavidad. Pero con Doc no cede jamás. Dice que en el mismo instante en que vio a Jem de caqui se convirtió en Mr. Hyde, así, sin más, y que eso debería bastar como prueba de lo que en realidad es. Susan es rara, pero es un cielo de mujer. Shirley dice que es mitad ángel y mitad buena cocinera. Aunque claro, Shirley es el único de nosotros al que ella nunca riñe.

Faith Meredith es maravillosa. Creo que ella y Jem están de verdad prometidos ya. Anda por ahí con una luz radiante en los ojos, pero sus sonrisas son un poco rígidas y almidonadas, igual que las de mamá. Me pregunto si *yo* sería tan valiente como ella si tuviera un novio y él se fuera a la guerra. Ya es bastante malo cuando se trata de tu hermano. Bruce Meredith lloró toda la noche, dice la señora Meredith, cuando se enteró de que Jem y Jerry se iban. Y quiso saber si aquel «K. of K.» del que hablaba su padre era el Rey de Reyes. Es el niño más adorable del mundo. Lo quiero con locura, aunque en realidad los niños no me gustan demasiado. No me gustan nada los bebés, aunque cuando lo *digo* la gente me mira como si hubiera dicho algo *absolutamente escandaloso*. Pues no me gustan, y tengo que ser sincera al respecto. No me importa *mirar* a un bebé limpio y mono si lo sostiene otra persona, pero no lo *tocaría* por *nada del mundo*, y no siento ni una chispa de verdadero interés por él. Gertrude Oliver dice que a ella le pasa exactamente lo mismo. (Es la persona más sincera que conozco. *Nunca* finge nada.) Dice que los bebés la aburren hasta que tienen edad de hablar, y que entonces le gustan, pero aún así, a bastante distancia. Mamá, Nan y Di adoran a los bebés, y parece que piensan que soy antinatural por no hacerlo yo.

No he visto a Kenneth desde la noche de la fiesta. Vino una noche, después de que Jem volviera, pero dio la casualidad de que yo no estaba. Creo que no me mencionó siquiera: al menos, nadie me dijo que lo hiciera, y yo estaba *decidida* a no *preguntar*, pero no

me importa lo más mínimo. *Eso* ahora no me importa *absolutamente nada*. Lo único que sí importa es que Jem se ha alistado para el servicio activo y dentro de unos días se irá a Valcartier: mi hermano Jem, tan grande y espléndido. ¡Ay, qué orgullosa estoy de él!

Supongo que Kenneth también se alistaría si no fuera por el tobillo. Me parece que eso es obra de la Providencia. Es el *único* hijo de su madre, y qué espanto sentiría ella si él se fuera. ¡Los hijos únicos no deberían ni plantearse ir!

Walter llegó vagando por el valle mientras Rilla seguía allí sentada, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda. Al ver a Rilla, se dio la vuelta bruscamente para marcharse; y luego, con la misma brusquedad, se volvió y regresó junto a ella.

—Rilla-mi-Rilla, ¿en qué piensas?

—Todo ha cambiado tanto, Walter —dijo Rilla con melancolía—. Hasta tú... tú has cambiado. Hace una semana éramos todos tan felices... y... y... ahora no consigo *encontrarme* en absoluto. Estoy perdida.

Walter se sentó en una piedra cercana y tomó la manita suplicante de Rilla.

—Me temo que nuestro viejo mundo se ha acabado, Rilla. Tenemos que afrontar ese hecho.

—Es tan terrible pensar en Jem —suplicó Rilla.

—A veces se me olvida por un momento lo que de verdad significa, y me siento emocionada y orgullosa..., y entonces vuelve a invadirme como un viento helado.

—Envidia a Jem —dijo Walter, hosco.

—¡Envidiar a Jem! Ay, Walter, tú... *tú* no querrás ir también.

—No —dijo Walter, con la mirada perdida en las vistas esmeralda del valle—, no, no *quiero* ir. Ese es justo el problema. Rilla, tengo *miedo* de ir. Soy un cobarde.

—¡No lo eres! —estalló Rilla, furiosa—. Vamos, cualquiera tendría miedo de ir. Podrías... podrían matarte.

—No me importaría *eso* si no doliera —musitó Walter—. No creo que tenga miedo de la muerte en sí: es el dolor que pueda venir antes de la muerte; no sería tan malo morir y acabar con ello, ¡pero seguir muriendo! Rilla, siempre he tenido miedo al dolor, ya lo sabes; no puedo evitarlo, me estremezco solo de pensar en la posibilidad de quedar mutilado o... o *ciego*. Rilla, *no puedo* soportar *ese* pensamiento. Quedarme ciego, no volver a ver jamás la belleza del mundo: la luna sobre Four Winds, las estrellas centelleando entre los abetos, la niebla sobre el golfo. Debería ir; debería *querer* ir; pero no quiero; me repugna solo pensarlo; y me da vergüenza..., vergüenza.

—Pero, Walter, no *podrías* ir de todos modos —dijo Rilla, compungida. La devoraba un nuevo terror: que Walter *fuera* a ir, después de todo—. No estás lo bastante fuerte.

—Sí que lo *estoy*. Este último mes me he sentido tan en forma como siempre en mi vida. Pasaría cualquier reconocimiento, lo sé. Todo el mundo cree que todavía no estoy fuerte, y yo me escondo detrás de esa creencia. Yo... yo debería haber sido una chica —concluyó Walter en un arrebató de amarga pasión.

—Aunque estuvieras lo bastante fuerte, no deberías ir —sollozó Rilla—. ¿Qué haría mamá? Se le está partiendo el corazón por Jem. La mataría veros ir a los dos.

—Ay, no voy a ir, no te preocupes. Te digo que tengo miedo de ir..., *miedo*. No me ando con rodeos ni conmigo mismo. Es un alivio confesarlo, aunque sea a ti, Rilla. No se lo confesaría a nadie más: Nan y Di me despreciarían. Pero odio todo esto: el horror, el dolor, la fealdad. La guerra no es un uniforme caqui ni un desfile de instrucción; todo lo que he leído en las viejas historias me persigue. Me quedo despierto por las noches y *veo* cosas que han sucedido, veo la sangre, la mugre y la miseria de todo ello. ¡Y una carga a la bayoneta! Si pudiera afrontar lo demás, *eso jamás* podría afrontarlo. Me revuelve el estómago solo de pensarlo, más aún pensar en darla

que en recibirla: pensar en clavarle la bayoneta a otro hombre — Walter se retorció y se estremeció—. Pienso en estas cosas todo el tiempo, y a mí no me parece que Jem y Jerry piensen *nunca* en ellas. ¡Se ríen y hablan de «cazar hunos»! Pero me saca de quicio verlos de caqui. Y *ellos* creen que estoy de mal humor porque no estoy en condiciones de ir.

Walter se rió con amargura. No es agradable *sentirse* un cobarde. Pero Rilla le rodeó con los brazos y acurrucó la cabeza en su hombro. Se alegraba tanto de que él no quisiera ir: por un instante había sentido un miedo espantoso. Y era tan agradable que Walter le confiara sus problemas a ella, a *ella*, no a Di. Ya no se sentía tan sola ni tan superflua.

—¿No me desprecias, Rilla-mi-Rilla? —preguntó Walter con anhelo. Por algún motivo, le dolía pensar que Rilla pudiera despreciarlo, le dolía tanto como si hubiera sido Di. Comprendió de pronto lo mucho que quería a esa hermanita pequeña que tanto lo admiraba, con sus ojos suplicantes y su rostro de niña turbada.

—No, no te desprecio. Vamos, Walter, cientos de personas sienten exactamente lo mismo que tú. Ya sabes lo que dice aquel verso de Shakespeare en el viejo Quinto Libro de Lectura: «el valiente no es el que no siente miedo».

—No... Pero es «aquel cuya alma noble somete su miedo». Yo no hago eso. No podemos quitarle hierro, Rilla. Soy un cobarde.

—No lo *eres*. Piensa en cómo te peleaste con Dan Reese hace tiempo.

—Un arrebató de valor no basta para toda una vida.

—Walter, una vez oí decir a papá que lo que te pasaba era que tenías una naturaleza sensible y una imaginación viva. Creo que ahora sé a qué se refería. Tú *sientes* las cosas antes de que lleguen de verdad..., las sientes tú solo, sin nada que te ayude a soportarlas, que te las *quite* de encima. No lo explico muy bien, pero sé que ese es el problema. No es nada de lo que avergonzarse. Cuando tú y Jem os quemasteis las manos, cuando prendieron fuego a la hierba

de las dunas hace dos años, Jem se quejó del dolor el doble que tú. En cuanto a esta horrible guerra, habrá de sobra que vaya sin ti. No durará mucho.

—Ojalá pudiera creerlo. Bueno, es la hora de cenar, Rilla. Deberías ir corriendo. Yo no quiero nada.

—Yo tampoco. No podría comer ni un bocado. Déjame quedarme aquí contigo, Walter. Es un consuelo hablar de estas cosas con alguien. Los demás piensan que soy demasiado niña para entender.

Así que se quedaron los dos sentados en el viejo valle hasta que la estrella vespertina brilló a través de una nube gris pálido y vaporosa sobre la arboleda de arces, y una oscuridad fragante y húmeda de rocío llenó su pequeño rincón boscoso. Fue una de las tardes que Rilla habría de atesorar en su recuerdo toda la vida: la primera en que Walter le había hablado como si fuera una mujer y no una niña. Se consolaron y se dieron fuerzas el uno al otro. Walter sintió, al menos por el momento, que no era, después de todo, una cosa tan despreciable temer el horror de la guerra; y Rilla se alegró de haber sido hecha confidente de sus luchas, de compadecerse de él y animarlo. Era importante para alguien.

Cuando volvieron a Ingleside encontraron visitas sentadas en el porche. El señor y la señora Meredith habían venido de la casa parroquial, y el señor y la señora Norman Douglas habían subido desde la granja. La prima Sophia también estaba allí, sentada con Susan en la penumbra del fondo. La señora Blythe, Nan y Di habían salido, pero el doctor Blythe estaba en casa, y también el doctor Jekyll, sentado en dorada majestad en el escalón más alto. Y, por supuesto, todos hablaban de la guerra, salvo el doctor Jekyll, que se guardaba su opinión y miraba con el desprecio que solo un gato sabe mirar. Cuando dos personas se juntaban en aquellos días, hablaban de la guerra; y el viejo Sandy de las Tierras Altas de Harbour Head hablaba de ella incluso estando solo, lanzando anatemas contra el káiser por todos los acres de su granja. Walter se escabulló, sin ganas de ver ni de que lo vieran, pero Rilla se sentó en los escalones, donde la menta del jardín estaba húmeda de rocío

y era penetrante. Era una tarde muy serena, con una tenue luz dorada de ocaso iluminando el Glen. Se sentía más feliz que en cualquier otro momento de la espantosa semana que acababa de pasar. Ya no la atormentaba el miedo de que Walter se fuera.

—Yo mismo iría si tuviera veinte años menos —vociferaba Norman Douglas. Norman siempre vociferaba cuando se excitaba—. ¡Yo le enseñaría al káiser un par de cosas! ¿Es que he dicho alguna vez que no hubiera infierno? Claro que hay infierno: docenas de infiernos, cientos de infiernos, adonde van a parar el káiser y toda su prole.

—Yo sabía que esta guerra venía —dijo la señora Norman, triunfante—. Yo la vi venir desde el principio. Yo podría haberles dicho a todos esos ingleses estúpidos lo que les esperaba. Te lo dije a *tí*, John Meredith, hace años, lo que tramaba el káiser, pero no quisiste creerlo. Dijiste que jamás sumiría al mundo en una guerra. ¿Quién tenía razón sobre el káiser, John? ¿Tú o yo? Dímelo.

—Tenías razón, lo reconozco —dijo el señor Meredith.

—Ya es tarde para reconocerlo ahora —dijo la señora Norman, meneando la cabeza, como dando a entender que si John Meredith lo *hubiera* reconocido antes, tal vez no habría habido guerra.

—Gracias a Dios que la armada de Inglaterra está lista —dijo el doctor.

—Amén a eso —asintió la señora Norman—. Ciegos como topos como estaban la mayoría, alguien tuvo la previsión de ocuparse de *eso*.

—Puede que Inglaterra consiga no meterse en líos por esto —dijo la prima Sophia, quejumbrosa—. Yo qué sé. Pero me temo mucho que sí.

—Cualquiera diría que Inglaterra ya está metida en líos hasta el cuello, Sophia Crawford —dijo Susan—. Pero tu forma de pensar me supera, y siempre me ha superado. Mi opinión es que la armada

británica arreglará a Alemania en un santiamén y que todos nos estamos alterando por nada.

Susan escupió las palabras como si quisiera convencerse a sí misma más que a nadie. Tenía su pequeño repertorio de filosofías caseras para guiarse por la vida, pero no tenía nada con que protegerse de los rayos de la semana que acababa de pasar. ¿Qué tenía que ver una solterona presbiteriana, honrada y trabajadora, de Glen St. Mary, con una guerra a miles de kilómetros de distancia? A Susan le parecía indecente tener que verse perturbada por ella.

—El *ejército* británico arreglará a Alemania —vociferó Norman—. Esperad a que *se ponga en marcha*, y el káiser verá que la guerra de verdad es muy distinta de desfilas por Berlín con los bigotes bien enroscados.

—Gran Bretaña no tiene ejército —dijo la señora Norman con énfasis—. No hace falta que *me* fulmines con la mirada, Norman. Fulminar con la mirada no convierte en soldados a los tallos de hierba. Cien mil hombres no serán más que un bocado para los millones de Alemania.

—Habrás algo duro de masticar en ese bocado, calculo yo —insistió Norman, animoso—. Alemania se romperá los dientes con él. Que no me digan que un británico no vale por diez extranjeros. ¡Yo solo podría dar cuenta de una docena de ellos con las dos manos atadas a la espalda!

—Me han dicho —dijo Susan— que el viejo señor Pryor no cree en esta guerra. Me han dicho que dice que Inglaterra entró en ella solo porque tenía envidia de Alemania, y que en realidad no le importaba lo más mínimo lo que le pasara a Bélgica.

—Creo que ha estado diciendo alguna sandez por el estilo —dijo Norman—. Yo no se lo he oído. Cuando lo haga, Barbas-en-la-Luna no sabrá ni qué le ha pasado. Esa preciosa parienta mía, Kitty Alec, sostiene lo mismo, tengo entendido. Delante de *mí* no, eso sí; por algún motivo, la gente no se permite ese tipo de conversación en mi

presencia. Válgame Dios, tienen una especie de presentimiento, por así decirlo, de que no les convendría para la salud.

—Mucho me temo que esta guerra se nos ha enviado como castigo por nuestros pecados —dijo la prima Sophia, separando sus pálidas manos del regazo y volviéndolas a cruzar solemnemente sobre el estómago—. «El mundo es muy malo; los tiempos se acercan a su fin».

—El pastor aquí presente tiene algo parecido en mente —rió por lo bajo Norman—. ¿No es así, pastor? Por eso predicaste la otra noche sobre el texto «sin derramamiento de sangre no se hace remisión». No estaba de acuerdo contigo; tenía ganas de levantarme en el banco y gritar que no había ni una palabra con sentido en lo que decías, pero Ellen, aquí presente, me sujetó. Desde que me casé, ya no me divierto metiéndome con los pastores.

—Sin derramamiento de sangre no hay *nada* —dijo el señor Meredith, con ese aire dulce y soñador que tenía la inesperada virtud de convencer a quien lo escuchaba—. Me parece que *todo* ha de comprarse con sacrificio. Nuestra raza ha marcado cada paso de su penosa ascensión con sangre. Y ahora deben volver a correr torrentes de ella. No, señora Crawford, no creo que la guerra se haya enviado como castigo por el pecado. Creo que es el precio que la humanidad debe pagar por alguna bendición, algún avance lo bastante grande para merecer el precio, que puede que *nosotros* no lleguemos a ver, pero que heredarán los hijos de nuestros hijos.

—Si mataran a Jerry, ¿te parecería tan bien? —preguntó Norman, que llevaba toda la vida diciendo cosas así y al que nunca se le pudo hacer ver ninguna razón para no hacerlo—. Y no me des patadas en las espinillas, Ellen. Quiero ver si el pastor decía en serio lo que dijo, o si era solo un adorno de púlpito.

Al señor Meredith le tembló el rostro. Había pasado una hora terrible, a solas en su despacho, la noche en que Jem y Jerry se fueron al pueblo. Pero respondió con calma.

—Sea lo que fuera lo que yo sintiera, no podría alterar mi convicción..., mi *certeza* de que un país cuyos hijos están dispuestos a dar la vida en su defensa ganará una visión nueva gracias a su sacrificio.

—Tú *sí* lo dices en serio, pastor. Siempre sé cuándo la gente dice en serio lo que dice. Es un don que traigo de nacimiento. ¡Eso me convierte en el terror de la mayoría de los pastores! Pero nunca te he pillado diciendo nada que no pensaras. Siempre tengo la esperanza de pillarte: eso es lo que me reconcilia con ir a la iglesia. Sería un consuelo tan grande para mí, un arma tan buena con que apalea a Ellen aquí presente cuando intenta civilizarme. Bueno, me voy un momento por el camino a ver a Ab. Crawford. Que los dioses os traten bien a todos.

—¡Viejo pagano! —masculló Susan, mientras Norman se alejaba a zancadas. No le importaba que Ellen Douglas la oyera. Susan nunca pudo entender por qué no caía fuego del cielo sobre Norman Douglas cuando insultaba a los pastores de aquella manera. Pero lo asombroso era que el señor Meredith parecía tenerle verdadero cariño a su cuñado.

Rilla deseaba que hablaran de algo que no fuera la guerra. Llevaba una semana sin oír otra cosa y ya estaba realmente un poco harta. Ahora que se había librado del miedo obsesivo de que Walter quisiera ir, se había vuelto bastante impaciente. Pero suponía —con un suspiro— que aún quedarían tres o cuatro meses de aquello.

CAPÍTULO 6. SUSAN, RILLA Y EL PERRO

MONDAY TOMAN UNA RESOLUCIÓN

La gran sala de estar de Ingleside estaba nevada de montones de algodón blanco. Había llegado aviso de la sede central de la Cruz Roja de que harían falta sábanas y vendas. Nan, Di y Rilla trabajaban sin descanso. La señora Blythe y Susan estaban arriba, en el cuarto de los chicos, ocupadas en una tarea más personal. Con los ojos secos y angustiados, hacían el equipaje de Jem. Debía partir hacia Valcartier a la mañana siguiente. Llevaban tiempo esperando el aviso, pero no por eso fue menos terrible cuando llegó.

Rilla hilvanaba el dobladillo de una sábana por primera vez en su vida. Cuando llegó el aviso de que Jem debía irse, se había desahogado llorando entre los pinos del Valle del Arco Iris, y después había ido a ver a su madre.

—Mamá, quiero hacer algo. No soy más que una chica; no puedo hacer nada por ganar la guerra; pero tengo que hacer algo para ayudar en casa.

—Ha llegado el algodón para las sábanas —dijo la señora Blythe—. Puedes ayudar a Nan y a Di a coserlas. Y, Rilla, ¿no crees que podrías organizar una Cruz Roja Juvenil entre las chicas jóvenes? Creo que les gustaría más, y trabajarían mejor solas que mezcladas con las mayores.

—Pero, mamá, yo nunca he hecho nada parecido.

—Todos vamos a tener que hacer muchísimas cosas en los meses que tenemos por delante que nunca hemos hecho antes, Rilla.

—Bueno —Rilla se lanzó de cabeza—. Lo intentaré, mamá, si me dices cómo empezar. Lo he estado pensando y he decidido que debo ser todo lo *valiente, heroica y desprendida* que pueda.

La señora Blythe no sonrió ante las cursivas de Rilla. Quizá no le apetecía sonreír, o quizá adivinó un verdadero grano de propósito serio detrás de la pose romántica de Rilla. Y así fue como Rilla se puso a dobladillar sábanas y a organizar una Cruz Roja Juvenil en sus pensamientos mientras dobladillaba; es más, lo estaba disfrutando: lo de organizar, se entiende, no lo de coser. Era interesante, y Rilla descubrió en sí misma cierta aptitud para ello que la sorprendió. ¿Quién sería la presidenta? Ella no. A las chicas mayores no les gustaría. ¿Irene Howard? No, de algún modo Irene no era tan popular como merecía. ¿Marjorie Drew? No, a Marjorie le faltaba carácter. Era demasiado propensa a estar de acuerdo con quien hablara en último lugar. Betty Mead —la serena, capaz, diplomática Betty— ¡esa era la indicada! Y Una Meredith de tesorera; y, si insistían mucho, quizá la nombrarían a ella, a Rilla, secretaria. En cuanto a los diversos comités, habría que elegirlos una vez organizadas las Juveniles, pero Rilla ya sabía perfectamente a quién poner en cada uno. Se reunirían por turnos, y no habría nada de comer (Rilla sabía que tendría una batalla campal con Olive Kirk por eso), y todo sería estrictamente formal y reglamentario. Su libro de actas iría forrado de blanco con una Cruz Roja en la cubierta, y ¿no sería bonito tener alguna especie de uniforme, algo sencillo pero elegante, que pudieran llevar todas en los conciertos que tendrían que organizar para recaudar dinero?

—Has hilvanado el dobladillo de arriba de esa sábana por un lado, y el de abajo por el otro —dijo Di.

Rilla deshizo las puntadas y pensó que odiaba coser. Dirigir la Cruz Roja Juvenil sería mucho más interesante.

La señora Blythe estaba diciendo arriba:

—Susan, ¿te acuerdas de aquel primer día en que Jem levantó sus bracitos hacia mí y me llamó «má», la primera palabra que intentó decir en su vida?

—No hay nada que puedas decirme sobre ese niño bendito que yo no recuerde ya, y que no vaya a recordar hasta el día de mi muerte —dijo Susan con tristeza.

—Susan, hoy no dejo de pensar en aquella noche en que lloró llamándome. Tenía solo unos meses. Gilbert no quería que fuera a verlo; decía que el niño estaba bien y calentito, y que eso solo serviría para fomentarle malas costumbres. Pero fui, y lo cogí en brazos. Todavía puedo sentir cómo me rodeaba el cuello con sus bracitos, aferrado a mí. Susan, si aquella noche, hace veintiún años, no *hubiera* ido a coger a mi niño cuando lloraba llamándome, no *podría* afrontar la mañana de mañana.

—No sé cómo vamos a afrontarla de todos modos, mi querida señora doctora. Pero no me diga que será la despedida definitiva. Volverá con permiso antes de irse a ultramar, ¿verdad que sí?

—Eso esperamos, pero no estamos muy seguros. Estoy decidida a pensar que no, para no tener luego una desilusión que soportar. Susan, estoy decidida a despedir a mi hijo mañana con una sonrisa. Que no se lleve el recuerdo de una madre débil que no tuvo el valor de despedirlo cuando él tuvo el valor de irse. Espero que ninguna lloremos.

—Yo no voy a llorar, mi querida señora doctora, y a eso puede usted atenerse, pero si conseguiré sonreír o no ya lo dirá la Providencia y lo que sienta en la boca del estómago. ¿Tiene sitio ahí para este bizcocho de frutas? ¿Y para las pastas de mantequilla? ¿Y para el pastel de picadillo? Ese muchacho bendito no va a pasar hambre, coman lo que coman o no en ese sitio de Quebec. Todo parece cambiar a la vez, ¿verdad? Hasta el gato viejo de la casa parroquial ha fallecido. Exhaló su último suspiro anoche a las diez menos cuarto, y Bruce está desolado, según me dicen.

—Ya era hora de que ese gato fuera adonde van los gatos buenos. Debe de tener al menos quince años. Ha estado tan solo desde que murió la tía Martha.

—Yo no lo habría lamentado, mi querida señora doctora, si esa bestia de Hyde también hubiera muerto. Ha sido Mr. Hyde casi todo el tiempo desde que Jem volvió a casa de caqui, y *eso* tiene un significado, y en eso me mantengo. No sé qué hará Monday cuando Jem se vaya. La criatura anda con una mirada tan humana en los ojos que me quita las ganas de vivir cuando la veo. Ellen West siempre estaba renegando del káiser y pensábamos que estaba loca, pero ahora veo que había un método en su locura. Esta bandeja ya está lista, mi querida señora doctora, y voy a bajar a poner todo mi empeño en preparar la cena. Ojalá supiera cuándo volveré a hacerle otra cena a Jem, pero esas cosas se nos ocultan.

Jem Blythe y Jerry Meredith se marcharon a la mañana siguiente. Era un día gris, que amenazaba lluvia, y las nubes yacían en pesados rollos grises sobre el cielo; pero casi todo el Glen, y Four Winds, y Harbour Head, y Upper Glen, y el otro lado del puerto —salvo Barbas-en-la-Luna— acudieron a despedirlos. La familia Blythe y la familia Meredith sonreían todos. Hasta Susan, tal como la Providencia lo dispuso, llevaba puesta una sonrisa, aunque el efecto resultaba bastante más doloroso que si hubiera llorado. Faith y Nan estaban muy pálidas y muy gallardas. Rilla pensó que se las arreglaría bien mientras algo en la garganta no la ahogara, y si sus labios no le daban esos temblores. El perro Monday también estaba allí. Jem había intentado despedirse de él en Ingleside, pero Monday suplicó con tanta elocuencia que Jem cedió y lo dejó ir a la estación. Se mantuvo pegado a las piernas de Jem y vigiló cada uno de sus movimientos.

—No soporto los ojos de ese perro —dijo la señora Meredith.

—Ese bicho tiene más sentido común que la mayoría de los humanos —dijo Mary Vance—. Bueno, ¿alguno de nosotros pensó alguna vez que viviría para ver este día? Estuve llorando toda la noche de pensar que Jem y Jerry se iban así. *Yo* creo que están

completamente chalados. A Miller se le metió en la cabeza el capricho de irse, pero pronto se lo quité de la cabeza a fuerza de hablar; su tía también dijo un par de cosas conmovedoras. Por una vez en la vida, Kitty Alec y yo estamos de acuerdo. Es un milagro que no es probable que se repita. Ahí está Ken, Rilla.

Rilla sabía que Kenneth estaba allí. Había sido dolorosamente consciente de ello desde el momento en que saltó del coche de Leo West. Ahora se acercaba a ella sonriendo.

—Haciendo el numerito de la hermana valiente-que-sonríe, por lo que veo. ¡Menuda multitud ha reunido el Glen! Bueno, yo me vuelvo a casa dentro de unos días.

Un extraño vientecillo de desolación, que ni siquiera la partida de Jem había provocado, sopló sobre el ánimo de Rilla.

—¿Por qué? Todavía te queda un mes de vacaciones.

—Sí, pero no puedo quedarme rondando por Four Winds y pasarlo bien cuando el mundo está ardiendo así. Me voy derecho a la vieja Toronto, donde encontraré alguna manera de ayudar, a pesar de este maldito tobillo. No soporto mirar a Jem y a Jerry, me da demasiada envidia, me pone enfermo. Vosotras, chicas, sois estupendas: nada de llantos, nada de sufrir con cara larga. Los chicos se irán con buen sabor de boca. Espero que Persis y mamá estén igual de a la altura cuando me llegue el turno a mí.

—Ay, Kenneth, la guerra habrá terminado antes de que te toque.

¡Allí estaba! Había vuelto a cecear. ¡Otro gran momento de su vida, estropeado! Bueno, era su destino. Y, además, nada importaba. Kenneth ya se había ido, estaba hablando con Ethel Reese, que iba vestida, a las siete de la mañana, con el vestido que se había puesto para el baile, y estaba llorando. ¿Por qué diantres tenía que llorar Ethel? Ninguno de los Reese vestía de caqui. Rilla también quería llorar, pero *no* lo haría. ¿Qué le estaba diciendo a mamá aquella horrible señora Drew, con su tono quejumbroso y melancólico? «No sé cómo puede aguantar esto, señora Blythe. *Yo* no podría, si fuera *mi* pobre chico». Y mamá, ¡ay, con mamá siempre se podía contar!

Cómo le brillaban los ojos grises en su rostro pálido. «Podría haber sido peor, señora Drew. Podría haber tenido que insistirle para que se fuera». La señora Drew no lo entendió, pero Rilla sí. Levantó la cabeza. A su hermano no había hecho falta insistirle para que se fuera.

Rilla se encontró de pie, sola, escuchando fragmentos sueltos de conversación mientras la gente pasaba caminando de un lado a otro junto a ella.

—Le dije a Mark que esperara a ver si pedían un segundo contingente de hombres. Si lo hacían, lo dejaría ir, pero no lo harán —dijo la señora Palmer Burr.

—Creo que lo haré con un cinturón fruncido de terciopelo —dijo Bessie Clow.

—Me da miedo mirar la cara de mi marido, por si veo en ella que también quiere irse —dijo una jovencita recién casada del otro lado del puerto.

—Estoy muerta de miedo —dijo la ocurrente señora Jim Howard—. Tengo miedo de que Jim se aliste, y tengo miedo de que no lo haga.

—La guerra habrá terminado para Navidad —dijo Joe Vickers.

—Que esas naciones europeas se peleen entre ellas —dijo Abner Reese.

—Cuando era niño le di más de una buena tunda —vociferó Norman Douglas, que parecía referirse a alguien importante en los círculos militares de Charlottetown—. Sí, señor, le zurré bien, por muy pez gordo que sea ahora.

—Está en juego la existencia misma del Imperio Británico —dijo el pastor metodista.

—Desde luego que los uniformes tienen *algo* especial —suspiró Irene Howard.

—Al fin y al cabo es una guerra de negocios, y no vale ni una gota de buena sangre canadiense —dijo un forastero del hotel de la

costa.

—Los Blythe se lo están tomando con calma —dijo Kate Drew.

—Esos jóvenes insensatos solo van en busca de aventura —gruñó Nathan Crawford.

—Tengo absoluta confianza en Kitchener —dijo el médico del otro lado del puerto.

—*Es un largo, largo camino hasta Tipperary* —canturreó Rick MacAllister.

En esos diez minutos, Rilla pasó por una sucesión vertiginosa de ira, risa, desprecio, abatimiento e inspiración. Ay, la gente era... ¡qué graciosa! Qué poco entendían. «Tomárselo con calma», sí, desde luego, ¡cuando ni siquiera Susan había pegado ojo en toda la noche! Kate Drew siempre había sido una descarada.

Rilla sintió como si estuviera en una especie de pesadilla fantástica. ¿Eran esas la misma gente que, tres semanas atrás, hablaba de cosechas, precios y cotilleos del pueblo?

Ya está: llegaba el tren; mamá tenía cogida la mano de Jem; el perro Monday se la lamía; todos se decían adiós; ¡el tren había llegado! Jem besó a Faith delante de todo el mundo; la vieja señora Drew lanzó un alarido histérico; los hombres, con Kenneth a la cabeza, vitorearon; Rilla sintió que Jem le agarraba la mano —«Adiós, Araña»—; alguien le besó la mejilla, creía que había sido Jerry, pero nunca estuvo segura; partieron; el tren arrancaba; Jem y Jerry saludaban con la mano a todo el mundo; todos les devolvían el saludo; mamá y Nan seguían sonriendo, pero como si se les hubiera olvidado quitarse la sonrisa; Monday aullaba lúgubrementemente mientras el pastor metodista lo sujetaba a la fuerza para que no saliera corriendo tras el tren; Susan agitaba su mejor capota y vitoreaba como un hombre —¿es que se *había* vuelto loca?—; el tren dobló una curva. Se habían ido.

Rilla volvió en sí con un jadeo. Se hizo un silencio repentino. No había nada que hacer ya, salvo volver a casa, y esperar. El doctor y

la señora Blythe se fueron juntos; también Nan y Faith; también John Meredith y Rosemary. Walter, Una, Shirley, Di, Carl y Rilla se fueron todos juntos, en grupo. Susan se había vuelto a poner la capota, del revés, y se marchó sola, caminando a zancadas y con gesto sombrío. Al principio, nadie echó de menos al perro Monday. Cuando se dieron cuenta, Shirley volvió a buscarlo. Lo encontró acurrucado en uno de los cobertizos de mercancías cerca de la estación, e intentó convencerlo con halagos para que volviera a casa. El perro Monday no se movió. Meneó el rabo para demostrar que no le guardaba rencor, pero ningún halago consiguió moverlo de allí.

—Me parece que Monday ha decidido esperar ahí hasta que Jem vuelva —dijo Shirley, tratando de reírse al reunirse con los demás.

Que era exactamente lo que había decidido el perro Monday. Su querido amo se había ido; a él, a Monday, un demonio disfrazado con el hábito de un pastor metodista lo había impedido, deliberada y premeditadamente, ir con él. Por lo cual él, Monday, esperaría allí hasta que aquel monstruo humeante y resoplante que se había llevado a su héroe volviera a traerlo de vuelta.

Ea, espera ahí, perrito fiel, de ojos suaves, anhelantes y perplejos. Pero pasará mucho tiempo, muchos días amargos, antes de que tu compañero de juegos vuelva a ti.

El doctor estaba fuera, atendiendo un caso aquella noche, y Susan entró a zancadas en el cuarto de la señora Blythe camino de la cama, para ver si su adorada señora doctora estaba «cómoda y sosegada». Se detuvo solemnemente a los pies de la cama y declaró con solemnidad:

—Mi querida señora doctora, he decidido ser una heroína.

«La querida señora doctora» sintió unas ganas violentas de reír, lo cual era, la verdad, bastante injusto, ya que no se había reído cuando Rilla había anunciado una determinación heroica parecida. Ciertamente que Rilla era una criatura esbelta, vestida de blanco, con un rostro de flor y unos ojos jóvenes y estrellados encendidos de

sentimiento; mientras que Susan iba enfundada en un camisón de franela gris de una sencillez rigurosa, y llevaba atada al pelo gris una tira de lana roja como amuleto contra la neuralgia. Pero eso no debía suponer ninguna diferencia esencial. ¿Acaso no era el espíritu lo que contaba? Y, sin embargo, a la señora Blythe le costó un gran esfuerzo no echarse a reír.

—No pienso —prosiguió Susan con firmeza— seguir lamentándome, ni quejándome, ni poniendo en duda la sabiduría del Todopoderoso, como he estado haciendo últimamente. Quejarse, escaquearse y echarle la culpa a la Providencia no llevan a ninguna parte. No nos queda más remedio que enfrentarnos a lo que haya que hacer, ya sea escardar el bancal de las cebollas o gobernar el país. *Yo* pienso enfrentarme a ello. Esos muchachos benditos se han ido a la guerra; y *nosotras, las mujeres*, mi querida señora doctora, tenemos que quedarnos junto al bagaje y mantener el tipo.

CAPÍTULO 7. UN BEBÉ DE LA GUERRA Y UNA SOPERA

—Lieja y Namur, ¡y ahora Bruselas! —El doctor meneó la cabeza—. No me gusta, no me gusta.

—No pierda usted el ánimo, mi querido doctor, que solo las defendían extranjeros —dijo Susan con grandilocuencia—. Espere usted a que los alemanes se enfrenten a los británicos: será una historia muy distinta, y a eso puede usted atenerse.

El doctor volvió a menear la cabeza, aunque con algo menos de gravedad; puede que todos compartieran, sin saberlo, la fe de Susan en que «la delgada línea gris» era irrompible, incluso ante el empuje victorioso de los prestos millones de Alemania. Fuera como fuese, cuando llegó el día terrible —el primero de muchos días terribles— con la noticia de que el ejército británico se batía en retirada, todos se miraron unos a otros con muda consternación.

—No... no puede ser verdad —jadeó Nan, refugiándose por un instante en la incredulidad.

—Ya sentía yo que hoy iban a llegar malas noticias —dijo Susan—, porque esa bestia de gato se ha convertido esta mañana en Mr. Hyde sin ton ni son, y *eso* no era buena señal.

—«Un ejército roto, derrotado, pero no desmoralizado» —masculló el doctor, citando un despacho de Londres—. ¿Será posible que se diga eso del ejército de Inglaterra?

—Ahora la guerra tardará mucho en terminar —dijo la señora Blythe con desaliento.

La fe de Susan, sumergida por un instante, volvió a salir triunfante a la superficie.

—Recuerde usted, mi querida señora doctora, que el ejército británico no es la armada británica. No lo olvide *nunca*. Y los rusos también vienen de camino, aunque los rusos son gente de la que no sé gran cosa y, por tanto, a la que no puedo atenerme.

—Los rusos no llegarán a tiempo de salvar París —dijo Walter con tristeza—. París es el corazón de Francia, y el camino hacia ella está abierto. Ay, ojalá... —se detuvo en seco y salió.

Tras un día de parálisis, la gente de Ingleside descubrió que era posible «seguir adelante» aun con las malas noticias cada vez más sombrías. Susan trabajaba con furia en su cocina, el doctor salía a hacer sus visitas, Nan y Di volvieron a sus actividades de la Cruz Roja; la señora Blythe fue a Charlottetown para asistir a una convención de la Cruz Roja; Rilla, tras desahogarse con un violento ataque de llanto en el Valle del Arco Iris y un desahogo en su diario, recordó que había decidido ser valiente y heroica. Y, pensó, resultaba realmente heroico ofrecerse a recorrer el Glen y Four Winds un día entero, recogiendo los donativos prometidos a la Cruz Roja con el viejo caballo tordo de Abner Crawford. Uno de los caballos de Ingleside estaba cojo y el doctor necesitaba el otro, así que no había más remedio que el jamelgo de los Crawford, una criatura plácida, cachazuda y de piel dura, con la amable costumbre de detenerse cada pocos metros para espantarse con una pata la mosca que se le posaba en la otra. Rilla sentía que aquello, sumado al hecho de que los alemanes estaban a solo ochenta kilómetros de París, era casi insoportable. Pero partió con gallardía a cumplir un recado cargado de sorprendentes consecuencias.

Ya avanzada la tarde se encontró, con el coche lleno de paquetes, a la entrada de un camino herboso y lleno de roderas que llevaba hasta la orilla del puerto, preguntándose si valía la pena pasar por

casa de los Anderson. Los Anderson eran pobres de solemnidad y no era probable que la señora Anderson tuviera nada que dar. Por otra parte, su marido, inglés de nacimiento, que trabajaba en Kingsport cuando estalló la guerra, había zarpado de inmediato hacia Inglaterra para alistarse allí, sin, todo hay que decirlo, volver a casa ni enviar gran cosa de dinero contante para representarlo. Así que quizá la señora Anderson se sintiera dolida si la pasaban por alto. Rilla decidió parar. Hubo momentos después en que deseó no haberlo hecho, pero, a la larga, se alegró mucho de haberlo hecho.

La casa de los Anderson era una construcción pequeña y ruinosa, agazapada entre un grupo de abetos maltrechos cerca de la orilla, como si le diera vergüenza de sí misma y quisiera esconderse. Rilla ató su jamelgo tordo a la valla desvencijada y se acercó a la puerta. Estaba abierta; y lo que vio la dejó por un instante sin habla ni movimiento.

Por la puerta abierta del pequeño dormitorio de enfrente, Rilla vio a la señora Anderson tendida en la cama revuelta; *y la señora Anderson estaba muerta*. De eso no cabía duda; como tampoco cabía duda de que la mujer grande, desaliñada, pelirroja, de cara colorada y más que gorda que estaba sentada junto a la puerta, fumando en pipa muy a gusto, estaba de lo más viva. Se mecía perezosamente entre aquel desorden mugriento, sin prestar la menor atención a los chillidos desgarradores que llegaban de una cuna en medio de la habitación.

Rilla conocía a aquella mujer de vista y de fama. Se llamaba señora Conover; vivía abajo, en el pueblo de pescadores; era tía abuela de la señora Anderson; y bebía tanto como fumaba.

El primer impulso de Rilla fue dar media vuelta y huir. Pero eso no serviría de nada. Puede que aquella mujer, repulsiva como era, necesitara ayuda, aunque desde luego no daba la impresión de que le preocupase carecer de ella.

—Pase —dijo la señora Conover, apartándose la pipa de la boca y clavando en Rilla sus ojillos de rata.

—¿Es... es verdad que la señora Anderson ha muerto? —preguntó Rilla con timidez, cruzando el umbral.

—Muerta y bien muerta —respondió la señora Conover alegremente—. Estiró la pata hace media hora. He mandado a Jen Conover a telefonar al de las pompas fúnebres y a traer ayuda de la orilla. Usted es la señorita del doctor, ¿no? ¿Quiere sentarse?

Rilla no vio ninguna silla que no estuviese cubierta de trastos. Se quedó de pie.

—¿No ha sido... muy repentino?

—Pues lleva consumiéndose desde que ese inútil de Jim se largó a Inglaterra, cosa que digo yo que es una lástima que hiciera. A mi entender le entró la muerte en cuanto se enteró de la noticia. Ese crío de ahí nació hace quince días y desde entonces ella no ha hecho más que ir para abajo, y hoy, así de pronto, se ha muerto sin que nadie se lo esperase.

—¿Hay algo que pueda hacer para... para ayudar? —titubeó Rilla.

—Dios la bendiga, no, a menos que tenga usted mano con los críos. Yo no la tengo. Ese crío no para de berrear, ni de día ni de noche. Ya he llegado al punto de no hacerle ni caso.

Rilla se acercó de puntillas a la cuna y, con más cuidado todavía, apartó la manta sucia. No tenía intención alguna de tocar al bebé: *ella* tampoco tenía «mano con los críos». Vio un mamoncillo feo, de carita roja y deforme, envuelto en un trozo de franela vieja y mugrienta. Nunca había visto un bebé más feo. Y sin embargo, de pronto se apoderó de ella una lástima honda por aquel ser desolado y huérfano que había «salido de todas partes» hacia un «aquí» tan incierto.

—¿Qué va a ser del bebé? —preguntó.

—Solo Dios lo sabe —dijo la señora Conover con franqueza—. Min se preocupó muchísimo por eso antes de morir. No paraba de decir «ay, qué será de mi pobre criatura» hasta que ya me sacaba de quicio. Yo no pienso molestarme por él, se lo digo ya. A mí me tocó

criar a un chico que dejó mi hermana, y en cuanto sirvió para algo puso pies en polvorosa y no me da ni un poco de ayuda en mi vejez, el desagradecido. Le dije a Min que habría que mandarlo a un orfanato hasta ver si Jim volvía alguna vez a hacerse cargo de él. ¿Se lo puede creer? No le gustó nada la idea. Pero ese es el resumen de todo el asunto.

—Pero ¿quién va a cuidarlo hasta que puedan llevarlo al orfanato?
—insistió Rilla. No sabía por qué, pero la suerte del bebé la inquietaba.

—Supongo que me tocará a mí —gruñó la señora Conover. Guardó la pipa y le dio un trago sin ningún reparo a una botella negra que sacó de un estante cercano—. A mi entender el crío no va a durar mucho. Es enfermizo. Min nunca tuvo mucho brío, y me figuro que él tampoco. Seguramente no dará guerra por mucho tiempo, y buen viaje, digo yo.

Rilla apartó la manta un poco más.

—¡Pero si el bebé no lleva ropa! —exclamó, escandalizada.

—Y quién iba a vestirlo, quisiera yo saber —replicó la señora Conover con brusquedad—. Yo no tuve tiempo: entre cuidar a Min se me fue todo el que tenía. Además, como ya le he dicho, no entiendo nada de críos. La vieja señora Billy Crawford estuvo aquí cuando nació y lo lavó y lo envolvió en esa franela, y Jen lo ha ido atendiendo un poco desde entonces. El bicho tiene calor de sobra. Con este tiempo se derretiría hasta un mono de bronce.

Rilla guardó silencio, mirando al bebé que lloraba. Nunca antes se había topado con ninguna de las tragedias de la vida, y aquella la hirió hasta el fondo del corazón. Pensar en la pobre madre bajando sola al valle de sombra, angustiada por su bebé, sin nadie a su lado más que aquella anciana abominable, le dolía terriblemente. ¡Si al menos hubiera llegado un poco antes! Pero ¿qué podría haber hecho, qué podía hacer ahora? No lo sabía, pero tenía que hacer *algo*. Odiaba a los bebés; pero sencillamente *no* podía irse y dejar a aquella pobre criaturita con la señora Conover, que ya le estaba

dando otra vez a la botella negra y que probablemente estaría completamente borracha antes de que llegase nadie.

«Yo no puedo quedarme —pensó Rilla—. El señor Crawford dijo que *tenía* que estar en casa a la hora de la cena, porque esta noche necesitaba él mismo el poni. Ay, ¿qué voy a hacer?»

Tomó de golpe una resolución desesperada e impulsiva.

—Me llevaré el bebé a casa —dijo—. ¿Puedo?

—Claro, si eso quiere —dijo la señora Conover amablemente—. Por mí no hay inconveniente. Lléveselo, y bien llevado.

—Yo... yo no puedo llevarlo en brazos —dijo Rilla—. Tengo que llevar las riendas del caballo y me daría miedo que se me cayera. ¿Hay por aquí una... una cesta donde pueda meterlo?

—No que yo sepa. Aquí no hay mucho de *nada*, se lo digo yo. Si abre ese cajón de ahí encontrará algo de ropa de bebé. Mejor que se la lleve.

Rilla cogió la ropa: las prendas baratas y raídas que la pobre madre había preparado como mejor había podido. Pero eso no resolvía el apremiante problema de cómo transportar al bebé. Rilla miró alrededor sin saber qué hacer. ¡Ay, si tuviera aquí a mamá, o a Susan! Sus ojos se posaron en una enorme sopera azul al fondo del aparador.

—¿Puedo usar esto para... para meterlo dentro? —preguntó.

—Bueno, no es mía, pero supongo que puede llevársela. No la rompa si puede evitarlo: Jim podría armar un escándalo si vuelve con vida, cosa que hará seguro, siendo el inútil que es. Se trajo esa sopera vieja de Inglaterra: decía que había estado siempre en la familia. Él y Min nunca la usaron, nunca tuvieron sopa suficiente para llenarla, pero Jim la tenía en un altar. Era muy exigente con algunas cosas, aunque no le preocupaba lo más mínimo que no hubiera gran cosa que echar en los platos.

Por primera vez en su vida, Rilla Blythe tocó a un bebé, lo levantó, lo envolvió en una manta, temblando de nerviosismo por miedo a que se le cayera o... o lo rompiera. Luego lo metió en la sopera.

—¿Hay peligro de que se asfixie? —preguntó, angustiada.

—Poco importaría si se asfixia —dijo la señora Conover.

Horrorizada, Rilla aflojó un poco la manta alrededor de la cara del bebé. La criaturita había dejado de llorar y parpadeaba mirándola. Tenía unos ojos grandes y oscuros en su carita fea.

—Más vale que no le dé el aire —advirtió la señora Conover—. Si le da, le corta el resuello.

Rilla envolvió la sopera con la mantita raída.

—¿Me lo alcanza cuando esté ya subida al coche, por favor?

—Claro que sí —dijo la señora Conover, levantándose con un gruñido.

Y así fue como Rilla Blythe, que había llegado a casa de los Anderson siendo una confesa aborrecedora de bebés, se marchó de allí llevando uno en el regazo, dentro de una sopera!

A Rilla le pareció que no llegaría nunca a Ingleside. Aquel pobre poni prácticamente se arrastraba. Dentro de la sopera reinaba un silencio inquietante. En cierto modo agradecía que el bebé no llorase, pero deseaba que soltara algún que otro chillido para demostrar que seguía vivo. ¡Imagínese que se hubiera asfixiado! Rilla no se atrevía a destaparlo para comprobarlo, no fuera a ser que el viento, que ahora soplaba como un huracán, le «cortase el resuello», fuera lo que fuese aquella cosa tan terrible. Fue una muchacha muy agradecida cuando por fin llegó a buen puerto en Ingleside.

Rilla llevó la sopera a la cocina, la puso sobre la mesa ante los ojos de Susan y le quitó la mantita. Susan miró dentro de la sopera y, por una vez en su vida, se quedó tan completamente pasmada que no tuvo ni una palabra que decir.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó el doctor, entrando.

Rilla contó toda la historia de un tirón. —*Tuve* que traerlo, papá —concluyó—. No podía dejarlo allí.

—¿Y qué piensas hacer con él? —preguntó el doctor con frialdad.

Rilla no se esperaba exactamente esa clase de pregunta.

—Po-podríamos quedárnoslo un tiempo... ¿no?... hasta que se pueda arreglar algo —balbució, hecha un lío.

El doctor Blythe se paseó de un lado a otro de la cocina un momento, mientras el bebé contemplaba las paredes blancas de la sopera y Susan daba señales de volver en sí.

Al poco, el doctor se plantó delante de Rilla.

—Un bebé pequeño supone mucho trabajo y muchas molestias añadidas en una casa, Rilla. Nan y Di se marchan a Redmond la semana que viene, y ni tu madre ni Susan pueden asumir tantos cuidados extra en las condiciones actuales. Si quieres quedarte con ese bebé aquí, tendrás que ocuparte tú misma de él.

—¿Yo?! —a Rilla la consternación la dejó sin gramática—. Pero... papá... yo... iyo no podría!

—Chicas más jóvenes que tú han tenido que cuidar bebés. Cuentas con mi consejo y el de Susan cuando lo necesites. Si no puedes, el bebé tendrá que volver con Meg Conover. Le quedará poca vida si es así, porque es evidente que es una criatura delicada y necesita cuidados especiales. Dudo que sobreviviera aunque lo mandasen a un orfanato. Pero no puedo permitir que tu madre y Susan carguen con más de lo que pueden.

El doctor salió de la cocina con aspecto muy severo e inflexible. En el fondo sabía perfectamente que el pequeño habitante de la gran sopera se quedaría en Ingleside, pero quería ver si conseguía que Rilla estuviera a la altura de las circunstancias.

Rilla se quedó mirando al bebé sin saber qué pensar. Resultaba absurdo creer que *ella* pudiera cuidarlo. Pero... aquella pobre madre

frágil y muerta que tanto se había preocupado por él... aquella espantosa vieja Meg Conover.

—Susan, ¿qué hay que hacer con un bebé? —preguntó, apesadumbrada.

—Hay que mantenerlo caliente y seco, y lavarlo cada día, cuidando de que el agua no esté ni muy caliente ni muy fría, y darle de comer cada dos horas. Si tiene cólicos, se le ponen paños calientes en el estómago —dijo Susan, con un tono flojo y apagado, poco propio de ella.

El bebé se puso a llorar de nuevo.

—Debe de tener hambre: hay que darle de comer de todos modos —dijo Rilla, desesperada—. Dime qué necesito para él, Susan, que yo lo traigo.

Siguiendo las indicaciones de Susan, se preparó una ración de leche con agua, y se consiguió un biberón de la consulta del doctor. Luego Rilla sacó al bebé de la sopera y le dio de comer. Bajó del desván el viejo moisés de su propia infancia y acostó en él al bebé, ya dormido. Guardó la sopera en la despensa. Después se sentó a pensar en todo aquello con calma.

El resultado de sus reflexiones fue que, cuando el bebé despertó, fue en busca de Susan.

—Voy a ver qué puedo hacer, Susan. No puedo dejar que a esa pobre criaturita la devuelvan a la señora Conover. Dime cómo lavarlo y vestirlo.

Bajo la supervisión de Susan, Rilla bañó al bebé. Susan no se atrevía a ayudar más que con indicaciones, porque el doctor estaba en la sala de estar y podía asomarse en cualquier momento. Por experiencia, Susan sabía que cuando el doctor Blythe se plantaba y decía que algo debía ser así, así era. Rilla apretó los dientes y siguió adelante. En nombre de todo lo santo, ¿cuántos pliegues y dobleces podía tener un bebé? Si no había ni de dónde agarrarlo. ¡Ay, imagínate que se le resbalara dentro del agua: era *tan* blandengue!

¡Si al menos *dejara* de berrear así! ¿Cómo podía un bocado tan diminuto armar semejante escándalo? Sus chillidos se oían por todo Ingleside, del sótano al desván.

—¿Tú crees que de verdad le hago mucho daño, Susan? — preguntó, lastimera.

—No, querida. A la mayoría de los recién nacidos les horroriza que los laven. Para ser principiante, tienes mucha mano. Pase lo que pase, mantén la mano bajo su espalda, y no pierdas la calma.

¡Que no perdiera la calma! Rilla sudaba por todos los poros. Cuando el bebé estuvo seco, vestido y momentáneamente calmado con otro biberón, ella estaba hecha un trapo.

—¿Qué hago con él esta noche, Susan?

Un bebé de día ya era bastante espantoso; un bebé de noche resultaba impensable.

—Pon el moisés en una silla junto a tu cama y mantenlo tapado. Tendrás que darle de comer una o dos veces por la noche, así que mejor sube el calentador de aceite. Si no puedes con ello, llámame y subo yo, haya o no doctor de por medio.

—Pero, Susan, ¿y si llora?

Pero el bebé no lloró. Se portó sorprendentemente bien: quizá porque su pobre estomaguito por fin tenía comida como es debido. Durmió casi toda la noche, pero Rilla no. Tenía miedo de quedarse dormida, no fuera a pasarle algo al bebé. Preparó la ración de las tres con la firme determinación de que *no* llamaría a Susan. Ay, ¿estaba soñando? ¿Era de verdad ella, Rilla Blythe, quien se había metido en aquel absurdo aprieto? No le importaba que los alemanes estuvieran cerca de París; no le importaba que estuvieran *en* París; con tal de que el bebé no llorase, ni se atragantase, ni se asfixiara, ni le diera convulsiones. Los bebés *sí* que tenían convulsiones, ¿no? Ay, ¿por qué se le había olvidado preguntarle a Susan qué había que hacer si al bebé le daban convulsiones? Pensó, no sin cierta amargura, que papá era muy considerado con la salud de mamá y

de Susan, pero ¿y la suya? ¿Es que se creía que podía seguir existiendo si no dormía nunca? Pero no iba a rendirse ahora, ella no. Cuidaría de aquel detestable animalito aunque le costara la vida. Se compraría un libro de higiene infantil y no tendría que deberle nada a nadie. *Jamás* recurriría a papá en busca de consejo; no molestaría a mamá; y solo se rebajaría a pedirle ayuda a Susan en un caso de extrema necesidad. ¡Ya verían todos!

Y así fue como, dos noches después, cuando la señora Blythe volvió a casa y preguntó a Susan dónde estaba Rilla, se quedó electrizada al oír la sosegada respuesta de Susan.

—Está arriba, mi querida señora doctora, acostando a su bebé.

CAPÍTULO 8. RILLA SE DECIDE

Tanto las familias como los individuos se acostumbran pronto a las condiciones nuevas y las aceptan sin rechistar. Cuando ya había pasado una semana, parecía como si el bebé de los Anderson hubiera estado siempre en Ingleside; era, sencillamente, parte de la rutina diaria. Después de las tres primeras noches de aturdimiento, Rilla volvió a dormir, despertándose automáticamente para atender a su pupilo a la hora debida. Lo bañaba, lo alimentaba y lo vestía con tanta destreza como si llevara toda la vida haciéndolo. No le gustaban ni su tarea ni el bebé un ápice más que al principio; seguía manejándolo con el mismo cuidado con que se maneja una especie de lagartija pequeña, y encima una lagartija que se rompe; pero cumplía su labor a conciencia, y no había en Glen St. Mary una criatura más limpia ni mejor cuidada. Hasta le dio por pesarlo cada día y anotar el resultado en su diario; aunque a veces se preguntaba con lástima de sí misma por qué el destino cruel la había llevado por el camino de los Anderson aquel día fatídico. Shirley, Nan y Di no se metieron con ella tanto como había temido. Todos parecían un tanto pasmados por el mero hecho de que Rilla hubiera adoptado a un bebé de la guerra; quizá, además, el doctor les había dado instrucciones. Walter, claro está, nunca se había metido con ella por nada; un día le dijo que era un tesoro.

—Hacía más falta valor para que tú te enfrentases a esos dos kilos de bebé recién llegado, Rilla-mi-Rilla, que el que necesitaría Jem para plantar cara a un kilómetro de alemanes. Ojalá tuviera yo la mitad de tu arrojo —dijo, apesadumbrado.

Rilla se sintió muy orgullosa de la aprobación de Walter; sin embargo, aquella noche escribió compungida en su diario:

Ojalá pudiera *gustarme* el bebé un poquito. Así todo sería más fácil. Pero no me gusta. He oído decir que cuando cuidas de un bebé acabas queriéndolo, pero no es verdad; *a mí*, desde luego, no me pasa. Y es un *incordio*: lo trastoca todo. Me tiene atada de pies y manos, y precisamente ahora que estoy intentando poner en marcha la Cruz Roja Juvenil. Y anoche no pude ir a la fiesta de Alice Clow, con las ganas que tenía. Claro que papá no es en realidad poco razonable, y siempre puedo librarme una hora o dos por la tarde cuando hace falta; pero yo sabía que no toleraría que anduviera fuera media noche dejando a Susan o a mamá al cuidado del bebé. Supongo que fue mejor así, porque a eso de la una le dio un cólico, o algo parecido. No pataleaba ni se ponía tieso, así que supe, según Morgan, que no era un llanto de rabieta; tampoco tenía hambre ni se le había clavado ningún alfiler. Chilló hasta ponerse morado; me levanté, calenté agua, le puse la bolsa de agua caliente en la tripita, y se puso a aullar peor que nunca y a encoger sus pobres piernecitas flacas. Temí haberlo quemado, pero no creo que fuera así. Luego me puse a pasearlo por la habitación, aunque «el Morgan sobre los niños de pecho» dice que eso *nunca* debe hacerse. Caminé kilómetros, y, ay, qué cansada y desanimada y *furiosa* estaba, sí que lo estaba. Habría zarandeado a la criatura si hubiera sido lo bastante grande para zarandearla, pero no lo era. Papá había salido a visitar a un enfermo, mamá tenía jaqueca, y Susan está picada porque, cuando ella y Morgan no están de acuerdo, yo insisto en hacer lo que dice Morgan, así que estaba decidida a no llamarla a menos que no me quedara más remedio.

Por fin entró la señorita Oliver. Ahora comparte cuarto con Nan, no conmigo, todo por culpa del bebé, y tengo el corazón partido por ello. Echo muchísimo de menos nuestras largas charlas después de acostarnos. Era el único rato en que la tenía solo para mí. Me daba rabia pensar que los berridos del bebé la hubieran despertado, porque ya tiene bastante con lo suyo. El señor Grant también está en Valcartier, y la señorita Oliver lo lleva *fatal*, aunque se porta

estupendamente. Cree que no volverá nunca, y se le pone una mirada que me parte el corazón: tan *trágica*. Dijo que no había sido el bebé quien la había despertado, que no podía dormir porque los alemanes están tan cerca de París; cogió al pobre diablillo, lo tendió boca abajo sobre sus rodillas, le dio unas palmaditas suaves en la espalda, y dejó de chillar y se durmió en el acto, y siguió durmiendo como un tronco el resto de la noche. *Yo* no pude; estaba demasiado agotada. Todo el día me he sentido como algo que hubieran traído los gatos, como dice Susan.

Lo estoy pasando *francamente fatal* para poner en marcha la Cruz Roja Juvenil. He conseguido que nombraran presidenta a Betty Mead, y yo soy la secretaria, pero han puesto de tesorera a Jen Vickers, a quien *detesto*. Es de esas chicas que a cualquier persona lista, guapa o distinguida que conoce apenas de vista la llama por su nombre de pila, *a sus espaldas*. Y es taimada y falsa. A Una no le importa, claro. Está dispuesta a hacer lo que sea que se le ponga por delante y nunca le preocupa si tiene un cargo o no. Es sencillamente un ángel perfecto, mientras que yo solo soy angelical a ratos y demoníaca en los demás. Ojalá Walter se encaprichara de ella, pero él nunca parece pensar en ella de esa manera, aunque una vez le oí decir que era como una rosa té. Y lo *es*, además. Y se aprovechan de ella, solo porque es tan dulce y complaciente; pero *yo* no dejo que nadie se aproveche de Rilla Blythe, y «a eso puede una atenerse», como dice Susan.

Tal como me esperaba, Olive se empeñó en que sirviéramos algo de comer en nuestras reuniones. Tuvimos una batalla campal por eso. La mayoría estaba en contra de la comida, y ahora la minoría está de morros. Irene Howard estaba del lado de la comida, y desde entonces se ha mostrado muy fría conmigo, cosa que me pone tristísima. Me pregunto si mamá y la señora Elliott tendrán también sus problemas en la Cruz Roja de las mayores. Supongo que sí, pero ellas siguen adelante tan tranquilas pase lo que pase. *Yo* también sigo adelante, pero *no* tan tranquila: rabio y lloro, aunque lo hago todo en privado y desahogo aquí, en mi diario; y cuando se me pasa, juro que se lo voy a demostrar. *Nunca* me pongo de morros.

Detesto a la gente que se pone de morros. En fin, ya hemos puesto en marcha la sociedad, y vamos a reunirnos una vez por semana, y todas vamos a aprender a hacer punto. Ya es algo.

Shirley y yo volvimos a bajar a la estación para intentar convencer al perro Monday de que volviera a casa, pero no lo conseguimos. Toda la familia lo ha intentado y ha fracasado. Tres días después de que se fuera Jem, Walter bajó y trajo a Monday a casa por la fuerza en el coche, y lo encerró tres días. Entonces Monday se declaró en huelga de hambre y aulló como una Banshee noche y día. *Tuvimos* que dejarlo salir, o se habría muerto de hambre.

Así que hemos decidido dejarlo en paz, y papá ha arreglado con el carnicero de cerca de la estación que le dé huesos y sobras. Además, casi todos los días alguno de nosotros baja a llevarle algo. Se pasa el día hecho un ovillo en el cobertizo de mercancías, y cada vez que llega un tren corre hasta el andén, meneando el rabo esperanzado, y se lanza sobre todo el que se apea. Y luego, cuando el tren se va y él comprende que Jem no ha venido, se arrastra abatido de vuelta a su cobertizo, con esos ojos de desengaño, y se tumba a esperar pacientemente el próximo tren. El señor Gray, el jefe de estación, dice que hay veces que a duras penas puede contener las lágrimas, de pura lástima. Un día unos chicos le tiraron piedras a Monday, y el viejo Johnny Mead, a quien nunca se le había conocido que se fijara en nada, agarró un hacha de picar carne en la carnicería y los persiguió por todo el pueblo. Desde entonces nadie ha vuelto a molestar a Monday.

Kenneth Ford ha vuelto a Toronto. Vino hace dos noches a despedirse. Yo no estaba en casa: había que hacerle ropa al bebé, y la señora Meredith se ofreció a ayudarme, así que estaba en la casa parroquial, y no vi a Kenneth. No es que importe; le dijo a Nan que se despidiera de Araña de su parte y que me dijera que no me olvidara del todo de él en medio de mis absorbentes deberes maternos. Si fue capaz de dejarme un recado tan frívolo e insultante como ese, está clarísimo que nuestra hermosa hora en la

playa no significó *nada* para él, y no pienso volver a pensar ni en él ni en aquello.

Fred Arnold estaba en la casa parroquial y me acompañó a casa andando. Es el hijo del nuevo pastor metodista, muy simpático y listo, y sería bastante guapo si no fuera por su nariz. Es una nariz de verdad espantosa. Cuando habla de cosas corrientes no importa tanto, pero cuando habla de poesía e ideales, el contraste entre su nariz y su conversación es demasiado para mí, y me dan ganas de soltar una carcajada. La verdad es que no es justo, porque todo lo que dijo era perfectamente encantador, y si lo hubiera dicho alguien como Kenneth yo me habría quedado *extasiada*. Mientras lo escuchaba con los ojos bajos estaba completamente fascinada; pero en cuanto levanté la vista y vi su nariz, se rompió el hechizo. Él también quiere alistarse, pero no puede porque solo tiene diecisiete años. La señora Elliott se nos cruzó cuando cruzábamos el pueblo, y no habría podido parecer más horrorizada aunque me hubiera pillado paseando con el mismísimo káiser. La señora Elliott detesta a los metodistas y todas sus obras. Papá dice que es una obsesión suya.

Hacia primeros de septiembre hubo un éxodo desde Ingleside y la casa parroquial. Faith, Nan, Di y Walter partieron hacia Redmond; Carl se marchó a su escuela de Harbour Head, y Shirley se fue a Queen's. Rilla se quedó sola en Ingleside, y se habría sentido muy sola si hubiera tenido tiempo para ello. Echaba muchísimo de menos a Walter; desde su conversación en el Valle del Arco Iris se habían vuelto muy próximos, y Rilla comentaba con Walter problemas que nunca mencionaba a nadie más. Pero andaba tan ocupada con la Cruz Roja Juvenil y su bebé que apenas le quedaba un minuto libre para sentirse sola; a veces, durante un breve rato después de acostarse, lloraba un poco contra la almohada por la ausencia de Walter, por Jem en Valcartier y por el mensaje de despedida tan poco romántico de Kenneth, pero por lo general se quedaba dormida antes de que las lágrimas llegaran a arrancar del todo.

—¿Quieres que haga gestiones para que envíen al bebé a Hopetown? —preguntó el doctor un día, dos semanas después de la llegada del bebé a Ingleside.

Por un momento, Rilla sintió la tentación de decir «sí». Podían mandar al bebé a Hopetown: allí lo cuidarían decentemente; recuperaría sus días libres y sus noches sin trabas. Pero... pero... ¡aquella pobre madre joven que no había querido que fuera al asilo! Rilla no lograba quitarse eso de la cabeza. Y aquella misma mañana había descubierto que el bebé había ganado casi un cuarto de kilo desde que llegó a Ingleside. Rilla había sentido tal arranque de orgullo por ello.

—Tú... tú dijiste que a lo mejor no sobrevivía si se iba a Hopetown —dijo ella.

—Puede que no. No sé por qué, pero el cuidado en una institución, por bueno que sea, no siempre sienta bien a los bebés delicados. Pero ya sabes lo que significa que quieras que se quede aquí, Rilla.

—Lo he cuidado durante dos semanas, y ha ganado un cuarto de kilo —exclamó Rilla—. Creo que más vale esperar a tener noticias de su padre, de todos modos. A él igual no le gustaría que lo mandasen a un orfanato, ahora que está luchando por su país.

El doctor y la señora Blythe cruzaron, a espaldas de Rilla, una sonrisa divertida y satisfecha; y no se volvió a hablar de Hopetown.

Luego la sonrisa se borró del rostro del doctor: los alemanes estaban a treinta y dos kilómetros de París. Empezaban a aparecer en los periódicos relatos horribles de las atrocidades cometidas en la martirizada Bélgica. Para los mayores, la vida en Ingleside se había vuelto muy tensa.

—Nos *zampamos* las noticias de la guerra —le dijo Gertrude Oliver a la señora Meredith, intentando reír sin conseguirlo—. Estudiamos los mapas y aniquilamos a todo el ejército huno en unas pocas maniobras estratégicas muy bien dirigidas. Pero el papá Joffre no

tiene la ventaja de contar con nuestros consejos..., así que París... tiene... que caer.

—¿Llegarán hasta ella...? ¿No intervendrá todavía alguna mano poderosa? —murmuró John Meredith.

—Doy clase como quien vive en un sueño —prosiguió Gertrude—; luego vuelvo a casa, me encierro en mi cuarto y me paso el rato yendo de un lado a otro. Le estoy abriendo un sendero a la alfombra de Nan. Estamos horriblemente *cerca* de esta guerra. Significa tantísimo para todos nosotros.

—Esos alemanes están en Sen/*is*. Ya no hay nada ni nadie que pueda salvar a París —se lamentó la prima Sophia. La prima Sophia le había cogido el gusto a leer los periódicos, y a sus setenta y un años había aprendido más geografía del norte de Francia —aunque no precisamente a pronunciar los nombres franceses— de lo que había sabido nunca en la escuela.

—No tengo tan mala opinión del Todopoderoso, ni de Kitchener —dijo Susan, terca—. Ya sé que hay un tal Bernstoff en los Estados Unidos que dice que la guerra ha terminado y que Alemania ha ganado, y por lo visto Barbas-en-la-Luna dice lo mismo y está la mar de contento con ello, pero *yo* podría decirles a los dos que es un negocio arriesgado contar los pollos aunque sea la víspera de que salgan del cascarón, y que se ha visto a más de un oso seguir con vida mucho después de que vendieran su piel.

—¿Por qué no hace más la armada británica? —insistió la prima Sophia.

—Ni siquiera la armada británica puede navegar en tierra firme, Sophia Crawford. Yo no he perdido la esperanza, y no la perderé, digan lo que digan esos nombres tan bárbaros como Tomascow y Mobbage. Mi querida señora doctora, ¿me puede usted decir si R-h-e-i-m-s se dice Rims, o Rames, o Rimes, o Rens?

—Creo que en realidad se dice más bien «Rhangs», Susan.

—Ay, esos nombres franceses —se lamentó Susan.

—Me han dicho que los alemanes casi han arruinado la iglesia de allí —suspiró la prima Sophia—. Yo siempre pensé que los alemanes eran cristianos.

—Una iglesia ya es bastante malo, pero lo que hacen en Bélgica es mucho peor —dijo Susan con gravedad—. Cuando oí al doctor leer que pasaban a los bebés por la bayoneta, mi querida señora doctora, pensé: «¡Ay, y si fuera nuestro pequeño Jem!». Estaba removiendo la sopa en ese momento, como usted sabe, cuando se me ocurrió ese pensamiento, y sentí que, si hubiera podido levantar aquel cazo lleno de sopa hirviendo y arrojárselo al káiser, no habría vivido en vano.

—Mañana..., mañana... traerá la noticia de que los alemanes están en París —dijo Gertrude Oliver con los labios tensos. Tenía una de esas almas que viven siempre atadas a la hoguera, ardiendo con el sufrimiento del mundo que las rodea. Aparte de su interés personal en la guerra, la atormentaba pensar en que París cayera en las manos despiadadas de las hordas que habían incendiado Lovaina y arruinado la maravilla de Reims.

Pero al día siguiente, y al otro, llegó la noticia del milagro del Marne. Rilla llegó corriendo enloquecida a casa desde la oficina de correos, agitando el *Enterprise* con sus grandes titulares en rojo. Susan salió corriendo, con las manos temblorosas, a izar la bandera. El doctor se paseaba de un lado a otro murmurando «Gracias a Dios». La señora Blythe lloraba, reía, y volvía a llorar.

—Dios no ha hecho más que extender la mano y tocarlos: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante» —dijo el señor Meredith aquella noche.

Rilla cantaba arriba mientras acostaba al bebé. París estaba a salvo; la guerra *había* terminado; Alemania había perdido; pronto llegaría el final; Jem y Jerry volverían a casa. Los nubarrones negros se habían disipado.

—No se te ocurra tener cólicos esta noche tan feliz —le dijo al bebé—. Como los tengas, te vuelvo a meter en tu sopera y te mando

a Hopetown, facturada como mercancía, en el primer tren. Tienes, *sí que tienes*, unos ojos preciosos, y ya no estás tan colorado y arrugado como antes; pero no tienes ni pizca de pelo, y tus manos parecen dos garritas, y no me gustas ni un pelo más que antes. Pero espero que tu pobre madre, tan pálida, *sepa* que estás bien arropado en una cesta blandita, con un biberón de leche tan rica como permite Morgan, en vez de irte consumiendo poco a poco con la vieja Meg Conover. Y espero que *no* sepa que casi te ahogo aquella primera mañana, cuando Susan no estaba y se me escurrió de las manos y caíste al agua. ¿Por qué te *empeñas* en ser tan escurridizo? No, no me gustas y nunca me gustarás, pero aun así voy a hacer de ti una criatura decente y en condiciones. Para empezar, vas a ponerte tan rollizo como debe estarlo un niño que se precie. *No* pienso consentir que la gente ande diciendo «qué criatura tan enclenque es ese bebé de Rilla Blythe», como dijo ayer la vieja señora Drew en la Cruz Roja de las mayores. Si no puedo quererte, por lo menos pienso estar orgullosa de ti.

CAPÍTULO 9. DOC SUFRE UN PERCANCE

—La guerra ya no terminará antes de la próxima primavera —dijo el doctor Blythe, cuando quedó claro que la larga batalla del Aisne había acabado en un punto muerto.

Rilla iba musitando «cuatro del derecho, uno del revés» entre dientes, mientras mecía la cuna del bebé con un pie. A Morgan no le gustaban las cunas para los bebés, pero a Susan sí, y merecía la pena hacer un pequeño sacrificio de principios para tener a Susan de buen humor. Así que una cuna había sustituido a la vieja cesta de Rilla. Dejó la labor de punto por un momento y dijo: «Ay, ¿cómo vamos a soportarlo tanto tiempo?»; luego cogió otra vez el calcetín y siguió tejiendo. La Rilla de dos meses atrás habría salido corriendo hacia el Valle del Arco Iris a llorar.

—Bueno, no queda más remedio que ceñirnos los lomos y ponernos manos a la obra. Dicen que eso de seguir con la vida normal como si nada es el lema de Inglaterra, mi querida señora doctora, y yo lo he adoptado como propio, pensando que no iba a encontrar uno mejor tan fácilmente. Hoy voy a hacer el mismo pudín que hago siempre los sábados. Cuesta bastante trabajo hacerlo, y menos mal, porque así se me ocupa la cabeza. Me acordaré de que Kitchener lleva el timón y de que Joffer se porta muy bien, para ser francés. También voy a mandarle hoy esa caja de bizcocho al pequeño Jem, y a terminar ese par de calcetines. Un calcetín al día es mi ración. La vieja señora Albert Mead, de Harbour Head, hace un par y medio al día, pero ella no tiene otra cosa que hacer más que tejer. Ya sabe usted, mi querida señora doctora, que lleva años

postrada en la cama, y se afligía terriblemente porque no servía para nada a nadie y era un gasto espantoso, y sin embargo no conseguía morirse y quitarse de en medio. Y ahora me dicen que está la mar de animada y resignada a seguir viviendo, porque tiene algo que hacer, y teje para los soldados de sol a sol. Hasta la prima Sophia se ha puesto a hacer punto, mi querida señora doctora, y es una suerte, porque así no se le ocurren tantos discursos lúgubres cuando tiene las manos ocupadas con las agujas en vez de cruzadas sobre el estómago. Ella cree que dentro de un año por estas fechas todos seremos alemanes, pero yo le digo que hace falta más de un año para hacer de *mí* una alemana. ¿Sabe usted que Rick MacAllister se ha alistado, mi querida señora doctora? Y dicen que Joe Milgrave también lo haría, solo que teme que, si lo hace, Barbas-en-la-Luna no le deje quedarse con Miranda. Barbas dice que se creará las historias de las atrocidades alemanas cuando las vea con sus propios ojos, y que menos mal que han destruido la catedral de Rangs, porque era una iglesia católica romana. Ahora bien, yo no soy católica romana, mi querida señora doctora, pues nací y me crie como buena presbiteriana y pienso vivir y morir siéndolo, pero sostengo que los católicos tienen tanto derecho a sus iglesias como nosotros a las nuestras, y que los hunos no tenían ningún derecho a destruirlas. Solo piense, mi querida señora doctora —concluyó Susan, apenada—, cómo nos sentiríamos *nosotros* si un obús alemán derribara la aguja de *nuestra* iglesia aquí en el Glen, y estoy segura de que es exactamente igual de terrible pensar que la catedral de Rangs quede hecha pedazos.

Y, mientras tanto, en todas partes, los muchachos del mundo, ricos y pobres, humildes y encumbrados, blancos y morenos, seguían la llamada del Flautista.

—Hasta el chico de Billy Andrews se va, y el hijo único de Jane, y el pequeño Jack de Diana —dijo la señora Blythe—. El hijo de Priscilla se ha ido desde Japón, y el de Stella desde Vancouver, y también los dos chicos del reverendo Jo. Philippa escribe que los suyos «se fueron derechos, sin la indecisión que a ella la aqueja».

—Jem dice que cree que se irán muy pronto, y que no podrá conseguir permiso para venir hasta tan lejos antes de partir, porque tendrán que salir con solo unas horas de aviso —dijo el doctor, pasándole la carta a su mujer.

—Eso no es justo —dijo Susan, indignada—. ¿Es que sir Sam Hughes no tiene ninguna consideración con nuestros sentimientos? ¡Lo de llevarse a ese muchacho bendito a Europa así, sin más, sin dejarnos siquiera echarle un último vistazo! Si yo fuera usted, mi querido doctor, escribiría a los periódicos para quejarme, vaya que sí.

—Quizá sea mejor así —dijo la madre, apesadumbrada—. No creo que pudiera soportar otra despedida de él, ahora que sé que la guerra no va a terminar tan pronto como esperábamos cuando se fue la primera vez. Ay, si tan solo... pero no, ¡no pienso decirlo! Como Susan y Rilla —concluyó la señora Blythe, forzando una risa—, estoy decidida a ser una heroína.

—Todas estáis hechas de buena pasta —dijo el doctor—; estoy orgulloso de mis mujeres. Hasta Rilla, aquí presente, mi «lirio del campo», lleva a toda marcha una Sociedad de la Cruz Roja y está salvando una vidita para Canadá. Eso sí que es una buena obra. Rilla, hija de Ana, ¿cómo vas a llamar a tu bebé de la guerra?

—Estoy esperando a tener noticias de Jim Anderson —dijo Rilla—. A lo mejor quiere ponerle él mismo el nombre a su hijo.

Pero, a medida que pasaban las semanas de otoño, no llegaba ninguna noticia de Jim Anderson, del que no se había vuelto a saber nada desde que zarpó de Halifax, y a quien la suerte de su mujer y su hijo parecía traerle sin cuidado. Al final, Rilla decidió llamar al bebé James, y Susan opinó que convenía añadirle Kitchener. Así que James Kitchener Anderson se convirtió en el poseedor de un nombre bastante más imponente que su portador. La familia de Ingleside no tardó en acortarlo a «Jims», pero Susan, tozuda, lo llamaba «el pequeño Kitchener» y nada más.

—Jims no es nombre de cristiano, mi querida señora doctora — dijo con desaprobación—. La prima Sophia dice que es demasiado frívolo, y por una vez me parece que dice algo sensato, aunque no le daría el gusto de estar de acuerdo con ella abiertamente. En cuanto al niño, ya empieza a parecer un bebé de verdad, y debo admitir que Rilla es maravillosa con él, aunque no le voy a inflar el orgullo diciéndoselo a la cara. Mi querida señora doctora, no olvidaré jamás, jamás de los jamases, la primera vez que vi a esa criatura, tumbada en aquella sopera enorme, envuelta en franela sucia. No es frecuente que Susan Baker se quede pasmada, pero pasmada me quedé entonces, y a eso puede usted atenerse. Por un instante terrible pensé que se me había ido la cabeza y que estaba viendo visiones. Luego pensé: «No, nunca he oído que a nadie le diera una visión de una sopera, así que por lo menos *eso* tiene que ser real», y recobré la confianza. Cuando oí al doctor decirle a Rilla que tenía que cuidar del bebé, pensé que estaba de broma, porque no creía ni por un momento que ella fuera a hacerlo, ni que pudiera. Pero ya ve lo que ha pasado, y está haciendo de ella una mujer. Cuando *hay* que hacer una cosa, mi querida señora doctora, se *puede* hacer.

Susan añadió otra prueba a esta sentencia suya un día de octubre. El doctor y su mujer estaban fuera. Rilla presidía arriba la siesta de la tarde de Jims, tejiendo del revés cuatro y del derecho una sin parar, con incesante brío. Susan estaba sentada en el porche de atrás, desgranando judías, y la prima Sophia la ayudaba. La paz y la tranquilidad se cernían sobre el Glen; el cielo estaba cubierto de nubes plateadas y brillantes como vellón. El Valle del Arco Iris yacía envuelto en una suave bruma otoñal de color púrpura de cuento de hadas. La arboleda de arces era una zarza ardiente de color, y el seto de agavanzo que rodeaba el corral de la cocina era una maravilla por sus matices sutiles. No parecía que pudiera existir la discordia en el mundo, y el fiel corazón de Susan se dejó adormecer en un breve olvido, aunque había pasado casi toda la noche anterior en vela pensando en el pequeño Jem, lejos, en el Atlántico, donde la gran flota transportaba a través del océano al primer ejército de Canadá. Hasta la prima Sophia parecía menos melancólica de lo

habitual, y admitió que no se le podía poner mucho reparo al día, aunque no cabía duda de que era de esos días que preludian tormenta, y que detrás vendría un temporal espantoso.

—Las cosas están demasiado tranquilas para que dure —dijo.

Como para confirmar lo que decía, se levantó de pronto, a su espalda, un estrépito de lo más sobrenatural. Era del todo imposible describir la confusa mezcla de golpes, traqueteos, chillidos ahogados y maullidos que salía de la cocina, acompañada de vez en cuando de estrépitos y roturas. Susan y la prima Sophia se miraron consternadas.

—¿Qué demonios se ha desatado ahí dentro? —jadeó la prima Sophia.

—Debe de ser que el gato Hyde se ha vuelto majara del todo, por fin —masculló Susan—. Siempre me lo he esperado.

Rilla salió disparada por la puerta lateral de la sala de estar.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber.

—No sabría decirlo, pero está claro que esa bestia endemoniada tuya anda detrás de todo esto —dijo Susan—. Al menos, no te acerques a él. Yo abriré la puerta y echaré un vistazo. Ahí va más loza rota. Siempre he dicho que tiene el demonio dentro, y a eso me atengo yo.

—Yo opino que ese gato tiene la rabia —dijo la prima Sophia con solemnidad—. Una vez oí hablar de un gato que se volvió loco y mordió a tres personas; y las tres murieron de una muerte espantosísima, y se quedaron negras como la tinta.

Sin dejarse amilanar por todo aquello, Susan abrió la puerta y miró dentro. El suelo estaba sembrado de fragmentos de platos rotos, pues parecía que la fatal tragedia había tenido lugar en el aparador largo donde Susan tenía formada, reluciente, toda su colección de cuencos de cocina. Dando vueltas y más vueltas por la cocina corría un gato frenético, con la cabeza encajada a presión en una vieja lata de salmón. A ciegas, corría de un lado a otro entre

chillidos y blasfemias mezclados, ora golpeando la lata como loco contra todo lo que encontraba a su paso, ora intentando en vano arrancársela con las patas.

El espectáculo era tan cómico que Rilla se dobló de la risa. Susan la miró con reproche.

—No veo qué tiene esto de gracioso. Esa bestia ha roto el cuenco grande y azul de mezclar que tu madre trajo de Tejas Verdes cuando se casó. Eso no es ninguna calamidad pequeña, en mi opinión. Pero ahora lo que hay que pensar es cómo le quitamos esa lata de la cabeza a Hyde.

—No se te ocurra ir a tocarlo —exclamó la prima Sophia, animándose de pronto—. Podría costarte la vida. Cierra la cocina y manda llamar a Albert.

—No tengo por costumbre mandar llamar a Albert cuando hay dificultades de familia —dijo Susan con altivez—. Esa bestia está sufriendo, y sea cual sea mi opinión sobre él, no puedo soportar verlo padecer. No está loco; al menos, no más loco de lo que suele estar a menudo. Pero tú mantente alejada, Rilla, por el bien del pequeño Kitchener, que ya veré yo qué puedo hacer.

Susan entró impávida en la cocina, cogió un viejo impermeable del doctor y, tras una persecución accidentada y varios intentos y zarpazos infructuosos, logró echárselo por encima al gato y a la lata. Luego se puso a serrar la lata con un abrelatas, mientras Rilla sujetaba al animal, que se retorció envuelto en el abrigo. Jamás se habían oído en Ingleside chillidos como los de Doc mientras duró la operación. Susan tenía un miedo mortal a que los Albert Crawford lo oyeran y llegaran a la conclusión de que estaba torturando a la criatura hasta matarla. Doc era un gato furioso e indignado cuando por fin quedó libre. Por lo visto pensaba que todo aquello había sido una encerrona para humillarlo. Le lanzó a Susan una mirada siniestra a modo de gratitud y salió disparado de la cocina para refugiarse en la espesura del seto de agavanzo, donde estuvo enfurruñado el resto del día. Susan barrió su vajilla rota con gesto adusto.

—Ni los hunos en persona habrían hecho aquí más estragos —dijo con amargura—. Pero cuando la gente se *empeña* en tener un animal satánico como ese, a pesar de todos los avisos, no puede quejarse luego de que le rompan los cuencos de boda. Las cosas han llegado a un punto bien triste cuando una mujer honrada no puede dejar su cocina sola unos minutos sin que un gato endemoniado ande arrasándola con la cabeza metida en una lata de salmón.

CAPÍTULO 10. LAS CUITAS DE RILLA

Octubre llegó a su fin y los tristes días de noviembre y diciembre se arrastraron uno tras otro. El mundo se estremecía con el trueno de los ejércitos en pugna: cayó Amberes, Turquía declaró la guerra, la pequeña y valerosa Serbia se rehízo y asestó un golpe mortal a su opresor; y en el tranquilo Glen St. Mary, ceñido de colinas, a miles de kilómetros de distancia, los corazones latían entre la esperanza y el miedo ante los partes de guerra, que cambiaban de un día a otro.

—Hace unos meses —dijo la señorita Oliver—, pensábamos y hablábamos en términos de Glen St. Mary. Ahora pensamos y hablamos en términos de táctica militar e intriga diplomática.

Solo había un gran acontecimiento cada día: la llegada del correo. Hasta Susan admitía que, desde el momento en que el coche del cartero cruzaba traqueteando el puentecillo entre la estación y el pueblo hasta que los periódicos llegaban a casa y se leían, era incapaz de trabajar como es debido.

—Entonces tengo que ponerme a hacer punto, y hacer punto con ganas hasta que llegan los periódicos, mi querida señora doctora. Hacer punto es algo que se puede hacer aun cuando el corazón le da a una martillazos, y una siente el estómago vacío del todo, y los pensamientos patas arriba. Luego, cuando veo los titulares, sean buenos o sean malos, me calmo y puedo volver a mis quehaceres. Es una desgracia que el correo llegue justo cuando tenemos el ajetreo de la comida, y creo que el Gobierno podría organizarlo mejor. Pero la ofensiva sobre Calais ha fracasado, como yo estaba

completamente segura de que pasaría, y el káiser no va a comer su cena de Navidad en Londres *este* año. Fíjese, mi querida señora doctora —Susan bajó la voz, señal de que iba a compartir algo muy escandaloso—, he sabido de buena tinta —si no, puede usted estar segura de que no lo repetiría, tratándose de un pastor— que el reverendo señor Arnold va cada semana a Charlottetown a tomar un baño turco para su reuma. ¿Habrás visto que haga eso cuando estamos en guerra con Turquía? Uno de sus propios diáconos siempre ha sostenido que la teología del señor Arnold no era sólida, y empiezo a creer que hay motivos para temerlo. Bueno, esta tarde tengo que darme prisa y mandarle a nuestro pequeño Jem su pastel de Navidad bien empaquetado. Lo disfrutará, si es que el bendito muchacho no se ahoga en el barro antes de esa fecha.

Jem estaba acampado en la llanura de Salisbury y escribía a casa cartas alegres y animadas a pesar del barro. Walter estaba en Redmond, y sus cartas a Rilla eran de todo menos alegres. Nunca abría una sin sentir un temor que le atenazaba el corazón: que le dijera que se había alistado. La desdicha de Walter la hacía desdichada a ella. Quería rodearlo con los brazos y consolarlo, como había hecho aquel día en el Valle del Arco Iris. Odiaba a todo el que fuera responsable de la infelicidad de Walter.

—Al final se irá —murmuró para sí, desolada, una tarde en que estaba sentada a solas en el Valle del Arco Iris, leyendo una carta suya—; al final se irá, y si se va, sencillamente no podré soportarlo.

Walter escribió que alguien le había enviado un sobre con una pluma blanca dentro.

Me lo merecía, Rilla. Sentí que debía ponérmela y llevarla puesta, proclamando ante todo Redmond el cobarde que sé que soy. Los chicos de mi año se van, se van. Cada día se alistan dos o tres. Algunos días *casi* me decido a hacerlo, y entonces me veo a mí mismo clavándole una bayoneta a otro hombre —el marido, el novio o el hijo de alguna mujer, quizá el padre de niños pequeños—, me veo tendido y solo, desgarrado y mutilado, ardiendo de sed en un campo frío y empapado, rodeado de hombres muertos y

moribundos, y sé que *jamás* podré. No puedo enfrentarme ni siquiera a la idea. ¿Cómo iba a enfrentarme a la realidad? Hay momentos en que desearía no haber nacido nunca. La vida siempre me ha parecido algo tan hermoso; yo quería hacerla más hermosa aún, y ahora es algo espantoso. Rilla-mi-Rilla, si no fuera por tus cartas —tus cartas queridas, alegres, jubilosas, divertidas, cómicas, *confiadas*—, creo que me rendiría. ¡Y las de Una! Una es de verdad un tesoro, ¿verdad? Hay una finura y una firmeza admirables bajo toda esa timidez y esa nostalgia de niña que tiene. No tiene tu don para escribir cartas que hacen reír, pero hay algo en las tuyas —no sé qué— que me hace sentir, al menos mientras las leo, que hasta yo podría ir al frente. No es que ella diga nunca una palabra sobre que yo vaya, ni que insinúe que debería ir; ella no es así. Es solo el *espíritu* que hay en ellas, la personalidad que llevan dentro. En fin, no puedo ir. Tú tienes un hermano, y Una tiene un amigo que es un *cobarde*.

—Ay, ojalá Walter no escribiera esas cosas —suspiró Rilla—. Me *hace daño*. Él no es un cobarde... no lo es... ¡no lo es!

Miró a su alrededor con nostalgia: el pequeño valle boscoso y, más allá, los barbechos grises y solitarios. ¡Cómo se lo recordaba todo a Walter! Las hojas rojas todavía se aferraban a los agavanzos silvestres que se inclinaban sobre un recodo del arroyo; sus tallos estaban engastados con las perlas de la lluvia suave que había caído poco antes. Walter había escrito una vez un poema describiéndolos. El viento suspiraba y susurraba entre los helechos pardos y escarchados, para luego alejarse, apagándose con tristeza, arroyo abajo. Walter había dicho una vez que amaba la melancolía del viento otoñal en un día de noviembre. Los viejos Árboles Enamorados seguían abrazados en un fiel abrazo, y la Dama Blanca, ya un gran árbol de ramas blancas, se recortaba, bellamente esbelta, contra el cielo de terciopelo gris. Walter les había puesto esos nombres hacía mucho tiempo; y el noviembre anterior, cuando había paseado con ella y con la señorita Oliver por el Valle, había dicho, mirando a la Dama deshojada, con una joven luna de plata suspendida sobre ella: «Un abedul blanco es una hermosa doncella

pagana que nunca ha perdido el secreto edénico de estar desnuda y sin avergonzarse». La señorita Oliver había dicho: «Ponlo en un poema, Walter», y él lo había hecho, y se lo había leído al día siguiente: apenas unos versos breves, con una imaginación de duende en cada línea. ¡Ay, qué felices habían sido entonces!

Bueno, Rilla se puso en pie de un salto: se le había acabado el tiempo. Jims no tardaría en despertar; había que prepararle el almuerzo; había que planchar sus faldoncitos; esa noche había reunión del comité de la Cruz Roja Juvenil; tenía que terminar su bolsa de punto nueva, que iba a ser la más bonita de la Sociedad Juvenil, más bonita incluso que la de Irene Howard; tenía que volver a casa y ponerse a trabajar. Estos días andaba ocupada de la mañana a la noche. Aquel diablillo de Jims le quitaba muchísimo tiempo. Pero estaba creciendo, desde luego que estaba creciendo. Y había veces en que Rilla estaba segura de que no era solo un piadoso deseo, sino un hecho absoluto, que se iba poniendo bastante más guapo. A veces se sentía bastante orgullosa de él; y a veces le entraban ganas de darle unos azotes. Pero nunca lo besaba ni le apetecía besarlo.

—Los alemanes han tomado Lodz hoy —dijo la señorita Oliver una tarde de diciembre, mientras ella, la señora Blythe y Susan estaban ocupadas cosiendo o haciendo punto en la acogedora sala de estar—. Esta guerra, por lo menos, me está ampliando los conocimientos de geografía. Maestra de escuela y todo como soy, hace tres meses no sabía que existiera en el mundo un lugar llamado Lodz. Si lo hubiera oído mencionar, no habría sabido nada de él ni me habría importado. Ahora lo sé todo sobre esa ciudad: su tamaño, su importancia, su significado militar. Ayer, la noticia de que los alemanes la han tomado en su segundo avance hacia Varsovia me dejó el corazón en un puño. Me desperté por la noche y no dejé de darle vueltas. No me extraña que los niños siempre lloren cuando se despiertan de noche. Entonces todo pesa sobre el alma, y ninguna nube tiene un rayo de luz.

—Cuando *yo* me despierto de noche y no consigo volver a dormirme —comentó Susan, que hacía punto y leía a la vez—, paso el rato torturando al káiser hasta la muerte. Anoche lo freí en aceite hirviendo, y qué consuelo tan grande me dio, pensando en aquellos niños belgas.

—Si el káiser estuviera aquí y tuviera un dolor en el hombro, serías la primera en correr a por el linimento para darle una friega —se rio la señorita Oliver.

—¿Que si lo sería? —exclamó Susan, indignada—. ¿Que si lo sería, señorita Oliver? Lo frotaría con petróleo, señorita Oliver, y dejaría que le salieran ampollas. *Eso* es lo que haría, y a eso puede usted atenerse. ¡Un dolor en el hombro, dice! Va a tener dolores por todo el cuerpo antes de que termine con lo que ha empezado.

—Se nos manda amar a nuestros enemigos, Susan —dijo el doctor con solemnidad.

—Sí, *nuestros* enemigos, pero no los enemigos del rey Jorge, mi querido doctor —replicó Susan, aplastante. Quedó tan satisfecha de sí misma por dejar al doctor completamente derrotado que hasta sonrió mientras limpiaba sus gafas. Susan nunca antes había cedido a llevar gafas, pero al final lo había hecho para poder leer las noticias de la guerra, y no se le escapaba ni un solo parte. —¿Puede usted decirme, señorita Oliver, cómo se pronuncia M-l-a-w-a, y B-z-u-r-a, y P-r-z-e-m-y-s-l?

—Ese último es un enigma que, por lo visto, nadie ha resuelto todavía, Susan. Y de los otros solo puedo aventurar una conjetura.

—Esos nombres extranjeros distan mucho de ser decentes, en mi opinión —dijo Susan, indignada.

—Me atrevería a decir que a los austriacos y a los rusos les parecerían igual de malos Saskatchewan y Musquodoboit, Susan —dijo la señorita Oliver—. Los serbios lo han hecho maravillosamente bien últimamente. Han tomado Belgrado.

—Y han mandado a esas criaturas austriacas cruzando el Danubio con la pulga en la oreja —dijo Susan con deleite, mientras se disponía a examinar un mapa de Europa Oriental, pinchando cada localidad con su aguja de hacer punto para grabársela en la memoria—. La prima Sophia dijo hace un tiempo que Serbia estaba acabada, pero yo le dije que todavía existía eso que llaman una Providencia que gobierna las cosas, dudara quien dudara. Aquí dice que la matanza fue terrible. Aunque sean extranjeros, da espanto pensar en tantos hombres muertos, mi querida señora doctora, que ya andan bastante escasos de por sí.

Rilla estaba arriba, aliviando sus sentimientos desbordados escribiendo en su diario.

Todo se me ha puesto «patas arriba» esta semana, como dice Susan. Parte de la culpa fue mía y parte no, y me siento igual de desdichada por las dos partes.

El otro día fui al pueblo a comprarme un sombrero nuevo de invierno. Fue la primera vez que nadie insistió en acompañarme a elegirlo, y sentí que mamá había dejado de verdad de considerarme una niña. Y encontré el sombrero más precioso: sencillamente embrujador. Era de terciopelo, de ese verde intenso hecho *a propósito* para mí. Le sienta de maravilla a mi pelo y a mi tez, resaltando los reflejos castaño-rojizos y esa «cremosidad», como la llama la señorita Oliver, tan bien. Solo una vez antes en mi vida me había topado con ese tono exacto de verde. Cuando tenía doce años tuve un gorrito de piel de castor de ese color, y todas las chicas del colegio estaban locas por él. Bueno, en cuanto vi este sombrero sentí que sencillamente tenía que tenerlo, y lo tuve. El precio era espantoso. No lo voy a anotar aquí porque no quiero que mis descendientes sepan que fui capaz de pagar tanto por un sombrero, encima en tiempos de guerra, cuando todo el mundo está —o debería estar— intentando ser económico.

Cuando llegué a casa y me probé el sombrero otra vez en mi cuarto, me asaltaron los escrúpulos. Claro que me favorecía muchísimo; pero de algún modo me pareció demasiado elaborado y

recargado para ir a la iglesia y para nuestros tranquilos quehaceres del Glen: demasiado llamativo, en pocas palabras. En la sombrerería no me lo había parecido, pero aquí, en mi cuartito blanco, sí. ¡Y aquella etiqueta de precio espantosa! ¡Y los belgas muriéndose de hambre! Cuando mamá vio el sombrero y la etiqueta, se limitó a *mirarme*. Mamá es toda una experta en miradas. Papá dice que lo enamoró a fuerza de miradas hace años, en la escuela de Avonlea, y lo creo perfectamente, aunque *sí* he oído una historia extraña sobre que le dio un pizarrazo en la cabeza nada más conocerse. Mamá era un trasto de pequeña, según tengo entendido, y hasta que Jem se fue conservaba todo su brío. Pero volvamos al hilo, es decir, a mi sombrero nuevo de terciopelo verde.

—¿Crees, Rilla —dijo mamá en voz tranquila, demasiado tranquila—, que estaba bien gastar tanto dinero en un sombrero, precisamente ahora que el mundo tiene tanta necesidad?

—Lo pagué con mi propia asignación, mamá —exclamé.

—No es esa la cuestión. Tu asignación se basa en el principio de una cantidad razonable para cada cosa que necesitas. Si pagas demasiado por algo, tienes que recortar en otra parte, y eso no es satisfactorio. Pero si crees que hiciste bien, Rilla, no tengo nada más que decir. Lo dejo a tu conciencia.

¡*Ojalá* mamá no dejara las cosas a mi conciencia! Y además, ¿qué iba a hacer yo? No podía devolver aquel sombrero —me lo había puesto para ir a un concierto en la ciudad—; ¡tenía que quedármelo! Me sentí tan incómoda que monté en cólera: una cólera fría, serena y mortífera.

—Mamá —dije con altivez—, siento que no apruebes mi sombrero...

—No exactamente del sombrero —dijo mamá—, aunque lo encuentro de un gusto dudoso para una muchacha tan joven; sino del precio que pagaste por él.

Que me interrumpieran no mejoró mi humor, así que continué, más fría, más serena y más mortífera que nunca, como si mamá no

hubiera dicho nada:

—... pero ahora tengo que quedármelo. Sin embargo, te prometo que no compraré otro sombrero en tres años, o mientras dure la guerra, si dura más que eso. Ni siquiera *tú* —y en aquel «tú» puse toda la sorna de que fui capaz— puedes decir que lo que pagué fue excesivo, repartido en al menos tres años.

—Te cansarás mucho de ese sombrero antes de que pasen tres años, Rilla —dijo mamá, con una sonrisilla provocadora que, traducida, quería decir que yo no aguantaría tanto.

—Cansada o no, lo llevaré ese tiempo —dije; y luego subí resueltamente a mi cuarto y lloré al pensar que había sido sarcástica con mamá.

Ya odio ese sombrero. Pero dije tres años o mientras dure la guerra, y tres años o mientras dure la guerra será. Lo juré, y cumpliré mi juramento, cueste lo que cueste.

Esa es una de las cosas «patas arriba». La otra es que he reñido con Irene Howard —o ella riñó conmigo—, o no, mejor dicho, *las dos* reñimos.

La Cruz Roja Juvenil se reunió aquí ayer. La hora de la reunión era las dos y media, pero Irene llegó a la una y media, porque se le presentó la ocasión de que la trajeran en coche desde Upper Glen. Irene no ha estado nada simpática conmigo desde el jaleo de la comida; y además estoy segura de que le sienta mal no ser la presidenta. Pero yo estaba decidida a que las cosas fueran bien, así que nunca le he dado importancia, y cuando llegó ayer parecía otra vez tan simpática y dulce que confié en que se le hubiera pasado el enfado y pudiéramos volver a ser las amigas de siempre.

Pero en cuanto nos sentamos, Irene empezó a sacarme de quicio. La vi lanzar una mirada a mi bolsa de punto nueva. Todas las chicas han dicho siempre que Irene es envidiosa, y yo nunca antes lo quise creer. Pero ahora empiezo a pensar que tal vez lo sea.

Lo primero que hizo fue abalanzarse sobre Jims —Irene finge adorar a los bebés—, sacarlo de la cuna y besarlo *por toda la cara*. Ahora bien, Irene sabe perfectamente que no me gusta que besen así a Jims. No es higiénico. Después de sobresaltarlo hasta hacer que se pusiera quisquilloso, me miró y soltó una risita bastante desagradable, pero dijo, ay, con tanta dulzura:

—Vaya, Rilla, *querida*, parece creer que estoy envenenando al niño.

—Oh, no, en absoluto, Irene —dije, con *idéntica* dulzura—, pero ya sabes que el Morgan dice que el único sitio donde se debe besar a un bebé es en la frente, por miedo a los gérmenes, y esa es mi norma con Jims.

—Vaya por Dios, ¿tantos gérmenes tengo? —dijo Irene con tono quejumbroso. Yo sabía que se estaba burlando de mí y por dentro empecé a hervir; pero por fuera, ni rastro de hervor. Estaba decidida a *no* pelearme con Irene.

Luego se puso a *zarandear* a Jims. Ahora bien, el Morgan dice que zarandear es casi lo peor que se le puede hacer a un bebé. Yo *nunca* permito que zarandeén a Jims. Pero Irene lo zarandeó, y a aquel niño exasperante le encantó. Sonrió, por primera vez en su vida. Tiene cuatro meses y nunca antes había sonreído. Ni mamá ni Susan han conseguido sacarle una sonrisa, por mucho que lo han intentado. ¡Y ahí estaba, sonriendo porque Irene Howard lo zarandeaba! ¡Habrás visto tanta gratitud!

Reconozco que la sonrisa lo cambió mucho. Le salieron dos hoyuelos preciosos en las mejillas, y sus grandes ojos castaños parecían llenos de risa. La forma en que Irene se deshacía en elogios por esos hoyuelos me pareció una tontería. Cualquiera hubiera dicho que se creía que los había creado ella misma. Pero yo seguí cosiendo tranquilamente, sin entusiasmarme, y pronto Irene se cansó de zarandear a Jims y lo volvió a dejar en la cuna. A él no le gustó nada, después de haber jugado con él, y se puso a llorar y estuvo quisquilloso el resto de la tarde, cuando si Irene lo hubiera

dejado en paz no habría dado ni pizca de guerra. Irene lo miró y dijo:

—¿Llora así muy a menudo? —como si no hubiera oído llorar a un bebé en toda su vida.

Le expliqué pacientemente que los niños *tienen* que llorar tantos minutos al día para ejercitar los pulmones. Así lo dice el Morgan.

—Si Jims no llorara nada, tendría que *hacerle* llorar durante *al menos* veinte minutos —dije.

—¡*Vaya!* —dijo Irene, riendo como si no me creyera. «El Morgan sobre los niños de pecho» estaba arriba, si no pronto la habría convencido. Luego dijo que Jims no tenía mucho pelo, que nunca había visto un bebé de cuatro meses tan calvo.

Claro que yo sabía que Jims no tenía mucho pelo... todavía; pero Irene lo dijo en un tono que parecía insinuar que era culpa mía que no tuviera pelo. Le dije que había visto *docenas* de bebés tan calvos como Jims, e Irene dijo que bueno, que no había querido ofenderme, cuando yo *no* estaba ofendida en absoluto.

Así siguió el resto de la hora: Irene no paraba de lanzarme pequeñas puyas. Las chicas siempre han dicho que es vengativa así cuando algo la molesta; pero yo nunca lo había creído; antes pensaba que Irene era perfecta, y me dolió muchísimo descubrir que podía rebajarse a esto. Pero me tragué mis sentimientos y seguí cosiendo con toda mi alma en un camisón para un niño belga.

Entonces Irene me contó la cosa más mezquina y despreciable que alguien había dicho de *Walter*. No pienso escribirla aquí... no puedo. Claro que, según *ella*, oírlo le dio a *ella* mucha rabia, y todo eso; pero no había ninguna necesidad de que me lo contara, aunque *de verdad* lo hubiera oído. Lo hizo sencillamente para hacerme daño.

Sencillamente, exploté.

—¿Cómo te atreves a venir aquí a repetirme algo así de mi hermano, Irene Howard? —exclamé—. No te lo perdonaré jamás,

jamás. *Tu* hermano no se ha alistado; ni tiene la menor intención de alistarse.

—Pero Rilla, *querida*, *yo* no lo dije —repuso Irene—. Te he dicho que fue la señora George Burr. Y *yo* le dije *a ella*...

—No quiero oír lo que le dijiste. No vuelvas a dirigirme la palabra *nunca más*, Irene Howard.

Claro que no debí decir eso. Pero se me escapó, como si se dijera solo. Entonces llegaron las demás chicas todas juntas y tuve que calmarme y hacer de anfitriona lo mejor que pude. Irene se pasó el resto de la tarde con Olive Kirk y se marchó sin siquiera mirarme. Así que supongo que piensa tomarme la palabra, y no me importa, porque no quiero ser amiga de una chica capaz de repetir semejante falsedad sobre Walter. Pero aun así me siento desdichada por ello. Siempre hemos sido tan buenas amigas, y hasta hace poco Irene *era* encantadora conmigo; y ahora se me ha caído otra venda de los ojos, y siento como si no existiera tal cosa como la verdadera amistad en el mundo.

Papá consiguió que el viejo Joe Mead le construyera hoy una casetilla al perro Monday en un rincón del cobertizo de mercancías. Pensábamos que quizá Monday volvería a casa cuando llegara el frío, pero no ha querido. Ninguna fuerza en la tierra logra apartar a Monday de ese cobertizo, ni siquiera unos minutos. Allí se queda, y recibe todos los trenes. Así que tuvimos que hacer algo para que estuviera cómodo. Joe construyó la casetilla de modo que Monday pudiera tumbarse en ella y seguir viendo el andén, así que esperamos que la ocupe.

Monday se ha hecho bastante famoso. Un periodista del *Enterprise* vino desde la ciudad, lo fotografió y escribió toda la historia de su fiel vigilia. Se publicó en el *Enterprise* y se reprodujo por todo Canadá. Pero eso no le importa nada al pobre Monday: Jem se ha ido —Monday no sabe adónde ni por qué—, pero esperará hasta que vuelva. No sé por qué, me consuela: será una tontería, supongo,

pero me da la sensación de que Jem *va* a volver, porque si no, Monday no seguiría esperándolo.

Jims está roncando a mi lado en la cuna. Es solo un resfriado lo que le hace roncar, no las vegetaciones. Irene tenía un resfriado ayer, y sé que se lo contagió al besarla. Ya no es tan pesado como antes; ha cogido algo de fuerza y se sienta bastante bien solo, y ahora le encanta el baño y chapotea en el agua sin sonreír, en vez de retorcerse y chillar. ¡Ay, no sé si *alguna* vez podré olvidar esos dos primeros meses! No sé cómo los sobreviví. Pero aquí estoy yo, y aquí está Jims, y los dos vamos a «seguir adelante». Esta noche, al desnudarlo, le hice unas cosquillas —no quise zarandearlo, pero el Morgan no dice nada de las cosquillas—, solo para ver si sonreía para *mí* igual que para Irene. Y *sonrió*: le salieron los hoyuelos. ¡Qué pena que su madre no pudiera haberlos visto!

Hoy terminé mi sexto par de calcetines. Con los tres primeros hice que Susan me tejiera el talón. Luego pensé que aquello era un poco de holgazanería, así que aprendí a hacerlo yo misma. Lo odio..., pero he hecho tantas cosas que odio desde el cuatro de agosto que una más o menos ya no importa. Solo pienso en Jem bromeando sobre el barro de la llanura de Salisbury, y me pongo a ello.

CAPÍTULO 11. SOMBRA Y LUZ

Por Navidad los chicos y chicas de la universidad volvieron a casa, y por un tiempo Ingleside recobró su alegría. Pero no todos estaban allí: por primera vez faltaba uno del corro en torno a la mesa de Navidad. Jem, el de los labios firmes y los ojos sin miedo, estaba lejos, y a Rilla le pareció que ver su silla vacía era más de lo que podía soportar. A Susan le dio un capricho testarudo y se empeñó en poner el sitio de Jem como siempre, con el pequeño servilletero retorcido que había tenido desde niño, y el curioso vaso alto de Tejas Verdes que le regaló en su día la tía Marilla y del que siempre insistía en beber.

—Ese bendito muchacho tendrá su sitio, mi querida señora doctora —dijo Susan con firmeza—, y no se apene usted por eso, que puede estar segura de que está aquí en espíritu, y para la próxima Navidad estará aquí en persona. Espere usted a que llegue la gran ofensiva en primavera, y la guerra se acabará en un santiamén.

Trataron de creerlo así, pero una sombra acechaba tras su alegría obstinada. Walter, además, estuvo callado y apagado durante todas las vacaciones. Le enseñó a Rilla una carta anónima y cruel que había recibido en Redmond, una carta en la que se notaba mucho más la malicia que la indignación patriótica.

—Sin embargo, todo lo que dice es verdad, Rilla.

Rilla se la había arrebatado y la había tirado al fuego.

—No hay ni una palabra de verdad en ella —declaró ella, acalorada—. Walter, te has vuelto morbosos, como dice la señorita Oliver que le pasa a ella cuando le da demasiadas vueltas a algo.

—En Redmond no puedo escapar de eso, Rilla. Toda la universidad arde con la guerra. A cualquier hombre en plena forma, en edad militar, que no se aliste, se le tiene por un gandul y se le trata como tal. El doctor Milne, el profesor de inglés, que siempre me ha tenido especial cariño, tiene dos hijos vestidos de caqui, y noto el cambio en su trato hacia mí.

—No es justo. Tú no estás en condiciones.

—Físicamente sí lo estoy. Sano como una manzana. La falta de aptitud está en el alma, y es una mancha y una vergüenza. Vamos, no llores, Rilla. No voy a ir, si eso es lo que temes. La música del Flautista me suena en los oídos día y noche. Pero no puedo seguirla.

—Le romperías el corazón a mamá y a mí si lo hicieras —sollozó Rilla—. Ay, Walter, con uno ya basta para cualquier familia.

Las vacaciones fueron un tiempo infeliz para ella. Aun así, tener en casa a Nan, a Di, a Walter y a Shirley ayudaba a sobrellevarlo todo. También le llegó una carta y un libro de Kenneth Ford; algunas frases de la carta le encendieron las mejillas y le aceleraron el corazón, hasta el último párrafo, que lo dejó todo helado.

El tobillo está casi como nuevo. Estaré en condiciones de alistarme dentro de un par de meses más, Rilla-mi-Rilla. Será toda una sensación vestirse por fin de caqui. El pequeño Ken podrá entonces mirar al mundo entero a la cara, sin deber nada a nadie. Últimamente ha sido horrible, desde que puedo andar sin cojear. La gente que no sabe nada me mira como diciendo «¡Gandul!». Bueno, pronto ya no tendrán ocasión de mirarme así.

—Odio esta guerra —dijo Rilla con amargura, mirando hacia la arboleda de arces, que era una fría gloria rosa y oro en el ocaso invernal.

—Mil novecientos catorce se ha ido —dijo el doctor Blythe el día de Año Nuevo—. Su sol, que se alzó limpio, se ha puesto en sangre. ¿Qué traerá mil novecientos quince?

—¡Victoria! —dijo Susan, lacónica por una vez.

—¿De verdad crees que vamos a ganar la guerra, Susan? —preguntó la señorita Oliver, apesadumbrada. Había venido desde Lowbridge a pasar el día y ver a Walter y a las chicas antes de que volvieran a Redmond. Estaba de un humor bastante sombrío y cínico, e inclinada a ver el lado oscuro de las cosas.

—i«Creer» que vamos a ganar la guerra! —exclamó Susan—. No, mi querida señorita Oliver, yo no *creo*: yo *sé*. *Eso* no me preocupa. Lo que sí me *preocupa* es el trastorno y el gasto que supone todo esto. Pero no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, así que no queda sino confiar en Dios y fabricar cañones grandes.

—A veces pienso que es mejor fiarse de los cañones grandes que de Dios —dijo la señorita Oliver, desafiante.

—No, no, querida, no es así. Los alemanes tenían los cañones grandes en el Marne, ¿no es cierto? Pero la Providencia se ocupó de *ellos*. No olvide usted nunca *eso*. Aférrese a eso cuando le entren ganas de dudar. Agárrese bien a los brazos de la silla, aguante firme, y repita: «Los cañones grandes están bien, pero el Todopoderoso es mejor, y *Él* está de nuestro lado, diga lo que diga el káiser al respecto». Yo me habría vuelto loca más de un día últimamente, mi querida señorita Oliver, de no haberme mantenido firme repitiéndomelo. Mi prima Sophia, como usted, tiende algo a desanimarse. «Ay, Dios mío, ¿qué haremos si los alemanes llegan hasta aquí?», se lamentaba ayer conmigo. «Enterrarlos», le dije yo, con toda naturalidad. «Sitio para las tumbas hay de sobra». Mi prima Sophia dijo que yo era una frívola, pero no lo era, mi querida señorita Oliver, sino solo calma y confianza en la marina británica y en nuestros muchachos canadienses. Soy como el viejo señor William Pollock, de Harbour Head. Es muy anciano y ha estado enfermo mucho tiempo, y una noche de la semana pasada estaba

tan mal que su nuera le susurró a alguien que creía que había muerto. «Maldita sea, no lo estoy», gritó él bien alto —solo que, mi querida señorita Oliver, él no empleó una palabra tan suave como «maldita»—, «maldita sea, no lo estoy, y no pienso morirme hasta que el káiser reciba su merecido». Ahora bien, *eso*, mi querida señorita Oliver —concluyó Susan—, es la clase de temple que yo admiro.

—Lo admiro, pero no sé imitarlo —suspiró Gertrude—. Hasta ahora, siempre había podido escapar un rato de las cosas duras de la vida refugiándome en el país de los sueños, y volver como un gigante renovado. Pero de *esto* no puedo escapar.

—Ni yo —dijo la señora Blythe—. Ahora odio irme a la cama. Toda mi vida me ha gustado acostarme, para tener una media hora alegre, loca y espléndida imaginando cosas antes de dormirme. Sigo imaginándolas. Pero cosas tan distintas.

—Yo, en cambio, me alegro bastante cuando llega la hora de acostarme —dijo la señorita Oliver—. Me gusta la oscuridad, porque en ella puedo ser *yo misma*: no necesito sonreír ni hablar con valentía. Pero a veces mi imaginación también se desboca, y veo lo mismo que usted: cosas terribles, años terribles por venir.

—Yo doy muchas gracias por no haber tenido nunca demasiada imaginación —dijo Susan—. De *eso* me he librado. Veo en este periódico que el príncipe heredero ha vuelto a morir. ¿Supone usted que hay alguna esperanza de que esta vez se quede muerto de verdad? Y también veo que Woodrow Wilson va a escribir otra nota. Me pregunto —concluyó Susan, con la amarga ironía que había empezado a emplear últimamente al hablar del pobre presidente— si el maestro de ese hombre seguirá con vida.

En enero, Jims cumplió cinco meses, y Rilla celebró el aniversario poniéndole ropa corta por primera vez.

—Pesa seis kilos y trescientos gramos —anunció ella, jubilosa—. Justo lo que debe pesar a los cinco meses, según el Morgan.

Ya no quedaba duda en la mente de nadie de que Jims se estaba poniendo francamente guapo. Sus mejillas eran redondas, firmes y de un rosa tenue; sus ojos, grandes y brillantes; sus manitas tenían un hoyuelo en el nacimiento de cada dedo. Hasta le había empezado a salir pelo, para alivio no confesado de Rilla. Tenía una pelusilla rubia pálida por toda la cabeza, bien visible con cierta luz. Era un buen niño, que dormía y hacía la digestión, en general, tal como el Morgan mandaba. De vez en cuando sonreía, pero nunca se había reído, pese a todos los esfuerzos por conseguirlo. Esto también preocupaba a Rilla, porque el Morgan decía que los bebés solían reírse a carcajadas entre el tercer y el quinto mes. Jims tenía cinco y no tenía ni la menor intención de reírse. ¿Por qué no? ¿No sería normal?

Una noche Rilla volvió tarde a casa de un mitin de reclutamiento en el Glen, donde había estado recitando poemas patrióticos. Hasta entonces Rilla nunca había querido recitar en público. Temía su tendencia a cecear, que solía reaparecer cuando hacía algo que la ponía nerviosa. Cuando le pidieron por primera vez que recitara en el mitin del Upper Glen, se había negado. Luego empezó a preocuparle su propia negativa. ¿Era de cobardes? ¿Qué pensaría Jem si lo supiera? Después de dos días de angustia, Rilla telefoneó a la presidenta de la Sociedad Patriótica para decirle que recitaría. Lo hizo, y ceceó varias veces, y pasó casi toda la noche en vela, presa de la agonía de su vanidad herida. Dos noches después volvió a recitar en Harbour Head. Desde entonces había estado en Lowbridge y en el otro lado del puerto, y se había resignado a algún que otro ceceo ocasional. A nadie parecía importarle, salvo a ella misma. ¡Y ponía tanta pasión, resultaba tan conmovedora y tenía los ojos tan radiantes! Más de un recluta se alistó porque los ojos de Rilla parecían mirarle a él directamente cuando ella exigía con vehemencia cómo podían los hombres morir mejor que luchando por las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses, o aseguraba a su público con emoción palpitante que una hora repleta de vida gloriosa valía más que una era sin nombre. Hasta el flemático Miller Douglas se encendió tanto una noche que a Mary Vance le costó una

hora entera hacerle entrar en razón. Mary Vance dijo con amargura que si Rilla Blythe sentía de verdad lo que fingía sentir por la marcha de Jem al frente, no andaría animando a marcharse a los hermanos y novios de otras chicas.

Aquella noche en particular Rilla estaba cansada y aterida, y muy agradecida de poder acurrucarse en su nido caliente y arroparse entre las mantas, aunque, como de costumbre, con la triste incertidumbre de cómo les iría a Jem y a Jerry. Apenas empezaba a entrar en calor y a adormilarse cuando Jims, de repente, se puso a llorar; y siguió llorando.

Rilla se acurrucó en su cama, decidida a dejarlo llorar. Tenía al Morgan de su parte para justificarse. Jims estaba caliente, físicamente cómodo —su llanto no era de dolor— y tenía la tripita tan llena como le convenía. En esas circunstancias, hacerle caso no sería más que malcriarlo, y ella no pensaba hacerlo. Que llorara hasta cansarse bien y estar dispuesto a volver a dormirse.

Entonces la imaginación de Rilla empezó a atormentarla. Supongamos, pensó, que yo fuera una criaturita indefensa de solo cinco meses, con mi padre en algún lugar de Francia y mi pobre madrecita, que tanto se había preocupado por mí, en el cementerio. Supongamos que estuviera tendida en una cesta, en un cuarto grande y negro, sin ni una pizca de luz, y sin nadie a kilómetros a la redonda, por lo que yo podía ver o saber. Supongamos que no hubiera un alma en el mundo que me quisiera, pues un padre que nunca me había visto no podía quererme mucho, sobre todo cuando nunca había escrito ni una palabra a mí ni sobre mí. ¿No lloraría yo también? ¿No me sentiría tan sola, abandonada y asustada que *tendría* que llorar?

Rilla saltó de la cama. Sacó a Jims de su cestita y se lo llevó a su propia cama. Tenía las manos frías de verdad, pobre criatura. Pero había dejado de llorar al instante. Y entonces, mientras lo tenía apretado contra ella en la oscuridad, de pronto Jims se rio: una risa de verdad, gorgoteante, entre dientes, encantada y encantadora.

—¡Ay, qué cosita más rica! —exclamó Rilla—. ¿Tan contento estás de descubrir que no estás solo del todo, perdido en un cuarto enorme, grande y negro? Entonces supo que quería besarlo, y lo besó. Le besó la cabecita sedosa y perfumada, le besó la mejilla regordeta, le besó las manecitas frías. Quería estrujarlo, acurrucarlo, tal como solía estrujar y acurrucar a sus gatitos. Algo delicioso, anhelante y maternal parecía haberse apoderado de ella. Nunca había sentido algo así.

A los pocos minutos Jims estaba profundamente dormido; y, mientras Rilla escuchaba su respiración suave y acompasada y sentía el cuerpecito cálido y satisfecho contra el suyo, se dio cuenta de que, por fin, quería a su bebé de la guerra.

«Se ha vuelto... tan... adorable», pensó ella, adormilada, mientras se dejaba arrastrar ella misma hacia el país del sueño.

En febrero, Jem, Jerry y Robert Grant estaban en las trincheras, y a la vida de Ingleside se le sumó un poco más de tensión y temor. En marzo, «Yiprez», como lo llamaba Susan, había cobrado un significado amargo. La lista diaria de bajas había empezado a aparecer en los periódicos, y en Ingleside nadie contestaba ya al teléfono sin un horrible escalofrío de espanto, pues *podía* ser el jefe de estación llamando para avisar de que había llegado un telegrama de ultramar. En Ingleside nadie se levantaba por la mañana sin una angustia repentina y punzante sobre lo que podría traer el día.

«Y antes daba tan buena bienvenida a las mañanas», pensó Rilla.

Y sin embargo, la rueda de la vida y el deber seguía girando sin tregua, y cada semana, más o menos, algún otro de los muchachos del Glen —que hasta hacía cuatro días eran alegres colegiales— se vestía de caqui.

—Hace un frío que pela esta noche, mi querida señora doctora —dijo Susan, entrando desde el crepúsculo invernal canadiense, despejado y estrellado—. Me pregunto si los chicos de las trincheras tendrán calor.

—Cómo *todo* acaba volviendo a esta guerra —exclamó Gertrude Oliver—. No podemos escapar de ella, ni siquiera cuando hablamos del tiempo. Yo nunca salgo en estas noches oscuras y frías sin pensar en los hombres de las trincheras: no solo en *nuestros* hombres, sino en los de *todo el mundo*. Sentiría lo mismo aunque no conociera a nadie en el frente. Cuando me acurruco en mi cama cómoda, me avergüenzo de estar tan cómoda. Me parece casi una maldad estarlo, cuando tantos no lo están.

—Vi a la señora Meredith en la tienda —dijo Susan—, y me contó que están de verdad preocupados por Bruce, que se toma las cosas muy a pecho. Lleva una semana llorando hasta quedarse dormido por los belgas que se mueren de hambre. «Ay, mamá», le dice, todo suplicante, «seguro que los bebés nunca pasan hambre... ¡ay, no, los *bebés* no, mamá! Dime solo que los *bebés* no pasan hambre, mamá». Y ella no puede decírselo, porque no sería verdad, y ya no sabe qué hacer. Intentan ocultarle esas cosas, pero él las descubre, y entonces no hay forma de consolarlo. A mí también se me rompe el corazón cuando lo leo, mi querida señora doctora, y no puedo consolarme pensando que esas historias no son ciertas. Cuando leo una novela que me dan ganas de llorar, me digo bien severa: «Vamos, Susan Baker, ya sabes que todo eso son mentiras». Pero hay que seguir adelante. Jack Crawford dice que se va a la guerra porque está harto de labrar la tierra. Espero que le resulte un cambio agradable. Y la señora Richard Elliott, del otro lado del puerto, se está consumiendo de preocupación, porque siempre andaba regañando a su marido por ahumarle las cortinas de la sala con el tabaco. Ahora que él se ha alistado, ella desearía no haberle dicho nunca una palabra. Usted conoce a Josiah Cooper y a William Daley, mi querida señora doctora. Eran amigos del alma, pero se pelearon hace veinte años y no se han vuelto a hablar desde entonces. Pues bien, el otro día Josiah fue a ver a William y le dijo sin rodeos: «Seamos amigos. No es momento de guardar rencores». William se alegró de veras y le tendió la mano, y se sentaron a charlar un buen rato. Y en menos de media hora ya se habían vuelto a pelear, esta vez sobre cómo había que llevar la guerra, pues Josiah

sostenía que la expedición de los Dardanelos era una locura de cabo a rabo, y William defendía que era lo único sensato que habían hecho los Aliados. Y ahora están más furiosos el uno con el otro que nunca, y William dice que Josiah es tan progermano como Barbas-en-la-Luna. Barbas jura que él no es progermano, sino que se llama a sí mismo pacifista, sea eso lo que sea, mi querida señora doctora. No es nada decente, o Barbas no lo sería, y a eso puede usted atenerse. Dice que la gran victoria británica de New Chapelle costó más de lo que valió, y le ha prohibido a Joe Milgrave acercarse a la casa, porque Joe izó la bandera de su padre cuando llegó la noticia. ¿Se ha fijado, mi querida señora doctora, en que el zar le ha cambiado el nombre a ese sitio, de Prish a Premysl, lo que demuestra que el hombre tiene buen sentido, ruso y todo como es? Joe Vickers me contó en la tienda que esta noche vio una cosa muy rara en el cielo, hacia Lowbridge. ¿Cree usted que pudo haber sido un zepelín, mi querida señora doctora?

—No creo que sea muy probable, Susan.

—Bueno, me quedaría más tranquila si Barbas-en-la-Luna no viviera en el Glen. Dicen que lo vieron hacer unas maniobras muy raras con un farol en el corral, una noche de estas. Hay quien piensa que estaba haciendo señales.

—¿A quién... o a qué?

—Ah, *ese* es el misterio, mi querida señora doctora. A mi entender, el Gobierno haría bien en no perder de vista a ese hombre, si no quiere que nos asesinen a todos en la cama alguna noche de estas. Ahora voy a echarle un vistazo un momento al periódico, antes de ponerme a escribirle una carta al pequeño Jem. Dos cosas que yo nunca hacía, mi querida señora doctora, eran escribir cartas y leer de política. Y sin embargo aquí me tiene haciendo las dos cosas con regularidad, y resulta que la política tiene su aquel, después de todo. Lo que Woodrow Wilson quiere decir no lo consigo entender, pero espero descifrarlo todavía.

Susan, enfrascada en Wilson y en la política, dio pronto con algo que la turbó, y exclamó con un tono de amarga decepción:

—Total, que a ese diabólico káiser no le ha salido más que un forúnculo.

—No digas palabrotas, Susan —dijo el doctor Blythe, poniendo cara larga.

—«Diabólico» no es una palabrota, mi querido doctor. Siempre he entendido que jurar consistía en tomar el nombre del Todopoderoso en vano, ¿no es así?

—Bueno, no es... ejem... muy fino —dijo el doctor, guiñándole un ojo a la señorita Oliver.

—No, mi querido doctor, el diablo y el káiser —si es que de verdad son dos personas distintas— no son nada finos. Y no hay manera fina de referirse a ellos. Así que me mantengo en lo dicho, aunque habrá notado usted que tengo buen cuidado de no emplear esas expresiones cuando anda cerca la joven Rilla. Y sostengo que los periódicos no tienen derecho a decir que el káiser tiene neumonía, y hacer que a la gente le suban las esperanzas, para luego salir diciendo que no tiene más que un forúnculo. ¡Un forúnculo, nada menos! Ojalá lo cubrieran de ellos de pies a cabeza.

Dicho lo cual, Susan se fue muy digna a la cocina y se puso a escribirle a Jem, pues ciertos pasajes de la carta que había recibido de él ese día la habían convencido de que necesitaba un poco de consuelo del hogar.

Esta noche estamos en una vieja bodega de vino, papá, escribía Jem, con el agua hasta las rodillas. Ratas por todas partes, nada de fuego, una llovizna cayendo sin parar: bastante deprimente. Pero podría ser peor. Hoy me ha llegado el paquete de Susan y todo estaba en perfecto estado; nos hemos dado un banquete. Jerry anda más adelante en la línea, y dice que el rancho es peor que el de la tía Martha de antes. Pero aquí no está mal, solo que es monótono. Dile a Susan que daría la paga de un año por una buena tanda de

sus caritas de mono; pero que no se le ocurra mandarme ninguna, porque no aguantarían el viaje.

Llevamos bajo fuego desde la última semana de febrero. Ayer mataron a un chico justo a mi lado —era de Nueva Escocia—. Estalló un obús cerca de nosotros, y cuando se despejó el humo, él yacía muerto: no estaba destrozado en absoluto, solo parecía un poco sorprendido. Era la primera vez que tenía tan cerca algo así, y fue una sensación horrible, pero aquí uno se acostumbra pronto a los horrores. Estamos en un mundo completamente distinto. Lo único que sigue igual son las estrellas, y ni siquiera ellas están nunca en su sitio correcto, no sé por qué.

Dile a mamá que no se preocupe: estoy bien, fuerte como un roble, y contento de haber venido. Hay algo, ahí enfrente, que hay que borrar del mundo, eso es todo: una emanación del mal que, si no, envenenaría la vida para siempre. Hay que hacerlo, papá, por mucho que tarde y cueste lo que cueste, y díselo de mi parte a la gente del Glen. Todavía no se dan cuenta de lo que se ha desatado; yo tampoco me daba cuenta cuando me alisté. Pensaba que era una aventura. Pues bien, ¡no lo es! Pero estoy en el lugar que me corresponde, de eso no te quepa duda. Cuando vi lo que le habían hecho aquí a las casas, a los jardines, a la gente... bueno, papá, me pareció ver a una banda de hunos marchando por el Valle del Arco Iris y por el Glen, y por el jardín de Ingleside. Aquí había jardines, hermosos jardines con la belleza de siglos, ¿y qué son ahora? ¡Cosas destrozadas y profanadas! Estamos luchando para que aquellos viejos lugares queridos donde jugamos de niños sean seguros para otros chicos y chicas; luchando por conservar a salvo todo lo dulce y sano que hay en el mundo.

Cuando alguno de vosotros vaya a la estación, no dejéis de darle una doble palmadita al perro Monday de mi parte. ¡Hay que ver, el fiel granujilla, esperándome ahí de esa manera! De verdad, papá, en algunas de estas noches negras y frías en las trincheras, me anima y me da fuerzas sin medida pensar que, a miles de kilómetros de aquí,

en la vieja estación del Glen, hay un perrillo moteado haciendo mi misma vigilia.

Dile a Rilla que me alegro de que su bebé de la guerra esté saliendo tan bien, y dile a Susan que estoy librando una buena batalla contra los hunos y las *cooties*.

—Mi querida señora doctora —susurró Susan, solemne—, ¿qué son las *cooties*?

La señora Blythe se lo susurró al oído y luego, respondiendo a las horrorizadas exclamaciones de Susan, dijo: —Siempre es así en las trincheras, Susan.

Susan negó con la cabeza y se marchó en sombrío silencio a descoser un paquete que ya había cerrado para Jem, para meterle dentro un peine de púas finas.

CAPÍTULO 12. EN LOS DÍAS DE LANGEMARCK

¿Cómo puede llegar la primavera y ser tan hermosa en medio de semejante horror?, escribió Rilla en su diario. Cuando brilla el sol y empiezan a abrirse los amentos amarillos y vellosos en los sauces junto al arroyo, y el jardín empieza a estar hermoso, no puedo hacerme a la idea de que en Flandes estén ocurriendo cosas tan *espantosas*. ¡Pero *ocurren*!

Esta semana ha sido terrible para todos nosotros, desde que llegaron las noticias de los combates en torno a Ypres y las batallas de Langemarck y St. Julien. Nuestros chicos canadienses se han portado espléndidamente: el general French dice que «salvaron la situación» cuando los alemanes estaban a punto de romper el frente. Pero no puedo sentir orgullo ni exaltación, sino solo una angustia que me roe por Jem, por Jerry y por el señor Grant. Las listas de bajas salen en los periódicos todos los días; ay, hay tantísimas. No soporto leerlas por miedo a encontrarme el nombre de Jem, porque *ha habido* casos de gente que ha visto el nombre de su chico en las listas de bajas *antes* de que llegara el telegrama oficial. En cuanto al teléfono, durante uno o dos días me negué sencillamente a contestarlo, porque pensaba que no podría soportar el momento horrible que mediaba entre decir «¿Diga?» y oír la respuesta. Ese momento me parecía durar cien años, porque siempre temía oír: «Hay un telegrama para el doctor Blythe». Luego, cuando llevaba un tiempo eludiendo esa obligación, me dio vergüenza dejárselo todo a mamá o a Susan, y ahora *me obligo* a ir. Pero nunca resulta más fácil. Gertrude da clase y corrige redacciones

y prepara exámenes igual que siempre, pero sé que tiene el pensamiento en Flandes todo el tiempo. Sus ojos me *persiguen*.

Y ahora Kenneth también viste de caqui. Le han dado el grado de teniente y espera ir a ultramar a mediados de verano, según me escribió. En la carta no había mucho más; parecía no pensar en otra cosa *que* en irse a ultramar. No volveré a verlo antes de que se vaya; puede que no vuelva a verlo *nunca*. A veces me pregunto si aquella tarde en Four Winds no fue más que un sueño. Bien podría serlo: parece que ocurrió en otra vida, hace años, y que todo el mundo lo ha olvidado menos yo.

Walter, Nan y Di volvieron anoche de Redmond. Cuando Walter se bajó del tren, el perro Monday corrió a su encuentro, loco de alegría. Supongo que pensó que Jem también estaría allí. Pasado el primer momento, dejó de hacer caso a Walter y a sus caricias, y se quedó allí quieto, moviendo el rabo con nerviosismo y mirando más allá de Walter, hacia la demás gente que iba saliendo, con unos ojos que se me hicieron un nudo en la garganta, porque no pude evitar pensar que, por lo que sabíamos, puede que Monday no volviera a ver bajar a Jem de aquel tren nunca más. Luego, cuando ya había salido toda la gente, Monday alzó la vista hacia Walter, le dio un lametón en la mano como diciendo: «Ya sé que no es culpa tuya que no haya venido; perdona que me sienta decepcionado», y se volvió trotando a su caseta, con ese vaivén gracioso y ladeado suyo que siempre da la impresión de que las patas traseras viajan en dirección justamente contraria a la que apuntan las delanteras.

Intentamos convencerlo para que viniera a casa con nosotros: Di hasta se agachó y le dio un beso entre los ojos, y le dijo: «Monday, pichón, ¿no *querrás* subir con nosotros aunque solo sea por esta noche?». Y Monday contestó —*ide verdad que sí!*—: «Lo siento mucho, pero no puedo. Tengo una cita con Jem aquí, ya sabes, y hay un tren que pasa a las ocho».

Da gusto tener otra vez a Walter en casa, aunque parece callado y triste, igual que en Navidad. Pero pienso quererlo *con todas mis*

fuerzas y animarlo y *conseguir* que se ría como antes. Me parece que cada día que pasa Walter significa más para mí.

El otro día, Susan comentó como quien no quiere la cosa que ya habían salido las flores de mayo en el Valle del Arco Iris. Dio la casualidad de que yo estaba mirando a mamá cuando Susan lo dijo. Se le mudó la cara y dejó escapar un extraño gemido ahogado. Mamá casi siempre tiene tanto ánimo y alegría que una nunca adivinaría lo que siente por dentro; pero de vez en cuando alguna pequeñez puede con ella y se le ve lo de debajo. «¡Flores de mayo!», dijo. «¡Jem me trajo flores de mayo el año pasado!», y se levantó y salió de la habitación. Yo habría salido corriendo al Valle del Arco Iris para traerle un brazado de flores de mayo, pero sabía que no era eso lo que quería. Y anoche, cuando Walter llegó a casa, se escapó al valle y le trajo a mamá todas las flores de mayo que pudo encontrar. Nadie le había dicho ni una palabra al respecto: él solo se acordó de que Jem solía traerle a mamá las primeras flores de mayo, así que las trajo él en su lugar. Demuestra lo tierno y considerado que es. ¡Y aun así hay gente que le manda cartas crueles!

Es raro que podamos seguir con la vida normal como si no estuviera pasando nada en ultramar que nos concerniera, como si cualquier día no pudiera traernos noticias terribles. Pero podemos, y lo hacemos. Susan está plantando el huerto, ella y mamá están haciendo la limpieza de primavera, y las de la Cruz Roja Juvenil estamos organizando un concierto a beneficio de Bélgica. Llevamos un mes de ensayos, con un sinfín de líos y contratiempos por culpa de gente picajosa. Miranda Pryor prometió ayudar con un diálogo, y cuando ya se lo había aprendido entero, su padre se plantó y no le dejó colaborar en nada. No es que quiera echarle la culpa a Miranda exactamente, pero sí creo que podría tener un poco más de arrojo alguna vez. Si *ella* se plantara de vez en cuando, quizá podría hacer entrar en razón a su padre, porque ella es la única que le lleva la casa, ¿y qué haría él si se «declarase en huelga»? Si *yo* estuviera en el lugar de Miranda, encontraría la manera de manejar a Barbas-en-la-Luna —sí, ya lo creo, hasta lo azotaría con una fusta— o lo

mordería, si no quedara otro remedio. Pero Miranda es una hija mansa y obediente, de esas cuyos días han de ser largos sobre la tierra.

No conseguí que nadie más se hiciera cargo del papel, porque a nadie le gustaba, así que al final tuve que quedármelo yo. Olive Kirk está en el comité del concierto y me lleva la contraria en todo. Pero, con todo, me salí con la mía y conseguí que la señora Channing viniera desde la ciudad a cantar para nosotros. Canta maravillosamente y atraerá tal gentío que sacaremos más de lo que nos costará pagarle. Olive Kirk pensaba que nuestro «talento local» ya era bastante bueno, y Minnie Clow ahora se niega a cantar en los coros porque se pondría «muy nerviosa» delante de la señora Channing. ¡Y Minnie es la única contralto buena que tenemos! Hay veces en que me exaspero tanto que me dan ganas de lavarme las manos de todo el asunto; pero después de dar unas cuantas vueltas por mi cuarto, muerta de rabia, me calmo y le doy otro tirón. Ahora mismo estoy carcomida de preocupación por miedo a que a los pequeños de Isaac Reese les esté entrando la tos ferina. Todos tienen un catarro espantoso, y cinco de ellos tienen papeles importantes en el programa; si les da por coger la tos ferina, ¿qué voy a hacer? El solo de violín de Dick Reese va a ser uno de nuestros platos fuertes, Kit Reese sale en todos los cuadros vivos, y las tres niñas pequeñas hacen el número de banderas más mono que hay. Llevo semanas deslomándome para enseñárselo, y ahora resulta que lo mismo todo mi esfuerzo se va a quedar en nada.

Hoy a Jims le ha salido el primer diente. Me alegro muchísimo, porque tiene ya casi nueve meses y Mary Vance ha estado insinuando que va muy retrasado en la dentición. Ha empezado a gatear, aunque no se arrastra como la mayoría de los bebés: se desplaza a cuatro patas, trotando, y lleva las cosas en la boca como un perrito. Nadie puede decir que no vaya al día en eso de gatear; al contrario, va muy adelantado, porque el Morgan dice que la media para empezar a gatear son diez meses. Es tan mono que será una lástima que su papá nunca llegue a verlo. El pelo también le está saliendo precioso, y tengo esperanzas de que le salga rizado.

Solo por unos minutos, mientras escribía sobre Jims y el concierto, me he olvidado de Ypres, del gas venenoso y de las listas de bajas. Ahora vuelve todo de golpe, peor que nunca. ¡Ay, si al menos pudiéramos saber que Jem está bien! Antes me ponía furiosa con Jem cuando me llamaba «Araña». Y ahora, si él llegara silbando por el vestíbulo y gritara: «Hola, Araña», como solía hacer, me parecería el nombre más bonito del mundo.

Rilla guardó el diario y salió al jardín. La tarde de primavera era hermosísima. El largo glen verde que miraba hacia el mar estaba lleno de penumbra, y más allá se extendían praderas de ocaso. El puerto resplandecía, aquí púrpura, allá azul, más allá ópalo. La arboleda de arces empezaba a cubrirse de un verde brumoso. Rilla miró en derredor con ojos nostálgicos. ¿Quién dijo que la primavera era la alegría del año? Era el desgarró del año. Y todas aquellas mañanas de un malva pálido, y las estrellas de los narcisos, y el viento en el viejo pino no eran sino otras tantas punzadas de aquel desgarró. ¿Volvería *alguna vez* la vida a estar libre de temor?

—Da gusto volver a ver un atardecer de la Isla —dijo Walter, uniéndose a ella—. La verdad es que no recordaba que el mar fuera tan azul, ni los caminos tan rojos, ni los rincones del bosque tan silvestres y encantados por las hadas. Sí, las hadas siguen morando aquí. Te juro que podría encontrar docenas de ellas bajo las violetas del Valle del Arco Iris.

Por un instante, Rilla fue feliz. Aquello sonaba al Walter de antaño. Confió en que estuviera olvidando ciertas cosas que lo habían atormentado.

—¿Y no está azul el cielo sobre el Valle del Arco Iris? —dijo ella, siguiéndole el humor—. Azul... azul... habría que decir «azul» cien veces para poder expresar lo azul que es.

Susan pasó por allí, con la cabeza envuelta en un chal y las manos llenas de aperos de jardín. Doc, sigiloso y con la mirada extraviada, le seguía los pasos entre los arbustos de espirea.

—El cielo estará azul —dijo Susan—, pero ese gato ha estado hecho un Hyde todo el día, así que seguramente esta noche lloverá, y además tengo reuma en el hombro.

—Puede que llueva, pero no pienses en el reuma, Susan; piensa en las violetas —dijo Walter con alegría, con una alegría quizá excesiva, pensó Rilla.

A Susan le pareció que era poco comprensivo.

—La verdad, Walter, querido, no sé qué quieres decir con eso de pensar en violetas —respondió ella con tirantez—, y el reuma no es cosa de la que se pueda bromear, como quizá llegues a comprobar tú mismo algún día. Espero no ser de las que siempre se están quejando de sus achaques y dolores, sobre todo ahora que las noticias son tan terribles. El reuma ya es bastante malo, pero me doy cuenta, y nadie mejor que yo, de que no se puede comparar con que a uno lo gaseen los hunos.

—¡Ay, Dios mío, no! —exclamó Walter con vehemencia. Se dio media vuelta y regresó a la casa.

Susan meneó la cabeza. Aquellas exclamaciones le parecían del todo censurables. «Espero que no deje que su madre lo oiga hablar así», pensó mientras guardaba las azadas y los rastrillos.

Rilla estaba de pie entre los narcisos en capullo, con los ojos llenos de lágrimas. Se le había estropeado la tarde; detestaba a Susan, que de alguna manera había herido a Walter; y Jem... ¿lo habrían gaseado a él también? ¿Habría muerto entre tormentos?

—No puedo soportar más esta incertidumbre —dijo Rilla, desesperada.

Pero la soportó, como los demás, durante otra semana más. Luego llegó una carta de Jem. Estaba bien.

He salido sin un rasguño, papá. No sé cómo lo he conseguido, ni cómo lo ha conseguido ninguno de nosotros. Ya lo habréis visto todo en los periódicos: no puedo escribir sobre ello. Pero los hunos no han logrado pasar; no van a pasar. A Jerry lo dejó tieso una vez la

onda expansiva de un obús, pero fue solo la conmoción. A los pocos días estaba bien. Grant también está a salvo.

Nan tenía una carta de Jerry Meredith. Volví en mí al amanecer, escribía él. No sabía qué me había pasado, pero pensé que estaba acabado. Estaba completamente solo y *asustado*, terriblemente asustado. Había muertos alrededor de mí por todas partes, tendidos en aquellos campos grises, viscosos y horribles. Tenía una sed espantosa, y pensé en David y el agua de Belén, y en el viejo manantial del Valle del Arco Iris bajo los arces. Me pareció verlo justo delante de mí, y a ti de pie, riendo al otro lado, y pensé que aquello era mi fin. Y no me importó. De verdad que no me importó. Solo sentía un miedo espantoso, infantil, a la *soledad* y a todos aquellos muertos a mi alrededor, y una especie de estupor de que aquello me hubiera podido pasar a *mí*. Luego me encontraron y me llevaron de allí, y al poco tiempo descubrí que en realidad no me pasaba nada. Mañana vuelvo a las trincheras. Allí hace falta todo hombre que se pueda conseguir.

—La risa ha desaparecido del mundo —dijo Faith Meredith, que había venido a contar lo que decían sus cartas—. Recuerdo que hace tiempo le dije a la señora Taylor que el mundo era un mundo de risas. Pero ya no lo es.

—Es un alarido de angustia —dijo Gertrude Oliver.

—Tenemos que guardar un poco de risa, muchachas —dijo la señora Blythe—. Una buena carcajada vale a veces tanto como una oración... solo a veces —añadió en voz baja. Le había costado mucho reír durante las tres semanas que acababa de vivir, a ella, Ana Blythe, a quien siempre le había resultado tan fácil y espontáneo reír. Y lo que más le dolía era lo poco que reía ya Rilla, esa Rilla que antes le parecía que se reía demasiado. ¿Es que toda la juventud de la niña iba a quedar así ensombrecida? ¡Y sin embargo, qué fuerte, qué lista y qué mujer se estaba haciendo! ¡Con qué paciencia tejía y cosía, y cómo manejaba a esas chicas tan inconstantes de la Cruz Roja Juvenil! Y qué maravillosa era con Jims.

—No podría hacerlo mejor por esa criatura ni aunque hubiera criado a una docena, mi querida señora doctora —había declarado Susan solemnemente—. Poco me esperaba yo esto de ella el día que se plantó aquí con aquella sopera.

CAPÍTULO 13. TRAGARSE EL ORGULLO

—Me temo mucho, mi querida señora doctora —dijo Susan, que había hecho una peregrinación a la estación con unos huesos selectos para el perro Monday—, que ha ocurrido algo terrible. Barbas-en-la-Luna bajó del tren de Charlottetown y *venía con cara de satisfacción*. No recuerdo haberlo visto nunca sonreír en público antes de hoy. Claro que puede que solo hubiera sacado ventaja a alguien en un trato de ganado, pero tengo el terrible presentimiento de que los hunos han roto el frente en alguna parte.

Quizá Susan fuera injusta al relacionar la sonrisa del señor Pryor con el hundimiento del *Lusitania*, noticia que circuló una hora después, cuando se repartió el correo. Pero aquella noche los chicos del Glen salieron en tropel y le rompieron todas las ventanas, en un hermoso frenesí de indignación por las fechorías del káiser.

—No digo que hicieran bien ni digo que hicieran mal —dijo Susan, cuando se enteró—. Pero sí diré que a mí tampoco me habría importado tirar alguna que otra piedra. Una cosa es segura: Barbas-en-la-Luna dijo en la oficina de correos, el día que llegó la noticia, en presencia de testigos, que la gente que no sabía quedarse en casa después de que la avisaran no merecía mejor suerte. Ese hombre, mi querida señora doctora, podrá ser, y es, miembro de nuestra junta, pero yo sé una cosa: si yo estuviera muerta y él viniera a mi entierro, me levantaría para echarlo de allí. Norman Douglas está que echa espuma por la boca con todo esto. «Si el diablo no se lleva a esos hombres que hundieron el *Lusitania*, no sé para qué sirve tener diablo», iba gritando anoche en la tienda de Carter. Norman

Douglas siempre ha creído que quien se le opusiera a él/ estaba de parte del diablo, pero hasta un hombre así tiene que acertar alguna vez. Bruce Meredith está preocupado por los bebés que se ahogaron. Y parece que el viernes por la noche pidió en sus oraciones algo muy especial y no se lo concedieron, y se quedó bastante disgustado por ello. Pero cuando se enteró de lo del *Lusitania* le dijo a su madre que ahora entendía por qué Dios no había atendido su oración: había estado demasiado ocupado atendiendo las almas de toda la gente que se hundió con el *Lusitania*. El cerebro de ese niño tiene cien años más que su cuerpo, mi querida señora doctora. En cuanto al *Lusitania*, se mire como se mire, es un suceso espantoso. Pero Woodrow Wilson va a escribir una nota al respecto, así que ¿para qué preocuparse? ¡Menudo presidente! —Susan golpeó las cacerolas, indignada. El presidente Wilson se estaba convirtiendo rápidamente en un anatema en la cocina de Susan.

Mary Vance se dejó caer una noche en Ingleside para contar que había retirado toda su oposición a que Miller Douglas se alistara.

—Este asunto del *Lusitania* ha sido demasiado para mí —dijo Mary sin rodeos—. Cuando el káiser se pone a ahogar bebés inocentes, ya es hora de que alguien le diga hasta dónde puede llegar. Esto hay que pelearlo hasta el final. Se me ha ido metiendo en la cabeza poco a poco, pero ya estoy convencida. Así que fui y le dije a Miller que por mí podía irse. La vieja Kitty Alec no va a convertirse, eso sí. Aunque torpedearan todos los barcos del mundo y se ahogaran todos los bebés, a Kitty no se le movería un pelo. Pero me halago pensando que era yo quien tenía a Miller retenido todo este tiempo, y no la encantadora Kitty. Puede que me haya engañado a mí misma... pero ya lo veremos.

Lo vieron, en efecto. El domingo siguiente, Miller Douglas entró en la iglesia del Glen junto a Mary Vance, vestido de caqui. Y Mary estaba tan orgullosa de él que sus ojos claros echaban chispas. Joe Milgrave, al fondo, bajo la galería, miró a Miller y a Mary, y luego a Miranda Pryor, y suspiró tan hondamente que todos los que estaban

a tres bancos a la redonda lo oyeron y comprendieron cuál era su pena. Walter Blythe no suspiró. Pero Rilla, que escrutaba su rostro con ansiedad, vio en él una expresión que le partió el corazón. La persiguió durante toda la semana siguiente y dejó una corriente soterrada de dolor en su alma, que por fuera se veía atormentada por la cercanía del concierto de la Cruz Roja y las preocupaciones que este traía consigo. El catarro de los Reese no había derivado en tos ferina, de modo que ese enredo se había resuelto. Pero otras cosas seguían en el aire; y el mismo día antes del concierto llegó una carta pesarosa de la señora Channing diciendo que no podría venir a cantar. Su hijo, que estaba en Kingsport con su regimiento, había caído gravemente enfermo de pulmonía, y ella debía acudir a su lado de inmediato.

Las integrantes del comité del concierto se miraron unas a otras completamente desconcertadas. ¿Qué se podía hacer?

—Esto es lo que pasa por depender de ayuda de fuera —dijo Olive Kirk, de mal talante.

—Tenemos que hacer algo —dijo Rilla, demasiado desesperada para reparar en los modales de Olive—. Hemos anunciado el concierto por todas partes, y va a venir muchísima gente, incluso viene un grupo numeroso desde la ciudad, y ya andábamos bastante escasas de música tal como estaban las cosas. *Tenemos* que conseguir que alguien cante en el lugar de la señora Channing.

—No sé a quién podéis conseguir a estas alturas —dijo Olive—. Irene Howard podría hacerlo, pero no es probable que quiera, después de cómo la insultó nuestra sociedad.

—¿Cómo la insultó nuestra sociedad? —preguntó Rilla, en lo que ella llamaba su «tono frío y pálido». Ni su frialdad ni su palidez arredraron a Olive.

—Tú la insultaste —respondió con dureza—. Irene me lo contó todo: se quedó literalmente *destrozada*. Le dijiste que no volviera a hablarte nunca más, y me contó que no lograba imaginar qué había dicho o hecho para merecer semejante trato. Por eso no volvió a

nuestras reuniones y se pasó a la Cruz Roja de Lowbridge. Yo no se lo reprocho en absoluto, y por mi parte, no pienso pedirle que se *rebaje* a sacarnos de este apuro.

—¿No esperarás que se lo pida *yo*? —rió Amy MacAllister, la otra integrante del comité—. Irene y yo no nos hablamos desde hace un siglo. Siempre hay alguien que la «insulta». Pero canta *de maravilla*, eso lo reconozco, y a la gente le daría lo mismo oírla a ella que a la señora Channing.

—No serviría de nada aunque se lo pidieras *tú* —dijo Olive con retintín—. Poco después de que empezáramos a organizar este concierto, allá por abril, me encontré con Irene en la ciudad un día y le pregunté si no querría ayudarnos. Dijo que le encantaría, pero que no veía cómo, con Rilla Blythe llevando el programa, después de lo raro que Rilla se había portado con ella. Así que ahí lo tenéis, y aquí estamos, y menudo fracaso va a ser nuestro concierto.

Rilla se fue a casa y se encerró en su cuarto, con el alma revuelta. ¡No pensaba humillarse disculpándose ante Irene Howard! Irene había tenido tanta culpa como ella, y había ido contando por todas partes versiones mezquinas y deformadas de su pelea, haciéndose la mártir dolida y desconcertada. Rilla nunca era capaz de contar *su* versión. El hecho de que en el fondo hubiera una ofensa contra Walter le ataba la lengua. Así que la mayoría de la gente creía que Irene había sido tratada injustamente, salvo unas pocas chicas a quienes nunca les había caído bien y que estaban de parte de Rilla. Sin embargo, su compasión no le servía de mucho consuelo, pues venía cargada de sutiles recordatorios de otros tiempos, cuando Rilla había peleado las batallas de Irene contra esas mismas chicas y las había despreciado por no idolatrarla. Y sin embargo... el concierto por el que tanto había trabajado iba a ser un fracaso. Los cuatro solos de la señora Channing eran el plato fuerte de todo el programa.

—Señorita Oliver, ¿qué opina usted de todo esto? —preguntó, desesperada.

—Creo que es Irene quien debería disculparse —dijo la señorita Oliver—. Pero por desgracia mi opinión no te va a llenar los huecos del programa.

—Si fuera a disculparme humildemente ante Irene, cantarí, estoy segura —suspiró Rilla—. Le encanta cantar en público. Pero sé que se pondrá desagradable... siento que preferiría hacer *cualquier cosa* antes que ir. Supongo que *debería* ir: si Jem y Jerry pueden plantar cara a los hunos, seguro que yo puedo plantarle cara a Irene Howard, y tragarme el orgullo para pedirle un favor por el bien de los belgas. Ahora mismo siento que *no puedo* hacerlo, pero aun así tengo el presentimiento de que, después de cenar, me veréis trotando mansamente por el Valle del Arco Iris camino de la carretera de Upper Glen.

El presentimiento de Rilla resultó cierto. Después de cenar se vistió con esmero con su crespón azul de cuentas, pues la vanidad es más difícil de acallar que el orgullo, e Irene siempre reparaba en cualquier defecto o descuido en el aspecto de otra chica. Además, como Rilla le había dicho a su madre un día, cuando tenía nueve años, «es más fácil portarse bien cuando llevas puesta tu ropa buena». Y *era* más fácil: mantenía en alto la moral del ejército.

Se peinó de un modo muy favorecedor y se puso un impermeable largo por si llovía. Pero durante todo el camino sus pensamientos giraban en torno a la desagradable entrevista que le esperaba, y no dejaba de ensayar mentalmente su papel. Deseaba que aquello ya hubiera pasado; deseaba no haber intentado nunca organizar un concierto a beneficio de Bélgica; deseaba no haberse peleado con Irene. Al fin y al cabo, un silencio desdeñoso habría sido mucho más eficaz para responder a la ofensa contra Walter. Había sido una tontería infantil salirse así de sus casillas... bueno, en el futuro sería más prudente, pero de momento tenía que tragarse una ración generosa y bien poco apetecible de humildad, y a Rilla Blythe le gustaba tan poco ese saludable plato como a cualquiera de nosotros.

Al ponerse el sol ya estaba en la puerta de la casa de los Howard: una vivienda pretenciosa, con cenefas de madera calada blanca bajo

los aleros y una erupción de miradores por todos los costados. La señora Howard, una dama rolliza y locuaz, recibió a Rilla con grandes efusiones y la dejó en el salón mientras iba a llamar a Irene. Rilla se quitó el impermeable y se miró críticamente en el espejo sobre la repisa de la chimenea. El pelo, el sombrero y el vestido estaban en orden: nada de lo que Irene pudiera burlarse. Rilla recordó lo ingeniosos y divertidos que solían parecerle los comentarios mordaces de Irene sobre otras chicas. Bueno, ahora le tocaba sufrirlo a ella.

Al poco, Irene bajó deslizándose, ataviada con elegancia, con su pelo pálido, color paja, peinado a la moda más extrema, envuelta en una atmósfera de perfume excesivamente empalagoso.

—Vaya, ¿cómo estás, señorita Blythe? —dijo con dulzura—. Qué placer tan inesperado.

Rilla se había levantado para estrechar las gélidas puntas de los dedos de Irene, y ahora, al volver a sentarse, vio algo que la dejó momentáneamente atónita. Irene también lo vio, al sentarse *ella*, y una sonrisita divertida e impertinente le asomó a los labios y se le quedó allí durante el resto de la entrevista.

En uno de los pies de Rilla lucía un elegante zapatito con hebilla de acero y una vaporosa media de seda azul. ¡El otro iba calzado con una bota recia y bastante gastada, y una media de hilo negra!

¡Pobre Rilla! Se había cambiado, o había empezado a cambiarse de botas y medias después de ponerse el vestido. *Esto* era lo que pasaba por hacer una cosa con las manos y otra con la cabeza. ¡Ay, qué situación tan ridícula —y precisamente delante de Irene Howard, entre toda la gente—, Irene, que miraba fijamente los pies de Rilla como si nunca hubiera visto unos pies en su vida! ¡Y pensar que una vez había creído que los modales de Irene eran la perfección misma! Todo lo que Rilla había preparado para decir se le borró de la memoria. Intentando en vano esconder el pie desafortunado bajo la silla, soltó una frase brusca sin más.

—He venido a tolicitarte un favor, Irene.

Vaya... ¡ceceando! ¡Ay, estaba preparada para la humillación, pero no hasta ese extremo! ¡De verdad, aquello tenía un límite!

—¿Sí? —dijo Irene en tono frío e interrogante, alzando un instante sus ojos insolentes y de mirada superficial hacia el rostro encendido de Rilla, para volver a bajarlos enseguida, como si de verdad no pudiera apartarlos de la fascinante contemplación de la bota gastada y el zapato gallardo.

Rilla se recompuso. *No* iba a cecear; *sí* que iba a estar tranquila y serena.

—La señora Channing no puede venir porque su hijo está enfermo en Kingsport, y yo vengo de parte del comité a preguntarte si tendrías la bondad de cantar en su lugar. —Rilla pronunció cada palabra con tanta precisión y cuidado que parecía estar recitando una lección.

—Es una invitación un poco interesada, ¿no te parece? —dijo Irene, con una de sus sonrisas desagradables.

—Olive Kirk te pidió ayuda cuando se nos ocurrió por primera vez lo del concierto, y tú te negaste —dijo Rilla.

—Vaya, difícilmente podía ayudar... entonces... ¿no? —preguntó Irene con tono quejumbroso—. ¿Después de que me ordenaras no volver a hablarte nunca más? Habría sido muy violento para las dos, ¿no te parece?

Y ahora, a tragarse el orgullo.

—Quiero disculparme contigo por haber dicho eso, Irene —dijo Rilla con firmeza—. No debí decirlo, y lo he lamentado mucho desde entonces. ¿Me perdonas?

—¿Y cantar en tu concierto? —dijo Irene, con dulzura e insolencia a la vez.

—Si quieres decir —dijo Rilla, apenada— que *no* te estaría pidiendo disculpas de no ser por el concierto, quizá sea verdad. Pero también es verdad que desde que ocurrió he sentido que no debí

decir lo que dije, y que lo he lamentado todo el invierno. Eso es todo lo que puedo decir. Si sientes que no puedes perdonarme, supongo que no hay nada más que añadir.

—Ay, Rilla, querida, no te pongas así conmigo —suplicó Irene—. Claro que te perdono... aunque lo pasé fatal por aquello, y ojalá nunca llegues a saber lo fatal que lo pasé. Lloré *semanas* por eso. ¡Y eso que yo no había dicho ni hecho nada!

Rilla se tragó una réplica. Al fin y al cabo, no servía de nada discutir con Irene, y los belgas se morían de hambre.

—¿No crees que podrías ayudarnos con el concierto? —se obligó a decir. ¡Ay, si Irene dejara de mirar aquella bota! Rilla casi podía *oírla* contándoselo todo a Olive Kirk.

—No veo cómo, la verdad, a estas alturas —protestó Irene—. No hay tiempo para aprender nada nuevo.

—Pero si tienes montones de canciones preciosas que nadie ha oído nunca en el Glen —dijo Rilla, que sabía que Irene llevaba todo el invierno yendo a la ciudad a clases y que aquello no era más que un pretexto—. Allí serán todas nuevas.

—Pero no tengo quien me acompañe al piano —protestó Irene.

—Una Meredith puede acompañarte —dijo Rilla.

—Ay, a *ella* no podría pedírselo —suspiró Irene—. No nos hablamos desde el otoño pasado. Se portó tan odiosamente conmigo en lo del concierto de la escuela dominical que no tuve más remedio que dejarla por imposible.

Vaya, vaya, ¿es que Irene estaba peleada con todo el mundo? En cuanto a que Una Meredith fuera odiosa con alguien, la idea era tan disparatada que a Rilla le costó un mundo no echarse a reír en la mismísima cara de Irene.

—La señorita Oliver toca el piano maravillosamente y puede acompañar cualquier cosa a primera vista —dijo Rilla, desesperada

—. Ella tocará para ti, y podrías repasar tus canciones sin problema mañana por la tarde en Ingleside, antes del concierto.

—Pero no tengo nada que ponerme. Mi vestido de noche nuevo todavía no ha llegado de Charlottetown, y de ninguna manera puedo ponerme el viejo para un acto tan importante. Está demasiado ajado y pasado de moda.

—Nuestro concierto —dijo Rilla despacio— es a beneficio de los niños belgas que se mueren de hambre. ¿No crees que podrías ponerte un vestido ajado, por una vez, por ellos, Irene?

—Ay, ¿no crees que esas noticias que nos llegan sobre la situación de los belgas están muy exageradas? —dijo Irene—. Seguro que no se están *muriendo* de hambre de verdad, ya sabes, en pleno siglo veinte. Los periódicos siempre exageran las cosas.

Rilla llegó a la conclusión de que ya se había humillado bastante. Al fin y al cabo, una tenía su amor propio. Se acabaron los ruegos, hubiera concierto o no lo hubiera. Se levantó, bota y todo.

—Siento que no puedas ayudarnos, Irene, pero ya que no puedes, tendremos que arreglarnos lo mejor que podamos.

Pero aquello no le convenía a Irene en absoluto. Deseaba muchísimo cantar en aquel concierto, y todas sus reticencias no eran más que un modo de realzar el valor de su consentimiento final. Además, en el fondo quería volver a ser amiga de Rilla. La adoración incondicional y sin reservas de Rilla había sido para ella un incienso muy dulce. Y además, Ingleside era una casa encantadora que visitar, sobre todo cuando un estudiante universitario tan guapo como Walter estaba en casa. Dejó de mirar los pies de Rilla.

—Rilla, cariño, no seas *tan* brusca. De verdad que quiero ayudarte, si puedo arreglarlo. Anda, siéntate y hablemoslo con calma.

—Lo siento, pero no puedo. Tengo que estar en casa pronto: ya sabes, hay que acostar a Jims.

—Ah, sí... el bebé que estás criando según el libro. Es la mar de tierno por tu parte, hacerlo, con lo que odias tú a los niños. ¡Qué enfadada te pusiste solo porque le di un beso! Pero vamos a olvidar todo eso y a volver a ser amigas del alma, ¿verdad que sí? Ahora, en cuanto al concierto: supongo que puedo ir en el tren de la mañana a la ciudad a por mi vestido, y volver en el de la tarde con tiempo de sobra para el concierto, si le pides a la señorita Oliver que toque para mí. Yo no podría pedírselo... es tan espantosamente altiva y desdeñosa que a esta pobrecita la deja paralizada.

Rilla no perdió tiempo ni saliva defendiendo a la señorita Oliver. Le dio las gracias a Irene con frialdad —que de pronto se había vuelto de lo más amable y efusiva— y se marchó de allí. Se sintió muy agradecida de que la entrevista hubiera terminado. Pero ahora sabía que ella e Irene ya nunca podrían volver a ser las amigas que habían sido. Cordiales, sí; pero *amigas*, no. Y tampoco lo deseaba. Durante todo el invierno, bajo sus otras preocupaciones más graves, había sentido una punzada de pesar por la compañera perdida. Ahora, de pronto, había desaparecido. Irene no era, como diría la señora Elliott, de la raza que conoce a José. Rilla no se dijo ni pensó que había superado a Irene en madurez. Si se le hubiera ocurrido semejante idea, la habría considerado absurda, siendo ella misma menor de diecisiete años e Irene de veinte. Pero era la verdad. Irene seguía siendo exactamente lo que había sido un año antes, y lo que siempre sería. La naturaleza de Rilla Blythe, en cambio, había cambiado, madurado y ahondado en ese mismo año. Se descubrió viendo a través de Irene con una claridad inquietante, discerniendo bajo toda aquella dulzura superficial su mezquindad, su rencor, su falsedad, su fundamental vulgaridad. Irene había perdido para siempre a su fiel admiradora.

Pero no fue hasta que Rilla hubo recorrido la carretera de Upper Glen y se encontró en la soledad moteada de luna del Valle del Arco Iris cuando recobró del todo la compostura de su espíritu. Entonces se detuvo bajo un ciruelo silvestre alto, blanco y fantasmal en su neblinosa floración primaveral, y se echó a reír.

—Ahora mismo solo hay una cosa importante: que los Aliados ganen la guerra —dijo en voz alta—. *Por lo tanto*, se sigue sin discusión posible que el hecho de que haya ido a ver a Irene Howard con los zapatos y las medias descabalados no tiene *ninguna* importancia. Sin embargo, yo, Bertha Marilla Blythe, juro solemnemente, poniendo a la luna por testigo —Rilla alzó la mano dramáticamente hacia dicha luna—, que nunca más volveré a salir de mi cuarto sin mirarme bien *los dos* pies.

CAPÍTULO 14. EL VALLE DE LA DECISIÓN

Susan mantuvo la bandera ondeando en Ingleside todo el día siguiente, en honor a la declaración de guerra de Italia.

—Y ya era hora, mi querida señora doctora, visto cómo han empezado a ir las cosas en el frente ruso. Diga usted lo que quiera, esos rusos son gente de mucho cuidado, dijera lo que dijese el gran duque Nicolás. Es una suerte para Italia haberse puesto del lado bueno; pero si es igual de afortunado para los Aliados, no lo diré hasta saber de los italianos más de lo que sé ahora. De todos modos, le va a dar que pensar a ese viejo réprobo de Francisco José. Buen emperador está hecho, con un pie en la tumba y aun así tramando una matanza en masa —y Susan golpeaba y amasaba el pan con tanta saña como habría empleado en dar puñetazos al mismísimo Francisco José, si hubiera tenido la mala suerte de caer en sus garras.

Walter se había ido a la ciudad en el primer tren, y Nan se ofreció a cuidar de Jims todo el día, dejando libre a Rilla. Rilla estuvo atareadísima toda la jornada, ayudando a decorar el salón del Glen y ocupándose de un centenar de últimos detalles. La tarde era hermosa, a pesar de que se decía que el señor Pryor había comentado que «ojalá lloviesen horcas con las púas hacia abajo», y que, al decirlo, le había dado una patada sin motivo al perro de Miranda. Rilla, corriendo a casa desde el salón, se vistió a toda prisa. Al final todo había salido sorprendentemente bien; Irene estaba ya abajo ensayando sus canciones con la señorita Oliver; Rilla estaba excitada y feliz, olvidada por un momento hasta del frente

occidental. Le daba una sensación de logro y de victoria haber llevado a tan buen término semanas de esfuerzo. Sabía que no habían faltado quienes pensaran e insinuasen que Rilla Blythe no tenía el tacto ni la paciencia para organizar el programa de un concierto. ¡Bien que se lo había demostrado! Pequeños retazos de canciones le brotaban de los labios mientras se vestía. Le pareció que estaba muy guapa. La emoción le había traído un rubor tenue y favorecedor a sus redondas mejillas cremosas, que ahogaba del todo sus pocas pecas, y el pelo le brillaba con un lustre castaño rojizo. ¿Debía ponerse flores de manzano silvestre en el pelo, o su cintillo de perlas? Tras vacilar angustiada, se decidió por las flores de manzano silvestre y se colocó el ramillete blanco y ceroso detrás de la oreja izquierda. Ahora, una última mirada a los pies. Sí, llevaba puestas las dos zapatillas. Le dio un beso a Jims, que dormía —qué carita tan cálida, sonrosada y de raso tenía—, y bajó corriendo la cuesta hacia el salón. Ya se estaba llenando; pronto estuvo abarrotado. Su concierto iba a ser un éxito brillante.

Los tres primeros números habían pasado sin contratiempos. Rilla estaba en el cuartito que hacía de camerino detrás de la tarima, contemplando el puerto iluminado por la luna y repasando sus propias recitaciones. Estaba sola, pues el resto de los intérpretes se hallaba en la sala más grande, al otro lado. De pronto sintió que dos brazos suaves y desnudos le rodeaban la cintura; luego Irene Howard le dio un ligero beso en la mejilla.

—Rilla, cielo, esta noche estás *sencillamente angelical*. Tienes agallas: pensaba que ibas a sentirte tan mal por lo de que Walter se haya alistado que apenas podrías sobrellevarlo, y aquí estás, tan fresca como una lechuga. Ojalá tuviera yo *la mitad* de tu aplomo.

Rilla se quedó completamente inmóvil. No sentía ninguna emoción: no sentía *nada*. El mundo del sentimiento se había *quedado en blanco* de golpe.

—Walter... alistado —se oyó decir a sí misma—, y luego oyó la risita afectada de Irene.

—Vaya, ¿no lo sabías? Yo daba por hecho que sí, claro, si no, no lo habría mencionado. Siempre meto la pata, ¿verdad? Sí, para eso fue hoy a la ciudad: me lo contó esta noche, al salir en el tren. Yo fui la primera persona a quien se lo dijo. Todavía no va de caqui —no quedaban uniformes—, pero lo llevará dentro de un día o dos. Siempre he dicho que Walter tenía tanto valor como el que más. Te aseguro que me sentí *orgullosa* de él, Rilla, cuando me contó lo que había hecho. Ay, ya ha terminado la recitación de Rick MacAllister. Tengo que volar. Prometí que tocaría para el próximo coro: a Alice Clow le ha dado un dolor de cabeza espantoso.

Se había ido. ¡Ay, gracias a Dios, se había ido! Rilla volvía a estar sola, con la mirada perdida en la belleza inmutable y de ensueño de Four Winds bajo la luna. El sentimiento le iba volviendo: una punzada de angustia tan aguda que casi resultaba física parecía desgarrarla por dentro.

—No *puedo* soportarlo —dijo. Y entonces le vino el pensamiento terrible de que tal vez *sí* pudiera soportarlo, y de que quizá le esperasen años de aquel sufrimiento espantoso.

Debía escapar de allí; debía correr a casa; debía quedarse sola. No podía salir a tocar para los números de baile, dar sus recitaciones y participar en los diálogos, no ahora. Aquello estropearía la mitad del concierto, pero no importaba, nada importaba. ¿Era esta ella, Rilla Blythe, esta criatura torturada que apenas unos minutos antes había sido del todo feliz? Fuera, un cuarteto cantaba «*Jamás dejaremos caer la vieja bandera*»; la música parecía llegarle desde una distancia remota. ¿Por qué no podía llorar, como había llorado cuando Jem les dijo que tenía que irse? Si pudiera llorar, quizá aquella cosa horrible que parecía haberse apoderado de su propia vida la soltaría. ¡Pero no le venían las lágrimas! ¿Dónde estaban su chal y su abrigo? Debía escapar y esconderse como un animal herido de muerte.

¿Era de cobardes huir así? La pregunta le vino de pronto, como si otra persona se la hubiera hecho. Pensó en la carnicería del frente de Flandes; pensó en su hermano y en su compañero de juegos

ayudando a sostener aquellas trincheras batidas por el fuego. ¿Qué pensarían de ella si eludía aquí su pequeño deber, el humilde deber de sacar adelante el programa para su Cruz Roja? Pero no podía quedarse, no podía... y sin embargo, ¿qué era lo que había dicho mamá cuando se fue Jem?: «cuando a nuestras mujeres les falte el valor, que nuestros hombres sigan siendo intrépidos». Pero esto... esto era *insoportable*.

Aun así, se detuvo a medio camino de la puerta y volvió a la ventana. Irene cantaba ahora; su hermosa voz —lo único auténtico que había en ella— se elevaba clara y dulce por todo el edificio. Rilla sabía que a continuación venía el número de baile de las Hadas, de las chicas. ¿Sería capaz de salir a tocar para él? Le dolía la cabeza; le ardía la garganta. Ay, ¿por qué se lo había dicho Irene justo entonces, cuando decírselo ya no servía de nada? Irene había sido muy cruel. Rilla recordó entonces que, más de una vez aquel día, había sorprendido a su madre mirándola con una expresión extraña. Había estado demasiado ocupada para preguntarse qué significaba. Ahora lo entendía. Mamá había sabido por qué había ido Walter a la ciudad, pero no había querido decírselo hasta que terminara el concierto. ¡Qué temple y qué entereza tenía mamá!

—Debo quedarme y llevar esto hasta el final —dijo Rilla, apretándose las manos frías.

El resto de la velada le pareció siempre un sueño febril. Su cuerpo estaba rodeado de gente, pero su alma estaba sola en una cámara de tortura propia. Aun así, tocó sin fallos para los números de baile y dio sus recitaciones sin titubear. Hasta se puso el disparatado disfraz de vieja irlandesa e interpretó el papel del diálogo que Miranda Pryor no había llegado a hacer. Pero no le dio a su acento irlandés el inimitable toque que le había dado en los ensayos, y sus recitaciones carecieron de su fuego y su gracia habituales. De pie ante el público, solo veía un rostro: el del apuesto muchacho de pelo oscuro sentado junto a su madre; y veía ese mismo rostro en las trincheras, lo veía yerto y muerto bajo las estrellas, lo veía consumirse en una prisión, veía apagarse la luz de sus ojos, veía cien cosas horribles mientras

permanecía allí, en la tarima engalanada con banderas del salón del Glen, con el rostro más blanco que las lechosas flores de manzano silvestre que llevaba en el pelo. Entre número y número, caminaba inquieta de un lado a otro del cuartito que hacía de camerino. ¡El concierto no terminaba *nunca*!

Por fin terminó. Olive Kirk se acercó corriendo y le dijo, exultante, que habían sacado cien dólares. —Qué bien —dijo Rilla maquinalmente. Luego se vio libre de todos ellos —ay, gracias a Dios, libre de todos ellos—, y Walter la esperaba en la puerta. Él le pasó el brazo por el suyo en silencio y bajaron juntos por el camino iluminado por la luna. Las ranas cantaban en las marismas; los campos tenues y plateados de su hogar se extendían a su alrededor. La noche de primavera era hermosa y entrañable. A Rilla le pareció que su belleza era un insulto para su dolor. *Odiaría* la luz de la luna para siempre.

—¿Lo sabes? —dijo Walter.

—Sí. Me lo ha dicho Irene —respondió Rilla con voz entrecortada.

—No queríamos que lo supieras hasta que terminara la velada —dijo Walter—. Supe, cuando saliste a tocar para el número de baile, que ya te habías enterado. Hermanita, tenía que hacerlo. No podía seguir viviendo conmigo mismo en los términos en que he vivido desde que hundieron el *Lusitania*. Cuando me imaginaba a aquellas mujeres y niños muertos, flotando en aquella agua despiadada y helada... bueno, al principio sentí una especie de náusea ante la vida. Quería salir de un mundo donde pudiera ocurrir algo así, sacudirme para siempre su polvo maldito de los pies. Entonces supe que tenía que ir.

—Hay... de sobra... sin ti.

—No es esa la cuestión, Rilla-mi-Rilla. Voy por mí mismo: para salvar mi alma viva. Se me quedará pequeña, mezquina y sin vida si no voy. Eso sería peor que la ceguera, o la mutilación, o cualquiera de las cosas que he temido.

—Puede... que... te maten —Rilla se odió a sí misma por decirlo; sabía que era una cobardía y una debilidad decirlo, pero había estado a punto de venirse abajo tras la tensión de la velada.

—«Venga despacio o llegue veloz,
no es sino la muerte quien llega al fin»
—citó Walter—. No es la muerte lo que temo: ya te lo dije hace tiempo. Uno puede pagar un precio demasiado alto por la mera vida, hermanita. Hay tanta *fealdad* en esta guerra: tengo que ir a ayudar a borrarla del mundo. Voy a luchar por la *belleza* de la vida, Rilla-mi-Rilla: ese es *mi* deber. Puede que haya un deber más alto, quizá, pero el mío es ese. Le debo *eso* a la vida y a Canadá, y tengo que pagarlo. Rilla, esta noche, por primera vez desde que se fue Jem, he recuperado el respeto por mí mismo. Podría escribir poesía —Walter se rió—. No he sido capaz de escribir ni una línea desde el pasado agosto. Esta noche estoy lleno de ella. Hermanita, sé valiente: fuiste tan valerosa cuando se fue Jem.

—Esto... es... distinto —a Rilla le tocó pararse después de cada palabra para contener un violento ataque de sollozos—. Quería... a Jem... claro que sí... pero... cuando... se fue... pensábamos... que la guerra... terminaría pronto... y tú eres... *todo* para mí, Walter.

—Tienes que ser valiente para ayudarme a *mí*, Rilla-mi-Rilla. Esta noche estoy exaltado, ebrio de la emoción de la victoria sobre mí mismo, pero habrá otros momentos en que no será así: entonces necesitaré tu ayuda.

—¿Cuándo... te... vas? —tenía que saber lo peor cuanto antes.

—Todavía no, hasta dentro de una semana; luego nos vamos a Kingsport a instruirnos. Supongo que iremos a ultramar hacia mediados de julio, aunque no lo sabemos seguro.

Una semana... isolo una semana más con Walter! Los ojos de la juventud no alcanzaban a ver cómo iba ella a seguir viviendo.

Cuando llegaron a la verja de Ingleside, Walter se detuvo en la sombra de los viejos pinos y atrajo a Rilla hacia sí.

—Rilla-mi-Rilla, había chicas tan dulces y puras como tú en Bélgica y en Flandes. Tú, hasta tú, sabes cuál fue su destino. Tenemos que conseguir que sea imposible que algo así vuelva a suceder mientras el mundo exista. Me ayudarás, ¿verdad?

—Lo intentaré, Walter —dijo ella—. *Ay, de verdad* que lo intentaré.

Mientras se aferraba a él con la cara hundida en su hombro, supo que tenía que ser así. Aceptó el hecho allí mismo, en ese instante. Tenía que ir: su hermoso Walter, con su alma hermosa, sus sueños y sus ideales. Y ella había sabido todo el tiempo que aquello llegaría tarde o temprano. Lo había visto venir hacia ella, acercándose, acercándose, como se ve acercarse la sombra de una nube sobre un campo soleado, veloz e inevitable. En medio de todo su dolor, era consciente de una vieja sensación de alivio en algún rincón oculto de su alma, donde una pequeña dolencia sorda y no reconocida había estado agazapada todo el invierno. Ya nadie, *nadie* podría llamar gandul a Walter.

Rilla no durmió aquella noche. Puede que en Ingleside no durmiera nadie, salvo Jims. El cuerpo crece despacio y sin pausa, pero el alma crece a saltos y brincos. Puede alcanzar su plena estatura en una sola hora. Desde aquella noche, el alma de Rilla Blythe fue el alma de una mujer en su capacidad de sufrir, de resistir, de perseverar.

Cuando llegó el amargo amanecer, se levantó y fue hasta la ventana. Abajo había un gran manzano, un enorme cono hinchado de flores rosadas. Walter lo había plantado años atrás, cuando era un niño pequeño. Más allá del Valle del Arco Iris se extendía una orilla nubosa de la mañana, con pequeñas ondas de amanecer rompiendo sobre ella. Por encima brillaba la belleza lejana y fría de una estrella rezagada. ¿Por qué, en este mundo de hermosura primaveral, tienen que romperse los corazones?

Rilla sintió unos brazos que la rodeaban con cariño, con afán de protegerla. Era mamá, pálida, de ojos grandes.

—Ay, mamá, ¿cómo puedes soportarlo? —exclamó, fuera de sí.

—Rilla, cariño, llevo varios días sabiendo que Walter pensaba irse. He tenido tiempo de... de rebelarme y de resignarme. Tenemos que renunciar a él. Hay un Llamamiento más grande y más apremiante que el llamamiento de nuestro amor; él lo ha escuchado. No debemos añadir nada a la amargura de su sacrificio.

—*Nuestro* sacrificio es mayor que el *suyo* —exclamó Rilla con vehemencia—. Nuestros chicos solo se entregan *a sí mismos*. *Nosotras* los entregamos a ellos.

Antes de que la señora Blythe pudiera responder, Susan asomó la cabeza por la puerta, sin molestarse jamás con fruslerías de etiqueta como llamar antes de entrar. Tenía los ojos sospechosamente enrojecidos, pero se limitó a decir:

—¿Les subo el desayuno, mi querida señora doctora?

—No, no, Susan. Bajaremos todas dentro de un momento. ¿Sabes... que Walter se ha alistado?

—Sí, mi querida señora doctora. El doctor me lo contó anoche. Supongo que el Todopoderoso tendrá sus propias razones para permitir estas cosas. Debemos someternos y esforzarnos por ver el lado bueno. Al menos puede que le cure de ser poeta —Susan seguía empeñada en pensar que a los poetas y a los vagabundos los habían cortado con la misma tijera— y ya sería algo. Pero gracias a Dios —masculó en voz más baja—, Shirley no tiene edad para ir.

—¿No es lo mismo que darle las gracias porque el hijo de otra mujer tenga que ir en el lugar de Shirley? —preguntó el doctor, deteniéndose en el umbral.

—No, no lo es, mi querido doctor —dijo Susan, desafiante, mientras cogía en brazos a Jims, que abría sus grandes ojos oscuros y estiraba sus manitas hoyuelosas—. No me ponga usted en la boca palabras que jamás se me ocurriría pronunciar. Soy una mujer sencilla y no sé discutir con usted, pero yo no le doy gracias a Dios porque alguien tenga que ir. Solo sé que, según parece, tienen que ir, a menos que todos queramos acabar kaiserizados, porque le aseguro que la doctrina Monroe, sea lo que sea, no vale nada a lo

que atenerse, con Woodrow Wilson detrás de ella. A los hunos, mi querido doctor, jamás los harán rendir cuentas a fuerza de notas diplomáticas. Y ahora —concluyó Susan, acomodando a Jims en el hueco de sus flacos brazos y bajando la escalera con paso firme—, ya que he llorado lo mío y he dicho lo mío, voy a cobrar ánimo, y si no puedo poner cara alegre, pondré la cara más alegre que pueda.

CAPÍTULO 15. HASTA QUE APUNTE EL DÍA

—Los alemanes han retomado Premysl —dijo Susan, apesadumbrada, alzando la vista del periódico—, y ahora supongo que tendremos que volver a llamarlo por ese nombre tan poco civilizado. La prima Sophia estaba aquí cuando llegó el correo, y cuando oyó la noticia soltó un suspiro que le salió de lo más hondo del estómago, mi querida señora doctora, y dijo: «Ay, sí, y ahora se apoderarán de Petrogrado también, no me cabe duda». Yo le dije: «Mis conocimientos de geografía no son tan profundos como quisiera, pero tengo entendido que hay un buen trecho de camino de Premysl a Petrogrado». La prima Sophia volvió a suspirar y dijo: «El gran duque Nicolás no es el hombre que yo creía». «Que no se entere» —le dije yo—. «Podría herirle los sentimientos, y buenas preocupaciones tiene ya, tal como están las cosas». Pero no hay manera de animar a la prima Sophia, por mucha sorna que se le eche, mi querida señora doctora. Suspiró por tercera vez y gimió: «Pero los rusos se están retirando deprisa», y yo le dije: «Bueno, ¿y qué? Sitio de sobra tienen para retirarse, ¿no?». Pero, con todo, mi querida señora doctora, aunque jamás se lo reconocería a la prima Sophia, a mí la situación del frente oriental *no* me gusta nada.

A nadie más le gustaba tampoco; pero durante todo el verano prosiguió la retirada rusa: una agonía interminable.

—Me pregunto si alguna vez volveré a poder esperar la llegada del correo con serenidad, no digamos ya con placer —dijo Gertrude Oliver—. El pensamiento que me persigue día y noche es:

¿aplastarán los alemanes a Rusia por completo, y luego lanzarán su ejército de oriente, exultante de victoria, contra el frente occidental?

—No lo harán, mi querida señorita Oliver —dijo Susan, adoptando el papel de profetisa—. En primer lugar, el Todopoderoso no lo permitirá; en segundo lugar, el gran duque Nicolás, aunque nos haya decepcionado en algunos aspectos, sabe huir con decoro y con orden, y ese es un conocimiento muy útil cuando los alemanes le van a uno pisando los talones. Norman Douglas asegura que no hace sino atraerlos hacia una trampa, y que por cada uno de los suyos que pierde mata a diez de ellos. Pero yo soy de la opinión de que no puede evitarlo, y que está haciendo lo que puede dadas las circunstancias, igual que todos los demás. Así que no vaya usted tan lejos a buscarse preocupaciones, mi querida señorita Oliver, cuando ya tenemos de sobra acampadas justo a la puerta de casa.

Walter se había ido a Kingsport el uno de junio. Nan, Di y Faith también se habían ido, a hacer trabajos para la Cruz Roja durante las vacaciones. A mediados de julio, Walter volvió a casa con un permiso de una semana antes de marchar a ultramar. Rilla había sobrevivido a los días de su ausencia gracias a la esperanza de aquella semana, y ahora que había llegado, la apuraba con avidez, minuto a minuto, odiando incluso las horas que tenía que pasar durmiendo, que le parecían un despilfarro de momentos preciosos. A pesar de su tristeza, fue una semana hermosa, llena de horas intensas e inolvidables, en las que ella y Walter dieron largos paseos, hablaron y compartieron silencios juntos. Él era todo suyo, y sabía que encontraba fuerza y consuelo en su comprensión y su cariño. Era maravilloso saber que significaba tanto para él: aquel saberlo la ayudó a pasar momentos que de otro modo habrían sido insoportables, y le dio fuerzas para sonreír, e incluso para reír un poco de vez en cuando. Cuando Walter se fuera, podría permitirse el consuelo de las lágrimas, pero no mientras él estuviera allí. Ni siquiera se dejaba llorar por la noche, no fuera que sus ojos la delatasen ante él por la mañana.

La última tarde que pasó en casa, fueron juntos al Valle del Arco Iris y se sentaron en la orilla del arroyo, bajo la Dama Blanca, donde en los años sin nubes se habían celebrado los alegres festejos de antaño. Aquella noche, el Valle del Arco Iris quedó techado por una puesta de sol de un esplendor fuera de lo común; le siguió un maravilloso crepúsculo gris apenas tocado de estrellas; y luego llegó la luz de la luna, insinuando, ocultando, revelando, iluminando aquí pequeños hondones y vaguadas, dejando otros en sombra oscura y aterciopelada.

—Cuando esté «en algún lugar de Francia» —dijo Walter, mirando alrededor con ojos ávidos toda la belleza que su alma amaba—, recordaré estos parajes quietos, cubiertos de rocío, empapados de luna. El bálsamo de los abetos, la paz de esos remansos blancos de luz de luna, la «fuerza de los montes»: qué hermosa frase bíblica, esa. ¡Rilla! Mira esos viejos montes que nos rodean, los montes hacia los que alzábamos la vista de niños, preguntándonos qué nos esperaba en el gran mundo más allá de ellos. Qué serenos y qué fuertes son, qué pacientes e inmutables, como el corazón de una mujer buena. Rilla-mi-Rilla, ¿sabes lo que has sido para mí este último año? Quiero decírtelo antes de irme. No habría podido sobrevivirlo de no haber sido por ti, corazoncito amoroso y *confiado*.

Rilla no se atrevió ni a intentar hablar. Deslizó su mano en la de Walter y se la apretó con fuerza.

—Y cuando esté allí, Rilla, en ese infierno en la tierra que han hecho los hombres que se han olvidado de Dios, será el pensamiento de ti lo que más me ayude. Sé que serás tan valiente y tan paciente como te has mostrado este último año; no temo por ti. Sé que, pase lo que pase, seguirás siendo Rilla-mi-Rilla, *pase lo que pase*.

Rilla contuvo la lágrima y el suspiro, pero no pudo contener un pequeño estremecimiento, y Walter comprendió que ya había dicho bastante. Tras un instante de silencio, en el que cada uno le hizo al otro una promesa sin palabras, dijo:

—Ahora dejaremos de estar tan serios. Miraremos más allá de los años, hacia el tiempo en que la guerra haya terminado y Jem, Jerry y yo volvamos a casa marchando, y todos volvamos a ser felices.

—No seremos... felices... de la misma manera —dijo Rilla.

—No, no de la misma manera. Nadie a quien esta guerra haya tocado volverá a ser feliz nunca de la misma manera. Pero será una felicidad mejor, creo yo, hermanita: una felicidad que nos habremos *ganado*. Éramos muy felices antes de la guerra, ¿verdad? Con un hogar como Ingleside, y un padre y una madre como los nuestros, no podíamos evitar ser felices. Pero aquella felicidad era un regalo de la vida y del amor; no era realmente nuestra: la vida podía quitárnosla en cualquier momento. Nunca podrá quitarnos la felicidad que nos ganemos nosotros mismos por el camino del deber. Me he dado cuenta de eso desde que me puse el caqui. A pesar de mis miedos ocasionales, cuando me pongo a vivir las cosas de antemano, he sido feliz desde aquella noche de mayo. Rilla, sé muy buena con mamá mientras esté fuera. Debe de ser algo horrible ser madre en esta guerra: las madres, las hermanas, las esposas y las novias son las que peor lo pasan. Rilla, preciosidad, ¿eres *tú* la novia de alguien? Si lo eres, dímelo antes de irme.

—No —dijo Rilla. Luego, movida por el deseo de ser absolutamente sincera con Walter en aquella conversación que *tal vez* fuera la última que tuvieran nunca, añadió, ruborizándose intensamente a la luz de la luna—: pero si... Kenneth Ford... *quisiera* que lo fuese...

—Ya veo —dijo Walter—. Y Ken también va de caqui. Pobre niña, la cosa se te pone difícil por todos los lados. Bueno, al menos yo no dejo a ninguna chica que vaya a partírsele el corazón por mí: gracias a Dios por eso.

Rilla alzó la vista hacia la casa parroquial, en la colina. Podía ver una luz en la ventana de Una Meredith. Sintió la tentación de decir algo; luego supo que no debía. No era secreto *suyo*: y, además, ella no lo *sabía*, solo lo sospechaba.

Walter miró a su alrededor con mirada demorada y cariñosa. Aquel rincón siempre le había sido muy querido. Cuánto se habían divertido todos allí en los viejos tiempos. Fantasma del recuerdo parecían recorrer los senderos moteados y asomarse alegres entre las ramas que se mecían: Jem y Jerry, colegiales de piernas desnudas y curtidos por el sol, pescando en el arroyo y friendo truchas sobre el viejo hogar de piedra; Nan, Di y Faith, con su belleza infantil de mejillas con hoyuelos y ojos frescos; Una, la dulce y tímida; Carl, absorto entre hormigas y bichos; la pequeña Mary Vance, deslenguada, de lengua afilada y buen corazón; el viejo Walter que él mismo había sido, tumbado en la hierba leyendo poesía o vagando por palacios de fantasía. Todos estaban allí, a su alrededor: podía verlos casi tan claramente como veía a Rilla, tan claramente como en otro tiempo había visto al Flautista tocando valle abajo en un crepúsculo ya desvanecido. Y le decían, aquellos alegres fantasmillas de otros días: «*Nosotros* fuimos los niños de ayer, Walter; lucha una buena batalla por los niños de hoy y de mañana».

—¿Dónde estás, Walter? —exclamó Rilla, riendo un poco—. Vuelve, vuelve.

Walter regresó con una larga bocanada de aire. Se puso en pie y contempló a su alrededor el hermoso valle bañado de luna, como si quisiera grabar en su mente y en su corazón cada uno de sus encantos: los grandes penachos oscuros de los abetos recortados contra el cielo plateado, la solemne Dama Blanca, la vieja magia del arroyo danzarín, los fieles Árboles Enamorados, los senderos traviesos y llenos de reclamos.

—Así lo veré en mis sueños —dijo, al darse la vuelta.

Volvieron a Ingleside. Allí estaban el señor y la señora Meredith, junto con Gertrude Oliver, que había venido desde Lowbridge a despedirse. Todos se mostraban bastante alegres y animados, pero nadie dijo gran cosa sobre que la guerra terminaría pronto, como habían dicho cuando se fue Jem. No hablaron de la guerra en

absoluto, y no pensaban en otra cosa. Al final, se reunieron alrededor del piano y cantaron el viejo y solemne himno:

Oh Dios, nuestro amparo en los siglos pasados,
nuestra esperanza para los años por venir,
nuestro refugio del vendaval tempestuoso,
y nuestro hogar eterno.

—Todos volvemos a Dios en estos días en que se criba el alma —le dijo Gertrude a John Meredith—. Ha habido muchos días, en el pasado, en que no creía en Dios, no *como* Dios, sino solo como la impersonal Causa Primera de los científicos. Ahora creo en Él: *tengo* que creer, no me queda nada más a lo que aferrarme sino Dios, humildemente, desnudamente, incondicionalmente.

—«Nuestro amparo en los siglos pasados», «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» —dijo el pastor con dulzura—. Cuando nosotros olvidamos a Dios, Él se acuerda de nosotros.

A la mañana siguiente no hubo gentío en la estación del Glen para despedir a Walter. Ya se estaba volviendo cosa corriente que un muchacho vestido de caqui subiera a aquel tren de primera hora tras su último permiso. Aparte de los suyos, solo estaban allí los de la casa parroquial, y Mary Vance. Mary había despedido a su Miller la semana anterior, con una sonrisa resuelta, y ahora se consideraba con autoridad para dar opinión experta sobre cómo debían llevarse esas despedidas.

—Lo principal es sonreír y hacer como si no pasara nada —informó al grupo de Ingleside—. A los chicos les revienta el numerito de los lloros. Miller me dijo que no me acercara a la estación si no era capaz de contener el berreo. Así que me desahugué llorando de antemano, y al final le dije: «Buena suerte, Miller, y si vuelves verás que no he cambiado nada, y si no vuelves siempre estaré orgullosa de que hayas ido, y en cualquier caso, no te enamores de una francesa». Miller juró que no lo haría, pero nunca se sabe con esas fascinantes fulanas extranjeras. En fin, la última imagen que se llevó

de *mí* fue sonriendo a más no poder. Vaya, el resto del día se me quedó la cara como almidonada y planchada en forma de sonrisa.

A pesar del consejo y el ejemplo de Mary, la señora Blythe, que había despedido a Jem con una sonrisa, no consiguió lograr ninguna para Walter. Pero al menos nadie lloró. El perro Monday salió de su guarida en el cobertizo de mercancías y se sentó junto a Walter, golpeando enérgicamente el suelo de tablas del andén con la cola cada vez que Walter le hablaba, y mirándolo hacia arriba con ojos confiados, como diciendo: «Sé que encontrarás a Jem y me lo traerás de vuelta».

—Hasta luego, viejo amigo —dijo Carl Meredith, alegre, cuando llegó el momento de las despedidas—. Diles allí que no pierdan los ánimos: *yo voy detrás dentro de poco*.

—Yo también —dijo Shirley, lacónico, tendiéndole una mano morena. Susan lo oyó, y se le puso la cara ceniza.

Una le dio la mano en silencio, mirándolo con sus ojos de azul oscuro, anhelantes y tristes. Pero los ojos de Una siempre habían sido anhelantes. Walter inclinó su hermosa cabeza morena, tocada con la gorra de caqui, y la besó con el beso cálido y fraternal de un hermano. Nunca la había besado antes, y por un instante fugaz el rostro de Una la traicionó, si es que alguien se dio cuenta. Pero nadie se dio cuenta; el revisor gritaba «*todos a bordo*»; todos se esforzaban por parecer muy animados. Walter se volvió hacia Rilla; ella le tomó las manos y alzó la vista hacia él. No volvería a verlo hasta que apuntara el día y huyeran las sombras, y no sabía si aquel amanecer llegaría de este lado de la tumba o del otro.

—Adiós —dijo ella.

En sus labios, perdió toda la amargura que había ganado a través de los siglos de despedidas, y llevó en cambio toda la dulzura de los viejos amores de todas las mujeres que alguna vez habían amado y rezado por el ser amado.

—Escríbeme a menudo, y cría a Jims con fidelidad, según el evangelio del Morgan —dijo Walter con ligereza, pues ya había dicho

todo lo serio la noche anterior en el Valle del Arco Iris. Pero en el último momento le tomó el rostro entre las manos y miró hondo en sus ojos valerosos. —Que Dios te bendiga, Rilla-*mi*-Rilla —dijo, suave y tiernamente. Al fin y al cabo, no era tan difícil luchar por una tierra que daba hijas como aquella.

Se quedó de pie en la plataforma trasera, saludándolos con la mano mientras el tren se alejaba. Rilla estaba de pie sola, pero Una Meredith se acercó a ella, y las dos chicas que más lo querían permanecieron juntas, cogidas de las manos frías, mientras el tren rodeaba la curva de la colina boscosa.

Rilla pasó aquella mañana una hora en el Valle del Arco Iris de la que nunca dijo una palabra a nadie; ni siquiera lo escribió en su diario; cuando terminó, volvió a casa y pasó el resto del día haciendo peleles para Jims; por la tarde fue a una reunión del comité de la Cruz Roja Juvenil y se mostró rigurosamente eficiente.

—Nunca se diría —le comentó después Irene Howard a Olive Kirk — que Walter se ha ido al frente esta misma mañana. Pero hay gente que de verdad no tiene ninguna hondura de sentimientos. Supongo que es lo mejor para ellos, la verdad. Yo muchas veces desearía poder tomarme las cosas tan a la ligera como Rilla Blythe.

CAPÍTULO 16. REALISMO Y ROMANTICISMO

—Varsovia ha caído —dijo el doctor Blythe con aire resignado, al entrar con el correo un caluroso día de agosto.

Gertrude y la señora Blythe se miraron consternadas, y Rilla, que estaba dando de comer a Jims su dieta según Morgan con una cuchara cuidadosamente esterilizada, dejó dicha cuchara en la bandeja de la trona, sin importarle lo más mínimo los gérmenes, y dijo «Ay, Dios mío» en un tono tan trágico como si la noticia hubiera caído como un rayo, en vez de ser algo que los despachos de la semana anterior daban ya por descontado. Habían creído estar bastante resignados a la caída de Varsovia, pero ahora sabían que, como siempre, habían esperado contra toda esperanza.

—Vamos, cobremos ánimo —dijo Susan—. No es tan terrible como hemos estado pensando. Ayer leí en el *Herald* de Montreal un despacho de tres columnas que demostraba que Varsovia no tenía ninguna importancia desde el punto de vista militar. Así que adoptemos el punto de vista militar, mi querido doctor.

—Yo también leí ese despacho, y me ha animado muchísimo —dijo Gertrude—. Lo supe entonces y lo sé ahora: era mentira de principio a fin. Pero estoy en ese estado de ánimo en que hasta una mentira reconforta, con tal de que sea una mentira alegre.

—En ese caso, querida señorita Oliver, con los partes oficiales alemanes debería bastarle —dijo Susan con sarcasmo—. Yo ya no los leo nunca, porque me ponen tan furiosa que, después de una dosis, no soy capaz de poner la cabeza como es debido en mi trabajo.

Hasta esta noticia de Varsovia me ha aguado los planes de la tarde. Las desgracias nunca vienen solas. Hoy se me ha echado a perder la hornada de pan, ahora cae Varsovia, y aquí tenemos al pequeño Kitchener empeñado en morir atragantado.

Jims, evidentemente, estaba tratando de tragarse la cuchara, gérmenes incluidos. Rilla lo rescató maquinalmente y se disponía a reanudar la operación de darle de comer cuando un comentario casual de su padre le produjo tal sobresalto y estremecimiento que, por segunda vez, dejó caer aquella desventurada cuchara.

—Kenneth Ford está en casa de Martin West, al otro lado del puerto —estaba diciendo el doctor—. Su regimiento iba camino del frente, pero por algún motivo lo retuvieron en Kingsport, y Ken consiguió un permiso para venir a la Isla.

—Espero que venga a vernos —exclamó la señora Blythe.

—Creo que solo tiene uno o dos días libres —dijo el doctor distraídamente.

Nadie reparó en el rubor de Rilla ni en el temblor de sus manos. Ni los padres más atentos y vigilantes ven todo lo que ocurre bajo sus propias narices. Rilla hizo un tercer intento de darle la comida al sufrido Jims, pero en lo único que podía pensar era en la pregunta: ¿vendría Ken a verla antes de irse? Hacía mucho que no sabía de él. ¿La habría olvidado del todo? Si no venía, sabría que sí. Puede que incluso hubiera... alguna otra chica, allá en Toronto. Claro que la había. Era una tontita por pensar siquiera en él. *No* pensaría en él. Si venía, bien estaba. No sería más que una cortesía por su parte hacer una visita de despedida en Ingleside, donde tantas veces había sido invitado. Si no venía, bien estaba también. No importaba mucho. Nadie iba a afligirse por ello. Todo aquello quedaba cómodamente zanjado —era del todo indiferente—, pero mientras tanto a Jims lo estaban alimentando con una prisa y un descuido que habrían llenado de horror el alma de Morgan. Al propio Jims no le gustaba, pues era un bebé metódico, acostumbrado a tragar cada cucharada con un intervalo decente para respirar. Protestó, pero sus protestas

de nada le sirvieron. En cuanto al cuidado y alimentación de niños de pecho, Rilla estaba completamente desmoralizada.

Entonces sonó el teléfono. No había nada insólito en que sonara el teléfono: en Ingleside sonaba, por término medio, cada diez minutos. Pero Rilla dejó caer otra vez la cuchara de Jims —esta vez sobre la alfombra— y voló hacia el aparato como si le fuera la vida en llegar antes que nadie. Jims, agotada la paciencia, alzó su voz y lloró.

—¿Oiga? ¿Es Ingleside?

—Sí.

—¿Eres tú, Rilla?

—Tí... tí —ay, ¿por qué no podía Jims dejar de berrear ni un minutito? ¿*Por qué* no entraba *alguien* a estrangularlo?

—¿Sabes quién te habla?

¡Ay, si lo sabía! ¿Cómo no iba a reconocer aquella voz en cualquier parte, a cualquier hora?

—Eres Ken, ¿verdad?

—Ya lo creo. Estoy aquí de paso. ¿Puedo subir esta noche a Ingleside a verte?

—Claro que tí.

¿Había dicho «verte» o «veros»? Dentro de nada le retorcería el pescuezo a Jims... ay, ¿*qué* estaba diciendo Ken?

—Mira, Rilla, ¿puedes arreglártelas para que no haya más de un par de docenas de personas rondando? ¿Me entiendes? No puedo explicarme más claro por esta dichosa línea rural. Hay una docena de auriculares descolgados.

¡Vaya si lo entendía! Sí, lo entendía.

—Lo intentaré —dijo con voz trémula.

—Entonces subiré sobre las ocho. Hasta luego.

Rilla colgó el teléfono y voló hacia Jims. Pero no le retorció el pescuezo a aquel niño agraviado. En vez de eso, lo sacó en volandas de la silla, lo apretó contra su cara, lo besó con arrebató en la boca manchada de leche y bailó como loca por la habitación con él en brazos. Después de aquello, Jims comprobó con alivio que ella recobraba el juicio, le daba como es debido el resto de la comida y lo arropaba para la siesta con la cancioncita de cuna que más le gustaba de todas. El resto de la tarde lo pasó cosiendo camisas para la Cruz Roja y levantando un castillo de sueños, todo de cristal y trémulo de arcoíris. Ken quería verla *a ella*: verla *a solas*. Eso podía arreglarse fácilmente. Shirley no los molestaría, papá y mamá iban a la casa parroquial, la señorita Oliver nunca hacía de carabina, y Jims siempre dormía las doce horas seguidas, de siete a siete. Recibiría a Ken en el porche —habría luna— y se pondría el vestido blanco de *georgette* y se recogería el pelo *en alto* —sí, eso haría—, o al menos en un moño bajo, en la nuca. A *eso*, seguro que mamá no podría poner ninguna objeción. ¡Ay, qué maravilloso y romántico sería todo! ¿Diría Ken *algo*? *Algo* tenía que querer decir, o si no, ¿por qué iba a empeñarse tanto en verla a solas? ¿Y si llovía? ¡Esa mañana Susan ya se había quejado de Mr. Hyde! ¿Y si se presentaba alguna entrometida de la Cruz Roja Juvenil a hablar de los belgas y de camisas? O, lo peor de todo, ¿y si se dejaba caer Fred Arnold? A veces lo hacía.

Por fin llegó la noche, y fue todo lo que cabe desear de una noche. El doctor y su esposa se fueron a la casa parroquial, Shirley y la señorita Oliver se fueron solo ellos sabían adónde, Susan se fue a la tienda a por provisiones para la casa, y Jims se fue al país de los sueños. Rilla se puso el vestido de *georgette*, se recogió el pelo y se lo ciñó con una fina sarta doble de perlas. Luego se prendió en el cinturón un ramillete de rositas de un rosa pálido. ¿Le pediría Ken una rosa como recuerdo? Sabía que Jem se había llevado a las trincheras de Flandes una rosa marchita que Faith Meredith había besado y le había dado la noche antes de partir.

Rilla estaba encantadora cuando fue a recibir a Ken entre la luz de la luna y las sombras de las enredaderas del gran porche. La mano

que le tendió estaba fría, y tenía tal empeño desesperado en no cecear que su saludo sonó remilgado y preciso. ¡Qué alto y apuesto estaba Kenneth con su uniforme de teniente! También lo hacía parecer mayor, tanto que Rilla se sintió bastante boba. ¿No había sido el colmo del absurdo suponer que aquel espléndido joven oficial tuviera algo especial que decirle *a ella*, a la pequeña Rilla Blythe de Glen St. Mary? Seguramente no lo había entendido bien, después de todo: lo único que había querido decir era que no quería tener alrededor una multitud armando alboroto y tratando de agasajarlo como un héroe, tal como probablemente habían hecho al otro lado del puerto. Sí, claro, eso era todo lo que había querido decir; y ella, la muy tonta, se había hecho la vana ilusión de que no quería ver a nadie más que a ella. Y él pensaría que ella había maniobrado para alejar a todo el mundo y quedarse a solas con él, y se reiría de ella para sus adentros.

—Esto es más suerte de la que me esperaba —dijo Ken, echándose hacia atrás en la silla y mirándola con una admiración nada disimulada en sus ojos elocuentes—. Estaba seguro de que habría alguien rondando por aquí, y era *a ti* a quien quería ver, Rilla-mi-Rilla.

El castillo de ensueño de Rilla reapareció de golpe en el paisaje. *Esto* sí que era bastante inequívoco, desde luego: no cabía mucha duda de lo que él quería decir, *esta* vez.

—Ya no somos... tantos... para andar rondando como antes —dijo ella en voz baja.

—No, así es —dijo Ken con dulzura—. Jem y Walter, y las chicas, fuera: eso deja un gran vacío, ¿verdad? Pero —se inclinó hacia delante hasta que sus rizos oscuros casi le rozaron el pelo—, ¿no intenta Fred Arnold llenar ese vacío de vez en cuando? Eso me han dicho.

En ese momento, antes de que Rilla pudiera responder nada, Jims se puso a llorar a pleno pulmón en el cuarto cuya ventana abierta quedaba justo encima de ellos: Jims, que casi *nunca* lloraba por las

noches. Además, lloraba, como Rilla sabía por experiencia, con un brío y una energía que indicaban que llevaba ya un rato gimoteando bajito sin que nadie lo oyera y que estaba completamente exasperado. Cuando Jims se ponía a llorar así, lo hacía a conciencia. Rilla sabía que de nada servía quedarse quieta fingiendo ignorarlo. No iba a parar; y cualquier conversación resultaba imposible con esos chillidos y aullidos flotando sobre sus cabezas. Además, temía que Kenneth la creyera del todo insensible si se quedaba sentada dejando llorar así a un niño. No era probable que él conociera el inestimable volumen de Morgan.

—Creo que Jims ha tenido una pesadilla —dijo, levantándose—. A veces las tiene, y siempre se asusta mucho. Discúlpame un momento.

Rilla subió volando la escalera, deseando con toda franqueza que jamás se hubieran inventado las soperas. Pero cuando Jims, al verla, levantó sus bracitos suplicantes y se tragó varios sollozos, con las lágrimas rodándole por las mejillas, el rencor se le fue del corazón. Al fin y al cabo, el pobrecillo estaba asustado. Lo cogió con suavidad y lo meció para calmarlo hasta que cesaron los sollozos y se le cerraron los ojos. Entonces intentó dejarlo en la cuna. Jims abrió los ojos y soltó un chillido de protesta. La escena se repitió dos veces. Rilla se desesperó. Ya no podía dejar a Ken solo abajo por más tiempo: llevaba fuera casi media hora. Con aire resignado, bajó con paso firme la escalera con Jims en brazos y se sentó en el porche. Era, sin duda, ridículo quedarse allí sentada achuchando a un tozudo bebé de la guerra mientras tu pretendiente te hacía su visita de despedida, pero no había otro remedio.

Jims estaba sumamente feliz. Pataleaba de gozo, sacando por debajo del camisón blanco sus piecitos de plantas rosadas, y soltó una de sus raras risas. Empezaba a ser un bebé muy guapo: el pelo dorado se le rizaba en bucles sedosos por toda su cabecita redonda, y tenía unos ojos preciosos.

—Pues sí que es un crío decorativo, ¿eh? —dijo Ken.

—De aspecto no está mal —dijo Rilla con amargura, como dando a entender que era, con mucho, lo mejor que tenía. Jims, que era un bebé perspicaz, notó tensión en el ambiente y comprendió que le tocaba a él dispararla. Volvió la cara hacia Rilla, sonrió de un modo adorable y dijo, con toda claridad y muy zalamero: «Lil... Lil».

Era la primerísima vez que pronunciaba una palabra, o que lo intentaba. Rilla se puso tan contenta que olvidó su rencor contra él. Lo perdonó con un abrazo y un beso. Jims, comprendiendo que volvía a estar en gracia, se acurrucó contra ella justo donde un rayo de luz de la lámpara de la sala de estar le daba en el pelo y lo convertía en un halo dorado contra su pecho.

Kenneth se quedó muy quieto y callado, mirando a Rilla: la delicada silueta de muchacha, las largas pestañas, el hoyuelo del labio, la barbilla adorable. Bajo la tenue luz de la luna, mientras ella permanecía sentada con la cabeza un poco inclinada sobre Jims, y el resplandor de la lámpara le brillaba en las perlas hasta hacerlas relucir como un fino nimbo, a él le pareció idéntica a la Madona que colgaba sobre el escritorio de su madre, en casa. Se llevó esa imagen de ella en el corazón hasta el horror de los campos de batalla de Francia. Sentía una fuerte inclinación por Rilla Blythe desde la noche del baile de Four Winds; pero fue al verla allí, con el pequeño Jims en brazos, cuando la amó y se dio cuenta de ello. Y durante todo ese rato, la pobre Rilla estaba sentada, decepcionada y humillada, sintiendo que su última noche con Ken se había echado a perder, y preguntándose por qué las cosas tenían que salir siempre tan al revés fuera de los libros. Se sentía demasiado ridícula para intentar hablar. Ken, por lo visto, también estaba de lo más fastidiado, a juzgar por el silencio pétreo en que seguía allí sentado.

La esperanza revivió por un instante cuando Jims se durmió tan profundamente que a Rilla le pareció seguro dejarlo en el sofá de la sala de estar. Pero cuando volvió a salir, Susan estaba sentada en el porche, desatándose las cintas de la capota con el aire de quien piensa quedarse allí un buen rato.

—¿Ya has conseguido dormir a tu niño? —preguntó ella con amabilidad.

¡Tu niño! Realmente, Susan podría tener más tacto. —Sí —dijo la señorita Rilla secamente.

Susan dejó sus paquetes en la mesita de mimbre, como quien está decidida a cumplir con su deber. Estaba muy cansada, pero debía echarle una mano a Rilla. Ahí estaba Kenneth Ford, que había venido a visitar a la familia, y por desgracia todos habían salido, de modo que «la pobre criatura» había tenido que entretenerlo sola. Pero Susan había acudido a su rescate: Susan cumpliría con su parte, por cansada que estuviese.

—Dios mío, cómo has crecido —dijo, mirando el metro ochenta de uniforme caqui de Ken sin la menor reverencia. Susan ya se había acostumbrado al caqui, y a los sesenta y cuatro años hasta un uniforme de teniente es solo ropa y nada más—. Es asombroso lo deprisa que crecen los niños. Rilla, sin ir más lejos, ya casi tiene quince años.

—Voy para los diecisiete, Susan —exclamó Rilla, casi con vehemencia. Llevaba ya un mes cumplidos los dieciséis. Era intolerable por parte de Susan.

—Parece que fue ayer cuando todos erais bebés —dijo Susan, sin hacer caso de la protesta de Rilla—. La verdad es que fuiste el bebé más guapo que he visto en mi vida, Ken, aunque tu madre pasó lo suyo para quitarte la maña de chuparte el dedo. ¿Te acuerdas del día que te zurré?

—No —dijo Ken.

—Bueno, supongo que eras demasiado pequeño: tendrías unos cuatro años, y estabas aquí con tu madre, y te empeñaste en meterte con Nan hasta hacerla llorar. Yo había probado varias maneras de pararte los pies, pero ninguna sirvió, y comprendí que solo una zurra serviría de algo. Así que te cogí, te puse cruzado sobre mis rodillas y te sacudí bien sacudido. Chillaste a voz en grito, pero después de eso dejaste a Nan en paz.

Rilla se retorció por dentro. ¿Es que Susan no se daba *ni la menor* cuenta de que se dirigía a un oficial del ejército canadiense? Por lo visto no. Ay, ¿qué pensaría Ken?

—Supongo que tampoco te acordarás de la vez que te zurró tu madre —continuó Susan, que aquella noche parecía empeñada en desenterrar tiernos recuerdos—. Yo no lo olvidaré jamás, jamás. Ella estaba aquí una noche contigo, cuando tendrías unos tres años, y tú y Walter estabais jugando en el corral de la cocina con un gatito. Yo tenía un tonel grande de agua de lluvia junto al canalón, que estaba reservando para hacer jabón. Y tú y Walter os pusisteis a pelear por el gatito. Walter estaba a un lado del tonel, de pie sobre una silla, sujetando al gatito, y tú estabas de pie sobre otra silla al otro lado. Te inclinaste sobre el tonel, agarraste al gatito y tiraste de él. Siempre se te dio muy bien coger lo que querías sin muchos miramientos. Walter no lo soltaba y el pobre gatito chillaba, pero tú tiraste de Walter y del gatito hasta medio volcarlos, y entonces los dos perdisteis el equilibrio y caísteis dentro del tonel, gatito y todo. Si yo no hubiera estado allí mismo, os habríais ahogado los dos. Corrí a socorreros y os saqué a los tres antes de que pasara nada grave, y tu madre, que lo había visto todo desde la ventana de arriba, bajó, te cogió en brazos, chorreando como estabas, y te dio una buena zurra. Ah —dijo Susan con un suspiro—, aquellos sí que eran tiempos felices en Ingleside.

—Debieron de serlo —dijo Ken. Su voz sonó rara y forzada. Rilla supuso que estaba irremediablemente furioso. La verdad era que no se atrevía a fiarse de su propia voz, no fuera a traicionar sus frenéticas ganas de reír.

—Rilla, en cambio —dijo Susan, mirando con cariño a aquella infortunada doncella—, nunca recibió muchas zurras. Fue una niña de lo más formal, en general. Pero su padre sí que le dio una vez. Sacó dos frascos de pastillas de la consulta y retó a Alice Clow a ver cuál de las dos se tragaba antes todas las pastillas, y si su padre no llega a aparecer en el momento justo, aquellas dos criaturas habrían sido cadáveres antes de anochecer. Tal como fue, las dos se

pusieron bastante enfermas poco después. Pero el doctor le dio a Rilla su zurra allí mismo, y se lo hizo tan a conciencia que nunca más volvió a meterse con nada de la consulta. Hoy en día se oye mucho hablar de eso que llaman «la persuasión moral», pero en mi opinión una buena zurra y no sermonear después es muchísimo mejor.

Rilla se preguntó, con rabia, si Susan pensaba relatar *todas* las zurras de la familia. Pero Susan había terminado con aquel tema y se lanzó a otro no menos alegre.

—Recuerdo que el pequeño Tod MacAllister, al otro lado del puerto, se mató exactamente así, comiéndose una caja entera de fruitatives porque creyó que eran caramelos. Fue un asunto muy triste. Fue —dijo Susan con gravedad— el cadáver más mono que he visto en mi vida. Fue una negligencia por parte de su madre dejar las fruitatives a su alcance, pero es bien sabido que era una mujer despistada. Un día encontró un nido con cinco huevos mientras cruzaba los campos camino de la iglesia, con un vestido de seda azul flamante. Así que se los guardó en el bolsillo de la enagua, y al llegar a la iglesia se olvidó por completo de ellos y se sentó encima, y el vestido se echó a perder, por no hablar de la enagua. A ver..., ¿no sería Tod pariente tuyo? Tu bisabuela West era una MacAllister. Su hermano Amos era macdonaldita de religión. Me han dicho que le daban unos temblores espantosos. Pero tú te pareces más a tu bisabuelo West que a los MacAllister. *Él* murió de una apoplejía bastante joven.

—¿Viste a alguien en la tienda? —preguntó Rilla, desesperada, con la débil esperanza de encauzar la conversación de Susan por cauces más agradables.

—A nadie, salvo a Mary Vance —dijo Susan—, e iba dando saltos, animada como la pulga del irlandés.

¡Qué símiles tan espantosos usaba Susan! ¡Pensaría Kenneth que los había aprendido de la familia!

—Como para oír hablar a Mary de Miller Douglas, cualquiera diría que fue el único chico del Glen que se alistó —siguió Susan—. Pero

claro, siempre fue una fanfarrona, y tiene algunas buenas cualidades, lo reconozco, aunque no lo pensé aquella vez que persiguió a Rilla por todo el pueblo con un bacalao seco hasta que la pobre criatura cayó, dando volteretas, en el charco de delante de la tienda de Carter Flagg.

A Rilla se le heló todo el cuerpo de rabia y vergüenza. ¿Habría más escenas bochornosas de su pasado que Susan pudiera desenterrar? En cuanto a Ken, se habría desternillado con los discursos de Susan, pero no iba a insultar así a la dueña de su dama, de modo que se quedó con una cara sobrenaturalmente solemne que a la pobre Rilla le pareció altiva y ofendida.

—Esta noche he pagado once centavos por un frasco de tinta —se quejó Susan—. La tinta cuesta el doble que el año pasado. Puede que sea porque Woodrow Wilson anda escribiendo tantas notas. Le debe de salir carísimo. Mi prima Sophia dice que Woodrow Wilson no es el hombre que ella esperaba; pero es que ningún hombre lo fue nunca. Como soy solterona, no entiendo mucho de hombres y nunca he pretendido entender, pero mi prima Sophia es muy dura con ellos, aunque se casó con dos, lo cual, cabría pensar, ya es su buena parte. La chimenea de Albert Crawford se vino abajo con aquel vendaval tan fuerte que tuvimos la semana pasada, y cuando Sophia oyó los ladrillos repiqueteando en el tejado, creyó que era una incursión de zepelines y le dio un ataque de histeria. Y la señora de Albert Crawford dice que, de las dos cosas, ella habría preferido la incursión de zepelines.

Rilla estaba desmadejada en la silla, como hipnotizada. Sabía que Susan dejaría de hablar cuando le diera la gana, y que ningún poder de este mundo lograría que parase antes. Por regla general, le tenía mucho cariño a Susan, pero en ese momento la odiaba con odio mortal. Eran las diez. Ken tendría que marcharse pronto; los demás no tardarían en volver a casa; y ella ni siquiera había tenido ocasión de explicarle a Ken que Fred Arnold no llenaba ningún vacío en su vida, ni podría llenarlo jamás. Su castillo de arcoíris yacía en ruinas a su alrededor.

Kenneth se levantó por fin. Comprendió que Susan pensaba quedarse allí tanto tiempo como él, y que le esperaba una caminata de casi cinco kilómetros hasta la casa de Martin West, al otro lado del puerto. Se preguntó si habría sido cosa de Rilla que Susan se quedara, por no querer quedarse a solas con él, no fuera a decir algo que la novia de Fred Arnold no quisiera oír. Rilla se levantó también, y recorrió con él en silencio todo el largo del porche. Se quedaron allí un momento, Ken en el escalón de abajo. El escalón estaba medio hundido en la tierra, y la menta crecía espesa a su alrededor y por encima del borde. Aplastada a menudo por tantos pies al pasar, desprendía su aroma con generosidad, y aquel olor especiado quedó flotando en torno a ellos como una bendición silenciosa e invisible. Ken alzó la vista hacia Rilla, cuyo pelo brillaba a la luz de la luna y cuyos ojos eran pozos de seducción. De pronto tuvo la certeza de que no había nada de cierto en aquellos rumores sobre Fred Arnold.

—Rilla —dijo con un susurro súbito e intenso—, eres lo más dulce que existe.

Rilla se ruborizó y miró a Susan. Ken miró también, y vio que Susan estaba de espaldas. Rodeó a Rilla con el brazo y la besó. Era la primera vez que a Rilla la besaban. Pensó que quizá debería ofenderse, pero no lo hizo. En vez de eso, alzó los ojos tímidamente hacia la mirada inquisitiva de Kenneth, y su mirada fue un beso.

—Rilla-mi-Rilla —dijo Ken—, ¿me prometes que no dejarás que nadie más te bese hasta que yo vuelva?

—Sí —dijo Rilla, temblando de emoción.

Susan se estaba dando la vuelta. Ken aflojó su abrazo y bajó al camino.

—Adiós —dijo él, como sin darle importancia. Rilla se oyó a sí misma decirlo con la misma indiferencia. Se quedó de pie mirándolo bajar por el camino, cruzar la verja y alejarse por la carretera. Cuando el pinar lo ocultó de su vista, dijo de pronto «Ay», con la voz ahogada, y corrió hacia la verja, con las flores olorosas

prendiéndosele en la falda mientras corría. Asomada a la verja, vio a Kenneth caminando a paso vivo por la carretera, cruzando las franjas de sombra de los árboles y de luz de luna, su figura alta y erguida gris bajo aquel resplandor blanco. Al llegar al recodo, se detuvo, miró atrás y la vio de pie entre los altos lirios blancos junto a la verja. Él agitó la mano; ella agitó la suya; y desapareció al doblar el recodo.

Rilla se quedó allí un rato, contemplando los campos de niebla y plata. Le había oído decir a su madre que a ella le encantaban los recodos de los caminos, que eran tan sugerentes y seductores. Rilla creía que los odiaba. Había visto desaparecer, tras un recodo del camino, a Jem y a Jerry, luego a Walter, y ahora a Ken. Hermanos, compañero de juegos y novio: todos se habían ido, tal vez para no volver jamás. Y, sin embargo, el Flautista seguía tocando, y la danza de la muerte continuaba.

Cuando Rilla volvió despacio a la casa, Susan seguía sentada junto a la mesa del porche, sorbiéndose la nariz con aire sospechoso.

—He estado pensando, Rilla querida, en los viejos tiempos de la casa de ensueño, cuando el padre y la madre de Kenneth se cortejaban, y Jem era un bebé pequeñito, y tú no habías nacido ni se te esperaba. Fue un asunto muy romántico, y ella y tu madre eran tan amigas. Pensar que he vivido para ver a su hijo yéndose al frente. ¡Como si no hubiera tenido ya bastantes desgracias en su juventud, para que le viniera esto encima! Pero hay que cobrar ánimo y aguantar hasta el final.

A Rilla se le había evaporado toda la rabia contra Susan. Con el beso de Ken aún ardiéndole en los labios, y el maravilloso significado de la promesa que él le había pedido estremeciéndole el corazón y el alma, no podía estar enfadada con nadie. Puso su mano blanca y fina en la mano morena y encallecida de Susan, y se la apretó. Susan era una vieja fiel y entrañable, capaz de dar la vida por cualquiera de ellos.

—Estás cansada, Rilla querida, y más te vale irte a la cama —dijo Susan, dándole unas palmaditas en la mano—. Ya me he dado cuenta de que estabas demasiado cansada para hablar esta noche. Me alegro de haber llegado a tiempo para echarte una mano. Es muy fatigoso entretener a jóvenes cuando una no está acostumbrada.

Rilla subió a Jims arriba y se acostó, pero no sin antes quedarse un buen rato sentada junto a la ventana, reconstruyendo su castillo de arcoíris, con varias cúpulas y torreones más.

«Me pregunto —se dijo— si estoy, o no estoy, prometida con Kenneth Ford».

CAPÍTULO 17. PASAN LAS SEMANAS

Rilla leyó su primera carta de amor en su rincón umbrío de abetos del Valle del Arco Iris, y la primera carta de amor de una muchacha, piensen lo que piensen de ello las personas mayores y desencantadas, es un acontecimiento de enorme importancia en la adolescencia. Después de que el regimiento de Kenneth partiera de Kingsport, llegó una quincena de ansiedad con un dolor sordo y persistente, y cuando la congregación cantaba en la iglesia los domingos por la tarde,

«Óyenos cuando a ti clamamos,
por los que peligran en el mar»,

a Rilla la voz siempre le fallaba, porque con esas palabras le venía a la mente, horriblemente vívida, la imagen de un barco torpedeado hundiéndose bajo olas despiadadas, entre los forcejeos y los gritos de los hombres que se ahogaban. Después llegó la noticia de que el regimiento de Kenneth había llegado sano y salvo a Inglaterra; y ahora, por fin, allí estaba su carta. Empezaba con algo que hizo a Rilla inmensamente feliz por un momento, y terminaba con un párrafo que le encendió las mejillas de asombro, de emoción y de dicha. Entre el principio y el final, la carta era una epístola alegre y llena de noticias, como Ken podría haber escrito a cualquiera; pero por aquel principio y aquel final, Rilla durmió con la carta bajo la almohada durante semanas, despertándose a veces por la noche para deslizar los dedos por debajo y simplemente tocarla, y miraba con secreta lástima a las demás muchachas, cuyos novios jamás habrían podido escribirles nada ni la mitad de maravilloso y

exquisito. Kenneth no era hijo de un novelista famoso por casualidad. «Tenía un don» para expresar las cosas en unas pocas palabras certeras y llenas de sentido, que parecían sugerir mucho más de lo que decían, y que nunca se volvían rancias, insulsas ni ridículas por muchas veces que se releyeran. Rilla volvió a casa desde el Valle del Arco Iris como si en vez de andar volara.

Pero aquel otoño esos momentos de euforia eran raros. Ciertamente es que hubo un día de septiembre en que llegó la gran noticia de una gran victoria aliada en el oeste, y Susan salió corriendo a izar la bandera: la primera vez que la izaba desde que se rompió el frente ruso, y la última que habría de izarla durante muchas lunas sombrías.

—Probablemente la gran ofensiva ha empezado por fin, mi querida señora doctora —exclamó—, y pronto veremos el final de los hunos. Nuestros chicos estarán en casa para Navidad. ¡Hurra!

A Susan le dio vergüenza de sí misma en cuanto hubo lanzado su hurra, y se disculpó humildemente por tal arranque de puerilidad. —Pero de veras, mi querida señora doctora, estas buenas noticias se me han subido a la cabeza después de este verano espantoso de reveses rusos y contratiempos en Galípoli.

—¡Buenas noticias! —dijo la señorita Oliver con amargura—. Me pregunto si las mujeres cuyos hombres han muerto por ella las llamarán buenas noticias. Solo porque los nuestros no están en esa parte del frente, nos alegramos como si la victoria no hubiera costado ninguna vida.

—Vamos, mi querida señorita Oliver, no lo mire usted así —adujo Susan—. No hemos tenido mucho de qué alegrarnos últimamente, y sin embargo se seguía matando a hombres igual. No se deje usted hundir como la pobre prima Sophia. *Ella* dijo, cuando llegó esta noticia: «Ah, no es más que un claro entre las nubes. Esta semana estamos arriba, pero la semana que viene estaremos abajo». «Bueno, Sophia Crawford», le dije yo —pues yo jamás le doy la razón, mi querida señora doctora—, «ni el mismísimo Dios puede

hacer dos colinas sin un valle entre medias, según he oído decir, pero eso no es motivo para que no aprovechemos lo bueno de las colinas mientras estamos en lo alto». Pero la prima Sophia siguió con sus gemidos. «Ahí tiene usted la expedición de *Galipoli* fracasada, y al gran duque Nicolás destituido, y todo el mundo sabe que el zar de Rusia es progermano, y que a los Aliados les falta munición, y que Bulgaria se nos va a poner en contra. Y el fin todavía no ha llegado, porque Inglaterra y Francia tienen que ser castigadas por sus pecados mortales hasta que se arrepientan en saco y ceniza». «Yo más bien creo», le dije, «que harán su penitencia vestidos de caqui y en el barro de las trincheras, y también me parece a mí que los hunos tendrán también su buena ración de pecados de los que arrepentirse». «Son instrumentos en la mano del Todopoderoso, para limpiar la era», dijo Sophia. Y entonces me enfadé, mi querida señora doctora, y le dije que yo no creía, ni creería jamás, que el Todopoderoso tomara en su mano instrumentos tan sucios para ningún propósito, y que no me parecía decente que anduviera usando las palabras de las Sagradas Escrituras tan a la ligera como en una conversación cualquiera. No era, le dije, ni pastora, ni siquiera anciana de la iglesia. Y por el momento la dejé callada, mi querida señora doctora. La prima Sophia no tiene ánimo ninguno. Es muy distinta de su sobrina, la señora Dean Crawford, del otro lado del puerto. Ya sabe usted que los Dean Crawford tenían cinco chicos, y que el recién nacido es otro chico más. Toda la parentela, y en especial Dean Crawford, se llevó un buen chasco, porque tenían el corazón puesto en una niña; pero la señora Dean se limitó a reír y dijo: «Allá donde fui este verano me encontraba de bruces con el cartel "SE NECESITAN HOMBRES"». ¿Cree usted que podía yo ir a tener una niña en tales circunstancias?». *Eso sí* que es tener ánimo, mi querida señora doctora. Pero la prima Sophia diría que la criatura no era más que un poco más de carne de cañón.

La prima Sophia tuvo vía libre para su pesimismo aquel otoño sombrío, y hasta Susan, optimista incorregible como era, lo pasó mal para mantener el ánimo. Cuando Bulgaria se alineó con Alemania,

Susan se limitó a comentar con desdén: «Una nación más que está deseando que le den su merecido», pero el embrollo griego la inquietó más de lo que su filosofía podía soportar con calma.

—Constantino de Grecia tiene una esposa alemana, mi querida señora doctora, y ese hecho apaga toda esperanza. ¡Pensar que iba a vivir yo para que me importara qué clase de esposa tenía Constantino de Grecia! El pobre desdichado está bajo el pulgar de su mujer, y ese es mal sitio para que esté un hombre. Yo soy una solterona, y una solterona tiene que ser independiente o la aplastan. Pero si yo hubiera sido una mujer casada, mi querida señora doctora, habría sido mansa y sumisa. Es mi opinión que esta Sophia de Grecia es una lagarta.

Susan se puso furiosa cuando llegó la noticia de que Venizelos había sido derrotado.

—Le daría unos azotes a Constantino, y después le desollaría vivo, vaya que sí —exclamó con amargura.

—Vaya, Susan, me sorprendes —dijo el doctor, poniendo cara larga—. ¿Es que no tienes ningún respeto por las conveniencias? Desuéllalo vivo, sin duda, pero omite lo de los azotes.

—Si le hubieran dado unos buenos azotes de joven, quizá tendría más sentido común ahora —replicó Susan—. Pero supongo que a los príncipes nunca les dan azotes, lo cual es una lástima. Veo que los Aliados le han mandado un ultimátum. Yo les podría decir que hará falta algo más que ultimátums para desollar a una serpiente como Constantino. Puede que el bloqueo aliado le meta el sentido común a martillazos en la cabeza; pero eso llevará su tiempo, me parece a mí, y mientras tanto, ¿qué va a ser de la pobre Serbia?

Vieron lo que fue de Serbia, y durante el proceso no había quien aguantara a Susan. En su exasperación, denostaba todo y a todos, salvo a Kitchener, y se cebó con el pobre presidente Wilson con uñas y dientes.

—Si hubiera cumplido con su deber y hubiera entrado en la guerra hace tiempo, no habríamos visto este lío en Serbia —afirmó.

—Sería cosa seria meter en la guerra a un gran país como los Estados Unidos, con su población tan mezclada, Susan —dijo el doctor, que a veces salía en defensa del presidente, no porque pensara que Wilson lo necesitara especialmente, sino por el placer nada santo de picar a Susan.

—Puede, mi querido doctor... ¡puede! Pero eso me recuerda la vieja historia de la muchacha que le dijo a su abuela que se iba a casar. «Cosa solemne es casarse», dijo la anciana. «Sí, pero más solemne es no casarse», dijo la muchacha. Y de eso puedo dar fe por experiencia propia, mi querido doctor. Y me parece a mí que es más solemne para los yanquis haberse quedado fuera de la guerra de lo que habría sido meterse en ella. Sin embargo, aunque no sé mucho de ellos, soy de la opinión de que todavía los veremos empezar algo, con Woodrow Wilson o sin Woodrow Wilson, en cuanto se les meta en la cabeza que esta guerra no es un curso por correspondencia. No serán —dijo Susan, blandiendo enérgicamente una cacerola con una mano y un cucharón con la otra— demasiado orgullosos para luchar entonces.

En una tarde de octubre, pálida y ventosa, Carl Meredith se marchó. Se había alistado el día de su decimoctavo cumpleaños. John Meredith lo despidió con el rostro impasible. Sus dos chicos se habían ido; ahora solo le quedaba el pequeño Bruce. Quería mucho a Bruce y a la madre de Bruce; pero Jerry y Carl eran los hijos de la esposa de su juventud, y Carl era el único de todos sus hijos que tenía exactamente los ojos de Cecilia. Mientras lo miraban con cariño, por encima del uniforme de Carl, el pastor, pálido, recordó de pronto el día en que, por primera y última vez, había intentado azotar a Carl por su travesura con la anguila. Aquella fue la primera vez que se dio cuenta de cuánto se parecían los ojos de Carl a los de Cecilia. Ahora volvía a darse cuenta una vez más. ¿Volvería a ver alguna vez los ojos de su esposa muerta mirándolo desde el rostro de su hijo? ¡Qué muchacho tan apuesto, tan limpio, tan bien parecido! Le resultaba —duro— verlo partir. A John Meredith le pareció estar mirando una llanura desgarrada, sembrada de los cuerpos de «los hombres aptos para el servicio, de edades

comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años». Solo el otro día Carl era un mocoso menudo que cazaba bichos en el Valle del Arco Iris, se llevaba lagartijas a la cama y escandalizaba al Glen por llevar ranas a la escuela dominical. No le parecía —del todo correcto—, de alguna manera, que fuese ahora un hombre «apto para el servicio» vestido de caqui. Y sin embargo, John Meredith no había dicho ni una palabra para disuadirlo cuando Carl le dijo que tenía que ir.

Rilla sintió muy hondo la marcha de Carl. Siempre habían sido compinches y compañeros de juegos. Él era solo un poco mayor que ella, y de niños habían crecido juntos en el Valle del Arco Iris. Rilla recordó todas sus viejas travesuras y correrías mientras volvía a casa despacio y sola. La luna llena asomaba entre las nubes fugitivas con súbitas oleadas de una luz extraña, los cables del teléfono cantaban un sonido agudo en el viento, y las altas espigas de la vara de oro, marchitas y de cabeza gris, se mecían en los rincones de la valla y le hacían señas frenéticas, como un grupo de viejas brujas tejiendo hechizos impíos. En una noche como aquella, hacía tiempo, Carl solía acercarse a Ingleside y silbarle desde la cancela para que saliera. «Vamos de correría a la luz de la luna, Rilla», le decía, y los dos echaban a correr hacia el Valle del Arco Iris. Rilla nunca les había tenido miedo a sus escarabajos y bichos, aunque con las serpientes trazaba una línea infranqueable. Solían hablar juntos de casi todo, y en la escuela los picaban el uno con el otro; pero una tarde, cuando tenían unos diez años, se habían prometido solemnemente, junto al viejo manantial del Valle del Arco Iris, que jamás se casarían el uno con el otro. Aquel día, Alice Clow había «tachado» sus nombres en la pizarra de la escuela, y había salido que «los dos se casaban». A ninguno de los dos le había gustado nada la idea, de ahí el voto mutuo en el Valle del Arco Iris. No había nada como un gramo de prevención. Rilla se rio con aquel viejo recuerdo, y luego suspiró. Ese mismo día, un despacho de cierto periódico de Londres traía el alegre anuncio de que «el momento presente es el más oscuro desde que empezó la guerra». Bastante oscuro era, y Rilla deseó con desesperación poder hacer algo más

que esperar y servir en casa, mientras, día tras día, se iban los chicos del Glen que ella conocía. ¡Si al menos fuera un chico, para ir de caqui, veloz, junto a Carl, hacia el frente occidental! Había deseado eso mismo, en un arrebató de romanticismo, cuando se fue Jem, quizá sin decirlo muy en serio. Ahora lo decía en serio. Había momentos en que esperar en casa, a salvo y cómoda, le parecía algo insoportable.

La luna irrumpió triunfante a través de una nube especialmente oscura, y la sombra y la plata se perseguían en oleadas sobre el Glen. Rilla recordó una noche de luna de su infancia en que le había dicho a su madre: «La luna parece justo una cara *tristona, tristona*». Le seguía pareciendo lo mismo: una cara angustiada, ajada de pesar, como si mirase hacia abajo, hacia visiones terribles. ¿Qué vería en el frente occidental? ¿En la Serbia destrozada? ¿En Galípoli, barrida por las granadas?

—Estoy cansada —había dicho la señorita Oliver aquel día, en un raro arranque de impaciencia— de este espantoso potro de emociones tensas, cuando cada día trae un nuevo horror, o el miedo a que llegue. No, no me mire usted con reproche, señora Blythe. Hoy no hay nada de heroico en mí. He flaqueado. Ojalá Inglaterra hubiera dejado a Bélgica a su suerte, ojalá Canadá no hubiera mandado a un solo hombre, ojalá hubiéramos atado a nuestros chicos a las faldas y no hubiéramos dejado ir a ninguno. Ay... dentro de media hora me avergonzaré de mí misma, pero en este mismo instante lo digo muy en serio, cada palabra. ¿Es que los Aliados no van a atacar *nunca*?

—La paciencia es una yegua cansada, pero sigue al trote —dijo Susan.

—Mientras retumban los corceles de Armagedón, pisoteando nuestros corazones —replicó la señorita Oliver—. Serbia está siendo estrangulada, y los Aliados en el frente occidental no parecen capaces de otra cosa que de comprar unos pocos y mezquinos metros de trinchera al día. Susan, dime... ¿no te entran nunca..., no te han entrado nunca..., ataques de sentir que *tienes que gritar*, o

jurar, o romper algo, solo porque tu tormento llega a un punto en que se vuelve insoportable?

—Yo nunca he jurado ni he tenido ganas de jurar, mi querida señorita Oliver, pero he de admitir —dijo Susan, con el aire de quien está decidida a confesarlo todo de una vez por todas— que he vivido ocasiones en que daba mucho alivio dar buenos portazos.

—¿No te parece que eso también es una especie de juramento, Susan? ¿Qué diferencia hay entre dar un portazo con saña y decir mald...?

—Mi querida señorita Oliver —interrumpió Susan, decidida a salvar a Gertrude de sí misma, a toda costa, si el poder humano bastaba para ello—, está usted agotada y con los nervios de punta, y no es de extrañar, después de pasarse todo el día enseñando a esos mocosos revoltosos y de volver a casa con malas noticias de la guerra. Pero suba usted arriba y échese un rato, que yo le subiré una taza de té caliente y una tostadita, y muy pronto no le quedarán ganas ni de dar portazos ni de jurar.

—Susan, eres un alma buena, itoda una perla entre las Susan! Pero, Susan, *sería* tal alivio decir aunque solo fuera una palabrota suave, bajita y pequeñita: mald...

—También le traeré una bolsa de agua caliente para las plantas de los pies —terció Susan con resolución—, y *no* le serviría de ningún alivio decir esa palabra que está usted pensando, señorita Oliver, y a eso puede usted atenerse.

—Bueno, probaré primero con la bolsa de agua caliente —dijo la señorita Oliver, arrepentida de haber estado tomándole el pelo a Susan, y desapareció escaleras arriba, para inmenso alivio de Susan. Susan meneó la cabeza con gesto agorero mientras llenaba la bolsa de agua caliente. La guerra, desde luego, estaba relajando lastimosamente las normas de conducta. Ahí estaba la señorita Oliver, a punto de decir una palabrota, y lo reconocía ella misma.

—Hay que hacerle bajar la sangre de la cabeza —dijo Susan—, y si esta bolsa no surte efecto, ya veré qué se puede hacer con una

cataplasma de mostaza.

Gertrude se recuperó y siguió adelante. Lord Kitchener fue a Grecia, y con eso Susan predijo que Constantino pronto tendría un cambio de corazón. Lloyd George empezó a hostigar a los Aliados por cuestión de equipo y de cañones, y Susan dijo que todavía se oiría hablar mucho de Lloyd George. Los valientes Anzac se retiraron de Galípoli, y Susan aprobó la medida, con reservas. Comenzó el sitio de Kut-El-Amara, y Susan se pasaba las horas mirando mapas de Mesopotamia y despotricando contra los turcos. Henry Ford partió hacia Europa, y Susan lo despellejó con sarcasmo. Sir John French fue sustituido por Sir Douglas Haig, y Susan opinó, con recelo, que era mala política cambiar de caballo a mitad del río, «aunque, la verdad sea dicha, Haig era un buen nombre y French sonaba extranjero, dijérase lo que se dijera». Ni un solo movimiento en el gran tablero de ajedrez, ya fuera de rey, de alfil o de peón, se le escapaba a Susan, que en otro tiempo solo había leído los apuntes de Glen St. Mary. «Hubo un tiempo», dijo con pesar, «en que no me importaba lo que pasara fuera de la Isla del Príncipe Eduardo, y ahora no puede a un rey dolerle una muela en Rusia o en China sin que a mí me preocupe. Será que ensancha la mente, como dice el doctor, pero desde luego apenas mucho los sentimientos».

Cuando volvió a llegar la Navidad, Susan no puso ningún puesto vacío en la mesa de la fiesta. Dos sillas vacías eran ya demasiado hasta para Susan, que en septiembre había pensado que no habría ninguna.

Esta es la primera Navidad que Walter no pasa en casa, escribió Rilla en su diario aquella noche. Jem solía estar fuera en Navidad, allá arriba en Avonlea, pero Walter nunca lo había estado. Hoy he tenido cartas de Ken y de él. Siguen en Inglaterra, pero esperan estar en las trincheras muy pronto. Y *entonces...* pero supongo que conseguiremos soportarlo de alguna manera. Para mí, lo más extraño de todas las cosas extrañas que ha habido desde 1914 es cómo hemos aprendido todos a aceptar cosas que nunca creímos que podríamos aceptar, a seguir con la vida como si tal cosa. Sé que

Jem y Jerry están en las trincheras, que Ken y Walter lo estarán pronto, que si alguno de ellos no vuelve se me partirá el corazón, y sin embargo sigo adelante, trabajo y hago planes, sí, e incluso disfruto de la vida de vez en cuando. Hay momentos en que nos divertimos de verdad porque, justo por un momento, no pensamos en las cosas, y luego... nos acordamos... y acordarnos es peor de lo que habría sido pensarlo todo el tiempo.

Hoy ha estado oscuro y nublado, y esta noche está lo bastante tempestuosa, como dice Gertrude, para satisfacer a cualquier novelista en busca de buen material para un asesinato o una fuga amorosa. Las gotas de lluvia que resbalan por los cristales parecen lágrimas corriendo por una cara, y el viento chilla entre la arboleda de arces.

No ha sido un día de Navidad agradable en ningún sentido. Nan tenía dolor de muelas, y Susan tenía los ojos rojos, y adoptó un aire raro y macabro de ligereza para hacernos creer que no era así; y Jims estuvo resfriado todo el día, y me da miedo que le dé crup. Ha tenido crup dos veces desde octubre. La primera vez casi me muero de miedo, porque papá y mamá estaban los dos fuera; a mí me parece que papá *siempre* está fuera cuando alguien de esta casa se pone enfermo. Pero Susan estaba fresca como una lechuga y sabía exactamente qué hacer, y por la mañana Jims ya estaba bien. Esa criatura es un cruce entre un pato y un diablillo. Tiene un año y cuatro meses, anda trotando por todas partes y dice ya bastantes palabras. Tiene la costumbre monísima de llamarme «Lilla-lil». Siempre me trae a la memoria aquella noche horrible, absurda y deliciosa en que Ken vino a despedirse, y yo estaba tan furiosa y tan feliz. Jims está sonrosado y blanco, con los ojos grandes y el pelo rizado, y de vez en cuando le descubro un hoyuelo nuevo. Casi no puedo creer que sea la misma criatura que aquel changelín escuchimizado, amarillento y feúcho que traje a casa en la sopera. De Jim Anderson nadie ha vuelto a saber una palabra. Si no vuelve nunca, me quedaré con Jims para siempre. Aquí todos lo adoran y lo miman, o lo mimarían si Morgan y yo no nos interpusiéramos sin piedad. Susan dice que Jims es el niño más listo que ha visto en su

vida y que reconoce al Maligno en cuanto lo ve; esto porque Jims tiró al pobre Doc por una ventana del piso de arriba un día. Doc se convirtió en Mr. Hyde a media caída y aterrizó en un grosellero, bufando y jurando. Intenté consolar a su gato interior con un platito de leche, pero él no quiso ni probarla, y siguió siendo Mr. Hyde el resto del día. La última hazaña de Jims fue pintar con melaza el cojín del sillón grande de la galería acristalada; y antes de que nadie se diera cuenta, la señora Fred Clow entró por asuntos de la Cruz Roja y se sentó encima. Su vestido nuevo de seda quedó arruinado, y nadie podía culparla por estar disgustada. Pero le dio uno de sus arrebatos y dijo cosas desagradables, y me soltó tal andanada de reproches por «malcriar» a Jims que a mí también estuvo a punto de hervirme la sangre. Pero me contuve hasta que se marchó anadeando, y entonces exploté.

—El gordo, torpe y horrible vejestorio —dije—; y ay, qué satisfacción me dio decirlo.

—Tiene tres hijos en el frente —dijo mamá en tono de reproche.

—Supongo que eso compensa todas sus faltas de modales —repliqué. Pero me dio vergüenza, pues es verdad que todos sus chicos se han ido, y ella se ha portado con mucho valor y mucha lealtad; y es una auténtica torre de fortaleza en la Cruz Roja. Cuesta un poco acordarse de todas las heroínas. Aun así, era su segundo vestido nuevo de seda en un año, y eso cuando todo el mundo está —o debería estar— procurando «ahorrar y servir».

Hace poco he tenido que sacar otra vez mi sombrero de terciopelo verde y ponérmelo. Me aferré a mi canotier de paja azul todo el tiempo que pude. ¡Cómo odio el sombrero de terciopelo verde! Es tan recargado y llamativo. No sé cómo pude llegar a gustarme. Pero juré que lo llevaría, y lo llevaré.

Shirley y yo bajamos esta mañana a la estación a llevarle al perrito Monday una cena de Navidad por todo lo alto. El perro Monday sigue esperando y vigilando allí, con tanta esperanza y tanta confianza como siempre. A veces ronda por la casa de la estación y habla con

la gente, y el resto del tiempo se sienta a la puerta de su casetita y vigila la vía sin pestañear. Ya no intentamos convencerlo para que vuelva a casa: sabemos que no sirve de nada. Cuando Jem vuelva, Monday volverá a casa con él; y si Jem —nunca vuelve—, Monday lo esperará allí mientras su querido corazón de perro siga latiendo.

Anoche vino Fred Arnold. Cumplió dieciocho años en noviembre, y va a alistarse en cuanto su madre se recupere de una operación que tiene que hacerse. Últimamente viene mucho por aquí, y aunque me cae tan bien, me hace sentir incómoda, porque me temo que él piensa que quizá yo podría sentir algo por él. No puedo hablarle de Ken, porque, al fin y al cabo, ¿qué hay que contar? Y sin embargo no me gusta portarme con frialdad y distancia cuando él va a irse tan pronto. Es muy desconcertante. Recuerdo que antes pensaba que sería divertidísimo tener *docenas* de pretendientes, y ahora estoy muerta de preocupación porque dos ya son demasiados.

Estoy aprendiendo a cocinar. Susan me está enseñando. Lo intenté hace mucho tiempo... pero no, seamos sinceras: Susan intentó enseñarme, que es una cosa muy distinta. Nunca parecía que me saliera nada bien, y me desanimé. Pero desde que los chicos se fueron, quise ser capaz de hacerles yo misma tartas y cosas así, así que volví a empezar, y esta vez estoy progresando sorprendentemente bien. Susan dice que todo está en cómo aprieto la boca, y papá dice que ahora mi subconsciente tiene deseos de aprender, y me atrevo a decir que los dos tienen razón. En cualquier caso, ya sé hacer unas pastas de mantequilla y un pastel de frutas estupendos. La semana pasada me puse ambiciosa e intenté hacer petisús, pero me salió un desastre espantoso. Salieron del horno planos como suelas de zapato. Pensé que quizá la crema los hincharía de nuevo y los dejaría mullidos, pero no fue así. Creo que en el fondo Susan se alegró. Es toda una maestra en el arte de hacer petisús, y se le partiría el corazón si aquí alguien más supiera hacerlos tan bien como ella. Me pregunto si Susan los sabotéó... pero no, no voy a sospechar de ella tal cosa.

Miranda Pryor pasó aquí una tarde hace unos días, ayudándome a cortar unas prendas de la Cruz Roja conocidas por el encantador nombre de «camisas antivermina». Susan opina que ese nombre no es del todo decente, así que le sugerí que las llamara «*cootie sarks*», que es como las llama el viejo Sandy de las Tierras Altas. Pero ella negó con la cabeza, y más tarde la oí decirle a mamá que, en su opinión, «*cooties*» y «*sarks*» no eran temas propios de conversación para señoritas. Se horrorizó especialmente cuando Jem escribió en su última carta a mamá: «¡Dile a Susan que esta mañana he tenido una buena cacería de *cooties* y he cazado cincuenta y tres!». Susan se puso literalmente verde. «Mi querida señora doctora», dijo, «cuando yo era joven, si la gente decente tenía la desgracia de coger esos bichos, lo guardaban en secreto si podían. No quiero ser estrecha de miras, mi querida señora doctora, pero sigo pensando que es mejor no hablar de esas cosas».

Miranda se puso confidencial mientras cosíamos nuestras camisas antivermina y me contó todas sus penas. Está desesperadamente desdichada. Está prometida con Joe Milgrave, y Joe se alistó en octubre y desde entonces está entrenándose en Charlottetown. Su padre se puso furioso cuando se alistó, y le prohibió a Miranda tener con él ningún trato ni comunicación nunca más. El pobre Joe espera irse a ultramar cualquier día de estos, y quiere que Miranda se case con él antes de irse, lo cual demuestra que ha habido «comunicaciones» a pesar de Barbas-en-la-Luna. Miranda quiere casarse con él, pero no puede, y asegura que se le va a partir el corazón.

—¿Por qué no te fugas y te casas con él? —le dije. No iba en absoluto contra mi conciencia darle ese consejo. Joe Milgrave es un chico estupendo, y el señor Pryor no cabía en sí de gusto con él hasta que estalló la guerra, y yo sabía que el señor Pryor perdonaría a Miranda muy deprisa en cuanto todo terminara y quisiera recuperar a su ama de llaves. Pero Miranda meneó tristemente su cabecita plateada.

—Joe quiere que lo haga, pero no puedo. Las últimas palabras que me dijo mamá en su lecho de muerte fueron: «nunca, nunca te fugues, Miranda», y se lo prometí.

La madre de Miranda murió hace dos años, y por lo visto, según cuenta Miranda, resulta que su madre y su padre en su día se fugaron para casarse. Imaginarme a Barbas-en-la-Luna de héroe de una fuga amorosa supera mis fuerzas. Pero así fue, y la señora Pryor al menos vivió lo bastante para arrepentirse de ello. Tuvo una vida dura con el señor Pryor, y pensaba que era un castigo por haberse fugado. Así que hizo prometer a Miranda que *ella* jamás, por ningún motivo, haría lo mismo.

Por supuesto, una no puede animar a una chica a romper una promesa hecha a una madre moribunda, así que no veía yo qué podía hacer Miranda, a no ser que consiguiera que Joe viniera a la casa cuando su padre estuviera fuera y se casara allí con ella. Pero Miranda dijo que eso no se podía arreglar. Su padre parecía sospechar que ella pudiera estar tramando algo así, y nunca se iba fuera por mucho tiempo; y, además, claro, Joe no podía conseguir un permiso avisando con solo una hora.

—No, tendré que dejar que Joe se vaya, y lo matarán, sé que lo matarán, y se me partirá el corazón —dijo Miranda, icon las lágrimas corriéndole y empapando copiosamente las camisas antivermina!

No escribo así por falta de verdadera compasión hacia la pobre Miranda. Es que me he acostumbrado a darle a todo un giro cómico, si puedo, cuando les escribo a Jem, a Walter y a Ken, para hacerlos reír. Sentí de verdad lástima por Miranda, que está tan enamorada de Joe como puede estarlo de alguien una muchacha de ojos de porcelana azul, y que está terriblemente avergonzada de los sentimientos progermanos de su padre. Creo que ella se dio cuenta de que era así, porque dijo que había querido contarme todas sus penas porque me había vuelto tan comprensiva este último año. Me pregunto si es verdad. Sé que antes era una criatura egoísta y desconsiderada; qué egoísta y desconsiderada era, me da vergüenza recordarlo ahora, así que no puedo ser tan mala como era entonces.

Ojalá pudiera ayudar a Miranda. Sería muy romántico urdir una boda de guerra, y me encantaría ganarle la partida a Barbas-en-la-Luna. Pero por ahora el oráculo no se ha pronunciado.

CAPÍTULO 18. UNA BODA DE GUERRA

—Le digo una cosa, mi querido doctor —dijo Susan, pálida de ira—: que Alemania está llegando a ser perfectamente ridícula.

Estaban todos en la gran cocina de Ingleside. Susan amasaba panecillos para la cena. La señora Blythe preparaba pastas de mantequilla para Jem, y Rilla hacía dulces para Ken y Walter —antes había sido «Walter y Ken» en sus pensamientos, pero, sin que ella misma se diera cuenta, el orden había ido cambiando hasta que el nombre de Ken pasó a ir primero de forma natural—. También estaba allí la prima Sophia, haciendo punto. A la larga, todos los chicos iban a morir, así lo sentía la prima Sophia en los huesos, pero mejor morir con los pies calientes que con los pies fríos, de modo que la prima Sophia tejía fiel y sombríamente.

En medio de esta escena apacible irrumpió el doctor, indignado y agitado por el incendio del Parlamento de Ottawa. Y Susan, automáticamente, se puso tan indignada y agitada como él.

—¿Qué harán ahora esos hunos? —preguntó—. ¡Venir hasta aquí a quemar *nuestro* Parlamento! ¿Se ha *oído* jamás semejante atropello?

—No sabemos que los alemanes sean responsables de esto —dijo el doctor, aunque con el tono de quien está bastante seguro de que sí lo son—. Los incendios *sí* se declaran a veces sin que ellos intervengan. Y el granero del tío Mark MacAllister se quemó la semana pasada. No irás a acusar de eso a los alemanes, Susan.

—Pues no lo sé, mi querido doctor —Susan asintió despacio y con gesto agorero—. Barbas-en-la-Luna estuvo allí ese mismo día. El fuego se declaró media hora después de que él se marchara. Eso sí es un hecho, pero *yo* no voy a acusar a un anciano presbiteriano de quemar el granero de nadie mientras no tenga pruebas. Ahora bien, todo el mundo sabe, mi querido doctor, que los dos hijos del tío Mark se han alistado, y que el propio tío Mark da discursos en todos los mítines de reclutamiento. Así que sin duda Alemania está deseando ajustarle las cuentas.

—*Yo* jamás podría hablar en un mitin de reclutamiento —dijo la prima Sophia con solemnidad—. *Yo* jamás podría conciliarlo con *mi* conciencia, eso de pedirle al hijo de otra mujer que vaya a matar y a que lo maten.

—¿Ah, no? —dijo Susan—. Pues bien, Sophia Crawford, *yo* sentí que podría pedírselo a cualquiera cuando leí anoche que en Polonia no quedaba con vida ni un solo niño menor de ocho años. Piensa en eso, Sophia Crawford —Susan agitó ante ella un dedo enharinado—: ini—un—solo—niño—de—menos—de—ocho—años!

—Supongo que se los habrán comido todos los alemanes —suspiró la prima Sophia.

—Bueno, no-o-o —dijo Susan de mala gana, como si le doliera admitir que hubiera un solo crimen del que no se pudiera acusar a los hunos—. Los alemanes todavía no se han vuelto caníbales, *que yo sepa*. Han muerto de hambre y de intemperie, las pobres criaturas. Eso sí que es asesinar, prima Sophia Crawford. Solo de pensarlo se me envenena cada bocado y cada trago que tomo.

—Veo que a Fred Carson, el de Lowbridge, le han concedido la Medalla de Conducta Distinguida —comentó el doctor, tras su periódico local.

—Ya me enteré la semana pasada —dijo Susan—. Es el mensajero de su batallón y ha hecho algo especialmente valiente y arriesgado. La carta en la que se lo contaba a los suyos llegó cuando su abuela, la vieja señora Carson, estaba en su lecho de muerte. Le quedaban

solo unos minutos de vida, y el pastor episcopaliano que estaba allí le preguntó si no le gustaría que rezara con ella. «Ay, sí, sí, puede usted rezar» —dijo ella, impaciente; era de los Dean, mi querido doctor, y los Dean siempre tuvieron mucho genio— «puede usted rezar, pero por lo que más quiera, rece bajito y no me moleste. Quiero pensar en estas noticias tan espléndidas y no me queda mucho tiempo para hacerlo». Así era Almira Carson de los pies a la cabeza. Fred era la niña de sus ojos. Tenía setenta y cinco años y no le había salido ni una cana, según dicen.

—Por cierto, eso me recuerda: esta mañana me he encontrado yo una cana, la primera —dijo la señora Blythe.

—Yo llevo un tiempo fijándome en esa cana, mi querida señora doctora, pero no dije nada. Me dije para mis adentros: «Ya bastante tiene con lo que lleva encima». Pero ya que usted misma la ha descubierto, permítame recordarle que las canas son honrosas.

—Me debo de estar haciendo vieja, Gilbert —la señora Blythe rio con un dejo de pesar—. La gente ha empezado a decirme que *qué joven me veo*. Eso nunca te lo dicen cuando eres joven de verdad. Pero no pienso preocuparme por mi hilo de plata. Nunca me gustó el pelo rojo. Gilbert, ¿te he contado alguna vez aquella vez, hace años, en Tejas Verdes, cuando me teñí el pelo? Solo lo sabíamos Marilla y yo.

—¿Fue por eso por lo que un día apareciste con el pelo cortado a rape?

—Sí. Le compré un frasco de tinte a un buhonero judío alemán. Confiaba ilusionada en que me pusiera el pelo negro, pero me lo puso verde. Así que hubo que cortármelo.

—Se libró usted por poco, mi querida señora doctora —exclamó Susan—. Claro que entonces era usted demasiado joven para saber lo que era un alemán. Fue una gracia especial de la Providencia que solo fuera tinte verde y no veneno.

—Parece que hayan pasado cientos de años desde aquellos días de Tejas Verdes —suspiró la señora Blythe—. Pertenecían a otro

mundo completamente distinto. La vida ha quedado partida en dos por el abismo de la guerra. No sé qué nos espera; pero desde luego no se parecerá en nada al pasado. Me pregunto si quienes hemos vivido media vida en el mundo antiguo llegaremos alguna vez a sentirnos del todo en casa en el nuevo.

—¿Se han fijado —preguntó la señorita Oliver, levantando la vista de su libro— en que también todo lo escrito antes de la guerra parece ahora tan lejano? Una tiene la sensación de estar leyendo algo tan antiguo como la *Ilíada*. Este poema de Wordsworth —que los del último curso llevan en el programa de ingreso— lo he estado hojeando estos días. Su serenidad y su sosiego clásicos, y la belleza de sus versos, parecen pertenecer a otro planeta, y tienen tan poco que ver con el marmagnum actual del mundo como el lucero del atardecer.

—Lo único que hoy en día me da verdadero consuelo leer es la Biblia —comentó Susan, metiendo de golpe sus panecillos en el horno—. Hay tantos pasajes que a mí me parecen descripciones exactas de los hunos. El viejo Sandy de las Tierras Altas asegura que no hay duda de que el káiser es el Anticristo del que habla el Apocalipsis, pero yo no llego a tanto. Sería, en mi humilde opinión, mi querida señora doctora, demasiado honor para él.

Una mañana temprano, unos días después, Miranda Pryor se escapó hasta Ingleside, con el pretexto de recoger costura para la Cruz Roja, pero en realidad para contarle a la comprensiva Rilla unas penas que ya no podía sobrellevar sola. Llevaba consigo a su perro: un animalito rechoncho y patizambo, muy querido para ella porque se lo había regalado Joe Milgrave cuando era un cachorro. El señor Pryor miraba con malos ojos a todos los perros; pero por aquel entonces veía con buenos ojos a Joe como pretendiente de Miranda, así que la había dejado quedarse con el cachorro. Miranda se sintió tan agradecida que procuró complacer a su padre poniéndole a su perro el nombre de su ídolo político, el gran caudillo liberal Sir Wilfrid Laurier, título que pronto se abrevió a Wilfy. Sir Wilfrid creció, prosperó y engordó; pero Miranda lo mimaba de forma absurda y a

nadie más le caía bien. Rilla lo odiaba especialmente por lo que a ella le parecía su odiosa costumbre de tumbarse panza arriba y suplicarte, agitando las patas, que le hicieras cosquillas en la reluciente barriga. En cuanto vio que los ojos pálidos de Miranda daban fe inequívoca de que había llorado toda la noche, Rilla le pidió que subiera a su cuarto, segura de que Miranda traía una historia triste que contar, pero ordenó que Sir Wilfrid se quedara abajo.

—Ay, ¿no puede venir él también? —dijo Miranda con nostalgia—. El pobre Wilfy no va a ser ninguna molestia, y le he limpiado las patas *tan* cuidadosamente antes de traerlo. Siempre se siente tan solo en un sitio extraño sin mí, y muy pronto será lo único que me quede para recordarme... a Joe.

Rilla cedió, y Sir Wilfrid, con el rabo enroscado en un ángulo insolente sobre su lomo atigrado, subió trotando la escalera delante de ellas, triunfante.

—Ay, Rilla —sollozó Miranda, cuando llegaron a su refugio—. Soy *tan* desgraciada. No puedo ni empezar a contarte lo desgraciada que soy. De verdad, se me está partiendo el corazón.

Rilla se sentó en el sofá a su lado. Sir Wilfrid se acomodó sobre las ancas delante de ellas, con su lengua rosada e impertinente fuera, y escuchó.

—¿Qué te pasa, Miranda?

—Joe vuelve a casa esta noche, con su último permiso. Me llegó una carta suya el sábado; me manda las cartas a través de Bob Crawford, ya sabes, por lo de papá. Y, ay, Rilla, él solo tendrá cuatro días —tiene que irse el viernes por la mañana— y puede que no vuelva a verlo nunca.

—¿Sigue queriendo que te cases con él? —preguntó Rilla.

—Ay, sí. Me *suplicó* en su carta que me fugara y me casara con él. Pero eso no puedo hacerlo, Rilla, ni siquiera por Joe. Mi único consuelo es que podré verlo un rato mañana por la tarde. Papá tiene que ir a Charlottetown por negocios. Al menos tendremos una buena

despedida. Pero, ay, después, Rilla, sé que papá ni siquiera me va a dejar ir a la estación el viernes por la mañana a despedir a Joe.

—¿Por qué demonios no os casáis Joe y tú mañana por la tarde, en tu casa? —preguntó Rilla.

Miranda se tragó un sollozo, tan atónita que casi se atragantó.

—Pero... pero... eso es imposible, Rilla.

—¿Por qué? —preguntó, escueta, la organizadora de la Cruz Roja Juvenil y transportista de bebés en soperas.

—Pero... pero... no se nos ha ocurrido pensar en eso... Joe no tiene licencia... yo no tengo vestido... no puedo casarme de *negro*... yo... yo... nosotros... tú... tú...

Miranda se hizo un lío del todo, y Sir Wilfrid, al ver que estaba en tan tremendo apuro, echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido melancólico.

Rilla Blythe pensó deprisa e intensamente durante unos minutos. Luego dijo:

—Miranda, si te pones en mis manos, te tendré casada con Joe antes de las cuatro de mañana por la tarde.

—Ay, eso no puedes hacerlo.

—Puedo y lo haré. Pero tendrás que hacer exactamente lo que yo te diga.

—Ay... no sé... ay, papá me va a matar...

—Tonterías. Se pondrá furioso, supongo. Pero ¿tienes más miedo a que se enfade tu padre que a que Joe no vuelva nunca a tu lado?

—No —dijo Miranda con súbita firmeza—, no tengo tanto miedo. —¿Harás entonces lo que te diga?

—Sí, lo haré.

—Entonces pon una conferencia con Joe ahora mismo y dile que traiga esta noche una licencia y un anillo.

—Ay, no podría —gimió Miranda, horrorizada—, sería... sería tan... tan *indecoroso*.

Rilla apretó sus dientecitos blancos con un chasquido. «Que el cielo me dé paciencia», dijo entre dientes. —Entonces lo haré yo —dijo en voz alta—, y mientras tanto, vete a casa y haz los preparativos que puedas. Cuando te llame por teléfono para que subas a ayudarme a coser, ven enseguida.

En cuanto Miranda, pálida, asustada, pero desesperadamente resuelta, se hubo marchado, Rilla voló al teléfono y pidió una conferencia con Charlottetown. La comunicación se estableció con tal rapidez que se convenció de que la Providencia aprobaba su empresa, pero pasó una hora larga antes de que pudiera dar con Joe Milgrave en su campamento. Mientras tanto, se paseaba impaciente de un lado a otro, y rezaba para que, cuando por fin consiguiera hablar con Joe, no hubiera nadie escuchando en la línea que pudiera llevarle el chisme a Barbas-en-la-Luna.

—¿Eres tú, Joe? Soy Rilla Blythe, Rilla, Rilla; bueno, da igual. Escucha esto. Antes de volver a casa esta noche, consigue una licencia de matrimonio, una licencia de matrimonio, sí, una licencia de matrimonio, y un anillo de bodas. ¿Lo has entendido? ¿Y lo harás? Muy bien, asegúrate de hacerlo: es tu única oportunidad.

Encendida de triunfo —pues su único temor había sido no poder localizar a Joe a tiempo—, Rilla llamó a la línea de los Pryor. Esta vez no tuvo tanta suerte, porque le salió Barbas-en-la-Luna.

—¿Es Miranda? Ah... ¡señor Pryor! Bien, señor Pryor, ¿sería usted tan amable de preguntarle a Miranda si puede subir esta tarde a ayudarme con una costura? Es *muy* importante, si no, no la molestaría. Ah... *gracias*.

El señor Pryor había accedido de mala gana, pero *había* accedido: no quería ofender al doctor Blythe, y sabía que si le negaba a Miranda hacer labores para la Cruz Roja, la opinión pública le haría la vida imposible en el Glen. Rilla salió a la cocina, cerró todas las

puertas con una expresión misteriosa que alarmó a Susan, y entonces dijo con solemnidad.

—Susan, ¿puedes hacer un pastel de boda esta tarde?

—¡Un pastel de boda! —Susan se la quedó mirando. Una vez, sin previo aviso, Rilla le había traído un bebé de la guerra. ¿Iba ahora, con la misma repentina rapidez, a sacarse un marido de la manga?

—Sí, un pastel de boda: un pastel de boda espléndido, Susan, un precioso pastel de boda, cargado de pasas, con mucho huevo y piel de cidra. Y tenemos que hacer otras cosas también. Te ayudaré por la mañana. Pero esta tarde no puedo ayudarte, porque tengo que hacer un vestido de novia, y el tiempo es la esencia del contrato, Susan.

Susan sintió que ya era demasiado mayor para que la sometieran a semejantes sobresaltos.

—¿Con quién te vas a casar tú, Rilla? —preguntó con voz débil.

—Susan, querida, la novia feliz no soy *yo*. Miranda Pryor se casa mañana por la tarde con Joe Milgrave, mientras su padre está fuera, en la ciudad. Una boda de guerra, Susan: ¿no te parece emocionante y romántico? Nunca en mi vida he estado tan emocionada.

La emoción no tardó en extenderse por todo Ingleside, contagiando incluso a la señora Blythe y a Susan.

—Me pongo con ese pastel ahora mismo —juró Susan, con una mirada al reloj—. Mi querida señora doctora, ¿querría usted escoger la fruta y batir los huevos? Si lo hace, para esta noche puedo tener el pastel listo para el horno. Mañana por la mañana podemos preparar ensaladas y otras cosas. Trabajaré toda la noche si hace falta con tal de ganarle la partida a Barbas-en-la-Luna.

Miranda llegó, llorosa y sin aliento.

—Tenemos que arreglarte mi vestido blanco para que te lo pongas —dijo Rilla—. Te quedará muy bien con unos pequeños retoques.

Manos a la obra se pusieron las dos muchachas, descosiendo, probando, hilvanando, cosiendo, como si les fuera la vida en ello. A fuerza de un esfuerzo incesante, tuvieron el vestido terminado a las siete, y Miranda se lo probó en el cuarto de Rilla.

—Es precioso... pero ay, si al menos tuviera un velo —suspiró Miranda—. Siempre he soñado con casarme con un velo blanco precioso.

Sin duda algún hada buena vela por los deseos de las novias de guerra. Se abrió la puerta y entró la señora Blythe, con los brazos cargados de un vaporoso bulto.

—Miranda, querida —dijo—, quiero que mañana lleves mi velo de novia. Hace veinticuatro años que fui novia en la vieja Tejas Verdes, la novia más feliz que ha habido nunca, y dicen que el velo de una novia feliz trae buena suerte.

—Ay, qué detalle tan bonito, señora Blythe —dijo Miranda, con las lágrimas asomándole ya a los ojos.

Se probaron el velo y lo drapearon. Susan se acercó a darle el visto bueno, pero no se atrevió a entretenerse.

—Tengo el pastel en el horno —dijo—, y sigo una política de espera vigilante. Las noticias de esta noche dicen que el gran duque ha tomado Erzurum. Menudo trago para los turcos. Ojalá tuviera ocasión de decirle al zar qué error cometió cuando apartó a Nicolás.

Susan desapareció escaleras abajo hacia la cocina, de donde al poco llegaron un golpe espantoso y un chillido agudo. Todos corrieron a la cocina: el doctor y la señorita Oliver, la señora Blythe, Rilla, Miranda con su velo de novia puesto. Susan estaba sentada en el suelo, en medio de la cocina, con expresión aturdida y desconcertada, mientras «Doc», evidentemente en su encarnación de Mr. Hyde, permanecía de pie sobre el aparador, con el lomo arqueado, los ojos echando chispas y el rabo del tamaño de tres rabos.

—Susan, ¿qué ha pasado? —exclamó la señora Blythe, alarmada—. ¿Te has caído? ¿Estás herida?

Susan se levantó del suelo.

—No —dijo con gravedad—, no estoy herida, aunque sí zarandeada de arriba abajo. No se alarme. En cuanto a lo que ha pasado: he intentado darle una patada con los dos pies a ese condenado gato, eso es lo que ha pasado.

Todos se deshicieron en carcajadas. El doctor estaba completamente indefenso ante la risa.

—Ay, Susan, Susan —jadeó él—. Que haya vivido para oírte jurar a *ti*.

—Siento mucho —dijo Susan, verdaderamente afligida— haber empleado semejante expresión delante de dos señoritas jóvenes. Pero dije que esa bestia estaba condenada, y condenada está. Es cosa del Maligno.

—¿Esperas que un día de estos desaparezca con una explosión y olor a azufre, Susan?

—Se irá a su propio lugar a su debido tiempo, y a eso puede usted atenerse —dijo Susan con acritud, sacudiéndose los huesos doloridos y yendo hacia su horno—. Supongo que el golpe al caer así habrá estropeado mi pastel, y se quedará pesado como el plomo.

Pero el pastel no quedó pesado. Fue todo lo que un pastel de novia debía ser, y Susan lo glaseó primorosamente. Al día siguiente, ella y Rilla trabajaron toda la mañana preparando exquisiteces para el banquete de bodas, y en cuanto Miranda telefoneó para avisar de que su padre se había marchado sin contratiempos, lo empaquetaron todo en una gran cesta y lo llevaron a casa de los Pryor. Joe no tardó en llegar, de uniforme y en un estado de violenta agitación, acompañado de su padrino, el sargento Malcolm Crawford. Había bastantes invitados, pues estaba allí toda la gente de la casa parroquial y de Ingleside, y una docena larga de parientes de Joe, entre ellos su madre, «la señora Angus-el-Difunto Milgrave»,

así llamada, alegremente, para distinguirla de otra señora cuyo Angus todavía vivía. La señora Angus-el-Difunto llevaba una expresión bastante desaprobadora, pues no le hacía ninguna gracia esa alianza con la casa de Barbas-en-la-Luna.

Así que Miranda Pryor se casó con el soldado Joseph Milgrave en su último permiso. Debería haber sido una boda romántica, pero no lo fue. Había demasiados factores que jugaban en contra del romanticismo, como hasta la propia Rilla tuvo que admitir. En primer lugar, Miranda, a pesar de su vestido y su velo, era una noviecita tan chata, vulgar y sosa. En segundo lugar, Joe lloró amargamente durante toda la ceremonia, lo cual irritó a Miranda sin razón alguna. Mucho después se lo confesó a Rilla: «Sentí ganas de decirle allí mismo: "Si te sabe tan mal tener que casarte conmigo, no *hace falta* que lo hagas". Pero era solo porque no dejaba de pensar en lo pronto que tendría que dejarme».

En tercer lugar, Jims, que solía portarse tan bien en público, sufrió un ataque combinado de timidez y de rebeldía, y se puso a llorar a pleno pulmón llamando a «Lilla». Nadie quiso sacarlo de allí, porque todos querían ver la boda, así que Rilla, que era la dama de honor, tuvo que cogerlo y tenerlo en brazos durante toda la ceremonia.

En cuarto lugar, a Sir Wilfrid Laurier le dio un ataque.

Sir Wilfrid estaba atrincherado en un rincón de la sala, detrás del piano de Miranda. Durante su ataque emitió los ruidos más extraños y sobrenaturales. Empezaba con una serie de sonidos ahogados y espasmódicos, seguía con un gorgoteo horripilante, y acababa en un aullido estrangulado. Nadie lograba oír ni una palabra de lo que decía el señor Meredith, salvo de vez en cuando, cuando Sir Wilfrid se detenía a tomar aliento. Nadie miraba a la novia, salvo Susan, que no apartaba sus ojos fascinados del rostro de Miranda; todos los demás tenían la vista clavada en el perro. Miranda había estado temblando de nerviosismo, pero en cuanto Sir Wilfrid empezó su número, se le olvidó. Lo único en que podía pensar era que su querido perro se estaba muriendo y ella no podía acudir a su lado. No recordó ni una palabra de la ceremonia.

Rilla, que a pesar de Jims había estado haciendo lo posible por parecer arrobada y romántica, como correspondía a una dama de honor de guerra, renunció al empeño imposible y dedicó todas sus energías a contener una hilaridad inoportuna. No se atrevía a mirar a nadie en la sala, sobre todo a la señora Angus-el-Difunto, por miedo a que toda su risa reprimida estallara de pronto en un alarido de carcajadas nada propio de una señorita.

Pero casados quedaron, y después hubo una cena de bodas en el comedor, tan espléndida y abundante que cualquiera habría pensado que era fruto de un mes entero de trabajo. Todos habían traído algo. La señora Angus-el-Difunto había traído una gran tarta de manzana, que dejó en una silla del comedor y sobre la que, sin darse cuenta, se sentó a continuación. Ni su humor ni su vestido de boda de seda negra salieron beneficiados del percance, pero nadie echó de menos la tarta en el alegre banquete nupcial. La señora Angus-el-Difunto acabó llevándosela de vuelta a casa. Al fin y al cabo, el cerdo pacifista de Barbas-en-la-Luna no se la iba a llevar.

Aquella noche, el señor y la señora Joe, acompañados de un Sir Wilfrid ya repuesto, partieron hacia el faro de Four Winds, a cargo del tío de Joe, donde pensaban pasar su breve luna de miel. Una Meredith, Rilla y Susan fregaron los platos, lo recogieron todo, dejaron una cena fría y la lastimosa notita de Miranda sobre la mesa para el señor Pryor, y volvieron a casa a pie, mientras el velo místico del crepúsculo invernal, soñador y embrujado, se extendía sobre el Glen.

—La verdad es que a mí no me habría importado nada ser yo misma una novia de guerra —comentó Susan, sentimental.

Pero Rilla se sentía bastante desinflada, quizá como reacción a toda la emoción y el ajetreo de las últimas treinta y seis horas. Estaba decepcionada, no sabía muy bien por qué: todo el asunto había sido tan absurdo, y Miranda y Joe tan llorones y tan vulgares.

—Si Miranda no le hubiera dado a ese perro desgraciado una cena tan enorme, no le habría dado ese ataque —dijo de mal humor—. Se

lo advertí, pero ella dijo que no podía matar de hambre al pobre perro: que pronto sería todo lo que le quedara, etcétera. Podría haberla zarandeado.

—El padrino estaba más nervioso que el propio Joe —dijo Susan—. Le deseó a Miranda muchos felices regresos de este día. Ella no parecía muy feliz, pero quizá no era de esperar otra cosa, dadas las circunstancias.

«De todos modos, pensó Rilla, puedo escribirles a los chicos un relato buenísimo de todo esto. ¡Cómo se va a reír Jem con lo que hizo Sir Wilfrid!»

Pero si la boda de guerra había dejado a Rilla bastante decepcionada, nada le faltó la mañana del viernes, cuando Miranda se despidió de su marido en la estación del Glen. El amanecer era blanco como una perla, claro como un diamante. Detrás de la estación, el bosquecillo de abetos jóvenes, oloroso a bálsamo, estaba envuelto en escarcha. La fría luna del alba pendía sobre los campos de nieve que se perdían hacia el oeste, pero los vellones dorados del sol naciente brillaban sobre los arcos de Ingleside. Joe estrechó entre sus brazos a su pálida noviecita, y ella levantó el rostro hacia el suyo. A Rilla se le hizo de pronto un nudo en la garganta. No importaba que Miranda fuera insignificante, vulgar y de rasgos chatos. No importaba que fuera la hija de Barbas-en-la-Luna. Lo único que importaba era aquella mirada arrobada y de entrega en sus ojos: aquel fuego sagrado y siempre encendido de devoción, lealtad y fino valor, con el que le prometía a Joe, en silencio, que ella y miles de mujeres más lo mantendrían vivo en casa mientras sus hombres sostenían el frente occidental.

Rilla se alejó, dándose cuenta de que no debía espiar un momento así. Bajó hasta el otro extremo del andén, donde Sir Wilfrid y el perro Monday estaban sentados, mirándose el uno al otro.

Sir Wilfrid comentó, condescendiente:

—¿Por qué frecuentas este cobertizo viejo, pudiendo tumbarte en la alfombra del hogar de Ingleside y vivir a cuerpo de rey? ¿Es una

pose? ¿O una idea fija?

A lo que el perro Monday, lacónico:

—Tengo una cita que cumplir.

Cuando el tren se hubo marchado, Rilla volvió junto a la pequeña Miranda, que aún temblaba.

—Bueno, ya se ha ido —dijo Miranda—, y puede que no vuelva nunca, pero soy su esposa, y voy a ser digna de él. Me voy a casa.

—¿No crees que sería mejor que vinieras conmigo ahora? —preguntó Rilla, dudosa. Todavía nadie sabía cómo se había tomado el asunto el señor Pryor.

—No. Si Joe puede plantar cara a los hunos, supongo que yo puedo plantarle cara a papá —dijo Miranda con arrojo—. La esposa de un soldado no puede ser una cobarde. Vamos, Wilfy. Me voy derecha a casa a afrontar lo peor.

Sin embargo, no hubo nada muy terrible que afrontar. Puede que el señor Pryor hubiera reflexionado que las amas de llaves eran difíciles de encontrar, y que había muchas casas de los Milgrave dispuestas a acoger a Miranda; y también que existía eso que llamaban la asignación por separación. En cualquier caso, aunque le dijo de mala gana que había hecho una buena tontería y que ya se arrepentiría, no añadió nada peor, y la señora Joe se puso el delantal y se fue a trabajar como si tal cosa, mientras que Sir Wilfrid Laurier, que tenía muy mala opinión de los faros como residencia de invierno, se fue a dormir a su rincón favorito, detrás del cajón de la leña, perro agradecido de haber terminado con las bodas de guerra.

CAPÍTULO 19. «NO PASARÁN»

Una fría mañana gris de febrero, Gertrude Oliver se despertó con un escalofrío, se deslizó hasta el cuarto de Rilla y se metió en la cama a su lado.

—Rilla, tengo miedo, miedo como una niña pequeña: he tenido otro de mis extraños sueños. Algo terrible se cierne sobre nosotras: lo sé.

—¿Qué era? —preguntó Rilla.

—Estaba de nuevo de pie en los escalones del porche, tal como en aquel sueño la noche antes del baile del faro, y en el cielo se alzaba desde el este una nube de tormenta enorme, negra y amenazante. Veía su sombra corriendo por delante, y cuando me envolvió me estremecí de un frío glacial. Entonces estalló la tormenta, una tormenta espantosa, relámpago cegador tras relámpago cegador y trueno ensordecedor tras trueno ensordecedor, con torrentes de lluvia arreciando. Me volví presa del pánico e intenté correr a refugiarme, y al hacerlo un hombre, un soldado con el uniforme de oficial del ejército francés, subió corriendo los escalones y se plantó a mi lado, en el umbral de la puerta. Tenía la ropa empapada de sangre por una herida en el pecho, parecía agotado y exhausto; pero su rostro pálido estaba tenso, y sus ojos ardían en aquel rostro demacrado. «No pasarán», dijo, con voz baja y apasionada que oí con toda claridad en medio del fragor de la tormenta. Entonces desperté. Rilla, tengo miedo: la primavera no va a traer la gran ofensiva que todos esperábamos; en cambio, va a traer algún golpe

terrible para Francia. Estoy segura. Los alemanes intentarán romper el frente por algún sitio.

—Pero él le dijo que no pasarían —repuso Rilla, seria. Ella nunca se reía de los sueños de Gertrude, como hacía el doctor.

—No sé si aquello era profecía o desesperación. Rilla, el horror de ese sueño todavía me tiene atenazada en un puño de hielo. Pronto necesitaremos todo nuestro valor.

El doctor Blythe *sí* se rio en la mesa del desayuno; pero nunca volvió a reírse de los sueños de la señorita Oliver, porque aquel día trajo la noticia de que se abría la ofensiva de Verdún, y a partir de entonces, durante todas las hermosas semanas de la primavera, la familia de Ingleside entera vivió en un trance de terror. Hubo días en que esperaron desesperados el desenlace, mientras, palmo a palmo, los alemanes se arrastraban cada vez más cerca de la temible barrera de la Francia desesperada.

Susan tenía sus quehaceres en la impecable cocina de Ingleside, pero su pensamiento estaba en las colinas de los alrededores de Verdún. «Mi querida señora doctora», asomaba la cabeza por la puerta de la señora Blythe lo último de cada noche para comentar, «espero que los franceses hayan aguantado hoy en el Bosque de los Cuervos», y se despertaba al alba preguntándose si la Colina del Hombre Muerto —sin duda bautizada así por algún profeta— seguía en manos de los «poyloos». Susan habría podido dibujar un mapa de la región de Verdún que habría satisfecho a un jefe de Estado Mayor.

—Si los alemanes toman Verdún, se quebrará el espíritu de Francia —dijo la señorita Oliver con amargura.

—Pero no van a tomarla —afirmó Susan con firmeza; aquel día no había podido probar bocado a la hora de comer, de puro miedo a que sucediera precisamente eso—. En primer lugar, usted soñó que no pasarían: soñó exactamente lo que dicen los franceses, antes incluso de que lo dijeran: «No pasarán». Le aseguro, mi querida señorita Oliver, que cuando lo leí en el periódico y recordé su sueño,

sentí un escalofrío de puro asombro por todo el cuerpo. Me pareció como en los tiempos bíblicos, cuando la gente soñaba cosas así con bastante frecuencia.

—Lo sé, lo sé —dijo Gertrude, paseando inquieta de un lado a otro—. Yo también me aferro con obstinación a la fe en mi sueño; pero cada vez que llegan malas noticias, me flaquea. Entonces me digo «pura coincidencia», «memoria subconsciente», y cosas así.

—No veo cómo una memoria puede recordar algo antes de que se haya dicho siquiera —insistió Susan—, aunque claro, *yo* no tengo estudios como usted y el doctor. Y preferiría *no* tenerlos, si eso hace que algo tan sencillo resulte tan difícil de creer. Pero, en cualquier caso, no hace falta que nos preocupemos por Verdún, aunque se lo lleven los hunos. Joffer dice que no tiene ninguna importancia militar.

—Ese viejo consuelo de pacotilla ya nos lo han servido demasiadas veces cuando ha habido reveses —replicó Gertrude—. Ha perdido su poder de encanto.

—¿Hubo alguna vez en el mundo una batalla como esta? —preguntó el señor Meredith, una noche de mediados de abril.

—Es una cosa tan titánica que no podemos ni concebirla —dijo el doctor—. ¿Qué eran los retazos de un puñado de héroes homéricos comparados con esto? Toda la guerra de Troya podría librarse alrededor de un solo fuerte de Verdún, y un corresponsal de periódico no le dedicaría más que una frase. No estoy en el secreto de los poderes ocultos —el doctor le dedicó una mirada pícara a Gertrude—, pero tengo la corazonada de que la suerte de toda la guerra pende de lo que pase en Verdún. Como dicen Susan y Joffre, no tiene verdadera importancia militar; pero tiene la inmensa importancia de una Idea. Si Alemania gana ahí, ganará la guerra. Si la pierde, la marea empezará a volverse en su contra.

—Alemania la perderá —dijo el señor Meredith con énfasis—. La *Idea* no se puede vencer. Francia es sin duda algo maravilloso. Me parece que en ella veo la forma blanca de la civilización plantando

cara, resuelta, a los poderes negros de la barbarie. Creo que el mundo entero lo comprende, y por eso todos esperamos el desenlace sin aliento. No se trata solo de que unos cuantos fuertes cambien de manos, o de unos kilómetros de tierra empapada de sangre que se pierden y se ganan.

—Me pregunto —dijo Gertrude, pensativa— si alguna gran bendición, lo bastante grande como para compensar el precio, será la recompensa de todo nuestro dolor. ¿Es la agonía en la que se estremece el mundo el dolor de parto de alguna era nueva y maravillosa? ¿O no es más que una vana

«lucha de hormigas
bajo el fulgor de un millón de millones de soles»?

Miramos con gran ligereza, señor Meredith, una calamidad que destruye un hormiguero y a la mitad de sus habitantes. ¿Cree el Poder que rige el universo que *nosotros* le importamos más de lo que a nosotros nos importan las hormigas?

—Olvida usted —dijo el señor Meredith, con un destello en sus ojos oscuros— que un Poder infinito ha de ser tan infinitamente pequeño como infinitamente grande. *Nosotros* no somos ni lo uno ni lo otro, así que hay cosas demasiado pequeñas, igual que demasiado grandes, para que las abarquemos. Para lo infinitamente pequeño, una hormiga tiene tanta importancia como un mastodonte. Estamos presenciando los dolores de parto de una nueva era; pero nacerá una vida débil y llorona, como todo lo demás.

No soy de los que esperan un cielo nuevo y una tierra nueva como resultado inmediato de esta guerra. No es así como actúa Dios. Pero Él obra, y bien que obra, señorita Oliver; y al final se cumplirá su propósito.

«Sano y ortodoxo, sano y ortodoxo», masculló Susan con aprobación desde la cocina. A Susan le gustaba ver de vez en cuando al pastor bajarle los humos a la señorita Oliver. Le tenía mucho cariño, pero pensaba que a la señorita Oliver le gustaba demasiado decir herejías a los pastores, y que no le venía mal algún

que otro recordatorio de que esos asuntos quedaban muy fuera de su competencia.

En mayo, Walter escribió a casa que le habían concedido la Medalla de Conducta Distinguida. No decía por qué, pero los demás chicos se encargaron de que el Glen se enterara de la valentía de lo que Walter había hecho. «En cualquier otra guerra que no fuera esta», escribió Jerry Meredith, «habría significado la Cruz Victoria. Pero no pueden repartir la Cruz Victoria tan a menudo como se hacen aquí actos de valor cada día».

«Debieron darle la Cruz Victoria», dijo Susan, muy indignada por ello. No sabía muy bien a quién echarle la culpa de que no se la hubieran dado, pero si era cosa del general Haig, empezó por primera vez a albergar serias dudas sobre si era digno de ser el comandante en jefe.

Rilla estaba fuera de sí de alegría. Había sido su querido Walter quien había hecho aquello: Walter, a quien alguien le había mandado una pluma blanca en Redmond; había sido Walter quien había vuelto corriendo desde la seguridad de la trinchera para arrastrar a un compañero herido que había caído en la tierra de nadie. ¡Ay, podía verle la cara hermosa y pálida y aquellos ojos maravillosos mientras lo hacía! ¡Qué cosa, ser la hermana de un héroe así! Y él ni siquiera había creído que mereciera la pena escribir sobre ello. Su carta estaba llena de otras cosas: pequeñas intimidades que los dos habían conocido y amado juntos en aquellos queridos días sin nubes de hacía un siglo.

Llevo días pensando en los narcisos del jardín de Ingleside, escribió. Para cuando te llegue esta carta ya habrán salido, meciéndose ahí bajo ese cielo rosado tan bonito. ¿De verdad siguen tan brillantes y dorados como siempre, Rilla? Me parece que deben de estar teñidos de rojo con sangre, como nuestras amapolas de aquí. Y cada susurro de la primavera caerá como una violeta en el Valle del Arco Iris.

Esta noche hay luna nueva: una cosa fina, plateada y hermosa, suspendida sobre estos pozos de tormento. ¿La verás tú también esta noche, sobre la arboleda de arces?

Te adjunto un pequeño trozo de verso, Rilla. Lo escribí una tarde en mi refugio de la trinchera, a la luz de un cabo de vela; o mejor dicho, me *vino* allí: no sentí que lo estuviera escribiendo yo, sino que algo pareció servirse de mí como de un instrumento. Ya he tenido esa sensación una o dos veces antes, pero muy rara vez, y nunca con tanta fuerza como esta vez. Por eso se lo mandé al *Spectator* de Londres. Lo publicaron, y hoy llegó el ejemplar. Espero que te guste. Es el único poema que he escrito desde que vine a ultramar.

El poema era una pieza breve y desgarradora. En un mes, había llevado el nombre de Walter a todos los rincones del globo. Se copió por todas partes: en los grandes diarios metropolitanos y en los semanarios de pueblo, en las críticas profundas y en las «columnas de anuncios personales», en las peticiones de la Cruz Roja y en la propaganda de reclutamiento del Gobierno. Madres y hermanas lloraban con él, los muchachos se estremecían al leerlo, y el gran corazón entero de la humanidad lo acogió como el compendio de todo el dolor, la esperanza, la piedad y el propósito de aquel conflicto descomunal, cristalizado en tres breves versos inmortales. Un muchacho canadiense en las trincheras de Flandes había escrito el gran poema de la guerra. «El Flautista», del soldado Walter Blythe, fue un clásico desde su primera publicación.

Rilla lo copió en su diario, al principio de una entrada en la que volcó la historia de la dura semana que acababa de pasar.

Ha sido una semana espantosa, escribí, y aunque ya ha pasado y sabemos que todo fue un error, eso no parece bastar para borrar los moratones que ha dejado. Y sin embargo, en cierto modo, ha sido también una semana maravillosa, y he tenido algunos atisbos de cosas que nunca había comprendido: de lo buena y valiente que puede llegar a ser la gente incluso en medio de un sufrimiento horrible. Estoy segura de que yo nunca podría ser tan espléndida como lo fue la señorita Oliver.

Justo hoy hace una semana, recibió una carta de la madre del señor Grant, en Charlottetown, que le decía que acababa de llegar un cable anunciando que el mayor Robert Grant había muerto en combate unos días antes.

¡Ay, pobre Gertrude! Al principio quedó destrozada. Pero, al cabo de solo un día, se recompuso y volvió a su escuela. No lloró —nunca la vi derramar una lágrima—, pero, ay, ¡su cara y sus ojos!

—Debo seguir con mi trabajo —dijo—. Es mi deber, por ahora.

Yo nunca habría podido llegar a tanta altura.

Nunca habló con amargura, salvo una vez, cuando Susan dijo algo sobre que por fin había llegado la primavera, y Gertrude dijo:

—¿De verdad puede llegar la primavera este año?

Entonces se rio, con una risa breve y espantosa, tal como una podría reírse en la mismísima cara de la muerte, creo, y dijo:

—Fíjate qué egoísmo el mío. Porque *yo*, Gertrude Oliver, he perdido a un amigo, resulta increíble que la primavera pueda llegar como siempre. La primavera no deja de llegar por las agonías de un millón de personas, pero ¿por la *mía*? Ay, ¿es que puede seguir adelante el universo?

—No te guardes rencor a ti misma, querida —dijo mamá con dulzura—. Es de lo más natural sentir que las cosas *no pueden* seguir igual cuando una gran desgracia nos ha cambiado el mundo. Todos nos sentimos así.

Entonces intervino aquella prima Sophia de Susan, tan horrible y vieja. Estaba allí sentada, haciendo punto y graznando como un viejo «cuervo agorero», como la llamaba Walter.

—Usted no está tan mal como otras, señorita Oliver —dijo—, y no debería tomárselo tan a pecho. Hay quien ha perdido a su marido, que es un golpe muy duro, y hay quien ha perdido a un hijo. Usted no ha perdido ni marido ni hijo.

—No —dijo Gertrude, aún con más amargura—. Es verdad que no he perdido a un marido: solo he perdido al hombre que habría sido mi marido. No he perdido a ningún hijo: solo a los hijos y las hijas que podrían haber nacido de mí, que ahora ya nunca nacerán.

«No es propio de una señorita hablar así», dijo la prima Sophia con tono escandalizado; y entonces Gertrude soltó una carcajada, tan desatada que la prima Sophia se asustó de veras. Y cuando la pobre Gertrude, atormentada, incapaz de aguantar más, salió corriendo de la habitación, la prima Sophia le preguntó a mamá si aquel golpe no le habría trastornado el juicio a la señorita Oliver.

—Yo sufrí la pérdida de dos maridos buenos y bondadosos —dijo—, y no me afectó de esa manera.

¡Ya lo creo que no! Aquellos pobres hombres debieron de agradecer la muerte.

Oí a Gertrude caminando de un lado a otro de su cuarto casi toda la noche. Caminaba así todas las noches. Pero nunca tanto como aquella noche. Y una vez la oí soltar un grito ahogado y espantoso, como si la hubieran apuñalado. Yo no podía dormir de tanto sufrir con ella; y no podía ayudarla. Pensé que la noche no terminaría nunca. Pero terminó; y entonces, como dice la Biblia, «a la mañana vino la alegría». Solo que no llegó exactamente por la mañana, sino bien entrada la tarde. Sonó el teléfono y contesté yo. Era la vieja señora Grant, que llamaba desde Charlottetown, y sus noticias eran que todo había sido un error: Robert no había muerto en absoluto; solo había recibido una herida leve en el brazo, y estaba a salvo en el hospital, fuera de peligro, al menos por el momento. Todavía no sabían cómo se había producido el error, pero suponían que debía de haber otro Robert Grant.

Colgué el teléfono y volé al Valle del Arco Iris. Estoy segura de que volé de verdad: no recuerdo que mis pies tocaran el suelo en ningún momento. Me encontré con Gertrude cuando volvía de la escuela, en el calvero de las píceas donde solíamos jugar, y le solté la noticia sin aliento. Debería haber tenido más sentido común, claro. ¡Una hija de

médico, haciendo semejante cosa! Pero estaba tan loca de alegría y emoción que no me paré a pensar. Gertrude simplemente se desplomó allí, entre los helechos jóvenes y dorados, como si le hubieran disparado. El susto que me dio debería hacerme sensata, al menos en ese sentido, para el resto de mi vida. Pensé que la había matado: recordé que su madre había muerto muy de repente, de un fallo del corazón, siendo todavía bastante joven. Me pareció que pasaban años antes de descubrir que el corazón de Gertrude seguía latiendo. ¡Menudo rato pasé! Nunca había visto desmayarse a nadie, y sabía que no había nadie en casa para ayudarme, porque todos los demás habían ido a la estación a recibir a Di y a Nan, que volvían de Redmond. Pero sabía, al menos en teoría, cómo había que tratar a alguien desmayado, y ahora lo sé también en la práctica. Por suerte el arroyo estaba a mano, y después de trabajar frenéticamente sobre ella durante un rato, Gertrude volvió en sí. No dijo ni una palabra sobre mi noticia, y yo no me atreví a mencionarla otra vez. La ayudé a caminar por la arboleda de arces y a subir hasta su cuarto, y entonces dijo: «Rob... está... vivo», como si le arrancaran las palabras a la fuerza, y se echó sobre la cama y lloró, y lloró, y lloró. Nunca había visto llorar así a nadie. Todas las lágrimas que *no* había derramado en toda aquella semana le llegaron entonces de golpe. Lloró casi toda la noche pasada, creo, pero esta mañana su cara tenía el aspecto de quien ha visto una especie de visión, y todos estábamos tan felices que casi nos daba miedo.

Di y Nan están en casa un par de semanas. Luego vuelven al trabajo de la Cruz Roja en el campo de instrucción de Kingsport. Las envidio. Papá dice que aquí hago un trabajo tan bueno como el suyo, con Jims y mi Cruz Roja Juvenil. Pero le falta el *romanticismo* que debe de tener el de ellas.

Kut ha caído. Cuando por fin *cayó*, casi fue un alivio: llevábamos tanto tiempo temiéndolo. Nos dejó hundidos del todo durante un día, y luego nos recompusimos y lo dejamos atrás. La prima Sophia estaba tan sombría como siempre, y vino a gemir que los británicos estaban perdiendo por todas partes.

—Se les da muy bien perder —dijo Susan con gravedad—. Cuando pierden algo, isiguen buscando hasta que lo encuentran otra vez! En fin, mi rey y mi patria me necesitan ahora para cortar patatas de siembra para el huerto de atrás, así que coge un cuchillo y ayúdame, Sophia Crawford. Te distraerá los pensamientos y te libraré de preocuparte por una campaña que no te corresponde a ti dirigir.

Susan es un tesoro, y la manera en que aplasta a la *pobre* prima Sophia es un espectáculo hermoso de contemplar.

En cuanto a Verdún, la batalla sigue y sigue, y vamos y venimos entre la esperanza y el miedo. Pero sé que aquel extraño sueño de la señorita Oliver predijo la victoria de Francia. «No pasarán».

CAPÍTULO 20. NORMAN DOUGLAS ALZA LA VOZ EN LA REUNIÓN

—¿Por dónde andas soñando, Ana mía? —preguntó el doctor, quien, incluso ahora, después de veinticuatro años de matrimonio, seguía llamando así a su mujer de vez en cuando, cuando no había nadie delante. Ana estaba sentada en los escalones del porche, con la mirada perdida en el maravilloso mundo nupcial de las flores de primavera. Más allá del huerto blanco había un bosquecillo de abetos jóvenes y oscuros y cerezos silvestres de un blanco cremoso, donde los petirrojos silbaban como locos; porque caía la tarde, y el fuego de las primeras estrellas ardía ya sobre la arboleda de arces.

Ana regresó de su ensueño con un pequeño suspiro.

—Solo buscaba en un sueño alivio a unas realidades intolerables, Gilbert: soñaba que todos nuestros hijos estaban otra vez en casa, y que todos volvían a ser pequeños y jugaban en el Valle del Arco Iris. Ahora siempre está tan silencioso; pero yo me imaginaba que oía voces claras y alegres sonidos de niños que subían hasta aquí, como antes. Podía oír el silbido de Jem, y el yodel de Walter, y la risa de las gemelas, y, durante unos pocos minutos benditos, me olvidé de los cañones del frente occidental y tuve un poco de felicidad falsa y dulce.

El doctor no respondió. A veces el trabajo lo engañaba y lograba que, por unos instantes, se olvidara del frente occidental, pero no era frecuente. Ahora había bastantes canas entre sus rizos, todavía espesos, que dos años atrás no estaban allí. Y sin embargo bajó la

vista y sonrió a aquellos ojos estrellados que tanto amaba: los ojos que en otro tiempo habían estado tan llenos de risa, y que ahora parecían siempre llenos de lágrimas sin derramar.

Susan pasó por allí con una azada en la mano y en la cabeza su segunda mejor capota.

—Acabo de leer en el *Enterprise* una noticia que contaba que una pareja se había casado en un aeroplano. ¿Cree usted que sería legal, mi querido doctor? —preguntó, inquieta.

—Creo que sí —dijo el doctor con gravedad.

—Bueno —dijo Susan, dubitativa—, a mí me parece que una boda es demasiado solemne para algo tan frívolo como un aeroplano. Pero ya nada es como antes. En fin, todavía falta media hora para la reunión de oración, así que voy a rodear la casa hasta el huerto para dedicarles a las malas hierbas un poquito de odio vespertino. Pero mientras las esté bombardeando, no dejaré de pensar en esta nueva preocupación del Trentino. No me gusta *nada* esta jugada de los austriacos, mi querida señora doctora.

—Ni a mí —dijo la señora Blythe, apesadumbrada—. Toda la mañana estuve haciendo conserva de ruibarbo con las manos, mientras esperaba las noticias de la guerra con el alma. Cuando llegaron, me encogí por dentro. Bueno, supongo que yo también tengo que ir a arreglarme para la reunión de oración.

Todo pueblo tiene su pequeña historia no escrita, transmitida de boca en boca a través de las generaciones, de sucesos trágicos, cómicos y dramáticos. Se cuentan en las bodas y en las fiestas, y se repiten junto al fuego en invierno. Y en esos anales orales de Glen St. Mary, el relato de la reunión de oración conjunta celebrada aquella noche en la iglesia metodista estaba destinado a ocupar un lugar imperecedero.

La reunión de oración conjunta fue idea del señor Arnold. El batallón del condado, que llevaba todo el invierno instruyéndose en Charlottetown, iba a partir en breve hacia ultramar. Los chicos del puerto de Four Winds que pertenecían a él, del Glen, del otro lado

del puerto, de Harbour Head y del Upper Glen, estaban todos en casa de permiso, el último antes de partir, y al señor Arnold le pareció, con bastante buen criterio, que sería oportuno celebrar una reunión de oración conjunta por ellos antes de que se fueran. Con la conformidad del señor Meredith, se anunció que la reunión se celebraría en la iglesia metodista. Las reuniones de oración del Glen no solían estar muy concurridas, pero aquella noche en particular la iglesia metodista estaba abarrotada. Estaba allí todo el que pudo ir. Hasta vino la señorita Cornelia, y era la primera vez en su vida que la señorita Cornelia ponía el pie dentro de una iglesia metodista. Hizo falta nada menos que un conflicto mundial para conseguirlo.

—Antes odiaba a los metodistas —dijo la señorita Cornelia con tranquilidad, cuando su marido expresó su sorpresa por que fuera—, pero ya no los odio. No tiene sentido odiar a los metodistas habiendo un káiser o un Hindenburg en el mundo.

Así que la señorita Cornelia fue. Norman Douglas y su mujer también fueron. Y Barbas-en-la-Luna avanzó pavoneándose por el pasillo hasta un banco de delante, como si fuera plenamente consciente de la distinción que le confería al edificio con su presencia. La gente se sorprendió un poco de verlo allí, ya que él solía evitar cualquier reunión relacionada de algún modo con la guerra. Pero el señor Meredith había dicho que esperaba que su junta estuviera bien representada, y el señor Pryor, por lo visto, se había tomado muy a pecho la petición. Llevaba su mejor traje negro y corbata blanca; sus rizos espesos y apretados, de un gris de hierro, iban cuidadosamente peinados, y su cara ancha, roja y redonda tenía, según pensó Susan con muy poca caridad, un aire más «santurrón» que nunca.

—En el momento en que vi entrar en la iglesia a ese hombre, con aquel aire, presentí que algo malo se estaba cociendo, mi querida señora doctora —dijo después—. Qué forma tomaría, no habría sabido decirlo, pero por su cara supe que no venía a nada bueno.

La reunión de oración empezó de manera convencional y continuó con tranquilidad. El señor Meredith habló primero, con su elocuencia

y su sentimiento habituales. Le siguió el señor Arnold con un discurso que hasta la señorita Cornelia tuvo que reconocer que era irreprochable, tanto en el gusto como en el contenido.

Y entonces el señor Arnold le pidió al señor Pryor que dirigiera la oración.

La señorita Cornelia siempre había asegurado que el señor Arnold no tenía mano izquierda. La señorita Cornelia no solía pecar de caritativa al juzgar a los pastores metodistas, pero en este caso no erró demasiado el tiro. El reverendo señor Arnold, desde luego, no tenía mucho de esa cualidad tan deseable e indefinible que se llama mano izquierda, o nunca le habría pedido a Barbas-en-la-Luna que dirigiera la oración en una reunión de oración por los muchachos de caqui. Creía estar devolviéndole la cortesía al señor Meredith, quien, al concluir *su* discurso, había pedido a un diácono metodista que la dirigiera.

Algunos esperaban que el señor Pryor se negara de mal humor, y eso ya habría dado bastante escándalo. Pero el señor Pryor se levantó de un brinco, muy diligente, dijo con untuosidad «Oremos» y acto seguido se puso a orar. Con voz sonora que llegaba a cada rincón del edificio abarrotado, el señor Pryor derramó un torrente de palabras fluidas, y llevaba ya buena parte de su oración cuando su auditorio, aturrido y horrorizado, cayó en la cuenta de que estaba escuchando un alegato pacifista de la peor especie. El señor Pryor tenía, al menos, el valor de sus convicciones; o quizá, como dijo la gente después, pensaba que estaba a salvo en una iglesia y que era una ocasión excelente para airear ciertas opiniones que no se habría atrevido a expresar en ningún otro sitio, por miedo a que la gente se le echara encima. Rogó por que cesara aquella guerra impía; por que a los ejércitos engañados a los que conducían al matadero en el frente occidental se les abrieran los ojos ante su iniquidad y se arrepintieran mientras aún era tiempo; por que los pobres jóvenes de caqui allí presentes, a quienes habían empujado a latigazos por la senda del asesinato y del militarismo, pudieran aún ser rescatados...

El señor Pryor había llegado hasta ahí sin obstáculo ni impedimento; y tan paralizados estaban sus oyentes, y tan arraigada tenían la convicción, mamada desde la cuna, de que jamás debía armarse un alboroto en una iglesia, fuera cual fuese la provocación, que parecía muy probable que fuera a continuar sin que nadie lo detuviera hasta el final. Pero, al menos, un hombre entre el público no estaba coartado por ninguna reverencia, heredada o adquirida, hacia el recinto sagrado. Norman Douglas era, como Susan había declarado a menudo sin rodeos, ni más ni menos que un «pagano». Pero era un pagano de un patriotismo desaforado, y cuando por fin comprendió del todo lo que estaba diciendo el señor Pryor, Norman Douglas se transformó de golpe en un vikingo enloquecido. Con un auténtico rugido, se puso en pie de un salto en su banco lateral, encarando al público, y gritó con voz de trueno:

—¡Basta... *basta*... BASTA ya de esa oración abominable! ¡*Qué* oración más abominable!

Todas las cabezas de la iglesia se alzaron de golpe. Un muchacho de caqui, al fondo, dejó escapar un vítor tenue. El señor Meredith alzó una mano en señal de reproche, pero a Norman ya no le importaba nada de eso. Esquivando la mano de su mujer, que intentaba retenerlo, salvó de un brinco desaforado el antepecho de su banco y agarró al infortunado Barbas-en-la-Luna por el cuello de la chaqueta. El señor Pryor no se había «parado» cuando se lo ordenaron, pero se paró ahora, por la fuerza, porque Norman, con su larga barba roja literalmente erizada de furia, lo estaba zarandeando hasta hacerle crujir los huesos, y puntuando cada sacudida con un truculento surtido de epítetos injuriosos.

—¡So bestia bocazas! —zarandeo— So carroña maligna —zarandeo— ¡So alimaña cabezota! —zarandeo— so perrillo podrido —zarandeo— so parásito pestilente —zarandeo— so... escoria huna —zarandeo— so reptil indecente, so... so...

Norman se atragantó por un instante. Todo el mundo creyó que lo próximo que iba a decir, hubiera iglesia de por medio o no, sería algo que habría que escribir con asteriscos; pero en ese momento

Norman se cruzó con la mirada de su mujer, y se replegó con estrépito sobre las Sagradas Escrituras. —¡Sepulcro blanqueado! —bramó, con una última sacudida, y apartó de sí a Barbas-en-la-Luna con tal vigor que impulsó a aquel desdichado pacifista hasta el mismísimo borde de la puerta de entrada del coro. La cara del señor Pryor, antes tan rubicunda, estaba cenicienta. Pero se revolvió, acorralado. —Le llevaré a los tribunales por esto —jadeó.

—Hazlo, hazlo —rugió Norman, lanzándose de nuevo hacia delante. Pero el señor Pryor ya no estaba. No tenía ningún deseo de caer por segunda vez en las manos de un militarista vengador. Norman se volvió hacia la tarima para saborear un momento de triunfo impenitente.

—No pongáis esa cara de pasmados, pastores —tronó—. *Vosotros* no podíais hacerlo, que nadie se lo esperaba de la sotana; pero alguien tenía que hacerlo. Sabéis de sobra que os alegráis de que lo haya echado a patadas: no se le podía dejar seguir farfullando, gorgoriteando y berreando sedición y traición. Sedición y traición: alguien tenía que ocuparse de eso. Yo nací para esta hora: por fin he tenido mi turno en la iglesia. ¡Ya puedo quedarme quieto otros sesenta años! Seguid con vuestra reunión, pastores. Calculo yo que no os van a molestar más oraciones pacifistas.

Pero el espíritu de devoción y recogimiento se había esfumado. Ambos pastores se dieron cuenta, y comprendieron que lo único que cabía hacer era cerrar la reunión con calma y dejar que se fuera aquella gente alterada. El señor Meredith dirigió unas palabras sentidas a los muchachos de caqui —lo cual probablemente salvó las ventanas del señor Pryor de un segundo asalto—, y el señor Arnold pronunció una bendición incongruente; al menos, a él se lo pareció, porque no lograba desterrar de su memoria, así de pronto, la estampa del gigantesco Norman Douglas zarandeando al pequeño Barbas-en-la-Luna, gordo y pomposo, como un enorme mastín zarandearía a un cachorro crecido. Y sabía que la misma imagen estaba en la mente de todos. En conjunto, la reunión de oración conjunta difícilmente podría llamarse un éxito rotundo. Pero se

recordó en Glen St. Mary cuando decenas de reuniones ortodoxas y tranquilas ya habían caído en el más completo olvido.

—Nunca más, no, nunca más, mi querida señora doctora, me oirá usted llamar pagano a Norman Douglas —dijo Susan al llegar a casa—. Si Ellen Douglas no está orgullosa esta noche, debería estarlo.

—Norman Douglas hizo algo absolutamente indefendible —dijo el doctor—. A Pryor había que haberlo dejado completamente en paz hasta que terminara la reunión. Y luego, más adelante, ya se encargarían de él su propio pastor y su junta. Ese habría sido el procedimiento correcto. La actuación de Norman fue de lo más impropia, escandalosa y desmedida; pero, caramba —el doctor echó la cabeza hacia atrás y se rio entre dientes—, caramba, Ana mía, ha sido toda una *satisfacción*.

CAPÍTULO 21. «LOS AMORÍOS SON HORRIBLES»

Ingleside,

20 de junio de 1916.

Hemos estado tan ocupados, y cada día ha traído noticias tan emocionantes, buenas y malas, que llevo semanas sin tiempo ni sosiego para escribir en mi diario. Me gusta llevarlo al día con regularidad, porque papá dice que un diario de los años de la guerra debería ser algo muy interesante para dejárselo a los hijos de una. El problema es que me gusta escribir en este bendito librote algunas cosas personales que quizá no sean exactamente lo que querría que leyeran mis hijos. ¡Tengo la sensación de que seré mucho más rigurosa con el decoro en lo que a ellos respecta que conmigo misma!

La primera semana de junio fue otra semana terrible. Los austriacos parecían a punto de arrasar Italia; y entonces llegaron las primeras noticias espantosas de la batalla de Jutlandia, que los alemanes proclamaron como una gran victoria. Jamás olvidaré aquel día. Nos dimos por completamente vencidas. Si la marina británica nos había fallado, ¿en qué podíamos confiar ya? «Siento como si hubiera recibido un golpe brutal en la cara de manos de un amigo de confianza», dijo la señorita Oliver, y creo que todas sentimos exactamente lo mismo. Susan fue la única que siguió adelante. «No hace falta que me venga *a mí* con que el káiser ha derrotado a la Armada británica», dijo con un resoplido de desdén. «Todo eso es

una mentira alemana, y a eso puede usted atenerse». Y cuando, un par de días después, descubrimos que tenía razón y que había sido una victoria británica en vez de una derrota británica, tuvimos que aguantar una buena cantidad de «ya lo había dicho yo», pero los soportamos de buen grado.

Hizo falta la muerte de Kitchener para acabar con Susan. Por primera vez la vi hundida del todo. Todas sentimos el golpe, pero Susan tocó fondo en la desesperación. La noticia llegó de noche por teléfono, pero Susan no quiso creerla hasta que vio el titular del *Enterprise* al día siguiente. No lloró, ni se desmayó, ni le dio un ataque de nervios; pero se le olvidó echarle sal a la sopa, y eso es algo que Susan jamás había hecho, que yo recuerde. Mamá, la señorita Oliver y yo lloramos, pero Susan nos miró con sarcasmo pétreo y dijo:

—El káiser y sus seis hijos están vivos y coleando. De modo que el mundo no ha quedado del todo desolado. ¿Por qué llorar, mi querida señora doctora? —Susan permaneció en ese estado pétreo y desesperanzado durante veinticuatro horas, y entonces apareció la prima Sophia y empezó a compadecerla.

—Esto son noticias terribles, ¿no es cierto, Susan? Bien podemos ir preparándonos para lo peor, porque tiene que llegar. Dijiste una vez, y bien recuerdo las palabras, Susan Baker, que tenías plena confianza en Dios y en Kitchener. Bueno, Susan Baker, ahora solo queda Dios.

Ante lo cual la prima Sophia se llevó el pañuelo a los ojos con gesto patético, como si el mundo estuviera de verdad en un aprieto terrible.

En cuanto a Susan, la prima Sophia fue su salvación. Volvió a la vida de golpe.

—¡Sophia Crawford, guarda silencio! —dijo con severidad—. Puede que seas idiota, pero no hace falta que seas una idiota irreverente. No es más que decoroso llorar y lamentarse porque el Todopoderoso es ahora el único sostén de los Aliados. En cuanto a Kitchener, su

muerte es una gran pérdida y no lo discuto. Pero el desenlace de esta guerra no depende de la vida de un solo hombre, y ahora que los rusos vuelven a avanzar, pronto verás un cambio a mejor.

Susan dijo esto con tal energía que se convenció a sí misma y se animó de inmediato. Pero la prima Sophia negó con la cabeza.

—La mujer de Albert quiere ponerle al niño el nombre de Brusílov —dijo—, pero yo le dije que esperara a ver qué es de él primero. Esos rusos tienen la costumbre de quedarse en agua de borrajas.

Sin embargo, los rusos lo están haciendo espléndidamente, y han salvado a Italia. Pero, aunque lleguen a diario las noticias de su avance arrollador, ya no nos apetece izar la bandera como solíamos hacer. Como dice Gertrude, Verdún ha dado muerte a todo júbilo. Todas nos sentiríamos más inclinadas a alegrarnos si las victorias fueran en el frente occidental. «¿*Cuándo* atacarán los británicos?», suspiró Gertrude esta mañana. «Hemos esperado tanto, tanto tiempo».

Nuestro mayor acontecimiento local de las últimas semanas fue la marcha que hizo el batallón del condado por todo el condado antes de partir hacia ultramar. Marcharon desde Charlottetown hasta Lowbridge, después rodearon Harbour Head y cruzaron Upper Glen, y así bajaron hasta la estación de St. Mary. Todo el mundo salió a verlos, salvo la vieja tía Fannie Clow, que está postrada en cama, y el señor Pryor, a quien no se le había visto salir ni siquiera a la iglesia desde la noche de la reunión de oración conjunta de la semana anterior.

Fue maravilloso y desgarrador ver pasar aquel batallón. Había hombres jóvenes y hombres de mediana edad. Estaba Laurie MacAllister, del otro lado del puerto, que solo tiene dieciséis años pero juró que tenía dieciocho para poder alistarse; y estaba Angus Mackenzie, de Upper Glen, que tiene sus buenos cincuenta y cinco años y juró que tenía cuarenta y cuatro. Había dos veteranos sudafricanos de Lowbridge, y los tres trillizos Baxter, de dieciocho años, de Harbour Head. Todo el mundo los vitoreó a su paso, y

vitorearon a Foster Booth, que tiene cuarenta años, caminando junto a su hijo Charley, que tiene veinte. La madre de Charley murió al darlo a luz, y cuando Charley se alistó, Foster dijo que nunca había dejado que Charley fuera a ningún sitio adonde él mismo no se atreviera a ir, y no pensaba empezar ahora con las trincheras de Flandes. En la estación, el perro Monday estuvo a punto de volverse loco. Corría de un lado a otro, enviando recados a Jem por medio de todos ellos. El señor Meredith leyó un discurso y Reta Crawford recitó «El Flautista». Los soldados la vitorearon como locos y gritaron: «Seguiremos, seguiremos, no faltaremos a la fe», y me sentí tan orgullosa de pensar que había sido mi querido hermano quien había escrito algo tan maravilloso y conmovedor. Y entonces miré aquellas filas de caqui y me pregunté si aquellos jóvenes altos de uniforme *podían* ser los mismos chicos con los que había reído, jugado, bailado y a los que había tomado el pelo toda mi vida. Algo parece haberlos tocado y haberlos apartado del resto. Han oído la llamada del Flautista.

Fred Arnold iba en el batallón, y sentí muchísimo por él, porque comprendí que era por mi culpa por lo que se marchaba con una expresión tan apesadumbrada. Yo no tenía la culpa, pero me sentía tan mal como si la tuviera.

La última tarde de su permiso, Fred vino a Ingleside y me dijo que me quería, y me preguntó si le prometería casarme con él algún día, si es que volvía. Hablaba con una seriedad desesperada, y me sentí más desdichada de lo que me había sentido en toda mi vida. No *podía* prometerle tal cosa —vaya, aunque no hubiera ningún Ken de por medio, Fred no me gusta de esa manera y nunca podría gustarme— pero me parecía tan cruel y despiadado mandarlo al frente sin ninguna esperanza ni consuelo. Lloré como una criatura; y sin embargo, ay, me temo que debe de haber en mí algo incurablemente frívolo, porque, en pleno fragor, mientras yo lloraba y Fred parecía tan desesperado y trágico, se me metió en la cabeza el pensamiento de que sería insoportable ver aquella nariz enfrente de mí en la mesa del desayuno todas las mañanas de mi vida. Ahí va, esa es una de las anotaciones que no querría que mis

descendientes leyera en este diario. Pero es la humillante verdad; y quizá fue una suerte que se me ocurriera ese pensamiento, o podría haberme dejado engañar por la lástima y el remordimiento hasta darle alguna promesa precipitada. Si la nariz de Fred hubiera sido tan bien parecida como sus ojos y su boca, podría haber pasado algo así. Y *entonces*, ¡en qué aprieto tan inconcebible me habría visto metida!

Cuando el pobre Fred se convenció de que yo no podía prometérselo, se portó de maravilla, aunque *eso* lo empeoró todo. Si se *hubiera* puesto desagradable no me habría sentido tan destrozada ni tan arrepentida —aunque no sé por qué debería sentirme arrepentida, pues *jamás* animé a Fred a creer que me importaba lo más mínimo—. Pero arrepentida me sentí, y me siento. Si Fred Arnold no vuelve nunca de ultramar, esto me perseguirá toda la vida.

Entonces Fred dijo que, si no podía llevarse mi amor consigo a las trincheras, al menos quería sentir que tenía mi amistad, y me preguntó si querría darle un beso de despedida antes de irse... quizá para siempre.

No sé cómo pude llegar a imaginar que los amoríos eran cosas deliciosas e interesantes. Son *horribles*. Ni siquiera pude darle al pobre Fred, con el corazón roto, un besito, por culpa de mi promesa a Ken. Me pareció *brutal*. Tuve que decirle a Fred que, por supuesto, tendría mi amistad, pero que no podía besarle porque le había prometido a otra persona que no lo haría.

—¿Es... es Ken Ford? —dijo él.

Asentí. Me pareció horrible tener que contarlo: era un secreto tan sagrado, solo entre Ken y yo.

Cuando Fred se fue, subí aquí, a mi cuarto, y lloré tanto y tan amargamente que mamá subió e insistió en saber qué me pasaba. Se lo conté. Escuchó mi relato con una expresión que decía claramente: «¿Será posible que alguien haya querido casarse con esta criatura?». Pero fue tan buena, tan comprensiva y tan compasiva, ay, tan *de la raza que conoce a José*, que me sentí

reconfortada de un modo indescriptible. Las madres son lo más entrañable que hay.

—Pero, ay, mamá —sollocé—, quería que le diera un beso de despedida, y no pude, y eso me dolió más que todo lo demás.

—Bueno, ¿por qué no lo besaste? —preguntó mamá con frialdad—. Dadas las circunstancias, creo que podrías haberlo hecho.

—Pero no pude, mamá: le prometí a Ken, cuando se fue, que no besaría a *nadie* más hasta que volviera.

Aquello fue otra bomba para la pobre mamá. Exclamó, con un extraño temblor en la voz:

—Rilla, ¿estás prometida con Kenneth Ford?

—No... lo... sé —sollocé.

—¿Que no... lo... sabes? —repitió mamá.

Entonces tuve que contarle *a ella* también toda la historia; y cada vez que la cuento me parece más y más absurdo imaginar que Ken hablaba en serio. Cuando terminé, me sentía idiota y avergonzada.

Mamá se quedó un rato en silencio. Luego se acercó, se sentó a mi lado y me abrazó.

—No llores, mi querida Rilla-mi-Rilla. No tienes nada que reprocharte en cuanto a Fred; y si el hijo de Leslie West te pidió que le guardaras los labios, creo que puedes considerarte prometida con él. Pero, ay, mi niña, mi última niña, te he perdido... la guerra te ha hecho mujer demasiado pronto.

Nunca seré tan mujer como para no encontrar consuelo en los abrazos de mamá. Sin embargo, cuando vi a Fred pasar en el desfile dos días después, el corazón me dolió de un modo insoportable.

¡Pero me alegro de que mamá crea que estoy realmente prometida con Ken!

CAPÍTULO 22. EL PERRITO MONDAY LO SABE

—Esta noche hace dos años del baile del faro, cuando Jack Elliott nos trajo la noticia de la guerra. ¿Se acuerda usted, señorita Oliver?

La prima Sophia respondió en lugar de la señorita Oliver.

—Ay, sí, Rilla, recuerdo aquella noche demasiado bien, y a ti bajando aquí dando saltitos para lucir tu ropa de fiesta. ¿No te avisé yo de que no podíamos saber lo que nos esperaba? Poco te imaginabas aquella noche lo que te esperaba *a ti*.

—Poco nos lo imaginábamos ninguna de nosotras —dijo Susan con aspereza—, no estando dotadas del don de la profecía. *No* hace falta mucha clarividencia, Sophia Crawford, para decirle a una que tendrá algún disgusto antes de que se le acabe la vida. Eso podría hacerlo yo misma.

—Todas pensábamos entonces que la guerra acabaría en unos meses —dijo Rilla con nostalgia—. Cuando miro atrás, me parece tan absurdo que llegáramos a suponerlo.

—Y ahora, dos años después, no estamos más cerca del final que entonces —dijo la señorita Oliver con tristeza.

Susan hizo repiquetear sus agujas de hacer punto con brío.

—Vamos, señorita Oliver, querida, usted sabe que eso no es un comentario razonable. Usted sabe que estamos dos años más cerca del final, sea cuando sea que esté decretado que llegue.

—Albert ha leído hoy en un periódico de Montreal que un experto en la guerra opina que durará cinco años más —fue la alegre contribución de la prima Sophia.

—No puede ser —exclamó Rilla; luego añadió con un suspiro—: Hace dos años habríamos dicho: «No puede durar dos años». ¡Pero cinco años más de *esto*!

—Si Rumanía entra en la guerra, cosa que ahora tengo grandes esperanzas de que ocurra, verás el final en cinco meses en lugar de cinco años —dijo Susan.

—Yo no tengo ninguna fe en los extranjeros —suspiró la prima Sophia.

—Los franceses son extranjeros —replicó Susan—, y mira Verdún. Uno de tus preciosos expertos en la guerra dice que «ya no cabe la menor duda de que Verdún está a salvo». Ni la menor duda, Sophia Crawford. Y piensa en todas las victorias del Somme este bendito verano. La gran ofensiva está en marcha y los rusos siguen yendo bien. Si hasta el general Haig dice que los oficiales alemanes que ha capturado admiten que han perdido la guerra.

—No se puede creer ni una palabra de lo que dicen los alemanes —protestó la prima Sophia—. No tiene ningún sentido creerse una cosa solo porque a una le *gustaría* creérsela, Susan Baker. Los británicos han perdido millones de hombres en el Somme, ¿y hasta dónde han llegado? Mira los hechos de frente, Susan Baker, mira los hechos de frente.

—Los están desgastando, y mientras eso ocurra da igual que sea unos kilómetros al este o al oeste. No soy —admitió Susan con tremenda humildad—, no soy una experta militar, Sophia Crawford, pero hasta yo puedo ver eso, y tú también podrías si no estuvieras empeñada en verlo todo negro. Los hunos no tienen toda la astucia del mundo. ¿No has oído la historia de Roderick, el hijo de Alistair MacCallum, de Upper Glen? Es prisionero en Alemania, y su madre recibió una carta suya la semana pasada. Escribió que lo trataban con mucha amabilidad y que todos los prisioneros tenían comida de

sobra y demás, hasta el punto de que una habría pensado que todo era maravilloso. Pero cuando firmó con su nombre, justo entre Roderick y MacCallum, puso dos palabras en gaélico que significaban «todo mentiras», y el censor alemán no entendía el gaélico y pensó que formaban parte del nombre de Roddy. Así que lo dejó pasar, sin sospechar siquiera cómo lo habían engañado. Bueno, voy a dejarle la guerra a Haig por el resto del día y a hacer un glaseado para mi tarta de chocolate. Y cuando esté hecho lo pondré en el estante de arriba. La última vez que hice uno lo dejé en el estante de abajo, y el pequeño Kitchener se coló y arañó todo el glaseado y se lo comió. Aquella noche teníamos visita para el té, y cuando fui a buscar la tarta, ¡vaya panorama que me encontré!

—¿Todavía no se ha sabido nada del padre de ese pobre huérfano? —preguntó la prima Sophia.

—Sí, recibí una carta suya en julio —dijo Rilla—. Decía que, en cuanto se enteró de la muerte de su esposa y de que yo me había quedado con el bebé (se lo escribió el señor Meredith, ¿sabe?), escribió enseguida, pero como nunca obtuvo respuesta, había empezado a pensar que su carta se habría perdido.

—Le ha costado dos años empezar a pensarlo —dijo Susan con desdén—. Hay gente que piensa muy despacio. Jim Anderson no tiene ni un rasguño, después de dos años en las trincheras. Más vale ser tonto y tener suerte, como dice el viejo refrán.

—Escribió muy bonito sobre Jims y dijo que le gustaría verlo —dijo Rilla—. Así que le escribí y le conté todo sobre el hombrecito, y le mandé fotos. Jims cumple dos años la semana que viene y es un encanto.

—Tú antes no eras muy aficionada a los bebés —dijo la prima Sophia.

—No me gustan ni pizca más los bebés en abstracto de lo que me gustaban antes —dijo Rilla con franqueza—. Pero quiero mucho a Jims, y me temo que no me alegré ni la mitad de lo que debería cuando la carta de Jim Anderson demostró que estaba sano y salvo.

—¡No estarías esperando que mataran a ese hombre! —exclamó la prima Sophia con voz horrorizada.

—¡No... no... no! Solo esperaba que siguiera olvidándose de Jims, señora Crawford.

—Y entonces tu papá tendría que cargar con el gasto de criarlo —dijo la prima Sophia en tono de reproche—. Vosotros, los jóvenes, sois terriblemente irreflexivos.

En ese momento entró corriendo el propio Jims, tan sonrosado, rizado y besable, que arrancó un cumplido con reservas hasta de la prima Sophia.

—Ahora es un niño de verdad saludable, aunque quizá tiene el color un poco subido, como si dijéramos, con pinta de tísico. Nunca pensé que lo sacarías adelante cuando lo vi el día después de que lo trajeras a casa. La verdad es que no creía que lo llevaras dentro, y así se lo dije a la mujer de Albert cuando llegué a casa. La mujer de Albert dice, dice ella: «En Rilla Blythe hay más de lo que una pensaría, tía Sophia». Esas fueron sus palabras exactas. «Más de lo que una pensaría, en Rilla Blythe». La mujer de Albert siempre tuvo buena opinión de ti.

La prima Sophia suspiró, como dando a entender que la mujer de Albert estaba sola en esto contra el mundo entero. Pero en realidad la prima Sophia no quería decir tal cosa. Le tenía bastante cariño a Rilla, a su manera melancólica; pero había que tener a raya a los jóvenes. Si no se los tenía a raya, la sociedad se echaría a perder.

—¿Te acuerdas de tu paseo de vuelta a casa desde el faro, hace dos años esta misma noche? —le susurró Gertrude Oliver a Rilla, en tono de broma.

—Ya lo creo que me acuerdo —sonrió Rilla; y entonces su sonrisa se volvió soñadora y ausente: estaba recordando otra cosa, aquella hora con Kenneth en la playa. *¿Dónde estaría Ken esta noche?* Y Jem, y Jerry, y Walter, y todos los demás chicos que habían bailado y paseado a la luz de la luna en el viejo Four Winds Point aquella noche de alegría y risas: su última velada dichosa y sin nubes. En las

inmundas trincheras del frente del Somme, con el fragor de los cañones y los gemidos de los hombres heridos en lugar de la música del violín de Ned Burr, y el fogonazo de las bengalas en lugar de los destellos plateados sobre el viejo golfo azul. Dos de ellos dormían bajo las amapolas de Flandes: Alec Burr, de Upper Glen, y Clark Manley, de Lowbridge. Otros estaban heridos en los hospitales. Pero, de momento, nada había tocado a los chicos de la casa parroquial ni a los de Ingleside. Parecían llevar vidas encantadas. Y, sin embargo, la incertidumbre nunca se hacía más fácil de soportar a medida que pasaban las semanas y los meses de guerra.

—No es como si fuera una especie de fiebre de la que se pudiera concluir que son inmunes por no haberla cogido en dos años —suspiró Rilla—. El peligro es tan grande y tan real como lo era el primer día que entraron en las trincheras. Lo sé, y me atormenta todos los días. Y sin embargo, no *puedo* evitar la esperanza de que, ya que han llegado hasta aquí sin un rasguño, saldrán adelante. Ay, señorita Oliver, ¿cómo sería *no* despertarse por la mañana con miedo de las noticias que traería el día? No consigo ni imaginarme algo así. Y hace dos años, esta misma mañana, me desperté preguntándome qué regalo delicioso me traería el nuevo día. Estos son los dos años que yo creía que estarían llenos de diversión.

—¿Los cambiarías —ahora— por dos años llenos de diversión?

—No —dijo Rilla despacio—, no los cambiaría. Es extraño, ¿verdad?, han sido dos años terribles, y sin embargo siento una rara gratitud hacia ellos, como si me hubieran traído algo muy precioso, con todo su dolor. No *querría* volver atrás y ser la chica que era hace dos años, ni aunque pudiera. No es que crea haber hecho ningún progreso maravilloso, pero ya *no* soy del todo la muñequita egoísta y frívola que era entonces. Supongo que ya tenía alma entonces, señorita Oliver, pero no lo sabía. Ahora lo sé, y eso vale mucho: vale todo el sufrimiento de estos dos últimos años. Y aun así —Rilla soltó una risita como disculpándose—, no *quiero* sufrir más, ni siquiera por el bien de crecer más el alma. Al cabo de otros dos años, quizá

mirara atrás y también agradeciera el desarrollo que me hubieran traído; pero ahora no lo quiero.

—Nunca lo queremos —dijo la señorita Oliver—. Por eso, supongo, no se nos deja escoger nuestros propios medios ni la medida de nuestro desarrollo. Por mucho que valoremos lo que nos han traído nuestras lecciones, no queremos seguir con la amarga escuela. Bueno, esperemos lo mejor, como dice Susan; las cosas van realmente bien ahora, y si Rumanía se suma, el final podría llegar con una rapidez que nos sorprendería a todas.

Rumanía sí entró en la guerra, y Susan comentó con aprobación que su rey y su reina eran la pareja real de mejor porte que había visto en fotografía. Así pasó el verano. A principios de septiembre llegó la noticia de que habían trasladado a los canadienses al frente del Somme, y la ansiedad se hizo más tensa y más honda. Por primera vez el ánimo de la señora Blythe flaqueó un poco, y a medida que pasaban los días de angustia, el doctor empezó a mirarla con gravedad, y a vetar tal o cual esfuerzo especial en el trabajo de la Cruz Roja.

—Ay, déjame trabajar..., déjame trabajar, Gilbert —suplicó ella con fiebre en la voz—. Mientras trabajo no *pienso* tanto. Si estoy ociosa me lo imagino todo: el descanso es solo tortura para mí. Mis dos hijos están en el espantoso frente del Somme, y Shirley se pasa el día y la noche enfrascado en libros de aviación y no *dice* nada. Pero veo cómo le va creciendo el propósito en los ojos. No, no puedo descansar..., no me lo pidas, Gilbert.

Pero el doctor se mostró inflexible.

—No puedo dejar que te mates, Ana mía —dijo él—. Cuando los chicos vuelvan, quiero que haya aquí una madre para recibirlos. Si hasta te estás quedando transparente. Esto no puede seguir así: pregúntale a Susan si puede seguir así.

—¡Ay, si Susan y tú os habéis aliado contra mí! —dijo Ana con impotencia.

Un día llegó la gloriosa noticia de que los canadienses habían tomado Courcellette y Martinpuich, con muchos prisioneros y cañones. Susan izó la bandera y dijo que saltaba a la vista que Haig sabía qué soldados escoger para un trabajo duro. Los demás no se atrevían a sentir júbilo. ¿Quién sabía qué precio se había pagado?

Rilla se despertó aquella mañana cuando empezaba a clarear el alba, y fue hasta la ventana a mirar afuera, con los párpados pesados de sueño, gruesos y del color de la nata. Justo al amanecer, el mundo tiene un aspecto que no tiene en ningún otro momento. El aire estaba frío de rocío, y el huerto, la arboleda y el Valle del Arco Iris estaban llenos de misterio y de maravilla. Sobre la colina del este había abismos dorados y sombras de un rosa plateado. No corría viento, y Rilla oyó con claridad a un perro aullando con tristeza, hacia el lado de la estación. ¿Sería el perro Monday? Y de ser así, ¿por qué aullaba de aquella manera? Rilla se estremeció; aquel sonido tenía algo de aciago y de doloroso. Recordó que la señorita Oliver había dicho una vez, cuando volvían a casa en la oscuridad y oyeron aullar a un perro: «Cuando un perro llora así, es que pasa el Ángel de la Muerte». Rilla escuchó con el corazón helado de miedo. *Era* el perro Monday, estaba segura. ¿A quién le cantaba aquel réquiem?, ¿a qué espíritu le enviaba aquel angustiado saludo de despedida?

Rilla volvió a la cama, pero no pudo dormir. Todo el día estuvo vigilando y esperando, presa de un temor del que no habló con nadie. Bajó a ver al perro Monday, y el jefe de estación le dijo:

—Ese perro suyo estuvo aullando desde medianoche hasta el amanecer, de un modo rarísimo. No sé qué le dio. Tuvo despierta a mi mujer, y yo me levanté una vez y salí a gritarle, pero no me hizo ni caso. Estaba allí solo, sentado a la luz de la luna, al final del andén, y cada pocos minutos el pobre y solitario bicho levantaba el hocico y aullaba como si se le rompiera el corazón. Nunca lo había hecho antes: siempre dormía en su caseta bien tranquilo y calladito de tren a tren. Pero anoche desde luego tenía algo en la cabeza.

El perro Monday estaba tumbado en su caseta. Meneó la cola y le lamió la mano a Rilla. Pero no quiso tocar la comida que ella le había llevado.

—Me temo que está enfermo —dijo ella, angustiada. Le daba muchísima pena irse y dejarlo allí. Pero no llegaron malas noticias aquel día..., ni al siguiente..., ni al otro. El miedo de Rilla se disipó. El perro Monday dejó de aullar y volvió a su rutina de recibir los trenes y vigilar. Cuando pasaron cinco días, en Ingleside empezaron a sentir que podían volver a estar alegres. Rilla iba y venía por la cocina ayudando a Susan con el desayuno, cantando tan dulce y claramente que la prima Sophia, al otro lado del camino, la oyó y le graznó a la señora Albert:

—Siempre he oído decir eso de «quien canta antes de comer, llora antes de dormir».

Pero Rilla Blythe no derramó ni una lágrima antes de que cayera la noche. Cuando su padre, con el rostro gris, demacrado y envejecido, fue a buscarla aquella tarde y le dijo que Walter había muerto en combate en Courcelette, ella se desplomó, hecha un lastimoso ovillo, en la piadosa inconsciencia de sus brazos. Y no despertó a su dolor hasta muchas horas después.

CAPÍTULO 23. «Y AHORA, BUENAS NOCHES»

La feroz llama de la angustia se había consumido, y el polvo gris de sus cenizas cubría el mundo entero. Por ser más joven, Rilla se recuperó físicamente antes que su madre. Durante semanas, la señora Blythe guardó cama, enferma de dolor y por la conmoción. Rilla descubrió que era posible seguir viviendo, puesto que la vida seguía reclamando lo suyo. Había trabajo que hacer, porque Susan no podía con todo. Por el bien de su madre tuvo que vestirse de calma y entereza durante el día; pero noche tras noche se quedaba en la cama, llorando las lágrimas amargas y rebeldes de la juventud, hasta que al fin se le agotó el llanto y en su lugar quedó el pequeño dolor paciente que había de acompañarla en el corazón hasta el día de su muerte.

Rilla se aferró a la señorita Oliver, que sabía qué decir y qué callar. Muy pocos lo sabían. Las visitas amables y bienintencionadas que iban a consolarla le hicieron pasar a Rilla algunos momentos terribles.

—Ya se te pasará con el tiempo —dijo la señora William Reese con toda jovialidad. La señora Reese tenía tres hijos robustos, y ninguno de ellos había ido al frente.

—Es una verdadera bendición que se llevaran a Walter y no a Jem —dijo la señorita Sarah Clow—. Walter era miembro de la iglesia, y Jem no. Le he dicho al señor Meredith más de una vez que debería haber hablado seriamente con Jem de eso antes de que se fuera.

—Pobre, pobre Walter —suspiró la señora Reese.

—No venga usted aquí a llamarlo «pobre Walter» —dijo Susan, indignada, apareciendo en la puerta de la cocina, para gran alivio de Rilla, que sentía que ya no podía soportar nada más en ese momento—. Él *no* era pobre. Era más rico que cualquiera de ustedes. Son ustedes, los que se quedan en casa y no dejan ir a sus hijos, los que son pobres: pobres, y desnudos, y mezquinos, y pequeños, pobres de solemnidad; y lo mismo sus hijos, con todas sus granjas prósperas y su ganado bien cebado, y el alma no más grande que la de una pulga, si tanto.

—He venido a consolar a los afligidos, no a que me insulten —dijo la señora Reese, y se marchó sin que nadie lamentara su partida. Entonces se apagó el fuego de Susan, que se retiró a su cocina, apoyó su vieja cabeza fiel sobre la mesa y lloró amargamente durante un rato. Luego se puso a trabajar y planchó los pequeños peleles de Jims. Rilla la regañó con dulzura por ello cuando entró a hacerlo ella misma.

—No voy a consentir que te mates a trabajar por ningún bebé de la guerra —dijo Susan, obstinada.

—Ay, ojalá pudiera seguir trabajando *todo* el tiempo, Susan —exclamó la pobre Rilla—. Y ojalá no tuviera que dormir. Es horrible quedarse dormida y olvidarlo todo por un ratito, y despertarse y que vuelva a caerme encima de golpe a la mañana siguiente. ¿Es que la gente llega *alguna vez* a acostumbrarse a estas cosas, Susan? Y ay, Susan, no consigo quitarme de la cabeza lo que dijo la señora Reese. ¿*Sufrió* mucho Walter? Siempre fue tan sensible al dolor. Ay, Susan, si supiera que no sufrió, creo que podría reunir un poco de valor y de fuerzas.

A Rilla se le concedió esa certeza misericordiosa. Llegó una carta del oficial al mando de Walter, en la que les comunicaba que había muerto en el acto, alcanzado por una bala durante una carga en Courcelette. Ese mismo día llegó una carta para Rilla del propio Walter.

Rilla se la llevó sin abrir al Valle del Arco Iris y la leyó allí, en el mismo lugar donde había mantenido su última conversación con él. Es extraño leer una carta cuando quien la escribió ya ha muerto: una experiencia agri dulce, en la que el dolor y el consuelo se entremezclan de un modo extraño. Por primera vez desde que había caído el golpe, Rilla *sintió* —algo distinto de la esperanza y la fe trémulas— que Walter, el del don glorioso y los ideales espléndidos, *seguía vivo*, con ese mismo don y esos mismos ideales. *Eso* no podía destruirse; *estos* no podían sufrir eclipse alguno. La personalidad que se había expresado en aquella última carta, escrita en la víspera de Courcelette, no podía apagarla una bala alemana. Tenía que seguir adelante, aunque el vínculo terrenal con las cosas de este mundo se hubiera roto.

Mañana saltamos el parapeto, Rilla-mi-Rilla, escribió Walter. Ayer les escribí a mamá y a Di, pero, no sé por qué, esta noche siento que *tengo* que escribirte a *ti*. No pensaba ponerme a escribir nada esta noche, pero tengo que hacerlo. ¿Te acuerdas de la vieja señora Tom Crawford, del otro lado del puerto, que siempre decía que tenía «encomendado» hacer tal o cual cosa? Pues así es exactamente como me siento yo. Tengo «encomendado» escribirte esta noche, a ti, hermana y compañera mía. Hay algunas cosas que quiero decirte antes... bueno, antes de mañana.

Esta noche tú e Ingleside parecéis extrañamente *cerca*. Es la primera vez que lo siento desde que llegué. La casa siempre me ha parecido tan lejos, tan *desesperadamente* lejos de este espantoso cenagal de inmundicia y sangre. Pero esta noche está muy cerca de mí; me parece que casi puedo *verte*, oírte hablar. Y puedo ver la luz de la luna brillando blanca y quieta sobre las viejas colinas de casa. Desde que llegué aquí me ha parecido imposible que pudiera haber en alguna parte del mundo noches serenas y apacibles, y luz de luna intacta. Pero esta noche, no sé cómo, todas las cosas hermosas que siempre he amado parecen haberse vuelto posibles de nuevo, y eso es bueno, y me llena de una felicidad honda, cierta, exquisita. Ahora en casa debe de ser otoño: el puerto estará soñando, las viejas colinas del Glen estarán azules de calina, y el Valle del Arco Iris será

un paraje de delicias, con los ásteres silvestres meciéndose al viento por todas partes, nuestros viejos «adioses del verano». Siempre me gustó mucho más ese nombre que «áster»: era un poema por sí solo.

Rilla, ya sabes que siempre he tenido premoniciones. ¿Te acuerdas del Flautista de Hamelín? Pero no, claro, tú no puedes acordarte: eras demasiado pequeña. Una tarde, hace mucho tiempo, cuando Nan y Di y Jem y los Meredith y yo estábamos juntos en el Valle del Arco Iris, tuve una extraña visión, o presentimiento, o como quieras llamarlo. Rilla, vi al Flautista bajar por el Valle con una hueste de sombras detrás de él. Los demás creyeron que me lo estaba inventando, pero yo lo *vi*, aunque fuera solo un instante. Y, Rilla, anoche volví a verlo. Estaba de centinela y lo vi cruzar marchando la tierra de nadie, desde nuestras trincheras hacia las alemanas: la misma figura alta y sombría, tocando una tonada extraña, y lo seguían chicos de caqui. Rilla, te digo que lo *vi*; no fue fantasía, no fue una ilusión. *Oí* su música, y luego... había *desaparecido*. Pero lo *había* visto, y supe lo que significaba: supe que yo era uno de los que lo seguían.

Rilla, mañana el Flautista me llevará «al oeste» con su música. Estoy seguro de ello. Y, Rilla, no tengo miedo. Cuando te enteres de la noticia, acuérdate de esto. Aquí he conquistado mi propia libertad: la libertad de todo miedo. Nunca volveré a tener miedo de nada, ni de la muerte, ni de la vida, si es que al final me toca seguir viviendo. Y creo que, de las dos, la vida sería la más difícil de afrontar, porque ya nunca podría volver a ser hermosa para mí. Siempre habría cosas horribles que recordar, cosas que siempre me harían la vida fea y dolorosa. Nunca podría olvidarlas. Pero sea vida o sea muerte, no tengo miedo, Rilla-mi-Rilla, y no me arrepiento de haber venido. Estoy *satisfecho*. Nunca escribiré los poemas que una vez soñé escribir, pero he ayudado a que Canadá sea un lugar seguro para los poetas del futuro, para los trabajadores del futuro; sí, y también para los soñadores, porque si nadie sueña, no quedará nada que los trabajadores puedan cumplir: el futuro, no solo de Canadá, sino del mundo entero, cuando la «lluvia roja» de Langemarck y de Verdún

haya dado su cosecha dorada, no dentro de uno o dos años, como algunos creen tontamente, sino una generación después, cuando la semilla que se siembra ahora haya tenido tiempo de germinar y crecer. Sí, me alegro de haber venido, Rilla. No está en juego solo el destino de la pequeña isla nacida del mar que tanto amo, ni el de Canadá, ni el de Inglaterra. Es el destino de la humanidad. Por eso luchamos. Y venceremos: no lo dudes ni por un momento, Rilla. Porque no son solo los *vivos* quienes luchan: los *muertos* luchan también. A un ejército así *no se le puede* derrotar.

¿Hay todavía risa en tu cara, Rilla? Espero que sí. El mundo va a necesitar risa y valor más que nunca en los años que vienen. No quiero sermonear: no es momento para eso. Pero sí quiero decirte algo que quizá te ayude a pasar el peor trance cuando te enteres de que me he «ido al oeste». Tengo una premonición sobre ti, Rilla, igual que la tengo sobre mí mismo. Creo que Ken volverá contigo, y que te esperan largos años de felicidad más adelante. Y les hablarás a tus hijos de la *Idea* por la que luchamos y morimos: enséñales que hay que *vivir* por ella tanto como morir por ella, o el precio que se pagó por ella se habrá dado en vano. Esta será parte de *tu* tarea, Rilla. Y si vosotras —todas las chicas que os habéis quedado allá, en la patria— la cumplís, entonces los que no volvamos sabremos que no habéis «faltado a la fe» con nosotros.

Pensaba escribirle también a Una esta noche, pero ya no me va a dar tiempo. Léele esta carta y dile que en realidad va dirigida a las dos: a vosotras dos, queridas, nobles y leales muchachas. Mañana, cuando saltemos el parapeto, pensaré en las dos: en tu risa, Rilla-mi-Rilla, y en la *firmeza* de los ojos azules de Una; no sé por qué, esta noche también veo esos ojos con toda claridad. Sí, las dos guardaréis la fe: de eso estoy seguro, tú y Una. Y ahora, buenas noches. Saltamos el parapeto al amanecer.

Rilla leyó su carta una y otra vez. Había una luz nueva en su rostro joven y pálido cuando por fin se puso en pie, entre los ásteres que Walter había amado, con el sol del otoño a su alrededor. Por el

momento, al menos, se sintió elevada por encima del dolor y de la soledad.

—Guardaré la fe, Walter —dijo con voz firme—. Trabajaré, y enseñaré, y aprenderé, y *reiré*; sí, hasta reiré, todos los años de mi vida, por ti y por lo que diste cuando seguiste la llamada.

Rilla tenía intención de conservar la carta de Walter como un tesoro sagrado. Pero, al ver la expresión del rostro de Una Meredith cuando esta, tras leerla, se la devolvió, se le ocurrió algo. ¿Podría hacerlo? Ay, no, no podía renunciar a la carta de Walter, a su última carta. Seguramente no era egoísmo querer conservarla. Una copia sería una cosa sin alma. Pero Una... Una tenía tan poco, y sus ojos eran los ojos de una mujer herida en lo más hondo del corazón, que aun así no debía gritar ni pedir compasión.

—Una, ¿te gustaría tener esta carta... para quedártela? —preguntó despacio.

—Sí... si puedes dármela —dijo Una con voz apagada.

—Entonces... es tuya —dijo Rilla apresuradamente.

—Gracias —dijo Una. Fue todo lo que dijo, pero había algo en su voz que recompensó a Rilla por su pequeño sacrificio.

Una cogió la carta y, cuando Rilla se hubo marchado, la apretó contra sus labios solitarios. Una sabía que el amor ya no entraría nunca en su vida: estaba enterrado para siempre bajo la tierra manchada de sangre de «algún lugar de Francia». Nadie salvo ella misma —y quizá Rilla— lo sabía, ni lo sabría jamás. A ojos de su mundo, no tenía derecho a llorar. Debía ocultar y sobrellevar su largo dolor lo mejor que pudiera..., sola. Pero ella también guardaría la fe.

CAPÍTULO 24. MARY LLEGA JUSTO A TIEMPO

El otoño de 1916 fue una estación amarga para Ingleside. La señora Blythe tardó mucho en recuperar la salud, y en todos los corazones había pena y soledad. Todos procuraban ocultársela unos a otros y «seguir adelante» con buen ánimo. Rilla reía mucho. En Ingleside nadie se dejaba engañar por su risa: le salía solo de los labios, nunca del corazón. Pero fuera de casa se decía que había gente que superaba las penas con mucha facilidad, e Irene Howard comentó que le sorprendía descubrir lo superficial que era en realidad Rilla Blythe. —Pues sí, después de toda esa pose suya de estar tan entregada a Walter, no parece que le importe nada su muerte —dijo—. Nadie la ha visto derramar una lágrima ni le ha oído mencionar su nombre. Está claro que lo ha olvidado por completo. Pobrecillo, se diría de verdad que su familia lo *sentiría* más. Le hablé de él a Rilla en la última reunión de la Cruz Roja Juvenil, de lo bueno, valiente y espléndido que era, y le dije que la vida ya nunca podría volver a ser igual para *mí*, ahora que Walter se había ido: éramos *tan* amigos, ¿sabes?, si hasta fui la *primerísima persona* a quien le contó que se había alistado, y Rilla me contestó, tan fría e indiferente como si estuviera hablando de un perfecto desconocido: «No era más que uno de tantos chicos buenos y espléndidos que lo han dado todo por su país». Bueno, ojalá pudiera yo tomarme las cosas con esa calma, pero es que no estoy hecha así. Soy *tan* sensible, las cosas me hieren a *mí* terriblemente; de verdad que *nunca* las supero. Le pregunté a Rilla directamente por qué no se ponía de luto por Walter. Dijo que su madre no lo quería. Pero todo el mundo habla de ello.

—Rilla no lleva colores; no lleva más que blanco —protestó Betty Mead.

—El blanco le sienta mejor que cualquier otra cosa —dijo Irene con retintín—. Y todas sabemos que el negro no le favorece nada, con su tez. Pero claro, no estoy diciendo que *esa* sea la razón de que no lo lleve. Solo que tiene gracia. Si se me hubiera muerto *mi* hermano, yo me habría puesto de luto *riguroso*. No habría tenido *corazón* para otra cosa. Confieso que Rilla Blythe me ha decepcionado.

—Pues *a mí* no —exclamó Betty Mead, leal—. Creo que Rilla es una chica maravillosa. Hace unos años, lo reconozco, *sí* que la creía bastante vanidosa y dada a las risitas, pero ahora ya no tiene nada de eso. No creo que haya en el Glen ninguna chica tan generosa y tan valiente como Rilla, ni que haya «puesto su granito de arena» con tanto tesón y paciencia. Nuestra Cruz Roja Juvenil habría naufragado una docena de veces de no ser por su tacto, su perseverancia y su entusiasmo, y tú lo sabes perfectamente, Irene.

—Pero si *yo* no estoy criticando a Rilla —dijo Irene, abriendo mucho los ojos—. Solo criticaba su falta de sentimientos. Supongo que no puede evitarlo. Claro que es una organizadora nata, eso lo sabe todo el mundo. Y le encanta organizar, además, y la gente así hace mucha falta, lo reconozco. Así que no me mires como si hubiera dicho algo espantoso, Betty, por favor. Estoy encantada de admitir que Rilla Blythe es la personificación de *todas* las virtudes, si eso te deja contenta. Y sin duda es una virtud quedarse tan impasible ante cosas que *aplastarían* a la mayoría de la gente.

Algunos de los comentarios de Irene le llegaron a Rilla, pero ya no le dolían como le habrían dolido antes. No importaban, eso era todo. La vida era demasiado grande para dejar sitio a las pequeñeces. Tenía un pacto que cumplir y una tarea que hacer, y a lo largo de los largos y duros días y semanas de aquel otoño aciago fue fiel a su cometido. Las noticias de la guerra eran uniformemente malas, porque Alemania iba de victoria en victoria sobre la pobre Rumanía. —Extranjeros, extranjeros —masculló Susan con recelo—. Rusos o

rumanos o lo que sean, son extranjeros, y de ellos no hay quien se fíe. Pero después de Verdún no pienso perder la esperanza. Y dígame, mi querida señora doctora, ¿la Dobruja es un río, una cordillera, o un estado de la atmósfera?

La elección presidencial de los Estados Unidos se celebró en noviembre, y Susan se acaloró muchísimo con aquello, aunque se disculpaba bastante por su propio entusiasmo.

—Nunca pensé que llegaría a ver el día en que me interesara una elección yanqui, mi querida señora doctora. Esto solo demuestra que una nunca sabe en qué puede llegar a parar en este mundo, y que por eso no debemos ser orgullosos.

Susan se quedó levantada hasta tarde la noche del día siete, con la excusa de terminar un par de calcetines. Pero llamaba por teléfono a la tienda de Carter Flagg a intervalos, y cuando llegó el primer parte de que Hughes había ganado, subió solemnemente al cuarto de la señora Blythe y se lo anunció en un susurro emocionado desde los pies de la cama.

—Pensé que, si no estaba usted dormida, le interesaría saberlo. Creo que es lo mejor que podía pasar. Puede que él también se dedique a escribir notas diplomáticas, mi querida señora doctora, pero espero cosas mejores. Nunca me han gustado mucho las barbas, pero no se puede tener todo.

Cuando por la mañana llegó la noticia de que, después de todo, Wilson había sido reelegido, Susan viró de rumbo para pescar otra ráfaga de optimismo.

—Bueno, más vale malo conocido que bueno por conocer, como dice el viejo refrán —comentó alegremente—. No es que yo tenga a Woodrow por tonto, ni mucho menos, aunque a veces no lo diría uno, viendo el poco sentido común que Dios le dio. Pero al menos escribe buenas cartas, y no sabemos si ese tal Hughes sabe hacer siquiera eso. Considerándolo todo, felicito a los yanquis. Han demostrado buen juicio, y no me importa reconocerlo. La prima Sophia quería que eligieran a Roosevelt, y está bastante disgustada

porque no le dieran su oportunidad. A mí también me hacía ilusión, la verdad, pero hay que creer que la Providencia gobierna estos asuntos por encima de nosotros, y conformarse, aunque lo que se propone el Todopoderoso con este asunto de Rumanía no acabo de comprenderlo, dicho sea con todo respeto.

Susan lo comprendió —o creyó comprenderlo— cuando cayó el ministerio de Asquith y Lloyd George se convirtió en primer ministro.

—Mi querida señora doctora, Lloyd George está por fin al timón. Llevo días y días rezando por esto. *Ahora* sí que vamos a ver un cambio bendito. Ha hecho falta nada menos que el desastre de Rumanía para traerlo, y ese es el sentido de *eso*, aunque yo antes no lo veía. Ya no habrá más titubeos. Considero que la guerra está tan buena como ganada, y a eso me atengo yo, tanto si cae Bucarest como si no.

Bucarest cayó, en efecto, y Alemania propuso negociaciones de paz. Ante lo cual Susan, con desdén, hizo oídos sordos y se negó en redondo a escuchar semejantes propuestas. Cuando el presidente Wilson envió su famosa nota de paz de diciembre, Susan se puso furiosamente sarcástica.

—Por lo que tengo entendido, Woodrow Wilson va a hacer las paces. Primero lo intentó Henry Ford, y ahora le toca a Wilson. Pero la paz no se hace con tinta, Woodrow, y a eso puede usted atenerse —dijo Susan, apostrofando al desdichado presidente por la ventana de la cocina que quedaba más cerca de los Estados Unidos—. El discurso de Lloyd George le va a decir cuatro cosas al káiser, así que puede usted guardarse sus notas de paz en casa y ahorrarse el franqueo.

—Qué pena que el presidente Wilson no pueda oírte, Susan —dijo Rilla con malicia.

—Desde luego, Rilla querida, es una lástima que no tenga cerca a nadie que le dé buenos consejos, porque está claro que no lo tiene, con todos esos demócratas y republicanos —replicó Susan—. Yo no sé distinguirlos, porque la política de los yanquis es un

rompecabezas que no consigo resolver por mucho que le dé vueltas. Pero en cuanto a ver a través de una piedra de molino, me temo... —Susan meneó la cabeza con recelo— que todos están cortados por el mismo patrón.

Doy gracias de que la Navidad haya pasado, escribió Rilla en su diario durante la última semana de un diciembre tormentoso. Le teníamos tanto miedo: era la primera Navidad desde Courcelette. Pero tuvimos a todos los Meredith a cenar, y nadie *intentó* estar alegre ni animado. Estuvimos todos tranquilos y afectuosos sin más, y *eso* ayudó. Además, di tantas gracias de que Jims se hubiera puesto mejor, tantas que casi me sentí contenta..., *casi*, pero no del todo. Me pregunto si algún día volveré a sentirme *de verdad* contenta por algo. Es como si la alegría hubiera muerto dentro de mí, abatida por la misma bala que atravesó el corazón de Walter. Quizá algún día nazca en mi alma una alegría nueva, pero la antigua ya no volverá a vivir jamás.

El invierno se echó encima terriblemente pronto este año. Diez días antes de Navidad tuvimos una gran nevada, o al menos nos pareció grande en su momento. Resultó que no fue más que el preludio de la función de verdad. Al día siguiente hizo bueno, y el Valle del Arco Iris e Ingleside estaban preciosos, con los árboles cubiertos de nieve y grandes ventisqueros por todas partes, tallados en las formas más fantásticas por el cincel del viento del nordeste. Papá y mamá se fueron a Avonlea. Papá pensó que el cambio le sentaría bien a mamá, y además querían ver a la pobre tía Diana, cuyo hijo Jack había resultado gravemente herido poco antes. Nos dejaron a Susan y a mí a cargo de la casa, y papá esperaba estar de vuelta al día siguiente. Pero no volvió hasta pasada una semana. Aquella noche volvió a nevar, y nevó sin tregua durante cuatro días. Fue la peor y la más larga tormenta que ha conocido la Isla del Príncipe Eduardo en años. Todo quedó desorganizado: los caminos completamente cegados, los trenes bloqueados y las líneas de teléfono totalmente fuera de servicio.

Y entonces Jims cayó enfermo.

Tenía un pequeño resfriado cuando papá y mamá se fueron, y fue empeorando durante un par de días, pero no se me ocurrió que hubiera peligro de nada grave. Ni siquiera le tomé la temperatura, y no puedo perdonármelo, porque fue pura negligencia. La verdad es que en ese momento me *vine abajo*. Mamá estaba fuera, así que me abandoné. De pronto me cansé de mantener el tipo y fingir valor y alegría, y sencillamente me rendí durante unos días, y me pasé la mayor parte del tiempo tumbada boca abajo en la cama, llorando. Descuidé a Jims: esa es la verdad odiosa; fui cobarde e infiel a lo que le había prometido a Walter; y si Jims hubiera muerto, jamás habría podido perdonármelo.

Entonces, la tercera noche después de que papá y mamá se fueran, Jims empeoró de pronto..., ay, mucho peor, todo de golpe. Susan y yo estábamos completamente solas. Gertrude se encontraba en Lowbridge cuando empezó la tormenta y no había podido volver. Al principio no nos alarmamos demasiado. Jims ha tenido ya varios ataques de crup, y entre Susan, el Morgan y yo siempre lo hemos sacado adelante sin mucho apuro. Pero no tardamos mucho en alarmarnos muchísimo.

—Nunca he visto un crup como este —dijo Susan.

En cuanto a mí, cuando ya fue demasiado tarde, comprendí qué clase de crup era aquel. Sabía que no era el crup corriente —el «falso crup», como lo llaman los médicos—, sino el «verdadero»; y sabía que era algo mortal y peligroso. Papá estaba fuera y no había médico más cerca que en Lowbridge; no podíamos telefonar; y ni caballo ni hombre podían abrirse paso aquella noche entre los ventisqueros.

El pequeño Jims luchó valientemente por su vida; Susan y yo probamos todos los remedios que se nos ocurrieron o que encontramos en los libros de papá, pero él seguía empeorando. Era desgarrador verlo y oírlo. Boqueaba en busca de aire de un modo horrible —el pobre angelito— y su carita se puso de un azul espantoso, con una expresión de agonía, y no paraba de agitar sus manecitas, como si nos suplicara que le ayudásemos de algún modo.

No pude evitar pensar que los muchachos gaseados en el frente debían de tener ese mismo aspecto, y ese pensamiento no dejó de perseguirme en medio de todo mi terror y mi angustia por Jims. Y mientras tanto, la membrana fatal en su gargantita no dejaba de crecer y espesarse, y él no lograba expulsarla.

¡Ay, estaba fuera de mí! Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto quería a Jims. Y me sentía completamente impotente. Era como si estuviéramos luchando contra un enemigo implacable sin armas de verdad: igual que aquellos pobres soldados rusos que solo tenían las manos desnudas para oponer a las ametralladoras alemanas.

Y entonces Susan se dio por vencida.

—No podemos salvarlo... ay, si tu padre estuviera aquí... imírale, el pobrecillo! No sé qué hacer.

Miré a Jims y pensé que se moría. Susan lo tenía en brazos, incorporado en la cuna, para darle más facilidad para respirar, pero no parecía que pudiera respirar en absoluto. Mi pequeño bebé de la guerra, con sus gestos cariñosos y su carita traviesa y dulce, se ahogaba ante mis propios ojos, y yo no podía ayudarlo. Tiré, desesperada, la cataplasma caliente que tenía preparada. ¿De qué servía ya? ¡Jims se estaba muriendo, y la culpa era mía: no había tenido bastante cuidado!

Justo entonces —eran las once de la noche— sonó la campanilla de la puerta. Qué campanillazo: resonó por toda la casa por encima del bramido de la tormenta. Susan no podía ir, no se atrevía a soltar a Jims, así que bajé corriendo. En el vestíbulo me detuve solo un instante: de pronto me invadió un miedo absurdo. Pensé en una historia extraña que Gertrude me había contado una vez. Una tía suya estaba sola una noche en una casa, con su marido enfermo. Oyó que llamaban a la puerta. Y cuando fue a abrir —no había *nada* allí—, nada que pudiera *verse*, al menos. Pero al abrir la puerta entró una ráfaga de viento helado que pareció pasar de largo junto a ella y subir corriendo la escalera, aunque fuera la noche era

tranquila y cálida de verano. Enseguida oyó un grito, subió corriendo, y su marido estaba muerto. Y siempre creyó, según decía Gertrude, que al abrir aquella puerta había *dejado entrar a la Muerte*.

Fue ridículo por mi parte sentir tanto miedo. Pero estaba aturdida y agotada, y por un instante sentí que no *me atrevía* a abrir la puerta: que la muerte esperaba fuera. Luego recordé que no tenía tiempo que perder —no debía ser tan tonta— y me abalancé a abrir la puerta.

Desde luego que entró un viento helado y llenó el vestíbulo de un remolino de nieve. Pero allí, en el umbral, había una figura de carne y hueso —Mary Vance, cubierta de nieve de pies a cabeza— y traía consigo Vida, no Muerte, aunque entonces yo no sabía *eso* todavía. Me quedé mirándola fijamente.

—No me han echado —sonrió Mary, entrando y cerrando la puerta—. Vine a casa de Carter Flagg hace dos días y allí me ha tenido atrapada la tormenta desde entonces. Pero al final la vieja Abbie Flagg me sacó de quicio, y esta noche decidí venirme para aquí. Pensé que podría llegar caminando hasta aquí, pero te aseguro que me costó lo mío. En un momento hasta pensé que me había quedado atascada para siempre. ¿A que hace una noche horrorosa?

Volví en mí y supe que debía subir corriendo. Le expliqué a Mary lo más deprisa que pude y la dejé tratando de sacudirse la nieve. Arriba comprobé que Jims había pasado aquel acceso, pero apenas había vuelto a la habitación cuando le sobrevino otro. Me incliné sobre él retorciéndome las manos. Yo era del todo «inútil»: no sabía hacer otra cosa que gemir y llorar —qué vergüenza me da pensarlo ahora— y, sin embargo, ¿qué *podía* hacer yo?: lo habíamos probado todo lo que sabíamos; y entonces, de repente, oí a Mary Vance decir en voz alta detrás de mí:

—¡Pero si esa criatura se está muriendo!

Me di la vuelta bruscamente. ¡Cómo no iba a saber que se estaba muriendo, mi pequeño Jims! En ese momento habría sido capaz de

echar a Mary Vance por la puerta o por la ventana —por donde fuera—. Allí estaba ella, tranquila y serena, mirando a mi bebé con aquellos extraños ojos claros suyos, como quien mira a un gatito que se ahoga. Siempre me había caído mal Mary Vance; pero en ese instante la *odié*.

—Lo hemos probado todo —dijo la pobre Susan con voz apagada—. No es un crup corriente.

—No, es el crup del garrotillo —dijo Mary con desenvoltura, cogiendo un delantal—. Y hay muy poco tiempo que perder, pero *yo* sé qué hacer. Cuando vivía al otro lado del puerto, en casa de la señora Wiley, hace años, al hijo de Will Crawford se le murió de crup de garrotillo, a pesar de tener dos médicos. Y cuando la vieja tía Christina MacAllister se enteró —*ella* fue quien *me* curó a mí cuando me morí de pulmonía, ¿sabes?; era un prodigio, ningún médico le llegaba a la suela del zapato a *ella*, hoy ya no se cría gente de *su* calaña, te lo aseguro— dijo que ella lo habría salvado con el remedio de su abuela, de haber estado allí. Se lo contó a la señora Wiley y nunca se me ha olvidado. Tengo una memoria estupenda: las cosas se me quedan en el fondo de la cabeza hasta que llega el momento de usarlas. ¿Tienes azufre en casa, Susan?

Sí, teníamos azufre. Susan bajó con Mary a buscarlo y yo sostuve a Jims. No tenía ninguna esperanza, ni la más mínima. Mary Vance podía presumir todo lo que quisiera —siempre estaba presumiendo—, pero yo no creía que ningún remedio de abuela pudiera salvar a Jims ya. Al poco rato volvió Mary. Se había atado un trozo de franela gruesa sobre la boca y la nariz, y llevaba la vieja cacerola de hojalata de Susan, medio llena de brasas encendidas.

—Tú fíjate bien en *mí* —dijo, jactanciosa—. Nunca lo he hecho, pero sé cómo se hace. Es o cura o mata, pero esa criatura se muere de todos modos.

Espolvoreó una cucharada de azufre sobre las brasas, y luego cogió a Jims, le dio la vuelta y lo sostuvo boca abajo, justo encima de aquellos vapores sofocantes y cegadores. No sé por qué no me

abalancé a arrancárselo de las manos. Susan dice que fue porque estaba predestinado que yo no lo hiciera, y creo que tiene razón, porque de verdad me pareció que era incapaz de moverme. La propia Susan parecía paralizada, observando a Mary desde la puerta. Jims se retorció en aquellas manos grandes, firmes y hábiles de Mary —sí, hábiles lo son, desde luego— y se ahogaba y resollaba, y se ahogaba y resollaba, y sentí que lo estaban torturando hasta la muerte, y entonces, de pronto, al cabo de lo que me pareció una hora, aunque en realidad no fue mucho rato, expulsó con la tos la membrana que lo estaba matando. Mary le dio la vuelta y lo tendió de nuevo en la cuna. Estaba blanco como el mármol y las lágrimas le corrían de los ojos castaños, pero aquel horrible color lívido había desaparecido de su carita y ya podía respirar con bastante facilidad.

—¿A que ha sido un buen truco? —dijo Mary, alegre—. No tenía ni idea de si funcionaría, pero me arriesgué. Le ahumaré la garganta una o dos veces más antes de que amanezca, solo para matar todos los gérmenes, pero ya verás como ahora se pone bien.

Jims se quedó dormido enseguida: un sueño de verdad, no el coma que yo había temido al principio. Mary lo «ahumó», como ella decía, dos veces durante la noche, y al amanecer tenía la garganta perfectamente despejada y la temperatura casi normal. Cuando me aseguré de ello, me volví y miré a Mary Vance. Estaba sentada en el diván, sentando cátedra ante Susan sobre algún tema del que Susan debía de saber cuarenta veces más que ella. Pero no me importó cuánta cátedra sentara ni cuánto presumiera. Tenía *derecho* a presumir: se había atrevido a hacer lo que yo jamás me habría atrevido a hacer, y había salvado a Jims de una muerte horrible. Ya no importaba que una vez me hubiera perseguido por todo el Glen con un bacalao; ya no importaba que me hubiera untado de grasa de ganso todo mi sueño romántico la noche del baile del faro; ya no importaba que se creyera que sabía más que nadie y siempre lo restregara; nunca más volvería a caerme mal Mary Vance. Fui hacia ella y la besé.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo.

—Nada, solo que te estoy muy agradecida, Mary.

—Bueno, yo creo que deberías estarlo, la verdad. Vosotras dos habríais dejado morir a ese bebé en vuestras manos si no llego a aparecer yo —dijo Mary, radiante de satisfacción. Nos preparó a Susan y a mí un desayuno de primera y nos obligó a comérmelo, y nos «mandoneó sin parar», como dice Susan, durante dos días, hasta que se abrieron los caminos y pudo volver a su casa. Para entonces Jims estaba casi curado, y papá regresó. Escuchó nuestro relato sin decir mucho. Papá suele mostrarse bastante desdeñoso con lo que él llama «remedios de viejas». Se rió un poco y dijo: «Después de esto, Mary Vance esperará que la llame a consulta en todos mis casos graves.»

Así que la Navidad no fue tan dura como yo esperaba; y ahora se acerca el Año Nuevo, y seguimos esperando la «gran ofensiva» que acabará con la guerra, y el perrito Monday se está quedando tieso y reumático de tanta guardia fría, pero aun así «sigue adelante», y Shirley continúa leyendo las hazañas de los ases. Ay, mil novecientos diecisiete, ¿qué nos traerás?

CAPÍTULO 25. SHIRLEY SE VA

—No, Woodrow, no habrá paz sin victoria —dijo Susan, clavando la aguja de hacer punto con saña en el nombre del presidente Wilson en la columna del periódico—. *Nosotros* los canadienses queremos la paz y la victoria también. Usted, si le complace, Woodrow, puede quedarse con la paz *sin* la victoria —y Susan se fue a la cama con la satisfactoria conciencia de haber salido mejor parada del debate con el presidente. Pero pocos días después corrió hacia la señora Blythe ardiendo de emoción.

—Mi querida señora doctora, ¿qué le parece? Acaba de llegar un mensaje telefónico desde Charlottetown: que Woodrow Wilson por fin ha puesto de patitas en la calle a ese embajador alemán. Me dicen que eso significa la guerra. Así que empiezo a pensar que, después de todo, el corazón de Woodrow está en su sitio, dondequiera que tenga la cabeza, y voy a requisar un poco de azúcar para celebrar la ocasión con un poco de dulce de azúcar, a pesar de los aullidos de la Junta de Abastecimiento. Ya me pareció a mí que ese asunto de los submarinos traería las cosas a un punto crítico. Así se lo dije a la prima Sophia cuando dijo que era el principio del fin para los Aliados.

—No dejes que el doctor se entere del dulce de azúcar, Susan —dijo Ana, sonriendo—. Ya sabes que nos ha impuesto normas muy estrictas siguiendo las líneas de economía que ha pedido el gobierno.

—Sí, mi querida señora doctora, y el hombre debe ser el amo en su propia casa, y las mujeres de la familia deben acatar sus decretos. Me halaga pensar que me estoy volviendo bastante eficiente en la economía —Susan había cogido la costumbre de usar ciertos términos alemanes con un efecto demoledor— pero una puede permitirse un poco de mano izquierda a escondidas de vez en cuando. El otro día Shirley estaba deseando un poco de mi dulce de azúcar —el de marca Susan, como él lo llama— y le dije: «El primer día que haya una victoria que celebrar, te haré uno». Esta noticia me parece equivalente a una victoria, y lo que el doctor no sepa nunca le va a doler. Yo asumo toda la responsabilidad, mi querida señora doctora, así que no atormente usted su conciencia.

Ese invierno Susan mimó a Shirley sin ningún pudor. Él volvía a casa desde Queen's todos los fines de semana, y Susan le preparaba todos sus platos favoritos, en la medida en que podía esquivar o camelar al doctor, y lo atendía a cuerpo de rey. Aunque hablaba de la guerra sin parar con todo el mundo, nunca la mencionaba delante de él ni con él; pero lo vigilaba como un gato vigila a un ratón; y cuando empezó y continuó la retirada alemana del saliente de Bapaume, la euforia de Susan iba unida a algo más profundo que cuanto ella misma expresaba. Seguro que el fin estaba a la vista... llegaría ahora, antes de que... nadie más... tuviera que ir.

—Las cosas por fin nos van bien —le dijo a la prima Sophia, triunfante—. Los Estados Unidos por fin han declarado la guerra, tal como yo siempre creí que harían, a pesar del don de Woodrow para escribir cartas, y ya verás cómo se meten con todo el ímpetu, porque tengo entendido que esa es su costumbre en cuanto se ponen en marcha. Y además, tenemos a los alemanes en retirada.

—Los Estados tienen buena intención —gimió la prima Sophia—, pero con todo el ímpetu del mundo no van a poder ponerse en pie de guerra esta primavera, y los Aliados estarán acabados antes de eso. Los alemanes solo los están engatusando. Ese tal Simonds dice que su retirada ha metido a los Aliados en un aprieto.

—Ese tal Simonds ha dicho más de lo que va a poder demostrar en toda su vida —replicó Susan—. A mí no me quita el sueño su opinión, mientras Lloyd George sea primer ministro de Inglaterra. A él no lo van a embaucar, y a eso puedes atenerte. A mí las cosas me parecen bien. Los Estados Unidos están en la guerra, hemos recuperado Kut y Bagdad, y no me extrañaría nada ver a los Aliados en Berlín para junio; y a los rusos también, ya que se han librado del zar. Eso, en mi opinión, fue una buena faena.

—El tiempo dirá si lo fue —dijo la prima Sophia, que se habría indignado muchísimo si alguien le hubiera dicho que preferiría ver a Susan quedar en ridículo como profetisa antes que presenciar el derrocamiento feliz de la tiranía, o incluso el desfile de los Aliados por la Unter den Linden. Pero es que las desdichas del pueblo ruso le eran del todo desconocidas a la prima Sophia, mientras que aquella Susan optimista y exasperante era una espina siempre clavada en su costado.

Justo en ese momento, Shirley estaba sentado en el borde de la mesa de la sala de estar, balanceando las piernas —un muchacho moreno, de mejillas sonrosadas y aspecto sano de la cabeza a los pies, hasta el último centímetro— y decía con toda tranquilidad:

—Mamá, papá, el lunes pasado cumplí dieciocho años. ¿No creéis que ya va siendo hora de que me aliste?

La madre, pálida, lo miró.

—Dos de mis hijos se han ido, y uno no volverá jamás. ¿Tengo que entregarte también a ti, Shirley?

El clamor eterno: «José no parece, ni Simeón tampoco, y a Benjamín le llevaréis». ¡Cómo repetían las madres de la Gran Guerra el lamento del viejo patriarca, pronunciado tantos siglos atrás!

—¿No querrás que sea un gandul, mamá? Puedo entrar en el Cuerpo Aéreo. ¿Qué dices, papá?

Al doctor le temblaban un poco las manos mientras doblaba los papelillos de los polvos que estaba preparando para el reuma de

Abbie Flagg. Sabía que este momento iba a llegar, y sin embargo no estaba del todo preparado para él. Respondió despacio:

—No voy a intentar retenerte de lo que tú crees que es tu deber. Pero no debes irte a menos que tu madre te dé permiso.

Shirley no dijo nada más. No era muchacho de muchas palabras. Ana tampoco dijo nada más en ese momento. Pensaba en la tumba de la pequeña Joyce, en el viejo cementerio al otro lado del puerto —la pequeña Joyce que ahora sería ya una mujer, de haber vivido—; en la cruz blanca de Francia y en los espléndidos ojos grises de aquel niño al que ella misma había enseñado, sentado a su lado, las primeras lecciones de deber y lealtad; en Jem, en las terribles trincheras; en Nan, Di y Rilla, esperando... esperando... *esperando*, mientras pasaban los años dorados de la juventud; y se preguntó si podría soportar algo más. Pensó que no; seguro que ya había dado bastante.

Y sin embargo, aquella noche le dijo a Shirley que podía ir.

No se lo dijeron a Susan enseguida. No lo supo hasta que, unos días después, Shirley se presentó en su cocina con el uniforme de aviación. Susan no armó ni la mitad del alboroto que había armado cuando se fueron Jem y Walter. Dijo, con voz pétrea:

—Así que a ti también te van a llevar.

—¿*Llevarme*? No. *Voy yo*, Susan... tengo que ir.

Susan se sentó junto a la mesa, cruzó sus viejas manos nudosas, deformadas y retorcidas de tanto trabajar para los niños de Ingleside, para que dejaran de temblar, y dijo:

—Sí, tienes que ir. Antes nunca entendí por qué tenían que pasar estas cosas, pero ahora sí lo veo.

—Eres un tesoro, Susan —dijo Shirley. Le alivió que se lo tomara con tanta calma; había tenido un poco de miedo, con ese horror que tienen los chicos a «una escena». Salió silbando alegremente; pero media hora después, cuando entró Ana Blythe, pálida, Susan seguía allí sentada, rodeada de platos sin fregar.

—Mi querida señora doctora —dijo Susan, haciendo una confesión que en otro tiempo habría preferido morir antes que hacer—, me siento muy vieja. Jem y Walter eran suyos, pero Shirley es *mío*. Y no *puedo* soportar pensar en él volando... y en su aparato estrellándose contra el suelo... la vida aplastada en su cuerpo... ese querido cuerpecito que yo mecí y acuné cuando era un bebé de nada.

—Susan... *no* —exclamó Ana.

—Ay, mi querida señora doctora, le pido disculpas. No debería haber dicho nada de eso en voz alta. A veces se me olvida que decidí ser una heroína. Esto... esto me ha afectado un poco. Pero no volveré a olvidarme de mí misma. Solo espero que, si las cosas en la cocina no marchan tan bien como de costumbre durante unos días, usted sepa disculparme. Al menos —dijo la pobre Susan, forzando una sonrisa sombría en un esfuerzo desesperado por recobrar la compostura perdida—, al menos volar es un trabajo *limpio*. No se ensuciará ni se pondrá tan hecho un desastre como en las trincheras, y menos mal, porque siempre ha sido un niño muy pulcro.

Así que Shirley se fue: no radiante, como quien parte hacia una gran aventura, igual que Jem; no en una llama blanca de sacrificio, igual que Walter; sino con un talante frío y práctico, como quien hace algo bastante sucio y desagradable que sencillamente hay que hacer. Besó a Susan por primera vez desde que tenía cinco años, y dijo: «Adiós, Susan... *madre Susan*».

—Mi pequeño moreno... mi pequeño moreno —dijo Susan. «Me pregunto —pensaba, mirando el rostro apesadumbrado del doctor— si se acuerda usted de aquella vez que le dio unos azotes cuando era un bebé. Doy gracias de no tener nada parecido a *eso* sobre mi conciencia ahora.»

El doctor no se acordaba de aquel castigo de antaño. Pero antes de ponerse el sombrero para salir a hacer su ronda de visitas, se quedó un momento de pie en la gran sala de estar silenciosa que en otro tiempo había estado llena de risas de niños.

—Nuestro último hijo... nuestro último hijo —dijo en voz alta—. Y un buen muchacho, fuerte y sensato, además. Siempre me recordó a mi padre. Supongo que debería sentirme orgulloso de que quisiera ir... me sentí orgulloso cuando se fue Jem, incluso cuando se fue Walter... pero «nuestra casa nos es dejada desierta».

—He estado pensando, doctor —le dijo aquella tarde el viejo Sandy de Upper Glen—, que su casa le va a parecer muy grande hoy.

La curiosa frase de aquel Sandy de las Tierras Altas le pareció al doctor perfectamente expresiva. Ingleside sí que parecía muy grande y vacía aquella noche. Y eso que Shirley había estado fuera todo el invierno salvo los fines de semana, y siempre había sido un muchacho callado incluso cuando estaba en casa. Acaso era porque había sido el único que quedaba por lo que su marcha parecía dejar un vacío tan enorme, que todas las habitaciones parecían vacías y abandonadas, que hasta los árboles del jardín parecían tratar de consolarse unos a otros con caricias de ramas recién brotadas por la pérdida del último de los muchachitos que habían retozado bajo ellos de niños.

Susan trabajó muy duro todo el día y hasta bien entrada la noche. Cuando ya había dado cuerda al reloj de la cocina y había echado fuera al doctor Jekyll, sin muchos miramientos, se quedó un rato en el umbral, mirando hacia el Glen, que yacía como hechizado bajo la tenue luz plateada de una luna joven que se ponía. Pero Susan no veía las colinas y el puerto de siempre. Estaba mirando el campamento de aviación de Kingsport, donde se encontraba Shirley aquella noche.

«Me llamó “madre Susan”», pensaba. «Bueno, ya se nos han ido todos los hombres: Jem, Walter, Shirley, Jerry y Carl, y a ninguno hubo que empujarlo. Así que tenemos derecho a estar orgullosos. Pero el orgullo...» Susan suspiró con amargura. «El orgullo es mala compañía, y eso no lo niega nadie.»

La luna se hundió más en una nube negra por el oeste, el Glen se apagó en un eclipse de sombra repentina, y a miles de kilómetros de allí los muchachos canadienses de caqui —los vivos y los muertos— tenían en su poder la cresta de Vimy.

La cresta de Vimy es un nombre escrito en carmesí y oro en los anales canadienses de la Gran Guerra. —Los británicos no pudieron tomarla, y los franceses tampoco pudieron tomarla —dijo un prisionero alemán a sus captores—, ¡pero vosotros los canadienses sois tan necios que no sabéis cuándo un sitio no se puede tomar!

Así que los «necios» la tomaron, y pagaron el precio.

Jerry Meredith resultó gravemente herido en la cresta de Vimy: le habían disparado por la espalda, según decía el telegrama.

—Pobre Nan —dijo la señora Blythe cuando llegó la noticia. Pensó en su propia y feliz juventud en la vieja Tejas Verdes. Allí no había habido ninguna tragedia como esta. ¡Cuánto tenían que sufrir las chicas de hoy! Cuando Nan volvió de Redmond dos semanas después, su cara mostraba lo que aquellas semanas habían significado para ella. También John Meredith parecía haber envejecido de golpe en ellas. Faith no volvió a casa; iba camino de cruzar el Atlántico como enfermera voluntaria. Di había intentado arrancarle a su padre el consentimiento para ir también, pero le habían dicho que, por el bien de su madre, no se le podía dar. Así que Di, tras una visita relámpago a casa, volvió a su trabajo en la Cruz Roja de Kingsport.

Las flores de mayo florecieron en los rincones secretos del Valle del Arco Iris. Rilla estaba pendiente de ellas. Jem le había llevado una vez a su madre las primeras flores de mayo; Walter se las llevaba cuando Jem se fue; la primavera pasada, Shirley las había buscado para ella; ahora, pensaba Rilla, le tocaba a ella ocupar el lugar de los chicos en esto. Pero antes de que encontrara ninguna, Bruce Meredith se presentó en Ingleside un atardecer con las manos llenas de delicados ramilletes rosados. Subió con paso resuelto los escalones del porche y los dejó en el regazo de la señora Blythe.

—Porque Shirley no está aquí para traerlas —dijo, con su manera curiosa, tímida y directa.

—Y se te ocurrió esto a ti, cariño —dijo Ana, con los labios temblorosos, mirando a aquel muchachito robusto y de cejas negras que tenía delante, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Hoy le he escrito a Jem y le he dicho que no se preocupe porque no consigas tus flores de mayo —dijo Bruce muy serio—, porque yo me encargaría de eso. Y le dije que dentro de poco cumpliré diez años, así que no falta mucho para que tenga dieciocho, y entonces iré a ayudarlo a luchar, y a lo mejor dejo que él venga a casa a descansar mientras yo ocupo su lugar. También le he escrito a Jerry. Jerry se está poniendo mejor, ¿sabe?

—¿Ah, sí? ¿Has tenido alguna buena noticia de él?

—Sí. Mi madre ha recibido hoy una carta, y decía que ya estaba fuera de peligro.

—Ay, gracias a Dios —murmuró la señora Blythe, casi en un susurro.

Bruce la miró con curiosidad.

—Eso es lo que dijo papá cuando mamá se lo contó. Pero cuando lo dije yo el otro día, al descubrir que el perro del señor Mead no le había hecho daño a mi gatito —yo creía que lo había rompido de tanto zarandearlo, ¿sabe?—, papá se puso muy serio y me dijo que nunca más volviera a decir eso de un gatito. Pero no entendí por qué, señora Blythe. Sentí un agradecimiento *tremendo*, y *tiene* que haber sido Dios quien salvó a Rayitas, porque aquel perro de los Mead tenía unas fauces *normes*, y, ay, cómo zarandeo al pobre Rayitas. Entonces, ¿por qué no podía darle las gracias a Él? Claro —añadió Bruce, pensativo—, a lo mejor lo dije *demasiado alto*, porque estaba tan contento y emocionado cuando descubrí que Rayitas estaba bien. Casi lo grité, señora Blythe. A lo mejor si lo hubiera dicho así, como en susurros, igual que usted y papá, habría estado bien. ¿Sabe una cosa, señora Blythe? —Bruce bajó la voz hasta un

tono de susurro, acercándose un poco más a Ana—, ¿sabe lo que me gustaría hacerle al káiser si pudiera?

—¿Qué te gustaría hacer, muchachito?

—Norman Reese ha dicho hoy en la escuela que le gustaría atar al káiser a un árbol y soltarle perros rabiosos para que lo atormentaran —dijo Bruce con gravedad—. Y Emily Flagg dijo que le gustaría meterlo en una jaula y pincharlo con cosas afiladas. Y todos decían cosas por el estilo. Pero, señora Blythe —Bruce sacó del bolsillo una manita cuadrada y la puso, muy serio, sobre la rodilla de Ana—, a mí me gustaría convertir al káiser en un hombre bueno —un hombre *muy* bueno—, de golpe, si pudiera. Eso es lo que haría *yo*. ¿No cree usted, señora Blythe, que *ese* sería el castigo más peor de todos?

—Bendito sea este niño —dijo Susan—, ¿cómo se te ocurre que eso sería ningún castigo para ese demonio malvado?

—¿Es que no lo ve? —dijo Bruce, mirando a Susan con firmeza con aquellos ojos suyos de un azul casi negro—. Si lo convirtieran en un hombre bueno, entendería lo espantoso que son las cosas que ha hecho, y se sentiría tan mal por ello que sería más desdichado y más desgraciado de lo que podría llegar a ser de ninguna otra manera. Se sentiría *fatal*... y seguiría sintiéndose así *para siempre*. Sí —Bruce apretó los puños y asintió con la cabeza, muy convencido—, sí, *yo* convertiría al káiser en un hombre bueno; eso es lo que haría *yo*; y se lo tendría 'zactamente merecido.

CAPÍTULO 26. SUSAN RECIBE UNA PROPOSICIÓN DE MATRIMONIO

Un aeroplano volaba sobre Glen St. Mary, como un gran pájaro suspendido contra el cielo del oeste, un cielo tan despejado y de un amarillo pálido y plateado que daba la impresión de un vasto espacio de libertad refrescado por el viento. El pequeño grupo reunido en el césped de Ingleside lo miraba con ojos fascinados, aunque aquel verano no era ni mucho menos insólito ver de cuando en cuando un aeroplano cerniéndose en el cielo. Susan siempre se emocionaba muchísimo. ¿Quién sabía si no sería Shirley, allá arriba entre las nubes, volando hacia la Isla desde Kingsport? Pero Shirley ya se había ido a ultramar, así que aquel aeroplano en concreto, y su piloto, no despertaban en Susan el mismo interés. Con todo, lo miró sobrecogida.

—Me pregunto, mi querida señora doctora —dijo solemnemente—, qué pensarían los de antes, los que están allá abajo, en el cementerio, si pudieran levantarse de sus tumbas por un momento y contemplar semejante espectáculo. Estoy segura de que mi padre lo desaprobaba, porque era un hombre que no creía en modernismos de ninguna clase. Siempre segó su grano con la hoz hasta el día de su muerte. Una segadora mecánica no la quiso jamás. Lo que le había bastado a *su* padre le bastaba a él, solía decir. Espero que no sea una falta de piedad filial decir que, en mi opinión, en ese parecer se equivocaba, pero tampoco estoy segura de llegar a aprobar los aeroplanos, aunque puedan ser una necesidad militar. Si el

Todopoderoso hubiera querido que voláramos, nos habría provisto de alas. Puesto que no lo hizo, está claro que quiso que no nos apartásemos de la tierra firme. En cualquier caso, mi querida señora doctora, a *mí* nunca me verá usted haciendo cabriolas por el cielo en un aeroplano.

—Pero no te negarás a hacer alguna cabriola en el automóvil nuevo de papá cuando llegue, ¿verdad, Susan? —la pinchó Rilla.

—Tampoco pienso yo fiar mis viejos huesos a los automóviles —replicó Susan—. Pero no los veo con los mismos ojos que cierta gente de miras estrechas. Barbas-en-la-Luna dice que habría que echar al Gobierno por permitir siquiera que circulen por la Isla. Echa espumarajos por la boca, según cuentan, cada vez que ve uno. El otro día vio uno que venía por aquel camino estrecho que pasa junto a su trigal, y Barbas saltó la valla y se plantó en mitad del camino con la horca. El hombre de la máquina era una especie de agente comercial, y Barbas odia a los agentes tanto como odia a los automóviles. Obligó al coche a pararse, porque no había sitio para pasarlo por ningún lado y el agente, claro está, no podía atropellarlo. Entonces levantó la horca y gritó: «Lárguese de aquí con su máquina del demonio, o le atravieso con esta horca de parte a parte». Y, mi querida señora doctora, aunque no se lo crea, el pobre agente tuvo que dar marcha atrás con el coche hasta el camino de Lowbridge, casi un kilómetro y medio, con Barbas pisándole los talones todo el camino, blandiendo la horca y bramando insultos. Ahora bien, mi querida señora doctora, *yo* a esa conducta la llamo una insensatez; pero, con todo —añadió Susan, con un suspiro—, entre los aeroplanos, los automóviles y todo lo demás, esta Isla ya no es lo que era.

El aeroplano se remontaba, descendía, trazaba círculos y volvía a remontarse, hasta quedar convertido en un simple punto, muy lejos, sobre las colinas del ocaso.

«Con la majestad del ala
que llevan las águilas de Tebas,

surcando con dominio supremo los campos azules del aire», citó Ana Blythe, soñadora.

—Me pregunto —dijo la señorita Oliver— si la humanidad será más *feliz* gracias a los aeroplanos. Me parece que la *suma* de la felicidad humana sigue siendo más o menos la misma de una época a otra, por mucho que varíe su reparto, y que todos esos «muchos inventos» ni la disminuyen ni la aumentan.

—Al fin y al cabo, «el reino de los cielos está dentro de vosotros» —dijo el señor Meredith, con la mirada puesta en el punto que se desvanecía y que simbolizaba la última victoria del hombre en una lucha vieja como el mundo—. No depende de logros ni triunfos materiales.

—Con todo, un aeroplano es algo fascinante —dijo el doctor—. Siempre ha sido uno de los sueños predilectos de la humanidad: el sueño de volar. Un sueño tras otro se hace realidad; o, mejor dicho, lo *hacemos* realidad a fuerza de perseverancia. A mí también me gustaría volar alguna vez en un aeroplano.

—Shirley me escribió que su primer vuelo le decepcionó terriblemente —dijo Rilla—. Esperaba sentir que se remontaba desde la tierra como un pájaro; en cambio, tuvo la sensación de no moverse en absoluto, sino de que era la tierra la que se *hundía* bajo él. Y la primera vez que voló solo sintió de pronto una *morriña espantosa*. Nunca antes había sentido nada semejante; pero, de repente, según dice, tuvo la impresión de ir a la deriva por el *espacio*, y le entró un deseo desesperado de *volver a casa*, al viejo planeta y a la compañía de sus semejantes. Pronto se le pasó, pero dice que aquel primer vuelo en solitario fue una pesadilla por aquella terrible sensación de soledad espeluznante.

El aeroplano desapareció. El doctor echó la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Cada vez que sigo con la mirada a uno de esos hombres pájaro hasta que se pierde de vista, vuelvo a la tierra con la rara sensación de ser un simple insecto arrastrándose. Ana —dijo, volviéndose hacia

su mujer—, ¿te acuerdas de la primera vez que te llevé de paseo en coche por Avonlea, aquella noche que fuimos al concierto de Carmody, el primer otoño que diste clase en Avonlea? Llevaba nuestra pequeña yegua negra, la de la estrella blanca en la frente, y un coche flamante y reluciente, y era yo el mozo más orgulloso del mundo, sin excepción. Me figuro que nuestro nieto llevará a su novia, con toda naturalidad, a dar un «vuelo» al atardecer en su aeroplano.

—Un aeroplano no será tan agradable como lo era la pequeña Silverspot —dijo Ana—. Una máquina no es más que una máquina; pero Silverspot, en cambio, era toda una personalidad, Gilbert. Ir detrás de ella en el coche tenía algo que ni un vuelo entre nubes de ocaso podría igualar. No, después de todo no envidio a la novia de nuestro nieto. El señor Meredith tiene razón. «El Reino de los Cielos», y el del amor, y el de la felicidad, no depende de nada externo.

—Además —dijo el doctor con gravedad—, dicho nieto nuestro tendrá que dedicar casi toda su atención al aeroplano: no podrá dejar las riendas sueltas sobre su lomo mientras se pierde en los ojos de su dama. Y tengo la espantosa sospecha de que un aeroplano no se puede manejar con un solo brazo. No —el doctor negó con la cabeza—, creo que, después de todo, seguiría prefiriendo a Silverspot.

Aquel verano el frente ruso volvió a ceder, y Susan dijo con amargura que ya se lo esperaba desde que a Kerensky le había dado por casarse.

—Lejos de mí menospreciar el santo estado del matrimonio, mi querida señora doctora, pero opino que cuando un hombre anda dirigiendo una revolución ya tiene bastante entre manos y debería haber aplazado la boda hasta sazón más propicia. Los rusos están perdidos esta vez, y de nada sirve cerrar los ojos ante el hecho. Pero ¿ha visto usted la respuesta de Woodrow Wilson a las propuestas de paz del Papa? Es magnífica. Yo misma no habría sabido exponer mejor la justicia de la causa. Tengo la sensación de que solo por eso

puedo perdonarle a Wilson todo lo demás. Sabe lo que significan las palabras, y a eso puede usted atenerse. Y hablando de significados, ¿ha oído usted la última historia sobre Barbas-en-la-Luna, mi querida señora doctora? Parece que el otro día andaba por la escuela del camino de Lowbridge y se le antojó examinar de ortografía a los de cuarto. Allí siguen todavía con el trimestre de verano, ¿sabe usted?, con las vacaciones repartidas entre la primavera y el otoño, porque por ese camino son gente bastante atrasada. Mi sobrina, Ella Baker, va a esa escuela, y fue ella quien me contó la historia. La maestra no se encontraba bien, con un dolor de cabeza espantoso, y salió a tomar un poco el aire mientras el señor Pryor examinaba a la clase. A los niños les fue bien con la ortografía, pero cuando Barbas empezó a preguntarles por el significado de las palabras, se quedaron todos en blanco, porque no lo habían estudiado. Ella Baker y los demás alumnos mayores se llevaron un disgusto terrible, pues quieren muchísimo a su maestra, y parece que el hermano del señor Pryor, Abel Pryor, que es miembro de la junta escolar, está en contra de ella y anda tratando de poner de su parte a los demás miembros de la junta. Y mi sobrina y los demás temían que, si los de cuarto no sabían decirle a Barbas el significado de las palabras, este pensaría que la maestra no valía nada y se lo diría a Abel, y Abel tendría un arma estupenda contra ella. Pero el pequeño Sandy Logan salvó la situación. Es uno de esos chicos del Hogar, pero es más listo que el hambre, y caló a Barbas-en-la-Luna al instante. «¿Qué significa “anatomía”?», exigió saber Barbas. «Un dolor de estómago», respondió Sandy, rápido como el rayo y sin pestañear siquiera. Barbas-en-la-Luna es un hombre de lo más ignorante, mi querida señora doctora: él tampoco sabía el significado de las palabras, y dijo: «Muy bien, muy bien». El resto de la clase captó la idea al vuelo, al menos tres o cuatro de los más espabilados, y siguieron con la broma. Jean Blane dijo que «acústica» significaba «una riña religiosa», y Muriel Baker dijo que un agnóstico era un hombre con indigestión, y Jim Carter dijo que «acerbidad» quería decir que uno no comía más que verdura, y así sucesivamente hasta el final de la lista. Barbas se lo tragó todo, y siguió diciendo «Muy bien, muy bien», hasta que Ella pensó que morirse se iba a morir, de tanto

aguantarse la risa. Cuando entró la maestra, Barbas la felicitó por lo espléndidamente que entendían los niños la lección, y dijo que pensaba decirles a los de la junta qué joya tenían. Era «muy poco corriente», dijo, encontrar una clase de cuarto capaz de responder tan rápido a la hora de explicar el significado de las palabras. Se marchó todo ufano. Pero mi sobrina me lo contó como un gran secreto, mi querida señora doctora, y hay que guardarlo como tal, por el bien de la maestra del camino de Lowbridge. Lo más probable es que perdiera toda esperanza de conservar la escuela si Barbas llegase a enterarse alguna vez de cómo lo habían embaucado.

Aquella misma tarde, Mary Vance subió a Ingleside para contarles que a Miller Douglas, que había resultado herido cuando los canadienses tomaron la cota 70, habían tenido que amputarle una pierna. Los de Ingleside se compadecieron de Mary, cuyo fervor y patriotismo habían tardado en prender, pero que ahora ardían con una llama tan firme y viva como la de cualquiera.

—Hay quien se ha estado metiendo conmigo por tener un marido con una sola pierna. Pero —dijo Mary, irguiéndose con gran dignidad— prefiero a Miller con una sola pierna antes que a cualquier otro hombre del mundo con una docena... a no ser —añadió, pensándolo mejor— que fuera Lloyd George. Bueno, tengo que irme. Me figuré que querrían saber lo de Miller, así que me he venido corriendo desde la tienda, pero tengo que volar a casa, porque le prometí a Luke MacAllister que le ayudaría esta tarde a levantar la hacina. A las chicas nos toca ahora ocuparnos de que se recoja la cosecha, ya que escasean tanto los chicos. Me he agenciado unos pantalones de peto, y la verdad es que me quedan la mar de bien. La señora Alec Douglas dice que son indecentes y que no deberían permitirse, y hasta la señora Elliott los mira medio de reojo. Pero, qué caray, el mundo avanza, y además no hay nada que me divierta más que escandalizar a Kitty Alec.

—Por cierto, papá —dijo Rilla—, voy a ocupar el puesto de Jack Flagg en la tienda de su padre durante un mes. Hoy le he prometido que lo haría, si a ti no te parecía mal. Así él podrá ayudar a los

granjeros a recoger la cosecha. No creo que yo sirviera de mucho en un campo de siega, aunque muchas chicas sí sirven, pero puedo dejar libre a Jack mientras hago su trabajo. Jims ya no da mucha guerra durante el día, y por la noche siempre estaré en casa.

—¿Crees que te va a gustar pesar azúcar y alubias, y traficar con mantequilla y huevos? —dijo el doctor, con los ojos chispeantes.

—Seguramente no. Pero esa no es la cuestión. Es solo una manera de poner mi granito de arena.

Así que Rilla se puso detrás del mostrador del señor Flagg durante un mes, y Susan se metió en los campos de avena de Albert Crawford.

—Todavía valgo tanto como cualquiera de ellos —dijo con orgullo—. No hay hombre entre ellos que me gane a la hora de levantar una hacina. Cuando me ofrecí a ayudar, Albert puso cara de duda. «Me temo que el trabajo será demasiado duro para usted», dijo. «Pruébeme usted un día y verá», dije yo. «Haré todo lo condenadamente posible».

Los de Ingleside guardaron silencio un instante. Aquel silencio significaba que les parecía admirable el coraje de Susan al «salir a trabajar a jornal». Pero Susan malinterpretó aquel silencio, y su cara curtida por el sol enrojeció.

—Este hábito de jurar parece que se me está pegando, mi querida señora doctora —dijo con aire de disculpa—. ¡Y pensar que lo estoy adquiriendo a mis años! Es un ejemplo pésimo para las muchachas jóvenes. Tengo para mí que viene de leer tanto los periódicos. Están tan llenos de juramentos, y encima ya ni siquiera los escriben con asteriscos, como se hacía en mis tiempos de joven. Esta guerra está desmoralizando a todo el mundo.

Susan, de pie sobre una carga de grano, con el pelo gris azotado por la brisa y la falda recogida hasta las rodillas por seguridad y comodidad —nada de pantalones de peto para Susan, faltaría más—, no era ni una figura hermosa ni romántica; pero el mismo

espíritu que animaba sus brazos enjutos era el que había tomado la cresta de Vimy y contenido a las legiones alemanas ante Verdún.

Sin embargo, no es nada probable que fuera esa consideración la que más impresionó al señor Pryor cuando pasó en coche una tarde y vio a Susan lanzando gavillas con tanto brío.

«Mujer de provecho, esa —reflexionó—. Todavía vale por dos de muchas más jóvenes. Podría elegir peor; sí, podría elegir peor. Si Milgrave vuelve vivo, perderé a Miranda, y un ama de llaves a sueldo cuesta más que una esposa, y puede dejar a un hombre en la estacada en cualquier momento. Me lo pensaré».

Una semana después, la señora Blythe, que volvía del pueblo ya avanzada la tarde, se detuvo en la verja de Ingleside presa de un asombro que por un instante la dejó sin capacidad de moverse. Ante sus ojos se desplegaba una escena extraordinaria. Doblando la esquina de la cocina irrumpió el señor Pryor, corriendo como el orondo y pomposo señor Pryor no corría desde hacía años, con el terror pintado en cada rasgo de la cara: un terror bien justificado, pues detrás de él, como un destino vengador, venía Susan, empuñando una enorme olla de hierro humeante, con una expresión en los ojos que no auguraba nada bueno al objeto de su indignación, si llegaba a alcanzarlo. Perseguidora y perseguido cruzaron el césped a la carrera. El señor Pryor llegó a la verja unos pasos por delante de Susan, la abrió de un tirón y huyó camino abajo, sin dedicar ni una mirada a la dama de Ingleside, que se había quedado petrificada.

—Susan —exclamó Ana, sin aliento.

Susan detuvo su loca carrera, dejó la olla en el suelo y agitó el puño en dirección al señor Pryor, que no había dejado de correr, convencido, sin duda, de que Susan seguía dándole caza a todo correr.

—Susan, ¿qué significa esto? —exigió saber Ana, con cierta severidad.

—Con razón lo pregunta, mi querida señora doctora —respondió Susan, furiosa—. No me había disgustado tanto en años. Ese... ese... ese pacifista ha tenido el descaro de venir hasta aquí y, en mi propia cocina, pedirme que me *casara con él*. ¡Con él nada menos!

Ana contuvo una carcajada.

—¡Pero, Susan! ¿No podrías haber encontrado una... bueno, una forma menos espectacular de rechazarlo? Piensa en el chismorreo que se habría armado si alguien hubiera pasado por aquí y hubiera visto semejante número.

—Tiene usted toda la razón, mi querida señora doctora. No se me ocurrió, porque ya había perdido por completo la capacidad de pensar con sensatez. Estaba ciega de rabia, ni más ni menos. Entre en casa y se lo contaré todo.

Susan recogió la olla y entró en la cocina a paso marcial, todavía temblando de indignación. Dejó la olla sobre el fogón con un golpe rabioso.

—Espere un momento, que voy a abrir todas las ventanas para airear bien esta cocina, mi querida señora doctora. Ya está, así mejor. Y también tengo que lavarme las manos, porque le di la mano a Barbas-en-la-Luna cuando entró, que no es que yo quisiera, pero cuando me tendió su mano gorda y grasienta no supe qué otra cosa hacer en el momento. Acababa de terminar la limpieza de la tarde y, gracias sean dadas, todo relucía impecable; y pensé yo: «ahora que el tinte está hirviendo, voy a coger los trapos para las alfombras y los dejo bien despachados antes de la cena». Justo entonces cayó una sombra sobre el suelo, y al levantar la vista vi a Barbas-en-la-Luna de pie en la puerta, endomingado y con aspecto de recién almidonado y planchado. Le di la mano, como queda dicho, mi querida señora doctora, y le dije que usted y el doctor habían salido los dos. Pero él dijo:

«He venido a verla a *usted*, señorita Baker».

—Me quedé de una pieza, porque no se me pasó por la cabeza ni remotamente cuál era su intención, y no lograba imaginar qué

quería de mí. Pero le pedí que se sentara, por no faltar a mis modales, y luego me quedé de pie justo en medio de la cocina, mirándolo con todo el desprecio que pude reunir. A pesar de su desfachatez, aquello pareció desconcertarlo un poco; pero enseguida empezó a intentar echarme miradas tiernas con esos ojillos de cerdo que tiene, y de repente se me pasó por la cabeza una sospecha espantosa. Algo me decía, mi querida señora doctora, que estaba a punto de recibir mi primera proposición de matrimonio. Siempre he pensado que me gustaría tener al menos una petición de mano que rechazar, para poder mirar a la cara a las demás mujeres, pero no me oirá usted presumir de *esta*. La considero un insulto, y si hubiera sabido cómo impedirla, lo habría hecho. Pero en aquel momento, mi querida señora doctora, ya verá usted que me hallaba en desventaja, pues me cogió completamente por sorpresa. *Algunos* hombres, según me han dicho, consideran de buen tono un pequeño cortejo preliminar antes de una proposición, aunque solo sea para avisar de sus intenciones con tiempo; pero Barbas-en-la-Luna probablemente pensó que, para *mí*, a falta de pan buenas son tortas, y que me faltaría tiempo para aceptarlo. Pues bien, ya está desengañado; sí, ya está desengañado, mi querida señora doctora. Me pregunto si habrá dejado ya de correr.

—Entiendo que no te sientas halagada, Susan. Pero ¿no *podrías* haberlo rechazado con un poco más de delicadeza, en lugar de echarlo de la finca de esa manera?

—Bueno, puede que sí hubiera podido, mi querida señora doctora, y esa era mi intención, pero un comentario suyo me exasperó más allá de lo que mi paciencia podía soportar. De no ser por eso, no lo habría perseguido con la olla de tinte, aunque, por supuesto, jamás se me habría pasado por la cabeza aceptarlo. Le contaré toda la entrevista de cabo a rabo. Barbas se sentó, como ya he dicho, y justo a su lado, en otra silla, estaba tumbado Doc. El animal fingía estar dormido, pero yo sabía muy bien que no lo estaba, porque llevaba todo el día siendo Hyde, y Hyde nunca duerme. Por cierto, mi querida señora doctora, ¿ha notado usted que últimamente ese gato es Hyde mucho más a menudo que Jekyll? Cuantas más

victorias gana Alemania, más *Hyde* se vuelve. Le dejo a usted sacar sus propias conclusiones de eso. Supongo que Barbas pensó que se ganaría mis simpatías alabando al bicho, sin sospechar siquiera cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia él, así que sacó su mano regordeta y le acarició el lomo a Mr. Hyde. «Qué gato tan simpático», dijo. El gato tan simpático se le echó encima y lo mordió. Después soltó un maullido espantoso y salió disparado por la puerta. Barbas se quedó mirándolo, atónito. «Vaya bicho más raro», dijo. Coincidió con él en *eso*, pero no estaba dispuesta a que se me notara. Además, ¿qué derecho tenía él a llamar bicho a *nuestro* gato? «Bicho o no bicho», dije yo, «lo que sí sabe es distinguir a un canadiense de un huno». ¡Cualquiera habría pensado, ¿no es verdad, mi querida señora doctora?, que con una indirecta como esa tendría bastante! Pero no le caló más hondo que la piel. Lo vi acomodarse bien a gusto, como para una larga charla, y pensé yo: «si algo se avecina, más vale que llegue pronto y se acabe, porque con todos estos trapos por teñir antes de la cena no tengo tiempo que perder en galanteos», así que hablé sin rodeos. «Si tiene usted algo en particular que discutir conmigo, señor Pryor, le agradecería que lo dijera sin más pérdida de tiempo, porque esta tarde estoy muy ocupada». Me miró todo radiante desde el centro de aquella orla de patillas rojizas, y dijo: «Es usted una mujer práctica, y estoy de acuerdo con usted. No tiene sentido perder el tiempo andándose por las ramas. He venido hoy aquí a pedirle que se case conmigo». Y ahí lo tiene, mi querida señora doctora. Por fin tenía una proposición, después de esperarla sesenta y cuatro años.

—Me limité a fulminar con la mirada a aquella criatura presuntuosa y le dije: «No me casaría con usted aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, Josiah Pryor. Ahí tiene mi respuesta, y ya puede llevársela sin más dilación». Nunca ha visto usted a un hombre tan desconcertado como se quedó él, mi querida señora doctora. Estaba tan pasmado que soltó la verdad sin querer. «Vaya, pensé que se alegraría usted de tener por fin ocasión de casarse», dijo. Ahí fue cuando perdí los estribos, mi querida señora doctora. ¿No cree usted que tenía yo buena disculpa, cuando un

huno y un pacifista me dirigían semejante insolencia? «Fuera», troné, y agarré sin más aquella olla de hierro. Vi claramente que pensaba que me había vuelto loca de repente, y supongo que consideró que una olla de hierro llena de tinte hirviendo era un arma peligrosa en manos de una lunática. Sea como fuere, se marchó, y sin pararse en ceremonias, como usted misma pudo comprobar. Y no creo que volvamos a verlo por aquí pidiéndonos la mano en mucho tiempo. No, me parece que ha aprendido que hay al menos una mujer soltera en Glen St. Mary que no tiene el menor deseo de convertirse en la señora Barbas-en-la-Luna.

CAPÍTULO 27. LA ESPERA

Ingleside,

1 de noviembre de 1917

Es noviembre, y el Glen está todo gris y pardo, salvo donde los álamos de Lombardía se yerguen aquí y allá como grandes antorchas doradas en el paisaje sombrío, aunque todos los demás árboles han perdido ya sus hojas. Nos ha costado mucho últimamente mantener vivo el ánimo. El desastre de Caporetto es algo terrible, y ni siquiera Susan logra sacar mucho consuelo del estado actual de las cosas. Los demás ni lo intentamos. Gertrude no deja de repetir, desesperada: «No *deben* quedarse con Venecia... *no* deben quedarse con Venecia», como si repitiéndolo tantas veces pudiera impedirlo. Pero no veo qué puede impedirles quedarse con Venecia. Sin embargo, como no deja de señalar Susan, al parecer tampoco había nada que les impidiera llegar a París en 1914, y sin embargo no llegaron, y ella asegura que tampoco se quedarán con Venecia. Ay, cuánto espero y ruego que así sea: Venecia, la hermosa reina del Adriático. Aunque nunca la he visto, siento por ella lo mismo que sintió Byron —siempre la he querido—: para mí siempre ha sido «una ciudad de hadas del corazón». Puede que el cariño que le tengo me lo contagiara Walter, que la adoraba. Ver Venecia fue siempre uno de sus sueños. Recuerdo que una vez planeamos —allá abajo, en el Valle del Arco Iris, una tarde justo antes de que estallara la guerra— que algún día iríamos juntos a verla y navegaríamos en góndola por sus calles iluminadas por la luna.

Cada otoño, desde que empezó la guerra, ha caído sobre nuestras tropas algún golpe terrible: Amberes en 1914, Serbia en 1915, el otoño pasado Rumanía, y ahora Italia, el peor de todos. Creo que me rendiría a la desesperación si no fuera por lo que decía Walter en su última y querida carta: que «los muertos, igual que los vivos, luchan de nuestro lado, y un ejército así no puede ser vencido». No, no *puede*. Al final *venceremos*. No dudaré de ello ni un instante. Dejarme dudar sería «faltar a la fe».

Últimamente hemos hecho una campaña furibunda por el nuevo Empréstito de la Victoria. Las de la Cruz Roja Juvenil hicimos una ronda concienzuda y conseguimos convencer a varios clientes duros de pelar que al principio se habían negado en redondo a invertir. Yo... hasta yo... me enfrenté a Barbas-en-la-Luna. Esperaba pasarlo mal y llevarme una negativa. Pero, para mi asombro, se mostró de lo más complaciente y prometió allí mismo comprar un bono de mil dólares. Será pacifista, pero sabe reconocer una buena inversión cuando se la ponen delante. El cinco y medio por ciento es el cinco y medio por ciento, aunque lo pague un gobierno militarista.

Papá, para picar a Susan, dice que fue su discurso en la reunión de la Campaña del Empréstito de la Victoria lo que convirtió al señor Pryor. No me parece nada probable, porque el señor Pryor lleva desde su inequívoco rechazo a las galanterías de él mostrándose muy amargado con Susan en público. Pero lo cierto es que Susan sí pronunció un discurso, y el mejor de toda la reunión. Era la primera vez que hacía algo así, y jura que será la última. Todo el Glen estaba en la reunión, y se pronunciaron bastantes discursos, pero, no se sabe por qué, las cosas estaban un poco apagadas y no se conseguía despertar ningún entusiasmo especial. A Susan le consternó aquella falta de fervor, porque llevaba tiempo ardiendo en deseos de que la Isla superara con creces su cupo. No paraba de susurrarnos con rabia a Gertrude y a mí que los discursos no tenían «chispa»; y cuando, al final, nadie se adelantó a suscribir el empréstito, Susan «perdió la cabeza». Al menos, así lo cuenta ella misma. Se puso en pie de un salto, con el rostro adusto y decidido bajo la capota —Susan es la única mujer de Glen St. Mary que

todavía lleva capota— y dijo, sarcástica y a voz en grito: «No cabe duda de que sale mucho más barato *hablar* de patriotismo que *pagarlo*. Y, claro está, lo que pedimos es una *limosna*: ¡les pedimos que nos presten su dinero de balde! ¡No cabe duda de que el káiser se llevará un buen disgusto cuando se entere de esta reunión!»

Susan tiene la firme convicción de que los espías del káiser — representados, sin duda, por el señor Pryor— le informan sin demora de todo lo que ocurre en nuestro Glen.

Norman Douglas gritó: «¡Eso! ¡Eso!», y un muchacho del fondo dijo: «¿Y qué me dice de Lloyd George?», en un tono que a Susan no le gustó nada. Lloyd George es su héroe predilecto, ahora que Kitchener ya no está.

—Yo apoyo a Lloyd George a pies juntillas —replicó Susan.

—Supongo que eso le levantará mucho la moral —dijo Warren Mead con una de sus desagradables «ja, ja».

El comentario de Warren fue la chispa en el polvorín. Susan sencillamente «se lanzó», como dice ella, y «soltó lo que tenía que soltar». Y lo hizo notablemente bien, además. A *su* discurso, desde luego, no le faltó «chispa». Cuando Susan se calienta tiene un talento oratorio nada desdeñable, y el modo en que puso en su sitio a aquellos hombres fue a un tiempo gracioso, admirable y eficaz. Dijo que eran las mujeres como ella, millones como ella, las que *sí* apoyaban a Lloyd George y las que *sí* le levantaban la moral. Ese fue el tema central de su discurso. ¡Querida Susan! Es un auténtico dinamo de patriotismo, lealtad y desprecio hacia los gandules de toda clase, y cuando lo soltó todo sobre aquel público en un único arrebató grandioso, lo electrizó. Susan siempre jura que no es sufragista, pero aquella noche le hizo justicia al sexo femenino, y literalmente dejó acobardados a esos hombres. Cuando terminó con ellos, estaban dispuestos a comer de su mano. Remató ordenándoles —sí, ordenándoles— que subieran de inmediato a la tarima a suscribir Bonos de la Victoria. Y, tras una salva de aplausos, la mayoría lo hizo, hasta Warren Mead. Cuando al día siguiente salió

en los diarios de Charlottetown la suma total suscrita, resultó que el Glen encabezaba todos los distritos de la Isla, y desde luego el mérito es de Susan. Ella misma, al volver a casa aquella noche, se sintió bastante avergonzada y, por lo visto, temió haber incurrido en una conducta impropia de una mujer soltera: le confesó a mamá que había estado «un poco impropia de una señorita».

Esta noche salimos todos —menos Susan— a dar una vuelta de prueba en el automóvil nuevo de papá. Y fue un paseo muy agradable, la verdad, aunque acabamos ingloriosamente en la cuneta por culpa de cierta vieja adusta —a saber, la señorita Elizabeth Carr, del Upper Glen—, que se *negó* en redondo a apartar su caballo para dejarnos pasar, por mucho que tocáramos la bocina. Papá se puso furioso; pero, en el fondo, creo que estaba de parte de la señorita Elizabeth. Si yo hubiera sido una señora soltera, viajando tranquilamente tras mi vieja jaca, libre de toda meditación conyugal, tampoco habría movido las riendas cuando un coche impertinente se pusiera a pitar escandalosamente a mi espalda. Me habría quedado sentada, tan huraña como ella, y habría dicho: «Métanse en la cuneta si están tan empeñados en pasar».

Y en la cuneta *acabamos* —hundidos hasta los ejes en la arena— y allí nos quedamos, hechos unos necios, mientras la señorita Elizabeth chascaba la lengua a su caballo y se alejaba traqueteando, victoriosa, calle abajo.

Jem se va a reír cuando se lo cuente por carta. Conoce a la señorita Elizabeth de toda la vida.

¿Pero se salvará... Venecia?

19 de noviembre de 1917

Todavía no está a salvo: sigue en grave peligro. Pero los italianos por fin están plantando cara en la línea del Piave. Ciertamente es que los expertos militares dicen que no podrán resistir de ningún modo y que tendrán que retirarse al Adigio. Pero Susan, Gertrude y yo decimos que *tienen* que resistir, porque Venecia tiene que salvarse, así que ¿qué le vamos a hacer a los expertos militares?

¡Ay, si al menos pudiera creer que *pueden* resistir!

Nuestras tropas canadienses han logrado otra gran victoria: han tomado por asalto la cresta de Passchendaele y la han mantenido contra todos los contraataques. Ninguno de nuestros chicos estuvo en la batalla, pero, ay, ¡qué lista de bajas la de los chicos de los demás! Joe Milgrave estuvo en ella, pero salió sano y salvo. Miranda pasó unos días muy malos hasta que tuvo noticias suyas. Pero es maravilloso cómo ha florecido Miranda desde que se casó. Ya no es la misma muchacha en absoluto. Hasta los ojos parecen habersele oscurecido y ahondado, aunque supongo que es solo porque le brillan con la mayor intensidad que le ha llegado. Trae a su padre a mal traer de una manera asombrosa; iza la bandera cada vez que se toma un metro de trinchera en el frente occidental; viene con regularidad a nuestra Cruz Roja Juvenil; y se da —sí, se da— unos airecillos de «mujer casada» que hacen mucha gracia. Pero es la única novia de guerra del Glen, y desde luego a nadie hay que reprocharle la satisfacción que le saca.

Las noticias de Rusia también son malas: ha caído el gobierno de Kerensky y Lenin es dictador de Rusia. No sé cómo, cuesta mucho mantener el ánimo en la sorda desesperanza de estos días grises de otoño, entre la incertidumbre y los presagios. Pero empezamos a «ponernos nerviosos», como dice el viejo Sandy de las Tierras Altas, por las próximas elecciones. El servicio obligatorio es la verdadera cuestión en juego, y van a ser las elecciones más emocionantes que hayamos tenido nunca. Todas las mujeres «que ya tienen la edá» —por citar a Jo Poirier— y que tienen maridos, hijos o hermanos en el frente pueden votar. ¡Ay, si al menos tuviera veintiún años! Gertrude y Susan están las dos furiosas porque no pueden votar.

—No es justo —dice Gertrude con vehemencia—. Ahí está Agnes Carr, que puede votar porque su marido se alistó. Hizo todo lo posible por impedir que se fuera, y ahora va a votar *en contra* del Gobierno de Unión. ¡Y sin embargo *yo* no tengo voto, porque mi hombre, el que está en el frente, es solo mi novio y no mi marido!

En cuanto a Susan, cuando repara en que *ella* no puede votar, mientras que un pacifista redomado como el señor Pryor sí puede — y *va* a hacerlo—, sus comentarios son puro azufre.

De verdad que me dan lástima los Elliott, los Crawford y los MacAllister del otro lado del puerto. Siempre han estado alineados en dos bandos bien definidos, liberales y conservadores, y ahora se han soltado de sus amarras —ya sé que estoy mezclando las metáforas de un modo espantoso— y quedan a la deriva sin remedio. A algunos de esos viejos *grits* les va a costar la vida votar por el bando de Sir Robert Borden, y sin embargo tienen que hacerlo porque creen que ha llegado la hora de imponer el servicio obligatorio. Y algunos pobres *tories* contrarios al servicio obligatorio tienen que votar por Laurier, que siempre ha sido para ellos poco menos que un anatema. Algunos se lo toman francamente a pecho. Otros parecen encontrarse más o menos en la misma actitud en que ha acabado la señora Marshall Elliott respecto a la Unión de las Iglesias.

Anoche vino a vernos. Ya no viene tan a menudo como antes. Se está haciendo demasiado mayor para venir hasta tan lejos: la querida «señorita Cornelia» de siempre. Me duele pensar que se hace vieja: siempre la hemos querido tanto, y siempre ha sido tan buena con nosotros, los pequeños de Ingleside.

Antes se oponía con toda su alma a la Unión de las Iglesias. Pero anoche, cuando papá le dijo que la cosa estaba ya prácticamente decidida, dijo en tono resignado:

—Bueno, en un mundo donde todo se está desgarrando y haciendo pedazos, ¿qué más da un desgarrón más? Total, comparados con los alemanes, hasta los metodistas me resultan atractivos.

Nuestra Cruz Roja Juvenil sigue funcionando sin sobresaltos, a pesar de que Irene ha vuelto a ella, por lo visto tras reñir con la sociedad de Lowbridge. En la última reunión me soltó una pulla de lo más dulce: que me reconocía al otro lado de la plaza, en

Charlottetown, «por mi sombrero de terciopelo verde». Lo cierto es que todo el mundo me *reconoce* por ese sombrero detestable y detestado. Esta será mi cuarta temporada con él. Hasta mamá quería que me comprara uno nuevo este otoño; pero yo dije que no. Mientras dure la guerra, seguiré llevando ese sombrero de terciopelo en invierno.

23 de noviembre de 1917

La línea del Piave sigue resistiendo, y el general Byng ha logrado una espléndida victoria en Cambrai. Por eso *sí* icé la bandera; pero Susan solo dijo: «Esta noche voy a poner un cazo de agua al fuego en la cocina. He notado que al pequeño Kitchener siempre le da un ataque de crup después de cualquier victoria británica. Espero de veras que no tenga sangre progermana en las venas. Nadie sabe gran cosa de la familia de su padre».

Jims ha tenido este otoño algún que otro ataque de crup, el crup corriente, nada que ver con aquella cosa terrible que tuvo el año pasado. Pero, sea cual sea la sangre que corre por sus venecillas, es sangre buena y sana. Está sonrosado, rollizo, con sus rizos, y es una monada; y dice unas cosas tan graciosas y hace unas preguntas tan cómicas. Le encanta sentarse en una silla especial de la cocina; pero resulta que esa es también la silla favorita de Susan, y cuando ella la quiere, Jims tiene que levantarse. La última vez que lo echó de ella, el niño se dio la vuelta y preguntó muy solemne: «Cuando tú te mueras, Susan, ¿podré sentarme yo en esa silla?». A Susan le pareció espantoso, y creo que fue entonces cuando empezó a inquietarle su posible linaje. La otra noche llevé a Jims a dar un paseo hasta la tienda. Era la primera vez que salía tan tarde, y al ver las estrellas exclamó: «¡Ay, Lilla, mira la luna grande y *todas las lunitas!*!». Y el miércoles pasado por la mañana, al despertarse, resulta que mi despertador se había parado porque se me había olvidado darle cuerda. Jims salió disparado de su cuna y vino corriendo hacia mí, con la carita horrorizada asomando por encima de su pijamita de franela azul. «El reloj se ha muerto», jadeó, «ay, Lilla, el reloj se ha muerto».

Una noche se enfadó muchísimo con Susan y conmigo porque no quisimos darle una cosa que él quería muchísimo. Cuando rezó sus oraciones se dejó caer de rodillas hecho una furia, y al llegar a la petición de «hazme un niño bueno» añadió con énfasis: «y por favor haz buenas a Lilla y a Susan, porque *no* lo son».

No ando por ahí repitiéndole a todo el mundo las cosas que dice Jims. ¡Me aburre soberanamente cuando lo hacen otras personas! ¡Yo me limito a guardarlas como reliquia en este viejo revoltijo de diario!

Esta misma tarde, mientras acostaba a Jims, me miró y me preguntó muy serio: «¿Por qué no puede volver el ayer, Lilla?».

Ay, ¿por qué no puede, Jims? Aquel hermoso «ayer» de sueños y risas: cuando nuestros chicos estaban en casa, cuando Walter y yo leíamos y paseábamos y mirábamos juntos las lunas nuevas y las puestas de sol en el Valle del Arco Iris. ¡Si al menos pudiera volver! Pero los ayeres nunca vuelven, pequeño Jims; los días de hoy están oscurecidos de nubes, y no nos atrevemos siquiera a pensar en los de mañana.

11 de diciembre de 1917

Hoy han llegado noticias maravillosas. Ayer las tropas británicas tomaron Jerusalén. Izamos la bandera, y por un momento volvió a Gertrude parte de su antiguo brillo. «Al fin y al cabo —dijo—, merece la pena vivir en los días en que se ve alcanzado el objetivo de las Cruzadas. Los fantasmas de todos los viejos cruzados deben de haberse agolpado anoche en las murallas de Jerusalén, con Ricardo Corazón de León a la cabeza».

Susan también tenía motivos de satisfacción.

—Doy gracias de poder pronunciar Jerusalén y Hebrón —dijo—. ¡Me producen una sensación de lo más reconfortante después de Przemyśl y Brest-Litovsk! Bueno, al menos hemos puesto a los turcos a correr, Venecia está a salvo y a lord Lansdowne no hay que tomárselo en serio; así que no veo motivo para desanimarnos.

¡Jerusalén! La «bandera meteoro de Inglaterra» ondea sobre ti: la Media Luna ha desaparecido. ¡Cómo se habría emocionado Walter con esto!

18 de diciembre de 1917

Ayer se celebraron las elecciones. Por la tarde, mamá, Susan, Gertrude y yo nos reunimos en la sala de estar y esperamos sin aliento, mientras papá había bajado al pueblo. No teníamos manera de enterarnos de las noticias, porque la tienda de Carter Flagg no está en nuestra línea, y cuando intentábamos comunicar, la Central siempre respondía que la línea «estaba ocupada»: y sin duda lo estaba, porque todo el mundo en varios kilómetros a la redonda intentaba comunicar con la tienda de Carter por el mismo motivo que nosotras.

Hacia las diez, Gertrude fue al teléfono y dio la casualidad de que pilló a alguien del otro lado del puerto hablando con Carter Flagg. Gertrude escuchó sin ningún pudor, y sacó de ello, para su consuelo, lo que proverbialmente se supone que sacan los que escuchan a escondidas: a saber, una noticia desagradable; el Gobierno de Unión había «no conseguido nada» en el Oeste.

Nos miramos unas a otras consternadas. Si el Gobierno no había logrado ganar el Oeste, estaba derrotado.

—Canadá queda deshonrada a los ojos del mundo —dijo Gertrude con amargura.

—Si todo el mundo fuera como los Mark Crawford, del otro lado del puerto, esto no habría pasado —gimió Susan—. *Ellos* encerraron esta mañana a su tío en el granero y no lo dejaron salir hasta que prometió votar por la Unión. A eso es a lo que yo llamo un argumento eficaz, mi querida señora doctora.

Gertrude y yo no pudimos descansar en absoluto después de aquello. Nos paseamos de un lado a otro hasta que las piernas nos flaquearon y tuvimos que sentarnos por fuerza. Mamá siguió haciendo punto con la regularidad de un reloj y fingió estar tranquila y serena: fingió tan bien que todas nos dejamos engañar, y hasta le

tuvimos envidia, hasta el día siguiente, cuando la sorprendí deshaciendo diez centímetros de su calcetín. ¡Había tejido esa distancia de más pasado el punto donde debía empezar el talón!

Eran las doce cuando por fin volvió papá. Se quedó de pie en la puerta y nos miró, y nosotras lo miramos a él. No nos atrevimos a preguntarle qué noticias había. Entonces dijo que había sido Laurier quien «no había conseguido nada» en el Oeste, y que el Gobierno de Unión había entrado con una mayoría aplastante. Gertrude dio una palmada. A mí me entraron ganas de reír y de llorar a la vez, a mamá le brillaron los ojos con aquel antiguo fulgor estrellado, y Susan soltó un sonido extraño, a medio camino entre un jadeo y un alarido de júbilo.

—Esto no le va a servir de mucho consuelo al káiser —dijo.

Luego nos fuimos a la cama, pero estábamos demasiado nerviosas para dormir. La verdad es que, como dijo Susan muy solemne esta mañana: «Mi querida señora doctora, creo que la política es demasiado extenuante para las mujeres».

31 de diciembre de 1917

Ha pasado nuestra cuarta Navidad de guerra. Estamos intentando reunir algo de valor con que enfrentarnos a otro año de lo mismo. Alemania ha sido, en su mayor parte, la vencedora durante todo el verano. Y ahora dicen que tiene ya listas todas sus tropas del frente ruso para una «gran ofensiva» en primavera. A veces me parece que no vamos a poder sobrevivir al invierno esperando eso.

Esta semana me llegó un buen fajo de cartas de ultramar. Shirley está ahora también en el frente, y escribe de todo ello con la misma frialdad y sencillez con que antes escribía sobre el fútbol en Queen's. Carl escribió que llevaba semanas lloviendo, y que las noches en las trincheras siempre le recuerdan a aquella noche de hace tiempo en que hizo penitencia en el cementerio por huir del fantasma de Henry Warren. Las cartas de Carl siempre están llenas de bromas y ocurrencias. La noche antes de escribir habían tenido una gran cacería de ratas —ensartándolas con las bayonetas— y él consiguió

la mejor pieza y se llevó el premio. Tiene una rata amaestrada que lo conoce y que duerme en su bolsillo por la noche. A Carl las ratas no le preocupan como a otros: siempre ha sido amigo de todos los bichitos. Dice que está estudiando las costumbres de la rata de trinchera y que algún día piensa escribir un tratado sobre el tema que lo hará famoso.

Ken escribió una carta corta. Todas sus cartas son bastante cortas ahora, y no *suele* deslizar ya esas queridas frasecitas repentinas que tanto me gustan. A veces pienso que se ha olvidado por completo de aquella noche en que vino a despedirse; y luego aparece una simple línea, una simple palabra, que me hace pensar que se acuerda y que siempre se acordará. Por ejemplo, la carta de hoy no tenía nada que no pudiera habérsele escrito a cualquier otra chica, salvo que firmó como «Tu Kenneth», en vez de «Tuyo, Kenneth», como suele hacer. Y ahora, ¿*lo hizo* aposta, o fue solo un descuido? Me voy a pasar media noche despierta dándole vueltas. Ya es capitán. Me alegro y me siento orgullosa... y sin embargo «capitán Ford» suena tan espantosamente lejano y encumbrado. «Ken» y «el capitán Ford» parecen dos personas distintas. *Puede* que esté prácticamente prometida con Ken —la opinión de mamá sobre ese punto es mi sostén y mi baluarte—, pero *¡no puedo* estarlo con «el capitán Ford»!

Y Jem ya es teniente: se ganó el ascenso en el propio campo de batalla. Me mandó una instantánea, tomada con su uniforme nuevo. Se le veía delgado y viejo, *viejo*, a Jem, mi hermano, todavía un muchacho. No puedo olvidar la cara que puso mamá cuando se la enseñé. «¿*Ese...* mi pequeño Jem, el bebé de la vieja casa de ensueño?», fue todo lo que dijo.

También había una carta de Faith. Está haciendo trabajo de enfermera voluntaria en Inglaterra, y escribe con esperanza y buen ánimo. Creo que casi es feliz: vio a Jem en su último permiso, y está tan cerca de él que podría acudir a su lado si lo hirieran. Eso significa muchísimo para ella. ¡Ay, si al menos estuviera yo con ella! Pero mi trabajo está aquí, en casa. Sé que Walter no habría querido

que dejara sola a mamá, y en todo intento «guardar la fe» con él, hasta en los pequeños detalles de la vida diaria. Walter murió por Canadá: yo tengo que vivir por ella. Eso es lo que me pidió que hiciera.

28 de enero de 1918

«Voy a anclar mi alma azotada por la tormenta a la flota británica, y voy a hacer una tanda de panecillos de salvado», le dijo hoy Susan a la prima Sophia, que había venido con no sé qué extraño cuento sobre un submarino nuevo e invencible que Alemania acababa de botar. Pero Susan anda estos días bastante disgustada, por culpa de las normas sobre cocina. Su lealtad al Gobierno de Unión está sufriendo una dura prueba. La primera embestida la superó con gallardía. Cuando llegó la orden sobre la harina, Susan dijo, bastante animada,

—Soy como el perro viejo al que le cuesta aprender trucos nuevos, pero aprenderé a hacer pan de guerra si con eso ayudo a derrotar a los hunos.

Pero las sugerencias posteriores le sentaron fatal a Susan. De no haber sido por el decreto de papá, creo que se habría burlado abiertamente de Sir Robert Borden.

—¡Eso de hacer ladrillos sin paja, mi querida señora doctora! ¿Cómo quieren que haga un bizcocho sin mantequilla ni azúcar? No se puede hacer, no un bizcocho que sea de verdad un bizcocho. Claro que se puede hacer una *torta*, mi querida señora doctora. ¡Y ni siquiera lo podemos camuflachear con un poco de glaseado! ¡Pensar que he tenido que vivir para ver el día en que un gobierno de Ottawa se meta en *mi* cocina y me imponga el racionamiento!

Susan daría la última gota de su sangre por su «rey y su patria», pero renunciar a sus queridas recetas es un asunto muy distinto y mucho más grave.

También tuve cartas de Nan y de Di, o más bien notas. Andan demasiado ocupadas para escribir cartas como Dios manda, porque se les echan encima los exámenes. Esta primavera se licenciarán en

Letras. Por lo visto, a mí me toca ser la tonta de la familia. Pero es que nunca sentí ningún ansia de hacer una carrera universitaria, y ni siquiera ahora me atrae. Me temo que soy bastante poco ambiciosa. Solo hay *una cosa* que de verdad quiero ser, y no sé si llegaré a serlo algún día o no. Si no lo consigo, no quiero ser *nada*. Pero no pienso escribirlo aquí. Está bien pensarlo; pero, como diría la prima Sophia, escribirlo podría ser una osadía.

Sí que voy a escribirlo. ¡No pienso dejarme acobardar por las convenciones ni por la prima Sophia! ¡Quiero ser la esposa de Kenneth Ford! ¡Ea, ya está!

Acabo de mirarme al espejo, y no tenía ni rastro de rubor en la cara. Supongo que no estoy hecha como es debido para ser una damisela.

Hoy fui a ver al perrito Monday. Se ha quedado bastante envarado y reumático, pero allí estaba, sentado, esperando el tren. Golpeó el suelo con el rabo y me miró a los ojos suplicante. «¿Cuándo va a venir Jem?», parecía estar preguntando. Ay, perro Monday, no hay respuesta a esa pregunta; y tampoco hay todavía respuesta a la otra que todas nos hacemos constantemente: «¿qué va a pasar cuando Alemania vuelva a atacar en el frente occidental, ese único, grande y último golpe por la victoria!».

1 de marzo de 1918

—¿Qué traerá la primavera? —dijo Gertrude hoy—. Lo temo como nunca antes había temido la primavera. ¿Creen ustedes que *alguna* vez volverá a haber un tiempo en que la vida esté libre de miedo? Durante casi cuatro años nos hemos acostado con el miedo y nos hemos levantado con él. Ha sido el invitado no invitado en cada comida, el compañero indeseado en cada reunión.

—Hindenburg dice que estará en París el primero de abril —suspiró la prima Sophia.

«¡Hindenburg!» No hay tinta ni pluma capaces de expresar el desprecio que Susan puso en ese nombre. «¿Es que se ha olvidado de qué día es el primero de abril?».

—Hindenburg ha cumplido su palabra hasta ahora —dijo Gertrude, con la misma pesadumbre con que la habría dicho la propia prima Sophia.

—Sí, luchando contra rusos y rumanos —replicó Susan—. Espera a que se las vea con los británicos y los franceses, por no hablar de los yanquis, que están llegando tan rápido como pueden y que sin duda darán buena cuenta de sí mismos.

—Dijiste lo mismo justo antes de Mons, Susan —le recordé.

—Hindenburg dice que va a gastar un millón de vidas para romper el frente aliado —dijo Gertrude—. A ese precio *tiene* que comprarse algunos éxitos, y ¿cómo vamos a sobrevivir a *ellos*, aunque al final quede frustrado? Estos dos últimos meses, agazapadas y esperando a que caiga el golpe, se nos han hecho tan largos como todos los meses anteriores de la guerra juntos. Trabajo todo el día como una posesa y me despierto a las tres de la madrugada preguntándome si las legiones de hierro han atacado por fin. Ojalá no existiera una hora como las tres de la madrugada. Es entonces cuando veo a Hindenburg en París y a Alemania triunfante. Nunca la veo así a ninguna otra hora, solo a esa hora maldita.

A Susan no acabó de convencerle el adjetivo de Gertrude, pero, por lo visto, concluyó que no llegaba a ser una verdadera blasfemia, y dejó correr la cosa.

—Ojalá se pudiera tomar una especie de pócima mágica y quedarse dormida los tres próximos meses, y despertar y encontrarse con que el Armagedón ya ha pasado —dijo mamá, casi con impaciencia.

No es frecuente que mamá caiga en un deseo así, o, al menos, que lo exprese en voz alta. Mamá ha cambiado mucho desde aquel día terrible de septiembre en que supimos que Walter no volvería; pero siempre ha sido valiente y paciente. Ahora daba la impresión de que hasta ella había llegado al límite de su resistencia.

Susan se acercó a mamá y le tocó el hombro.

—No se asuste ni se desanime, mi querida señora doctora —dijo con dulzura—. Yo también me sentí un poco así anoche, y me levanté de la cama, encendí la lámpara y abrí la Biblia; ¿y a que no adivina qué versículo fue el primero en el que se posaron mis ojos? Decía: «Pelearán contra ti, mas no te vencerán, porque yo estoy contigo para librarte, dice Jehová de los ejércitos». Yo no tengo el don de los sueños, como lo tiene la señorita Oliver, pero allí mismo supe, mi querida señora doctora, que era una señal manifiesta, y que Hindenburg nunca verá París. Así que no seguí leyendo, sino que volví a la cama, y no me desperté a las tres ni a ninguna otra hora antes del amanecer.

Yo también me repito una y otra vez ese versículo que leyó Susan. El Señor de los ejércitos está con nosotros, y los espíritus de todos los justos ya perfeccionados, y hasta las legiones y los cañones que Alemania está concentrando en el frente occidental *tienen* que estrellarse contra semejante muralla. Esto, en ciertos momentos de exaltación; pero cuando llegan otros momentos, siento, igual que Gertrude, que ya *no puedo* soportar por más tiempo este silencio terrible y siniestro que precede a la tormenta que se avecina.

23 de marzo de 1918

¡Ha comenzado el Armagedón! «¡La última gran batalla de todas!» ¿Lo será, me pregunto? Ayer bajé a la oficina de correos a por el correo. Era un día triste y crudo. La nieve se había ido, pero la tierra gris y sin vida estaba dura de la helada, y soplaba un viento cortante. Todo el paisaje del Glen era feo y desesperanzador.

Luego cogí el periódico con sus grandes titulares en negrita. Alemania atacó el día veintiuno. Alardea de gran cantidad de cañones y prisioneros capturados. El general Haig informa de que «continúan los combates encarnizados». No me gusta nada cómo suena esa última expresión.

Todas nos damos cuenta de que no podemos hacer ningún trabajo que exija concentración mental. Así que hacemos punto furiosamente, porque eso sí podemos hacerlo de forma mecánica. Al

menos ya ha terminado la espera terrible, el horrible preguntarse dónde y cuándo caería el golpe. Ya *ha* caído; ipero no prevalecerán contra nosotros!

Ay, ¿qué estará pasando esta noche en el frente occidental, mientras yo escribo esto, aquí sentada en mi cuarto con el diario delante? Jims duerme en su cuna y el viento gime en torno a la ventana; sobre mi escritorio cuelga el retrato de Walter, que me mira con sus hermosos ojos profundos; a un lado tengo la Mona Lisa que me regaló la última Navidad que pasó en casa, y al otro, una copia enmarcada de «El Flautista». Me parece que puedo *oír* la voz de Walter recitándolo: ese poemita en el que puso toda su alma, y que por eso vivirá para siempre, llevando el nombre de Walter hacia el futuro de nuestra tierra. Todo a mi alrededor está tranquilo, apacible y «hogareño». Walter parece muy cerca de mí: si pudiera apartar el fino velo tembloroso que se interpone, podría *verlo...*, igual que *él* vio al Flautista de Hamelín la noche antes de Courcelette.

Allá en Francia esta noche: ¿*aguantará la línea?*

CAPÍTULO 28. DOMINGO NEGRO

En marzo del año de gracia de 1918 hubo una semana que debió de concentrar más agonía humana abrasadora que la que habían contenido jamás siete días en toda la historia del mundo. Y en aquella semana hubo un día en que la humanidad entera pareció clavada en la cruz; aquel día el planeta entero debió de gemir con una convulsión universal; por doquier desfallecía el corazón de los hombres de miedo.

Amaneció en Ingleside sereno, frío y gris. La señora Blythe, Rilla y la señorita Oliver se preparaban para ir a la iglesia con una zozobra templada de esperanza y confianza. El doctor estaba fuera, pues lo habían llamado de madrugada a casa de los Marwood, en Upper Glen, donde una joven novia de guerra luchaba con valentía en su propio campo de batalla por dar vida, no muerte, al mundo. Susan anunció que pensaba quedarse en casa aquella mañana, algo insólito en ella.

—Preferiría no ir a la iglesia esta mañana, mi querida señora doctora —explicó—. Si Barbas-en-la-Luna estuviera allí y lo viera con esa cara de santurrón satisfecho que pone siempre que cree que los hunos están ganando, temo que perdería la paciencia y el sentido del decoro y le tiraría una Biblia o un himnario, deshonorándome a mí misma y al sagrado recinto. No, mi querida señora doctora, me quedaré en casa sin ir a la iglesia hasta que cambie la marea, y aquí rezaré con fervor.

—Yo también podría quedarme en casa, para lo que me va a servir hoy la iglesia —dijo la señorita Oliver a Rilla mientras bajaban por la carretera roja, dura de hielo, hacia el templo—. No consigo pensar en *nada* salvo en la pregunta: «¿Aguanta todavía la línea?».

—El domingo que viene será Pascua —dijo Rilla—. ¿Anunciará la muerte o la vida de nuestra causa?

El señor Meredith predicó aquella mañana sobre el texto «Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo», y la esperanza y la confianza resonaban en sus frases inspiradoras. Rilla, alzando la vista hacia la lápida conmemorativa de la pared, sobre su banco, «consagrada a la memoria de Walter Cuthbert Blythe», sintió que se liberaba de su pavor y se llenaba de nuevo valor. Walter no podía haber entregado la vida en vano. A él le había sido dado el don de la visión profética, y había previsto la victoria. Ella se aferraría a esa creencia: la línea *sí* aguantaría.

Con este ánimo renovado, volvió de la iglesia casi alegre. Los demás también estaban esperanzados, y todos entraron en Ingleside sonriendo. No había nadie en la sala de estar, salvo Jims, que se había quedado dormido en el sofá, y Doc, que estaba sentado «en silencioso y torvo reposo» sobre la alfombrilla del hogar, con un aspecto muy de Mr. Hyde, desde luego. Tampoco había nadie en el comedor, y, más raro todavía, no había comida en la mesa, que ni siquiera estaba puesta. ¿Dónde estaba Susan?

—¿Se habrá puesto enferma? —exclamó la señora Blythe con ansiedad—. Qué raro me pareció que no quisiera ir a la iglesia esta mañana.

Se abrió la puerta de la cocina y Susan apareció en el umbral con un rostro tan lívido que la señora Blythe, presa de un pánico repentino, exclamó:

—Susan, ¿qué pasa?

—La línea británica se ha roto y los proyectiles alemanes están cayendo sobre París —dijo Susan con voz apagada.

Las tres mujeres se miraron, consternadas.

—No es verdad... no es *verdad* —jadeó Rilla.

—Sería... ridículo —dijo Gertrude Oliver, y luego rió con una risa horrible.

—Susan, ¿quién te ha dicho esto? ¿Cuándo llegó la noticia? —preguntó la señora Blythe.

—Me lo han dicho por teléfono de larga distancia desde Charlottetown hace media hora —dijo Susan—. La noticia llegó al pueblo anoche muy tarde. Fue el doctor Holland quien telefoneó para darla, y dijo que era verdad, por desgracia. Desde entonces no he hecho nada, mi querida señora doctora. Siento mucho que la comida no esté lista. Es la primera vez que soy tan negligente. Si tiene usted paciencia, pronto le tendré algo de comer. Pero me temo que he dejado que se quemaran las patatas.

—¡La comida! Nadie quiere comer, Susan —dijo la señora Blythe, fuera de sí—. Ay, esto es increíble; tiene que ser una pesadilla.

—París está perdido; Francia está perdida; la guerra está perdida —jadeó Rilla, entre las ruinas totales de la esperanza, la confianza y la fe.

—Oh, Dios, oh, Dios —gimió Gertrude Oliver, paseando por la habitación y retorciéndose las manos—. ¡Oh... Dios!

Nada más, ninguna otra palabra, nada sino aquella súplica ancestral: el viejo, viejísimo grito de agonía suprema y de apelación, del corazón humano al que le ha fallado todo apoyo humano.

—¿Está Dios muerto? —preguntó una voccita asustada desde la puerta de la sala de estar. Allí estaba Jims, la cara encendida del sueño, los grandes ojos castaños llenos de espanto—. Oh, Lilla, oh, Lilla, ¿está Dios muerto?

La señorita Oliver dejó de caminar y de lamentarse, y se quedó mirando a Jims, en cuyos ojos empezaban a asomar lágrimas de

espanto. Rilla corrió a consolarlo, mientras Susan se levantaba de un salto de la silla en la que se había dejado caer.

—No —dijo ella con firmeza, recobrando de golpe su verdadero ser—. No, Dios no ha muerto, ni Lloyd George tampoco. Se nos había olvidado eso, mi querida señora doctora. No llores, pequeño Kitchener. Por mal que estén las cosas, podrían estar peor. La línea británica puede estar rota, pero la armada británica no. Atengámonos a eso. Voy a cobrar ánimo y a preparar un bocado, que fuerzas hemos de tener.

Fingieron comerse el «bocado» de Susan, pero no fue más que un simulacro. En Ingleside nadie olvidó jamás aquella tarde negra. Gertrude Oliver se paseaba sin descanso; todos se paseaban sin descanso, salvo Susan, que sacó su calcetín gris de guerra.

—Mi querida señora doctora, hoy *tengo* que hacer punto en domingo, después de todo. Nunca había soñado con hacerlo antes, pues, dijeran lo que dijeran, yo lo tenía por una violación del tercer mandamiento. Pero sea o no sea así, hoy tengo que hacer punto o me volveré loca.

—Haz punto si puedes, Susan —dijo la señora Blythe, inquieta—. Yo haría punto si pudiera... pero no puedo... no puedo.

—Si al menos pudiéramos tener información más completa —gimió Rilla—. Podría haber algo que nos alentara, si lo supiéramos todo.

—Sabemos que los alemanes están bombardeando París —dijo la señorita Oliver con amargura—. Eso solo puede significar que han roto el frente por todas partes y están ya a las puertas mismas. No, hemos perdido; afrontemos el hecho como han tenido que afrontarlo otros pueblos en el pasado. Otras naciones, con la razón de su parte, han dado lo mejor y lo más valeroso de sí, y aun así han caído derrotadas. La nuestra es

«uno más
entre los millones vencidos que nos precedieron.»

—No pienso rendirme así —exclamó Rilla, con su pálido rostro encendiéndose de pronto—. No pienso desesperar. No estamos vencidos: no, aunque Alemania arrase toda Francia, no estamos vencidos. Me avergüenzo de mí misma por esta hora de desesperación. No volveré a desfallecer de este modo. Voy a llamar ahora mismo al pueblo para pedir detalles.

Pero no consiguió comunicar con el pueblo. La operadora de larga distancia estaba desbordada por llamadas semejantes desde todos los rincones del país, sumido en la angustia. Rilla acabó por rendirse y se escabulló hasta el Valle del Arco Iris. Allí se arrodilló sobre las hierbas grises y marchitas, en el rincón donde ella y Walter habían tenido su última conversación, con la cabeza inclinada contra el tronco musgoso de un árbol caído. El sol había roto entre las nubes negras y bañaba el valle en un pálido esplendor dorado. Las campanillas de los Árboles Enamorados tintineaban, traviesas e intermitentes, en el viento racheado de marzo.

—Ay, Dios, dame fuerzas —susurró Rilla—. Solo fuerza... y valor. —Luego, como una niña, juntó las manos y, con la misma sencillez con que lo habría dicho Jims, dijo—: *Por favor*, mándanos mejores noticias mañana.

Permaneció arrodillada largo rato, y cuando volvió a Ingleside estaba serena y resuelta. El doctor había llegado a casa, cansado pero triunfante, pues el pequeño Douglas Haig Marwood había desembarcado sin contratiempos en las orillas del tiempo. Gertrude seguía paseando inquieta, pero la señora Blythe y Susan se habían recobrado de la impresión, y Susan ya estaba planeando una nueva línea de defensa para los puertos del canal.

—Mientras consigamos retener *esos* —declaró—, la situación está a salvo. París, en realidad, no tiene ninguna importancia militar.

—No —exclamó Gertrude con brusquedad, como si Susan le hubiera clavado algo dentro. A ella, la vieja frase gastada, «ninguna importancia militar», le pareció no menos que una burla espantosa

dadas las circunstancias, y más terrible de soportar que la propia voz de la desesperación.

—En casa de los Marwood oí que la línea se había roto —dijo el doctor—, pero esa historia de que los alemanes están bombardeando París me parece bastante inverosímil. Aunque hubieran roto el frente, estaban a ochenta kilómetros de París en el punto más cercano, y ¿cómo iban a acercar la artillería lo bastante para bombardearlo en tan poco tiempo? Creedme, muchachas, esa parte del mensaje no puede ser cierta. Voy a intentar yo mismo una llamada de larga distancia al pueblo.

El doctor no tuvo más éxito que Rilla, pero su punto de vista los animó un poco a todos y los ayudó a pasar la tarde. Y a las nueve llegó por fin un mensaje de larga distancia que los ayudó a pasar la noche.

—La línea se rompió solo en un punto, ante Saint-Quentin —dijo el doctor mientras colgaba el auricular—, y las tropas británicas se están retirando en buen orden. Eso no está tan mal. Y en cuanto a los proyectiles que caen sobre París, vienen de una distancia de unos ciento diez kilómetros: de algún asombroso cañón de largo alcance que los alemanes han inventado y han estrenado al abrir la ofensiva. Esas son todas las noticias por ahora, y el doctor Holland dice que son fiables.

—Ayer esto habría sido una noticia espantosa —dijo Gertrude—, pero comparado con lo que oímos esta mañana, es casi una buena noticia. Aun así —añadió, intentando sonreír—, me temo que esta noche no voy a dormir mucho.

—Hay al menos una cosa por la que dar gracias, querida señorita Oliver —dijo Susan—, y es que la prima Sophia no ha venido hoy. La verdad es que no habría podido soportar *su* presencia encima de todo lo demás.

CAPÍTULO 29. «HERIDO Y DESAPARECIDO»

«Maltrecha, pero no rota» fue el titular del periódico del lunes, y Susan se lo repitió una y otra vez mientras hacía sus tareas. La brecha causada por el desastre de Saint-Quentin se había taponado a tiempo, pero la línea aliada estaba siendo empujada sin tregua, cediendo el terreno que habían comprado en 1917 al precio de medio millón de vidas. El miércoles el titular fue «Franceses y británicos frenan a los alemanes»; pero la retirada continuaba. ¡Atrás, y atrás, y atrás! ¿Dónde terminaría aquello? ¿Volvería a romperse la línea, esta vez de forma desastrosa?

El sábado el titular fue «Hasta Berlín admite que la ofensiva se ha frenado», y por primera vez en aquella semana terrible, los de Ingleside se atrevieron a respirar hondo.

—Bueno, ya hemos pasado una semana; ahora, a por la siguiente —dijo Susan con firmeza.

—Me siento como un preso en el potro cuando dejan de darle vueltas —dijo la señorita Oliver a Rilla mientras iban a la iglesia la mañana de Pascua—. Pero no estoy fuera del potro. La tortura puede reanudarse en cualquier momento.

—El domingo pasado dudé de Dios —dijo Rilla—, pero hoy no dudo de Él. El mal no puede vencer. El espíritu está de nuestro lado, y está destinado a sobrevivir a la carne.

Sin embargo, su fe se puso a prueba muchas veces en la sombría primavera que siguió. Armagedón no fue, como habían esperado,

cuestión de unos pocos días. Se prolongó durante semanas y meses. Una y otra vez, Hindenburg asestaba sus golpes brutales y repentinos, con un éxito alarmante aunque a la postre estéril. Una y otra vez, los críticos militares declaraban que la situación era sumamente peligrosa. Una y otra vez, la prima Sophia se mostraba de acuerdo con los críticos militares.

—Si los Aliados retroceden cinco kilómetros más, la guerra está perdida —se lamentó.

—¿Está anclada la armada británica en esos cinco kilómetros? —preguntó Susan con desdén.

—Es la opinión de un hombre que lo sabe todo sobre el asunto —dijo la prima Sophia con solemnidad.

—Ese hombre no existe —replicó Susan—. En cuanto a los críticos militares, no saben ni una bendita palabra del asunto, ni más que tú o yo. Se han equivocado un sinfín de veces. ¿Por qué siempre ves el lado oscuro de las cosas, Sophia Crawford?

—Porque no hay ningún lado bueno, Susan Baker.

—Ah, ¿que no lo hay? Estamos a veinte de abril, y Hindy todavía no está en París, aunque dijo que estaría allí para el primero de abril. ¿No es eso al menos un punto a favor?

—Es mi opinión que los alemanes estarán en París dentro de muy poco, y más aún, Susan Baker: estarán en Canadá.

—En esta parte de Canadá no. Los hunos jamás pondrán un pie en la Isla del Príncipe Eduardo mientras yo pueda manejar una horca —declaró Susan, con aspecto de sentirse bien capaz de derrotar ella sola a todo el ejército alemán, que era exactamente lo que sentía—. No, Sophia Crawford, para decirte la pura verdad, estoy harta y cansada de tus predicciones sombrías. No niego que se hayan cometido algunos errores. Los alemanes jamás habrían recuperado Passchendaele si hubieran dejado allí a los canadienses; y fue un mal negocio confiar en aquellos portugueses del río Lys. Pero eso no es razón para que tú, ni nadie, vaya por ahí proclamando que la

guerra está perdida. No quiero pelearme contigo, y menos en un momento como este, pero hay que mantener la moral, así que voy a hablar claro y decirte que, si no puedes dejar de graznar así, más vale tu cuarto que tu compañía.

La prima Sophia se marchó a casa hecha una furia para digerir la afrenta, y no volvió a aparecer por la cocina de Susan en muchas semanas. Quizá fue lo mejor, porque fueron semanas duras, en las que los alemanes seguían golpeando, ora aquí, ora allá, y en cada golpe parecían caer puntos vitales. Y un día, a principios de mayo, cuando el viento y el sol jugueteaban en el Valle del Arco Iris y la arboleda de arces era de un verde dorado y el puerto todo azul, rizado de hoyuelos y coronado de espuma blanca, llegó la noticia de Jem.

Había habido un asalto a las trincheras en el frente canadiense: un asalto tan insignificante que ni siquiera se mencionó en los partes, y cuando terminó, el teniente James Blythe fue declarado «herido y desaparecido».

—Creo que esto es incluso peor que si nos hubieran dado la noticia de su muerte —gimió Rilla aquella noche, con los labios blancos.

—No, no: «desaparecido» deja un poco de esperanza, Rilla —insistió Gertrude Oliver.

—Sí: una esperanza torturante y angustiosa, que no te deja resignarte jamás del todo a lo peor —dijo Rilla—. Ay, señorita Oliver, ¿tendremos que pasar semanas y meses sin saber si Jem está vivo o muerto? Quizá no lo sepamos nunca. Yo... no *puedo* soportarlo... no *puedo*. Walter, y ahora Jem. Esto va a matar a mamá: mire usted su cara, señorita Oliver, y lo verá. Y Faith, pobre Faith, ¿cómo va a soportarlo?

Gertrude se estremeció de dolor. Alzó la vista hacia los cuadros que colgaban sobre el escritorio de Rilla y sintió un odio repentino hacia la sonrisa interminable de la Mona Lisa.

«¿Ni siquiera esto te la borrará de la cara?», pensó con ferocidad.

Pero dijo con dulzura:

—No, no va a matar a tu madre. Está hecha de un temple más fino que eso. Además, ella se niega a creer que Jem esté muerto; se aferrará a la esperanza, y todos debemos hacer lo mismo. Faith, puedes estar segura, hará lo propio.

—No puedo —gimió Rilla—. Jem estaba herido: ¿qué posibilidades tendría? Incluso si los alemanes lo encontraron, ya sabemos cómo tratan a los prisioneros heridos. Ojalá *pudiera* tener esperanza, señorita Oliver; supongo que ayudaría. Pero la esperanza parece haber muerto en mí. No puedo tener esperanza sin algún *motivo* para ello, y no hay ningún motivo.

Cuando la señorita Oliver se hubo retirado a su habitación y Rilla yacía en su cama, a la luz de la luna, rezando desesperadamente por un poco de fuerza, Susan entró como una sombra escuálida y se sentó a su lado.

—Rilla, querida, no te preocupes. El pequeño Jem *no* está muerto.

—Ay, ¿cómo puedes creer eso, Susan?

—Porque lo sé. Escúchame bien. Cuando llegó la noticia esta mañana, lo primero que se me vino a la cabeza fue el perro Monday. Y esta noche, en cuanto terminé de fregar los platos de la cena y de poner el pan a leudar, me fui derecha a la estación. Allí estaba el perro Monday, esperando el tren de la noche, tan paciente como siempre. Ahora bien, Rilla, querida, aquel asalto a las trincheras fue hace cuatro días, el lunes pasado, y le pregunté al jefe de estación: «¿Puede usted decirme si ese perro aulló o armó algún alboroto la noche del lunes pasado?». Se lo pensó un momento y luego me dijo: «No, no lo hizo». «¿Está usted seguro?», le dije. «¡De esto depende más de lo que usted se imagina!». «Segurísimo», me dijo. «Estuve despierto toda la noche del lunes pasado porque mi yegua estaba enferma, y no salió de él ni un solo ruido. Lo habría oído si lo hubiera habido, porque la puerta del establo estuvo abierta toda la noche y isu caseta está justo enfrente!». Pues bien, Rilla, querida, esas fueron las palabras exactas de ese hombre. Y ya sabes cómo

aulló toda la noche aquel pobre perrillo después de la batalla de Courcellette. Y eso que no quería a Walter tanto como quiere a Jem. Si lloró así por Walter, ¿te crees que iba a dormir a pierna suelta en su caseta la noche en que hubieran matado a Jem? No, Rilla, querida, el pequeño Jem *no* está muerto, y a eso puedes atenerte. Si lo estuviera, el perro Monday lo habría sabido, igual que lo supo la otra vez, y no seguiría esperando los trenes.

Era absurdo, e irracional, e imposible. Pero, aun así, Rilla lo creyó; y la señora Blythe lo creyó; y el doctor, aunque sonrió débilmente fingiendo burla, sintió que una extraña confianza sustituía su desesperación inicial; y, necio y absurdo o no, todos cobraron ánimo y valor para seguir adelante, solo porque un perrillo fiel de la estación del Glen seguía vigilando, con fe inquebrantable, el regreso de su amo. El sentido común podía burlarse; la incredulidad podía musitar «Pura superstición»; pero en el fondo del corazón, la gente de Ingleside se aferraba a la creencia de que el perro Monday lo sabía.

CAPÍTULO 30. CAMBIA LA MAREA

A Susan le dio mucha pena ver aquella primavera el hermoso y viejo césped de Ingleside arado y plantado de patatas. Con todo, no protestó, ni siquiera cuando se sacrificó su querido macizo de peonías. Pero cuando el Gobierno aprobó la ley del horario de verano, Susan se plantó. Había un Poder más alto que el Gobierno de Unión, al que Susan debía lealtad.

—¿Le parece bien andar enredando con los arreglos del Todopoderoso? —le exigió, indignada, al doctor. El doctor, sin inmutarse, respondió que había que acatar la ley, y los relojes de Ingleside se adelantaron en consecuencia. Pero el doctor no tenía ningún poder sobre el despertador de Susan.

—Eso lo compré con mi propio dinero, mi querida señora doctora —dijo con firmeza—, e irá con la hora de Dios, y no con la de Borden.

Susan se levantaba y se acostaba según «la hora de Dios», y por ella regulaba sus idas y venidas. Servía las comidas, aunque a regañadientes, según la hora de Borden, y tenía que ir a la iglesia según esa misma hora, lo cual era el colmo del agravio. Pero rezaba sus oraciones según su propio reloj, y daba de comer a las gallinas según él; de modo que siempre había un triunfo furtivo en su mirada cuando miraba al doctor. Al menos en eso le había ganado la partida.

—Barbas-en-la-Luna está encantadísimo con este asunto del horario de verano —le dijo una noche—. Claro que lo estaría, ya que

tengo entendido que lo inventaron los alemanes. He oído que hace poco estuvo a punto de perder toda la cosecha de trigo. Las vacas de Warren Mead se metieron en el campo la semana pasada —fue el mismo día en que los alemanes tomaron el Chemangde-dam, lo cual pudo ser una coincidencia o no— y estaban armando un buen estropicio en él cuando la señora Dick Clow las vio por casualidad desde la ventana del desván. Al principio no tenía intención de avisar al señor Pryor. Me dijo que se quedó *regodeándose* con la estampa de esas vacas paciando en su trigo. Le pareció que se lo tenía bien merecido. Pero enseguida pensó que la cosecha de trigo era asunto de mucha importancia, y que aquello de «ahorrar y servir» quería decir, entre otras cosas, que había que echar a esas vacas de allí. Así que bajó y telefoneó a Barbas para contárselo. Por todo agradecimiento, él le soltó algo raro sin más. Ella no está dispuesta a asegurar que fuera exactamente una blasfemia, porque nunca se sabe bien qué se oye por teléfono; pero tiene su opinión, y yo la mía, aunque no la voy a expresar, porque ahí viene el señor Meredith, y Barbas es uno de sus ancianos, así que hay que ser discretos.

—¿Están buscando la estrella nueva? —preguntó el señor Meredith, acercándose a la señorita Oliver y a Rilla, que estaban de pie entre las patatas en flor, con la mirada puesta en el cielo.

—Sí, ya la hemos encontrado; mire, está justo encima de la copa de aquel viejo pino, el más alto de todos.

—Es maravilloso estar mirando algo que ocurrió hace tres mil años, ¿verdad? —dijo Rilla—. Es cuando los astrónomos creen que tuvo lugar la colisión que produjo esta estrella nueva. Me hace sentirme espantosamente insignificante —añadió en voz baja.

—Ni siquiera este suceso logra reducir a su justa perspectiva astronómica el hecho de que los alemanes estén otra vez a un solo salto de París —dijo Gertrude, inquieta.

—Creo que me habría gustado ser astrónomo —dijo el señor Meredith, soñador, con la mirada puesta en la estrella.

—Debe de ser un placer extraño —convino la señorita Oliver—, un placer *de otro mundo*, en más de un sentido. Me gustaría tener unos cuantos astrónomos por amigos.

—Vaya, ponerse a hablar de los chismes de las huestes celestiales —rio Rilla.

—Me pregunto si los astrónomos sienten un interés muy profundo por los asuntos terrenales —dijo el doctor—. Puede que los estudiosos de los canales de Marte no sean tan sensibles a la importancia de unos metros de trinchera perdidos o ganados en el frente occidental.

—He leído en alguna parte —dijo el señor Meredith— que Ernest Renan escribió uno de sus libros durante el sitio de París de 1870 y que «disfrutó muchísimo escribiéndolo». Supongo que a eso se le llama ser filósofo.

—Yo también he leído —dijo la señorita Oliver— que, poco antes de morir, dijo que su único pesar al morir era tener que hacerlo antes de ver qué haría en su vida aquel «jovencito sumamente interesante, el emperador alemán». Si Ernest Renan «anduviera» hoy entre nosotros y viera lo que aquel jovencito interesante le ha hecho a su amada Francia, por no hablar del mundo entero, me pregunto si su desapego mental seguiría siendo tan completo como en 1870.

«Me pregunto dónde estará Jem esta noche», pensó Rilla, en una súbita y amarga oleada de recuerdos.

Hacía ya más de un mes que había llegado la noticia sobre Jem. A pesar de todos los esfuerzos, no se había averiguado nada de él. Habían llegado dos o tres cartas suyas, escritas antes del asalto a la trinchera, y desde entonces solo un silencio ininterrumpido. Ahora los alemanes estaban de nuevo en el Marne, avanzando cada vez más cerca de París; ahora corrían rumores de otra ofensiva austriaca contra la línea del Piave. Rilla apartó la mirada de la estrella nueva, con el corazón enfermo. Era uno de esos momentos en que la esperanza y el valor la abandonaban por completo, en que parecía

imposible seguir adelante ni un día más. Si al menos *supieran* qué le había pasado a Jem... una puede afrontar cualquier cosa que *sabe*. Pero un asedio de miedo, duda e incertidumbre es algo muy duro para la moral. Sin duda, si Jem estuviera vivo, habría llegado alguna noticia. *Tenía* que estar muerto. Solo que —nunca lo sabrían— jamás podrían estar del todo seguras; y el perro Monday esperaría el tren hasta morirse de viejo. Monday no era más que un perrito fiel, reumático y desdichado, que no sabía del destino de su amo más de lo que sabían ellas.

Rilla pasó una «noche en blanco» y no logró dormirse hasta muy tarde. Cuando despertó, Gertrude Oliver estaba sentada junto a la ventana, asomada para recibir el plateado misterio del amanecer. Su perfil, inteligente y singular, con la masa de cabello negro detrás, se recortaba con nitidez contra el oro pálido del cielo de levante. Rilla recordó la admiración que sentía Jem por la curva de la frente y la barbilla de la señorita Oliver, y se estremeció. Todo lo que le recordaba a Jem empezaba a causarle un dolor insoportable. La muerte de Walter le había infligido al corazón una herida terrible. Pero había sido una herida limpia, y había cicatrizado despacio, como cicatrizan esas heridas, aunque la marca debía de quedarle para siempre. Pero el tormento de la desaparición de Jem era otra cosa muy distinta: llevaba dentro un veneno que le impedía cerrarse. Las alternancias de esperanza y desesperación, la espera interminable, día tras día, de la carta que nunca llegaba —que quizá no llegaría jamás—, las noticias de los periódicos sobre los malos tratos a los prisioneros, la amarga incertidumbre sobre la herida de Jem: todo era cada vez más difícil de soportar.

Gertrude Oliver volvió la cabeza. Había un extraño brillo en sus ojos.

—Rilla, he vuelto a tener un sueño.

—Ay, no... no —exclamó Rilla, encogiéndose. Los sueños de la señorita Oliver siempre habían presagiado alguna desgracia.

—Rilla, ha sido un buen sueño. Escucha: he soñado igual que hace cuatro años, que estaba de pie en los escalones del porche, mirando hacia el Glen. Y todavía lo cubrían las olas que me lamían los pies. Pero, mientras miraba, las olas empezaron a retirarse, y se retiraron con la misma rapidez con que, hace cuatro años, habían avanzado: se retiraron y se retiraron, hasta perderse en el golfo; y el Glen se extendía ante mí, hermoso y verde, con un arcoíris que cruzaba el Valle del Arco Iris, un arcoíris de colores tan espléndidos que me dejó deslumbrada; y desperté. Rilla... Rilla Blythe..., la marea ha cambiado.

—Ojalá pudiera creerlo —suspiró Rilla.

—«Cierta fue mi profecía de temor;
creedla también cuando augura alegría»
—citó Gertrude, casi con alegría—. Te digo que no tengo ninguna duda.

Sin embargo, a pesar de la gran victoria italiana en el Piave que llegó pocos días después, *sí* que tuvo dudas muchas veces durante el duro mes que siguió; y cuando, a mediados de julio, los alemanes cruzaron de nuevo el Marne, la desesperación llegó con toda su angustia. Era inútil, sentían todos, esperar que se repitiera el milagro del Marne.

Pero se repitió: otra vez, como en 1914, la marea cambió en el Marne. Las tropas francesas y americanas asestaron su súbito y demoledor golpe sobre el flanco expuesto del enemigo y, con la rapidez casi inconcebible de un sueño, todo el aspecto de la guerra cambió.

—Los Aliados han ganado dos victorias tremendas —dijo el doctor el veinte de julio.

—Es el principio del fin... lo presiento, lo presiento —dijo la señora Blythe.

—Gracias a Dios —dijo Susan, juntando sus viejas manos temblorosas. Luego añadió, en voz baja—: pero no nos devolverá a nuestros muchachos.

Sin embargo, salió y izó la bandera, por primera vez desde la caída de Jerusalén. Cuando esta atrapó la brisa y se hinchó, gallarda, sobre su cabeza, Susan levantó la mano y la saludó, tal como había visto hacer a Shirley. —Todos hemos dado algo para mantenerte ondeando —dijo—. Cuatrocientos mil de nuestros muchachos se han ido a ultramar; cincuenta mil de ellos, muertos. Pero... ¡lo vales! El viento le azotaba en la cara el pelo gris, y el delantal de cuadros que la cubría de la cabeza a los pies estaba cortado con criterios de economía, no de elegancia; y, sin embargo, en aquel momento Susan resultaba, de algún modo, una figura imponente. Era una de esas mujeres —valientes, indómitas, pacientes, heroicas— que habían hecho posible la victoria. En ella, todos saludaban el símbolo por el que habían luchado sus seres más queridos. Algo de esto pasó por la mente del doctor mientras la observaba desde la puerta.

—Susan —dijo él, cuando ella se volvió para entrar—, de principio a fin, en todo este asunto, ¡has sido un tesoro!

CAPÍTULO 31. LA SEÑORA MATILDA PITMAN

Rilla y Jims estaban de pie en la plataforma trasera de su vagón cuando el tren se detuvo en el pequeño apartadero de Millward. La noche de agosto era tan calurosa y bochornosa que los vagones, abarrotados, resultaban sofocantes. Nadie supo nunca a ciencia cierta por qué los trenes paraban en el apartadero de Millward. Que se supiera, nunca nadie se había bajado ni subido allí. No había más que una casa a menos de seis kilómetros a la redonda, rodeada de hectáreas de páramos de arándanos y de achaparrados abetos.

Rilla iba camino de Charlottetown, a pasar la noche en casa de una amiga y el día siguiente haciendo compras para la Cruz Roja; se había llevado a Jims con ella, en parte porque no quería que Susan ni su madre tuvieran que ocuparse de él, en parte por un ansia voraz de tenerlo todo lo que pudiera a su lado antes de tener que renunciar a él para siempre. Jim Anderson le había escrito no hacía mucho: estaba herido y en el hospital; no podría volver al frente, y en cuanto se restableciera vendría a buscar a Jims.

A Rilla se le encogía el corazón por esto, y además estaba preocupada. Quería mucho a Jims y sentiría en el alma tener que renunciar a él en cualquier caso; pero si Jim Anderson hubiera sido otra clase de hombre, con un hogar como es debido para el niño, no habría sido tan grave. Pero entregar a Jims a un padre vagabundo, dejado e irresponsable, por bondadoso y de buen corazón que fuera —y Rilla sabía que Jim Anderson era bastante bondadoso y de buen corazón—, era una perspectiva amarga para ella. Ni siquiera era probable que Anderson se quedara en el Glen; ya no tenía ataduras

allí; hasta podría volver a Inglaterra. Puede que no volviera a ver nunca más a su querido Jims, tan alegre y tan bien criado. Con semejante padre, ¿qué sería de su suerte? Rilla pensaba suplicarle a Jim Anderson que se lo dejara, pero, por su carta, no tenía muchas esperanzas de que lo hiciera.

«Si al menos se quedara en el Glen, donde yo pudiera vigilar a Jims y tenerlo a menudo conmigo, no estaría tan preocupada», reflexionó. «Pero tengo la certeza de que no lo hará; y Jims no tendrá ninguna oportunidad. Y es un chiquillo tan despierto: tiene ambición, vaya una a saber de dónde la ha sacado, y no es nada perezoso. Pero su padre nunca tendrá ni un centavo para darle una educación ni un comienzo en la vida. Jims, mi pequeño bebé de la guerra, ¿qué va a ser de ti?»

A Jims no le preocupaba en absoluto lo que fuera a ser de él. Estaba mirando encantado las travesuras de una ardilla listada que retozaba sobre el tejado del pequeño apartadero. Cuando el tren arrancó, Jims se inclinó hacia delante con avidez para echarle un último vistazo a Chippy, soltándose de la mano de Rilla. Rilla estaba tan absorta preguntándose qué sería de Jims en el futuro que se olvidó de fijarse en lo que le estaba pasando en el presente. Y lo que pasó fue que Jims perdió el equilibrio, salió disparado escaleras abajo de cabeza, cruzó volando la pequeña plataforma del apartadero y aterrizó en un matojo de helechos al otro lado.

Rilla gritó y perdió la cabeza. Bajó de un salto los escalones y saltó del tren.

Por fortuna, el tren todavía iba a una velocidad relativamente moderada; por fortuna también, a Rilla le quedó sentido común suficiente para saltar en la misma dirección en que avanzaba; con todo, cayó y rodó indefensa terraplén abajo, a parar a una zanja llena de una espesa mata de vara de oro y epilobio.

Nadie había visto lo ocurrido, y el tren se alejó a buen ritmo tras una curva del páramo. Rilla se levantó, mareada pero ilesa, salió a duras penas de la zanja y cruzó la plataforma como una exhalación,

esperando encontrar a Jims muerto o hecho pedazos. Pero Jims, salvo por unos cuantos moratones y un buen susto, no tenía ni un rasguño. Estaba tan asustado que ni siquiera lloraba, pero Rilla, al comprobar que estaba sano y salvo, rompió a llorar y sollozó desconsoladamente.

—Tlen malo y feo —comentó Jims, con asco—. Y Dios malo y feo —añadió, frunciendo el ceño hacia el cielo.

Una carcajada le interrumpió el llanto a Rilla, produciendo algo muy parecido a lo que su padre habría llamado un ataque de histeria. Pero se dominó antes de que la histeria pudiera con ella.

—Rilla Blythe, me avergüenzo de ti. Domínate ahora mismo. Jims, no deberías haber dicho una cosa así.

—Dios me tiló del tlen —declaró Jims, desafiante—. *Alguien* me tiló; *tú* no me tilaste; así que fue Dios.

—No, no fue así. Te caíste porque soltaste mi mano y te inclinaste demasiado hacia delante. Te dije que no lo hicieras. Así que la culpa fue tuya.

Jims la miró para ver si lo decía en serio; luego volvió a alzar la vista al cielo.

—Entonces, discúlpame, Dios —comentó, con desenfado.

Rilla también escrutó el cielo; no le gustó su aspecto: se estaba levantando un pesado nubarrón de tormenta hacia el noroeste. ¿Qué diablos iban a hacer? Aquella noche no había otro tren, ya que el especial de las nueve solo circulaba los sábados. ¿Serían capaces de llegar a casa de Hannah Brewster, a poco más de tres kilómetros, antes de que estallara la tormenta? Rilla pensó que ella sola lo conseguiría sin dificultad, pero con Jims la cosa cambiaba. ¿Aguantarían sus piernecitas?

—Tenemos que intentarlo —dijo Rilla, desesperada—. Podríamos quedarnos en el apartadero hasta que pase la tormenta, pero puede que llueva toda la noche, y de todos modos estará oscuro como

boca de lobo. Si logramos llegar a casa de Hannah, ella nos alojará toda la noche.

Hannah Brewster, cuando todavía era Hannah Crawford, había vivido en el Glen y había ido a la escuela con Rilla. Por entonces habían sido buenas amigas, aunque Hannah le llevaba tres años. Se había casado muy joven y se había ido a vivir a Millward. Entre el trabajo duro, los hijos y un marido tarambana, su vida no había sido fácil, y Hannah rara vez volvía a su antiguo hogar. Rilla la había visitado una vez, poco después de su boda, pero no la había vuelto a ver ni había sabido de ella en años; sabía, sin embargo, que ella y Jims encontrarían acogida y refugio en cualquier casa donde viviera Hannah, de cara sonrosada, corazón abierto y generosa.

El primer kilómetro y medio lo hicieron muy bien, pero el segundo fue más duro. El camino, poco transitado, estaba lleno de baches y roderas profundas. Jims se cansó tanto que Rilla tuvo que llevarlo en brazos el último tramo. Llegó a la casa de los Brewster, casi agotada, y dejó a Jims en el sendero con un suspiro de alivio. El cielo estaba negro de nubes; empezaban a caer las primeras gotas gordas, y el retumbar de los truenos se oía cada vez más fuerte. Entonces hizo un descubrimiento desagradable: todas las persianas estaban bajadas y las puertas cerradas con llave. Por lo visto, los Brewster no estaban en casa. Rilla corrió hacia el pequeño granero. También estaba cerrado. No se presentaba ningún otro refugio. La casita, desnuda y encalada, ni siquiera tenía veranda ni porche.

Ya casi había oscurecido del todo, y su situación parecía desesperada.

—Voy a entrar aunque tenga que romper una ventana —dijo Rilla con resolución—. Hannah querría que lo hiciera. No se lo perdonaría nunca si se enterase de que vine a su casa buscando refugio en una tormenta y no pude entrar.

Por suerte, no tuvo que llegar al extremo de forzar la entrada. La ventana de la cocina se abrió con bastante facilidad. Rilla metió a

Jims dentro y se coló ella también, justo cuando la tormenta estalló de verdad.

—Oh, mila todos los tlocitos de tlueno —exclamó Jims, encantado, mientras el granizo entraba dando saltos tras ellos. Rilla cerró la ventana y, con cierta dificultad, encontró y encendió una lámpara. Estaban en una cocina pequeña y muy acogedora. A un lado se abría una salita bien amueblada y arreglada, y al otro una despensa que resultó estar bien surtida.

—Me voy a poner cómoda —dijo Rilla—. Sé que eso es justo lo que Hannah querría que hiciese. Voy a prepararnos un tentempié a Jims y a mí, y luego, si sigue lloviendo y no viene nadie, subiré sin más al cuarto de invitados y me acostaré. No hay nada como actuar con sensatez en una emergencia. Si no me hubiera comportado como una boba cuando vi caer a Jims del tren, habría corrido de vuelta al vagón y habría conseguido que alguien lo parase. Entonces no me habría metido en este lío. Ya que estoy metida en él, sacaré el mejor partido posible.

—Esta casa —añadió, mirando alrededor— está mucho mejor puesta que la última vez que estuve aquí. Claro que entonces Hannah y Ted apenas empezaban a poner casa. Pero, no sé por qué, siempre he tenido la impresión de que a Ted no le iban muy bien las cosas. Debe de haberle ido mejor de lo que me habían hecho creer, si pueden permitirse muebles como estos. Me alegro muchísimo por Hannah.

La tormenta pasó, pero la lluvia siguió cayendo con fuerza. A las once, Rilla decidió que ya no vendría nadie. Jims se había quedado dormido en el sofá; lo llevó en brazos al cuarto de invitados y lo acostó. Luego se desvistió, se puso un camisón que encontró en el cajón del lavabo, y se metió, adormilada, entre unas sábanas perfumadas de lavanda. Estaba tan cansada, después de sus aventuras y esfuerzos, que ni siquiera lo insólito de su situación logró mantenerla despierta; en pocos minutos estaba profundamente dormida.

Rilla durmió hasta las ocho de la mañana siguiente, y entonces despertó con sobresalto. Alguien estaba diciendo, con una voz áspera y bronca:

—Eh, ustedes dos, despierten. Quiero saber qué significa esto.

Rilla despertó, sí, y de golpe y con toda eficacia. En toda su vida no se había despertado tan por completo como entonces. De pie en la habitación había tres personas, un hombre entre ellas, completos desconocidos para ella. El hombre era un tipo corpulento, de barba negra y poblada y ceño fruncido de enfado. A su lado había una mujer —alta, delgada, angulosa, con el pelo de un rojo violento y un sombrero indescriptible—. Parecía todavía más enfadada y más asombrada que el hombre, si es que eso era posible. Al fondo había otra mujer: una ancianita diminuta que debía de tener por lo menos ochenta años. A pesar de su pequeñez, era un personaje de aspecto llamativo; iba vestida de un negro riguroso, tenía el pelo blanco como la nieve, la cara de un blanco mortecino, y unos ojos negros como el carbón, vivos y centelleantes. Parecía tan asombrada como los otros dos, pero Rilla se dio cuenta de que no parecía enfadada.

Rilla también se estaba dando cuenta de que algo iba mal, terriblemente mal. Entonces el hombre dijo, más bronco que nunca:

—Vamos a ver. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

Rilla se incorporó apoyándose en un codo; parecía, y se sentía, sin remedio perdida y ridícula. Oyó a la vieja señora de blanco y negro, al fondo, reírse por lo bajo para sus adentros. «*Esta* tiene que ser real —pensó Rilla—: no puedo estar soñando/a.» En voz alta, jadeó:

—¿No es esta la casa de Theodore Brewster?

—No —dijo la mujer corpulenta, hablando por primera vez—. Esta casa es nuestra. Se la compramos a los Brewster el otoño pasado. Ellos se mudaron a Greenvale. Nosotros nos apellidamos Chapley.

La pobre Rilla se dejó caer de nuevo sobre la almohada, completamente abrumada.

—Le pido perdón —dijo—. Yo... yo... creía que aquí vivían los Brewster. La señora Brewster es amiga mía. Soy Rilla Blythe, la hija del doctor Blythe, de Glen St. Mary. Yo... yo iba al pueblo con mi... mi... este niño..., y se cayó del tren..., y salté detrás de él..., y nadie lo supo. Sabía que no podríamos volver a casa anoche y que se avecinaba una tormenta..., así que vinimos aquí, y cuando vimos que no había nadie..., nosotros... nosotros... entramos sin más por la ventana y..., y nos instalamos como en casa.

—Eso parece —dijo la mujer con sarcasmo.

—Vaya cuento —dijo el hombre.

—No nacimos ayer —añadió la mujer.

Doña Blanco y Negro no dijo nada; pero, cuando los otros dos hubieron soltado sus lindos discursos, se dobló en una convulsión silenciosa de regocijo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y golpeando el aire con las manos.

Rilla, picada por la actitud desagradable de los Chapley, recobró su aplomo y perdió la paciencia. Se incorporó en la cama y dijo con su voz más altiva:

—No sé cuándo nacieron ustedes, ni dónde, pero debió de ser en algún sitio donde enseñan modales muy peculiares. Si tienen la decencia de dejar mi habitación... eh..., *esta* habitación, hasta que pueda levantarme y vestirme, no seguiré abusando de su hospitalidad —Rilla estaba mortalmente sarcástica— más tiempo. Y les pagaré generosamente por la comida que hemos tomado y por el alojamiento de esta noche.

La aparición de blanco y negro hizo el gesto de aplaudir, pero sin producir sonido alguno. Puede que el señor Chapley se sintiera acobardado por el tono de Rilla, o puede que se aplacara ante la perspectiva de un pago; fuera como fuese, habló con más cortesía.

—Bueno, eso es justo. Si paga, no hay problema.

—Ella no va a pagarles nada de nada —dijo Doña Blanco y Negro con una voz sorprendentemente clara, resuelta y autoritaria—. Si tú

no tienes vergüenza propia, Robert Chapley, tienes una suegra que puede tenerla por ti. En ninguna casa donde viva la señora Matilda Pitman se le cobrará a un forastero por la comida y el alojamiento. Que quede claro: aunque haya venido a menos, no se me ha olvidado del todo la decencia. Ya sabía yo que eras un tacaño cuando Amelia se casó contigo, y la has hecho tan agarrada como tú. Pero la señora Matilda Pitman ha mandado aquí desde hace mucho, y la señora Matilda Pitman seguirá mandando. Tú, Robert Chapley, lárgate de aquí y deja que esta chica se vista. Y tú, Amelia, baja a la cocina y prepárale el desayuno.

Nunca en su vida había visto Rilla nada parecido a la abyecta mansedumbre con que aquellas dos personas corpulentas obedecieron a aquella miniatura de mujer. Se fueron sin decir palabra ni lanzar una mirada de protesta. En cuanto se cerró la puerta tras ellos, la señora Matilda Pitman rió en silencio, meciéndose de un lado a otro con su regocijo.

—¿A que tiene gracia? —dijo—. Por lo general los dejo correr hasta que se les acaba la cuerda, pero a veces tengo que darles un tirón, y cuando lo hago, lo hago en seco. No se atreven a sacarme de quicio, porque tengo un buen pico de dinero en efectivo, y temen que no se lo vaya a dejar todo a ellos. Y no se lo dejaré. Les dejaré algo, pero no todo, solo para fastidiarlos. Todavía no he decidido a quién se lo dejaré, pero tendré que hacerlo pronto, que a los ochenta una ya vive de prestado. Ahora tómate tu tiempo para vestirte, querida, que yo bajaré a tener a raya a esos dos granujas. Menudo niño más guapo tienes ahí. ¿Es tu hermano?

—No, es un pequeño bebé de la guerra que he estado cuidando, porque su madre murió y su padre estaba en ultramar —respondió Rilla en tono apagado.

—¡Un bebé de la guerra! ¡Vaya! Bueno, más vale que me escabulla antes de que despierte, que si no seguro que se pone a llorar. A los niños no les gusto yo, nunca les he gustado. No recuerdo que ningún crío se me haya acercado nunca por su propia voluntad. Nunca tuve hijos propios. Amelia era mi hijastra. Bueno, eso me ha

ahorrado un mundo de disgustos. Si a los niños no les gusto yo, a mí no me gustan ellos, así que estamos en paz. Pero desde luego que es un niño muy guapo.

Jims eligió ese momento para despertarse. Abrió sus grandes ojos castaños y miró a la señora Matilda Pitman sin pestañear. Luego se incorporó, con sus deliciosos hoyuelos, la señaló con el dedo y dijo, muy solemne, a Rilla:

—Linda señola, Lilla... linda señola.

La señora Matilda Pitman sonrió. Hasta pasados los ochenta, a veces la vanidad tiene sus puntos flacos.

—He oído decir que los niños y los tontos dicen la verdad —dijo—. De joven estaba acostumbrada a los cumplidos, pero escasean cuando se llega tan lejos como he llegado yo. Hace años que no recibía uno. Y sienta bien. Supongo, granujilla, que no me darás un beso.

Entonces Jims hizo algo verdaderamente sorprendente. No era un niño demostrativo, y hasta con la gente de Ingleside se mostraba tacaño con los besos. Pero, sin decir palabra, se puso de pie en la cama, su cuerpecito rollizo envuelto solo en la camiseta, corrió hasta el pie de la cama, echó los brazos al cuello de la señora Matilda Pitman y le dio un abrazo de oso, acompañado de tres o cuatro besos sonoros y sin tacañería.

—Jims —protestó Rilla, horrorizada ante semejante atrevimiento.

—Tú déjalo en paz —ordenó la señora Matilda Pitman, enderezándose el sombrero—. Válgame, cómo me gusta ver a alguien que no me tenga miedo. Todo el mundo me lo tiene: *tú* también, aunque intentes disimularlo. ¿Y por qué? Claro que Robert y Amelia lo tienen, porque yo procuro que me lo tengan. Pero la gente siempre me lo tiene, por muy educada que yo sea con ellos. ¿Piensas quedarte con este niño?

—Me temo que no. Su padre volverá pronto a casa.

—¿Y es de fiar, el padre, quiero decir?

—Bueno..., es bueno y amable..., pero es pobre..., y me temo que lo será siempre —titubeó Rilla.

—Ya veo: un dejado, que no sabe ganarlo ni conservarlo. Bueno, ya veré, ya veré. Tengo una idea. Es una buena idea, y además hará que Robert y Amelia se retuerzan. Ese es su principal mérito a mis ojos, aunque este niño me gusta, que conste, porque a él no le doy miedo. *Él* sí merece la pena. Ahora, vístete, como te dije, y baja cuando estés lista de verdad.

Rilla estaba entumecida y dolorida por la caída y la caminata de la noche anterior, pero no tardó en vestirse a sí misma y a Jims. Cuando bajó a la cocina encontró un desayuno humeante ya en la mesa. El señor Chapley no se veía por ninguna parte, y la señora Chapley cortaba pan con aire hosco. La señora Matilda Pitman estaba sentada en un sillón, haciendo punto en un calcetín gris de soldado. Aún llevaba puesto el sombrero y su expresión de triunfo.

—Sentaos, queridos, y desayunad bien —dijo.

—No tengo hambre —dijo Rilla, casi suplicante—. No creo que pueda comer nada. Y ya es hora de que me ponga en camino hacia la estación. El tren de la mañana pasará pronto. Discúlpeme y déjenos ir; me llevaré un trozo de pan con mantequilla para Jims.

La señora Matilda Pitman agitó una aguja de hacer punto hacia Rilla, en broma.

—Siéntate y desayuna —dijo—. Te lo ordena la señora Matilda Pitman. Todo el mundo obedece a la señora Matilda Pitman, hasta Robert y Amelia. Tú también tienes que obedecerla.

Rilla obedeció. Se sentó y, tal era el influjo de la mirada hipnótica de la señora Matilda Pitman, comió un desayuno pasable. La sumisa Amelia no dijo palabra; tampoco habló la señora Matilda Pitman, pero hizo punto furiosamente y rió por lo bajo. Cuando Rilla terminó, la señora Matilda Pitman enrolló su calcetín.

—Ahora ya puedes irte, si quieres —dijo—, pero no tienes por qué irte. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, y haré que

Amelia te cocine.

La independiente señorita Blythe, a quien cierto grupito de chicas de la Cruz Roja Juvenil acusaba de mandona y «autoritaria», estaba completamente acobardada.

—Gracias —dijo con humildad—, pero de verdad tenemos que irnos.

—Bueno, entonces —dijo la señora Matilda Pitman, abriendo la puerta de par en par—, tu carruaje ya está listo. Le he dicho a Robert que enganche el caballo y os lleve a la estación. Me encanta hacer que Robert haga cosas. Es casi el único entretenimiento que me queda. Tengo más de ochenta años, y casi todo ha perdido el sabor, menos mandonear a Robert.

Robert estaba sentado ante la puerta, en el asiento delantero de un pulcro coche de dos asientos con ruedas de goma. Debió de oír cada palabra de su suegra, pero no dio la menor señal.

—Ojalá —dijo Rilla, cobrando el poco ánimo que le quedaba— me dejara usted... ay..., eh... —entonces volvió a acobardarse ante la mirada de la señora Matilda Pitman— recompensarla por..., por...

—La señora Matilda Pitman ya dijo antes —y lo decía en serio— que no cobra por hospedar a los forasteros, ni deja que lo haga nadie en su casa, por mucha tacañería natural que tengan. Anda, vete al pueblo, y no dejes de venir a visitarme la próxima vez que pases por aquí. No tengas miedo. Aunque tampoco es que *tú* tengas miedo de gran cosa, digo yo, viendo cómo le respondiste esta mañana a Robert. Me gusta tu genio. Hoy en día la mayoría de las chicas son unas criaturas tan medrosas y asustadizas. Cuando yo era joven no le tenía miedo a nada ni a nadie. Cuida bien de ese niño. *Él* no es un niño cualquiera. Y que Robert rodee todos los charcos del camino. No quiero que me salpiquen el coche nuevo.

Mientras se alejaban, Jims lanzó besos a la señora Matilda Pitman mientras pudo verla, y la señora Matilda Pitman le devolvió el saludo agitando el calcetín. Robert no dijo ni una palabra, buena ni mala, en todo el camino hasta la estación, pero se acordó de los charcos.

Cuando Rilla se bajó en el apeadero, le dio las gracias con cortesía. La única respuesta que obtuvo fue un gruñido, mientras Robert hacía girar al caballo y emprendía el regreso a casa.

—Bueno —Rilla respiró hondo—, tengo que intentar volver a ser Rilla Blythe. Estas últimas horas he sido otra persona, no sé bien quién, alguna criatura inventada por esa anciana extraordinaria. Creo que me ha hipnotizado. Menuda aventura será esto para contársela a los chicos por carta.

Y entonces suspiró. Le vino a la memoria, amarga, el recuerdo de que ahora solo quedaban Jerry, Carl y Shirley a quienes escribísela. Jem, que habría sabido apreciar como nadie a la señora Matilda Pitman, ¿dónde estaba Jem?

CAPÍTULO 32. NOTICIAS DE JEM

4 de agosto de 1918

Esta noche hace cuatro años del baile en el faro: cuatro años de guerra. Parecen doce. Entonces tenía quince años. Ahora tengo diecinueve. Yo esperaba que estos cuatro últimos años fueran los más deliciosos de mi vida, y han sido años de guerra: años de miedo, de duelo y de zozobra; pero espero humildemente que hayan sido también, un poco, años de crecimiento en fortaleza y de carácter.

Hoy iba cruzando el vestíbulo y oí a mamá decirle algo a papá sobre mí. No pretendía escuchar: no pude evitar oírla mientras cruzaba el vestíbulo y subía la escalera, así que quizá por eso oí lo que dicen que nunca oyen quienes escuchan a escondidas: algo bueno de mí misma. Y como fue mamá quien lo dijo, voy a escribirlo aquí, en mi diario, para consolarme en los días de desánimo, cuando siento que soy vanidosa, egoísta y débil, y que no hay nada bueno en mí.

—Rilla ha cambiado de una manera maravillosa estos cuatro años. Antes era una criatura tan alocada. Se ha convertido en una muchacha capaz, hecha y derecha, y es un consuelo tan grande para mí. Nan y Di se han distanciado un poco de mí (han estado tan poco en casa), pero Rilla se ha acercado cada vez más a mí. Somos como uña y carne. No sé cómo habría podido pasar estos años terribles sin ella, Gilbert.

Eso es exactamente lo que dijo mamá: ¡me siento contenta, y apenada, y orgullosa, y humilde! Es hermoso que mi madre piense eso de mí, pero no lo merezco del todo. No soy tan buena ni tan fuerte como para merecer tanto. Hay montones de veces en que me he sentido irritable, impaciente, desdichada y desesperada. Han sido mamá y Susan la columna vertebral de esta familia. Pero yo también he ayudado un poco, creo, y me siento muy contenta y agradecida por ello.

Las noticias de la guerra han sido buenas sin interrupción. Los franceses y los americanos empujan a los alemanes hacia atrás, y hacia atrás, y hacia atrás. A veces temo que sea demasiado bueno para durar: después de casi cuatro años de desastres, una tiene la sensación de que este éxito constante es increíble.

No lo celebramos a bombo y platillo. Susan mantiene la bandera izada, pero nosotros vamos con paso quedo. El precio pagado ha sido demasiado alto para el júbilo. Solo estamos agradecidos de que no se haya pagado en vano.

No han llegado noticias de Jem. Tenemos esperanza..., porque no nos atrevemos a hacer otra cosa. Pero hay horas en que *todos* sentimos, aunque nunca lo digamos, que esperar así es una necesidad. Estas horas se hacen cada vez más frecuentes conforme pasan las semanas. Y puede que nunca lleguemos a *saberlo*. Ese es el pensamiento más terrible de todos. Me pregunto cómo lo estará sobrellevando Faith. A juzgar por sus cartas, no ha perdido la esperanza ni un solo instante, pero habrá tenido, como todas nosotras, sus horas oscuras de duda.

20 de agosto de 1918

Los canadienses han vuelto a entrar en combate, y hoy el señor Meredith ha recibido un cable en el que le decían que Carl había resultado levemente herido y estaba en el hospital. No decía dónde tenía la herida, cosa poco habitual, y todos estamos preocupados.

Ahora llegan noticias de una nueva victoria cada día.

30 de agosto de 1918

Hoy los Meredith han recibido una carta de Carl. Su herida era «solo una herida leve», pero fue en el ojo derecho: ¡y ha perdido la vista para siempre!

«Con un ojo basta para mirar bichos», escribe Carl muy animado. ¡Y ya sabemos que podría haber sido muchísimo peor! ¡Si hubiera sido en los dos ojos! Pero lloré toda la tarde después de leer la carta de Carl. ¡Aquellos ojos azules suyos, tan hermosos, tan intrépidos!

Hay un consuelo: no tendrá que volver al frente. Volverá a casa en cuanto salga del hospital: el primero de nuestros chicos en regresar. ¿Cuándo llegarán los demás?

Y hay uno que nunca volverá. Al menos, no lo veremos aunque vuelva. Pero, ay, creo que él estará allí: cuando regresen nuestros soldados canadienses, vendrá con ellos un ejército de sombras, el ejército de los caídos. No los *veremos*, ¡pero allí estarán!

1 de septiembre de 1918

Ayer mamá y yo fuimos a Charlottetown a ver la película *Hearts of the World*. Hice un ridículo espantoso; papá no va a dejar de tomarme el pelo con esto en lo que me queda de vida. Pero todo parecía tan horriblemente *real*, y yo estaba tan intensamente absorta que me olvidé de todo salvo de las escenas que veía representarse ante mis ojos. Y entonces, ya casi al final, llegó una escena terriblemente emocionante. La heroína forcejeaba con un horrible soldado alemán que intentaba llevársela a rastras. Yo *sabía* que ella tenía un cuchillo —la había visto esconderlo, para tenerlo a mano—, y no entendía *por qué* no lo sacaba de una vez y acababa con aquel bruto. Pensé que *se le habría olvidado*, y justo en el momento de mayor tensión de la escena perdí la cabeza por completo. Me puse en pie de un salto, en medio de aquella sala abarrotada, y chillé a voz en grito: «*¡El cuchillo está en la media, el cuchillo está en la media!*»

¡Causé sensación!

¡Lo curioso fue que, justo cuando lo dije, la chica *sí* sacó el cuchillo y apuñaló con él al soldado!

Todo el mundo se rió en la sala. Volví en mí y me dejé caer de nuevo en el asiento, muerta de vergüenza. Mamá se reía a carcajadas, temblando entera. Con gusto la habría zarandeado a *ella*. ¿Por qué no me había tirado del brazo y me había tapado la boca antes de que hiciera semejante ridículo? Ella protesta que no le dio tiempo.

Por suerte la sala estaba a oscuras, y no creo que hubiera nadie allí que me conociera. ¡Y pensar que yo creía estar volviéndome sensata, dueña de mí misma y una mujer hecha y derecha! Está claro que todavía me queda algún trecho por recorrer antes de alcanzar tan devotamente deseada meta.

20 de septiembre de 1918

En el este, Bulgaria ha pedido la paz, y en el oeste los británicos han hecho pedazos la línea Hindenburg; y aquí mismo, en Glen St. Mary, el pequeño Bruce Meredith ha hecho algo que me parece maravilloso: maravilloso por el amor que hay detrás. Esta noche vino la señora Meredith y nos lo contó, y mamá y yo lloramos, y Susan se levantó y se puso a hacer ruido con los cacharros de la cocina.

Bruce siempre quiso a Jem con verdadera devoción, y el niño nunca lo ha olvidado en todos estos años. A su manera, ha sido tan fiel como lo fue el perro Monday a la suya. Siempre le hemos dicho que Jem volvería. Pero parece que anoche estaba en la tienda de Carter Flagg y oyó a su tío Norman declarar sin rodeos que Jem Blythe nunca volvería, y que la gente de Ingleside bien podía dejar de tener esperanzas. Bruce se fue a casa y lloró hasta quedarse dormido. Esta mañana su madre lo vio salir del patio, con una expresión muy triste y decidida, llevando en brazos a su gatito. No le dio más importancia hasta que, más tarde, entró en casa con la carita más trágica del mundo y le contó, con el cuerpecito sacudido por grandes sollozos, que había ahogado a Rayitas.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó la señora Meredith.

—Para que Jem volviera —sollozó Bruce—. Pensé que si sacrificaba a Rayitas, Dios haría que Jem volviese. Así que lo

ahogué..., y, ay, mamá, fue *durísimo*..., pero seguro que ahora Dios hará que Jem vuelva, porque Rayitas era lo que más quería yo en el mundo. Le dije a Dios que le daría a Rayitas si Él hacía volver a Jem. Y lo hará, ¿verdad que sí, mamá?

La señora Meredith no supo qué decirle al pobre niño. *No* podía decirle que quizá su sacrificio no haría volver a Jem: que Dios no actuaba de ese modo. Le dijo que no debía esperarlo enseguida: que tal vez pasaría todavía bastante tiempo antes de que Jem volviera. Pero Bruce dijo:

—No debería tardar más de una semana, mamá. Ay, mamá, Rayitas era un gatito tan bueno. Ronroneaba tan bonito. ¿No crees que a Dios *tiene* que gustarle lo bastante como para darnos a Jem?

Al señor Meredith le preocupa el efecto que esto pueda tener en la fe de Bruce en Dios, y a la señora Meredith le preocupa el efecto que pueda tener en el propio Bruce si su esperanza no se cumple. Y a mí me dan ganas de llorar cada vez que lo pienso. Fue tan hermoso, y tan triste, y tan bello. ¡El pobre, el entrañable pequeñín! Adoraba a aquel gatito. Y si todo queda en nada —como *parece* que quedan en nada tantos sacrificios—, se le partirá el corazón, porque no tiene edad para entender que Dios no contesta nuestras oraciones tal como esperamos, ni hace tratos con nosotros cuando le entregamos algo que amamos.

24 de septiembre de 1918

He pasado un buen rato arrodillada junto a la ventana, a la luz de la luna, sin hacer más que dar gracias a Dios una y otra vez. La alegría de anoche y de hoy ha sido tan grande que casi parecía dolor, como si nuestros corazones no fueran lo bastante grandes para contenerla.

Anoche estaba aquí sentada en mi cuarto, a las once, escribiéndole una carta a Shirley. Todos los demás estaban ya acostados, salvo papá, que había salido. Oí sonar el teléfono y corrí al vestíbulo a contestar, antes de que despertara a mamá. Era una llamada de larga distancia, y cuando contesté me dijeron: «Aquí la

oficina de la Compañía de Telégrafos de Charlottetown. Hay un cable de ultramar para el doctor Blythe».

Pensé en Shirley —se me paró el corazón— y entonces lo oí decir: «Es de Holanda».

El mensaje decía:

Acabo de llegar. He escapado de Alemania. Estoy bien. Escribo.

James Blythe.

No me desmayé, ni me caí, ni grité. No sentí alegría ni sorpresa. No sentí *nada*. Me quedé entumecida, igual que cuando supe que Walter se había alistado. Colgué el auricular y me volví. Mamá estaba de pie en la puerta de su cuarto. Llevaba puesto su viejo kimono color de rosa, el pelo suelto por la espalda en una larga trenza espesa, y los ojos le brillaban. Parecía una muchacha joven.

—¿Hay noticias de Jem? —dijo.

¿Cómo lo supo? Por teléfono yo no había dicho ni una palabra, salvo «Sí..., sí..., sí». Ella dice que no sabe cómo lo supo, pero *sí* lo supo. Estaba despierta, oyó el timbre y supo que había noticias de Jem.

—Está vivo, está bien, está en Holanda —dije.

Mamá salió al vestíbulo y dijo:

—Tengo que llamar a tu padre por teléfono y contárselo. Está en el Upper Glen.

Estaba muy tranquila y serena..., nada parecido a como yo me la habría imaginado. Pero es que yo tampoco lo estaba. Fui a despertar a Gertrude y a Susan, y se lo conté. Susan dijo, primero, «Gracias a Dios»; segundo, dijo «¿Que no os dije yo que el perro Monday lo sabía?»; y tercero, «Voy a bajar a hacer una taza de té» —y bajó con paso resuelto, en camión, a hacerla. Y la hizo *de verdad*, e hizo que mamá y Gertrude se la bebieran; pero yo volví a mi cuarto, cerré la puerta con llave, me arrodillé junto a la ventana y lloré, tal como había llorado Gertrude cuando le llegó su gran noticia.

Creo que por fin sé exactamente cómo me sentiré la mañana de la resurrección.

4 de octubre de 1918

Hoy ha llegado la carta de Jem. Lleva solo seis horas en casa y ya está casi deshecha de tanto leerla. La jefa de correos se lo contó a todo el mundo en el Glen, y todos han venido a enterarse de las noticias.

Jem resultó gravemente herido en el muslo, y lo recogieron y lo llevaron a un campo de prisioneros, tan delirante de fiebre que no sabía lo que le pasaba ni dónde estaba. Pasaron semanas antes de que recobrara el juicio y pudiera escribir. Entonces sí escribió, pero la carta nunca llegó. En el campo no lo trataron nada mal; solo la comida era mala. No tenía más que comer que un poco de pan negro y nabos hervidos, y de vez en cuando algo de sopa con guisantes negros. ¡Y nosotros, todos esos días, sentándonos a tres comidas buenas, abundantes y regaladas! Nos escribió tan a menudo como pudo, pero temía que no nos estuvieran llegando sus cartas, porque no recibía respuesta. En cuanto se sintió con fuerzas intentó escapar, pero lo atraparon y lo devolvieron; un mes después, él y un compañero lo intentaron de nuevo y consiguieron llegar a Holanda.

Jem no puede volver a casa enseguida. No está *del todo* tan bien como decía el cable, porque la herida no ha cicatrizado bien, y tiene que ingresar en un hospital en Inglaterra para seguir el tratamiento. Pero dice que con el tiempo se pondrá bien, y sabemos que está a salvo y que volverá a casa tarde o temprano, y, ay, ¡qué diferencia supone eso para *todo*!

Hoy también he recibido una carta de Jim Anderson. *Se ha casado con una muchacha inglesa*, ha conseguido la licencia y viene derecho a Canadá con su novia. No sé si alegrarme o apenarme. Todo dependerá de qué clase de mujer sea ella. También he recibido una segunda carta, de tono un tanto misterioso. Es de un abogado de Charlottetown, que me pide que vaya a verlo cuanto antes por un

asunto relacionado con la herencia de la «difunta señora Matilda Pitman».

Hace unas semanas leí en el *Enterprise* una nota sobre la muerte de la señora Pitman, de un fallo cardíaco. Me pregunto si esta citación tendrá algo que ver con Jims.

4 de octubre de 1918

Esta mañana fui al pueblo y tuve una entrevista con el abogado de la señora Pitman: un hombrecillo delgado y desmedrado que hablaba de su difunta clienta con tal profundo respeto que resultaba evidente que él también había estado tan dominado por ella como Robert y Amelia. Poco antes de morir, ella le había encargado un nuevo testamento. Tenía un patrimonio de treinta mil dólares, del que dejó el grueso a Amelia Chapley. Pero a mí me dejó cinco mil dólares en fideicomiso para Jims. Los intereses se emplearán, según yo crea conveniente, en su educación, y el principal se le entregará el día que cumpla veinte años. Desde luego que Jims nació con estrella. Yo lo salvé de una lenta extinción a manos de la señora Conover; Mary Vance lo salvó de morir de crup diftérico; su buena estrella lo salvó cuando se cayó del tren. Y no solo fue a caer en un matorral de helechos, sino de lleno en este bonito legado. Está claro que, como dijo la señora Matilda Pitman, y como yo siempre he creído, no es un niño cualquiera, y le espera un destino fuera de lo común.

En todo caso, tiene el futuro asegurado, y de tal manera que Jim Anderson no podría dilapidar su herencia aunque quisiera. Ahora, con tal de que la nueva madrastra inglesa sea buena persona, me quedaré bastante tranquila respecto al futuro de mi bebé de la guerra.

Me pregunto qué pensarán de esto Robert y Amelia. ¡Me figuro que, después de esto, clavarán las ventanas con tablas cada vez que salgan de casa!

CAPÍTULO 33. ¡VICTORIA!

—Un día «de vientos gélidos y cielos sombríos» —citó Rilla una tarde de domingo, el seis de octubre para ser exactos. Hacía tanto frío que habían encendido la chimenea de la sala de estar, y las alegres llamas hacían lo posible por contrarrestar la hosquedad de fuera—. Esto se parece más a noviembre que a octubre: noviembre es un mes tan feo.

La prima Sophia estaba allí, pues había vuelto a perdonar a Susan, y también la señora Martin Clow, que no había ido de visita dominical, sino que se había pasado a pedirle a Susan su remedio para el reuma, que salía más barato que uno del médico.

—Me temo que vamos a tener un invierno temprano —auguró la prima Sophia—. Las ratas almizcleras están construyendo unas casas enormes alrededor del estanque, y esa es una señal que nunca falla. ¡Ay, Señor, cómo ha crecido esta criatura! —La prima Sophia volvió a suspirar, como si fuera una desgracia que un niño creciera—. ¿Cuándo esperas a su padre?

—La semana que viene —dijo Rilla.

—Bueno, espero que la madrastra no maltrate al pobre niño —suspiró la prima Sophia—, aunque tengo mis dudas... tengo mis dudas. En todo caso, seguro que notará la diferencia entre el trato que ha tenido aquí y el que tendrá en cualquier otra parte. Lo has malcriado tanto, Rilla, cuidándolo a cuerpo de rey como has hecho siempre.

Rilla sonrió y apretó la mejilla contra los rizos de Jims. Sabía que el pequeño Jims, de carácter dulce y alegre, no estaba malcriado. Y sin embargo, tras la sonrisa, el corazón le latía inquieto. Ella también pensaba mucho en la nueva señora Anderson, y se preguntaba con desasosiego cómo sería.

«No *puedo* dejar a Jims en manos de una mujer que no vaya a quererlo», pensó con rebeldía.

—Yo creo que va a llover —dijo la prima Sophia—. Ya ha llovido una barbaridad este otoño. A la gente le va a costar Dios y ayuda sacar las patatas y los nabos. En mis tiempos mozos no era así. Entonces solíamos tener unos octubres preciosos. Pero ahora las estaciones no se parecen en nada a las de antes.

El timbre del teléfono cortó de lleno la voz lúgubre de la prima Sophia. Contestó Gertrude Oliver: «¿Sí? ¿Qué? ¿*Qué*? ¿Es verdad?, ¿es oficial? Gracias, gracias».

Gertrude se volvió y encaró la sala con gesto dramático, los ojos oscuros centelleantes, el rostro moreno encendido de emoción. De pronto el sol rompió entre las espesas nubes y se derramó a través del gran arce carmesí que había al otro lado de la ventana. Su resplandor reflejado la envolvió en una llama extraña e inmaterial. Parecía una sacerdotisa oficiando algún rito místico y espléndido.

—Alemania y Austria están pidiendo la paz —dijo.

Rilla se volvió loca durante unos minutos. Se puso en pie de un salto y se echó a bailar por la sala, dando palmas, riendo, llorando.

—Siéntate, niña —dijo la señora Clow, que nunca se emocionaba por nada y que, por eso, se había perdido una cantidad enorme de sinsabores y de gozos en su paso por la vida.

—Ay —exclamó Rilla—, en estos cuatro años me he pasado horas y horas recorriendo este suelo de un lado a otro, presa de la desesperación y la angustia. Ahora quiero recorrerlo de alegría. Ha valido la pena vivir largos años sombríos por este minuto, y valdría la pena volver a vivirlos solo por poder recordarlo después. Susan,

vamos a izar la bandera; y hay que llamar por teléfono a todo el Glen para dar la noticia.

—¿Ya podemos tomar todo el azúcar que queramos? —preguntó Jims, ansioso.

Fue una tarde inolvidable. A medida que la noticia se difundía, la gente corría alborotada por el pueblo y se precipitaba hacia Ingleside. Los Meredith vinieron y se quedaron a cenar, y todo el mundo hablaba y nadie escuchaba. La prima Sophia trató de protestar diciendo que no había que fiarse de Alemania y Austria, que todo era parte de un complot, pero nadie le prestó la menor atención.

—Este domingo compensa aquel de marzo —dijo Susan.

—Me pregunto —dijo Gertrude, soñadora, aparte a Rilla— si las cosas no nos parecerán un tanto desabridas e *insípidas* cuando llegue de verdad la paz. Después de cuatro años alimentándonos de horrores y de miedos, de reveses terribles, de victorias asombrosas, ¿no nos va a resultar soso y sin ningún interés todo lo que no llegue a tanto? Qué extraño, y qué bendito, y qué *aburrido* será no tener que temer la llegada del correo cada día.

—Supongo que tendremos que seguir temiéndola un poco más —dijo Rilla—. La paz no llegará, no puede llegar, hasta dentro de unas semanas. Y en esas semanas pueden pasar cosas terribles. Ya se me ha pasado la euforia. Hemos alcanzado la victoria; pero ¡ay, qué precio hemos pagado!

—No es un precio demasiado alto por la libertad —dijo Gertrude con suavidad—. ¿Tú crees que lo ha sido, Rilla?

—No —dijo Rilla en voz baja. Estaba viendo una crucecita blanca en un campo de batalla de Francia—. No... no si los que quedamos con vida sabemos mostrarnos dignos de ella, si «guardamos la fe».

—*Guardaremos la fe* —dijo Gertrude. Se levantó de pronto. Se hizo el silencio en torno a la mesa, y en ese silencio Gertrude recitó

el célebre poema de Walter, «El Flautista». Cuando terminó, el señor Meredith se puso en pie y alzó su copa.

—Bebamos —dijo— por el ejército silencioso, por los muchachos que siguieron al Flautista cuando los llamó. «Por nuestro mañana, ellos dieron su hoy». ¡Suya es la victoria!

CAPÍTULO 34. MR. HYDE SE VA A SU PROPIO LUGAR Y SUSAN SE TOMA UNA LUNA DE MIEL

A principios de noviembre, Jims se fue de Ingleside. Rilla lo vio partir entre muchas lágrimas, pero con el corazón libre de malos presagios. La señora Jim Anderson número dos era una mujercita tan agradable que uno no podía menos que asombrarse de la suerte que se la había deparado a Jim. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos azules y un aire saludable, con la redondez y la pulcritud de una hoja de geranio. Rilla comprendió a primera vista que se podía confiar Jims a sus manos.

—Me gustan los niños, señorita —dijo con calidez—. Estoy acostumbrada a ellos: he dejado atrás a seis hermanitos. Jims es un encanto de niño, y debo decir que ha hecho usted maravillas criándolo tan sano y tan guapo. Yo lo trataré tan bien como si fuera mío, señorita. Y a Jim lo pondré yo en cintura, no se preocupe. Es buen trabajador: lo único que necesita es alguien que lo mantenga en la faena y le administre el dinero. Hemos alquilado una granjita a las afueras del pueblo, y allí vamos a instalarnos. Jim quería quedarse en Inglaterra, pero yo le dije: «No». A mí me apetecía probar un país nuevo, y siempre he pensado que Canadá me vendría bien.

—Me alegro tanto de que vayan a vivir cerca de nosotros. Dejará que Jims venga por aquí a menudo, ¿verdad? Lo quiero muchísimo.

—No me extraña, señorita, porque un niño más fácil de querer no lo he visto nunca. Jim y yo entendemos lo que ha hecho usted por

él, y no nos encontrará usted desagradecidos. Puede venir aquí cuando usted quiera, y siempre me alegraré de cualquier consejo suyo sobre cómo criarlo. Yo diría que es más niño suyo que de nadie, y me encargaré de que tenga usted la parte de él que le corresponde, señorita.

Así que Jims se marchó, con soperas y todo, aunque no dentro de ella. Luego llegó la noticia del armisticio, y hasta Glen St. Mary se volvió loco. Esa noche el pueblo hizo una hoguera y quemó al káiser en efígie. Los chicos del pueblo de pescadores salieron en tropel y prendieron fuego a todas las dunas en una conflagración grandiosa y gloriosa que se extendió a lo largo de once kilómetros. Allá en Ingleside, Rilla corrió riendo hasta su cuarto.

—Ahora voy a hacer una cosa de lo más impropio de una señorita, e imperdonable —dijo, sacando de la caja su sombrero de terciopelo verde—. Voy a darle patadas a este sombrero por toda la habitación hasta dejarlo desordenado y vacío; y mientras viva no volveré a ponerme nada de ese tono de verde.

—Desde luego, has cumplido tu voto con mucho valor —rio la señorita Oliver.

—No fue valentía, sino pura obstinación; me da un poco de vergüenza —dijo Rilla, dando patadas con alegría—. Solo quería demostrárselo a mamá. Es una mezquindad querer demostrarle algo a la madre de una: ¡qué conducta tan poco filial! Pero se lo *he* demostrado. ¡Y me he demostrado unas cuantas cosas a mí misma! Ay, señorita Oliver, solo por un momento me siento de verdad joven otra vez, joven y frívola y tonta. ¿Dije yo alguna vez que noviembre era un mes feo? Pues es el mes más hermoso de todo el año. ¡Escuche cómo suenan las campanas en el Valle del Arco Iris! Nunca las había oído tan claras. Suenan por la paz, y por la nueva felicidad, y por todas esas cosas queridas, dulces, *hogareñas* de siempre, que ahora podemos volver a tener, señorita Oliver. No es que *yo* esté cuerda ahora mismo, ni digo que lo esté. El mundo entero está teniendo hoy su ratito de locura. Pronto sentaremos la cabeza, y

«guardaremos la fe», y empezaremos a construir nuestro nuevo mundo. Pero, solo por hoy, estemos locas de contento.

Susan entró de fuera, donde lucía el sol, con aire de suprema satisfacción.

—Mr. Hyde se ha ido —anunció.

—¡Se ha ido! ¿Quieres decir que ha muerto, Susan?

—No, mi querida señora doctora, esa bestia no está muerta. Pero no lo va usted a volver a ver nunca, de eso estoy segura.

—No seas tan misteriosa, Susan. ¿Qué le ha pasado?

—Pues bien, mi querida señora doctora, esta tarde estaba sentado en los escalones de atrás. Fue justo después de llegar la noticia de que se había firmado el armisticio, y tenía el aspecto más Hyde que le he visto nunca. Le aseguro a usted que era una bestia que daba miedo mirarla. De pronto, mi querida señora doctora, Bruce Meredith apareció por la esquina de la cocina andando con sus zancos. Ha estado aprendiendo a caminar con ellos últimamente, y vino a enseñarme lo bien que se le daba. Mr. Hyde le echó un vistazo, y de un solo salto se plantó al otro lado de la cerca del patio. Luego cruzó como una exhalación la arboleda de arces, dando grandes brincos, con las orejas aplastadas hacia atrás. Nunca ha visto usted una criatura tan aterrorizada, mi querida señora doctora. No ha vuelto.

—Ay, ya volverá, Susan, probablemente con el espíritu escarmentado por el susto.

—Ya veremos, mi querida señora doctora, ya veremos. Recuerde que *se ha firmado el armisticio*. Y eso me recuerda que a Barbas-en-la-Luna le dio anoche un ataque de parálisis. No digo que sea un castigo divino, porque yo no estoy en los consejos del Todopoderoso, pero una puede tener sus propias opiniones al respecto. Ni de Barbas-en-la-Luna ni de Mr. Hyde se va a volver a oír mucho en Glen St. Mary, mi querida señora doctora, y a eso puede usted atenerse.

De Mr. Hyde, desde luego, no se volvió a saber nada más. Como difícilmente podía ser el susto lo que lo mantuviera alejado, la gente de Ingleside llegó a la conclusión de que sobre él se había abatido algún oscuro destino en forma de disparo o de veneno; todos menos Susan, que creía, y siguió afirmándolo, que sencillamente se había «ido a su propio lugar». Rilla lo lloró, pues había querido mucho a su majestuoso minino dorado, y le había gustado tanto en sus extraños arrebatos de Hyde como en sus mansos ratos de Jekyll.

—Y ahora, mi querida señora doctora —dijo Susan—, ya que se ha terminado la limpieza de otoño y todas las hortalizas del huerto están a buen recaudo en el sótano, voy a tomarme una luna de miel para celebrar la paz.

—¿Una *luna de miel*, Susan?

—Sí, mi querida señora doctora, una luna de miel —repitió Susan con firmeza—. Nunca podré conseguir marido, pero no voy a consentir que me lo escamoteen todo, y una luna de miel pienso tenerla. Voy a ir a Charlottetown a visitar a mi hermano casado y a su familia. Su mujer ha estado delicada todo el otoño, pero nadie sabe si se va a morir o no. Ella *nunca* le ha dicho a nadie lo que iba a hacer hasta que ya lo ha hecho. Esa es la principal razón de que nunca haya caído bien en nuestra familia. Pero, por si acaso, me parece que debería ir a visitarla. Llevo veinte años sin pasar en la ciudad más de un día seguido, y tengo la sensación de que bien podría ir a ver una de esas películas del cinematógrafo de las que tanto se habla, para no quedarme del todo al margen. Pero no tema que me deje arrastrar por ellas, mi querida señora doctora. Estaré fuera quince días, si es que puede usted prescindir de mí tanto tiempo.

—Desde luego que te mereces unas buenas vacaciones, Susan. Mejor tómate un mes: es lo que debe durar una luna de miel.

—No, mi querida señora doctora, con quince días tengo suficiente. Además, tengo que estar en casa por lo menos tres semanas antes de Navidad, para hacer los preparativos como es debido. Este año

vamos a tener una Navidad que *sea* Navidad, mi querida señora doctora. ¿Cree usted que hay alguna posibilidad de que nuestros chicos estén en casa para entonces?

—No, me parece que no, Susan. Tanto Jem como Shirley escriben que no esperan estar en casa antes de la primavera; puede que Shirley no llegue hasta pleno verano. Pero Carl Meredith sí estará en casa, y Nan y Di, y *tendremos* una gran celebración una vez más. Pondremos sillas para todos, Susan, como hiciste en nuestra primera Navidad de guerra; sí, para *todos*: para mi querido muchacho, cuya silla tendrá que quedar siempre vacía, y también para los demás, Susan.

—No es fácil que se me olvide poner *su* cubierto, mi querida señora doctora —dijo Susan, enjugándose los ojos mientras se iba a hacer las maletas para su «luna de miel».

CAPÍTULO 35. «¡RILLA-MI-RILLA!»

Carl Meredith y Miller Douglas volvieron a casa justo antes de Navidad, y Glen St. Mary los recibió en la estación con una banda de música prestada por Lowbridge y discursos de cosecha propia. Miller estaba animado y radiante pese a su pierna de palo; se había convertido en un mozo de hombros anchos y porte imponente, y la Medalla de Conducta Distinguida que lucía reconcilió a la señorita Cornelia con las deficiencias de su linaje hasta tal punto que reconoció tácitamente su compromiso con Mary. Esta se dio ciertos aires, sobre todo cuando Carter Flagg tomó a Miller como primer dependiente de su tienda, pero nadie se lo tomó a mal.

—Claro que ahora lo de labrar la tierra está descartado para nosotros —le dijo a Rilla—, pero Miller cree que lo de llevar una tienda le va a gustar la mar, en cuanto se acostumbre otra vez a una vida tranquila, y Carter Flagg será un jefe mucho más majo que la vieja Kitty. Nos vamos a casar en otoño y vamos a vivir en la vieja casa de los Mead, la de los miradores y el tejado abuhardillado. Siempre he pensado que es la casa más bonita del Glen, pero jamás soñé que llegaría a vivir en ella. De momento solo la alquilamos, claro, pero si las cosas salen como esperamos y Carter Flagg hace socio a Miller, algún día será nuestra. Oye, pues no he subido poco en sociedad, ¿eh?, para venir de donde vengo. Nunca soñé con llegar a mujer de un tendero. Pero Miller es ambicioso de verdad, y va a tener una mujer que lo respalde. Dice que nunca vio a ninguna francesa que mereciera la pena mirar dos veces, y que su corazón latió fiel por mí cada minuto que pasó fuera.

Jerry Meredith y Joe Milgrave volvieron en enero, y durante todo el invierno los chicos del Glen y sus alrededores fueron llegando de dos en dos y de tres en tres. Ninguno de ellos volvió tal como se había ido, ni siquiera los que habían tenido la suerte de librarse de toda herida.

Un día de primavera, cuando los narcisos se mecían en el césped de Ingleside y las orillas del arroyo del Valle del Arco Iris estaban perfumadas de violetas blancas y moradas, el pequeño y perezoso tren correo de la tarde entró en la estación del Glen. Rara vez llegaban pasajeros para el Glen en ese tren, así que allí no había nadie para recibirlo, salvo el nuevo jefe de estación y un perrillo negro y amarillo que, durante cuatro largos años y medio, había acudido a recibir todos los trenes que llegaban resoplando a Glen St. Mary. Miles de trenes había recibido el perro Monday, y nunca había vuelto el muchacho al que esperaba y buscaba con la mirada. Y aun así el perro Monday seguía velando, con unos ojos que jamás llegaban a perder del todo la esperanza. Puede que su corazón de perro flaqueara a veces; se estaba haciendo viejo y reumático; cuando volvía a su caseta después de que pasara cada tren, su andar era ahora muy grave: ya no trotaba, sino que caminaba despacio, con la cabeza gacha y el rabo caído, que había perdido del todo el descaro con que antes se erguía.

Un pasajero se bajó del tren: un joven alto, con un uniforme de teniente descolorido, que caminaba con una cojera apenas perceptible. Tenía el rostro curtido, y entre los rizos rojizos que se le arremolinaban en torno a la frente se veían ya algunas canas. El nuevo jefe de estación lo miró con cierta inquietud. Estaba acostumbrado a ver bajar del tren figuras vestidas de caqui: a algunas las recibía una multitud bulliciosa; otras, que no habían avisado de su llegada, se bajaban sin ruido, como él. Pero había en aquel soldado cierta distinción de porte y de rasgos que le llamó la atención, y le hizo preguntarse con algo más de interés quién sería.

Un relámpago negro y amarillo pasó disparado junto al jefe de estación. ¿El perro Monday envarado? ¿El perro Monday reumático?

¿El perro Monday viejo? No lo creas. El perro Monday era un cachorro, loco de remate de una alegría que le devolvía la juventud.

Se arrojó contra el alto soldado, con un ladrido que se le ahogó en la garganta de puro arretrato. Se tiró al suelo y se retorció en un frenesí de bienvenida. Intentó trepar por las piernas de caqui del soldado, resbaló y se arrastró por el suelo en un éxtasis tal que parecía que su cuerpecillo fuera a hacerse pedazos. Le lamió las botas, y cuando el teniente, con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, logró levantar en brazos a la pequeña criatura, el perro Monday apoyó la cabeza en el hombro de caqui y le lamió el cuello tostado por el sol, haciendo unos ruidos extraños, a medio camino entre el ladrido y el sollozo.

El jefe de estación había oído la historia del perro Monday. Ahora sabía quién era aquel soldado que regresaba. La larga vigilia del perro Monday había terminado. Jem Blythe había vuelto a casa.

Estamos todos muy felices, y tristes, y agradecidos, escribió Rilla en su diario una semana después, aunque Susan todavía no se ha recuperado —ni se recuperará nunca, creo yo— de la impresión de que Jem volviera a casa justo la noche en que ella, por culpa de un día agotador, había preparado una cena «de apañío». Nunca olvidaré el espectáculo de verla correr como loca de la despensa al sótano, rebuscando las exquisiteces que tenía guardadas. Como si a alguien le importara lo que hubiera en la mesa: de todos modos, ninguno de nosotros podía comer. Solo mirar a Jem ya era para nosotros comida y bebida. Mamá parecía tener miedo de apartar los ojos de él, no fuera a desvanecerse de su vista. Es maravilloso tener de vuelta a Jem, y también al perrito Monday. Monday se niega a separarse de Jem ni un instante. Duerme a los pies de su cama y se sienta junto a él a la hora de comer. Y el domingo fue a la iglesia con él, y se empeñó en entrar derecho en nuestro banco, donde se durmió sobre los pies de Jem. A mitad del sermón se despertó y pareció pensar que tenía que darle otra vez la bienvenida a Jem, porque se levantó de un bote soltando una retahíla de ladridos y no hubo forma de calmarlo hasta que Jem lo cogió en brazos. Pero a nadie pareció

importarle, y el señor Meredith se acercó a acariciarle la cabeza después del oficio y dijo:

—La fe, el cariño y la lealtad son cosas preciosas dondequiera que se encuentren. El amor de ese perrillo es un tesoro, Jem.

Una noche en que Jem y yo estábamos hablando de todo en el Valle del Arco Iris, le pregunté si alguna vez había sentido miedo en el frente.

Jem se rio.

—¡Miedo! Tuve miedo docenas de veces, un miedo que me revolvía las entrañas, yo, que solía reírme de Walter cuando se asustaba. ¿Sabes una cosa? Walter *nunca* tuvo miedo una vez que llegó al frente. Las *realidades* jamás lo asustaron: solo su imaginación era capaz de eso. Su coronel me dijo que Walter era el hombre más valiente del regimiento. Rilla, no me *di cuenta* de que Walter había muerto hasta que volví a casa. No sabes cuánto lo echo de menos ahora: vosotros, aquí, en cierto modo ya os habéis acostumbrado, pero para mí todavía está todo reciente. Walter y yo crecimos juntos: fuimos compañeros además de hermanos, y ahora aquí, en este viejo valle que tanto queríamos de niños, he comprendido de golpe que no voy a volver a verlo.

Jem vuelve a la universidad en otoño, y también Jerry y Carl. Supongo que Shirley también irá. Espera estar en casa en julio. Nan y Di seguirán dando clase. Faith no espera estar en casa antes de septiembre. Supongo que entonces también dará clase, porque ella y Jem no pueden casarse hasta que él termine la carrera de medicina. Creo que Una Meredith ha decidido hacer un curso de Economía Doméstica en Kingsport, y Gertrude va a casarse con su comandante, y está francamente feliz por ello: «descaradamente feliz», dice ella; pero a mí me parece que su actitud es muy hermosa. Todos hablan de sus planes y esperanzas, con más sobriedad que antaño, pero aún con interés, y con la determinación de seguir adelante y salir airosos pese a los años perdidos.

—Estamos en un mundo nuevo —dice Jem—, y tenemos que hacerlo mejor que el viejo. Eso todavía no está hecho, aunque algunos parecen pensar que ya debería estarlo. El trabajo no está terminado: en realidad, ni siquiera ha empezado. El viejo mundo está destruido, y tenemos que construir el nuevo. Será tarea de años. He visto suficiente guerra como para comprender que tenemos que hacer un mundo donde no pueda haber guerras. Hemos herido de muerte al prusianismo, pero todavía no está muerto, y tampoco se limita a Alemania. No basta con expulsar el viejo espíritu: hay que traer el nuevo.

Escribo estas palabras de Jem en mi diario para poder releerlas de vez en cuando y sacar valor de ellas cuando lleguen esos días en que no me resulte tan fácil «guardar la fe».

Rilla cerró su diario con un leve suspiro. En ese momento no le resultaba nada fácil guardar la fe. Todos los demás parecían tener algún objetivo o ambición especial en torno al cual construir su vida; ella no tenía ninguno. Y estaba muy sola, terriblemente sola. Jem había vuelto, pero ya no era aquel hermano risueño, aquel muchacho, que se había marchado en 1914, y además pertenecía a Faith. Walter no volvería jamás. Ni siquiera le quedaba Jims. De pronto su mundo le pareció ancho y vacío; mejor dicho, le había parecido ancho y vacío desde el momento, la víspera, en que había leído en un periódico de Montreal una lista, de hacía ya quince días, de soldados repatriados en la que figuraba el nombre del capitán Kenneth Ford.

Conque Ken había vuelto, y ni siquiera le había escrito para decirle que venía. Llevaba dos semanas en Canadá y ella no había recibido ni una línea suya. Claro que lo había olvidado, si es que hubo alguna vez algo que olvidar: un apretón de manos, un beso, una mirada, una promesa pedida bajo el influjo de una emoción pasajera. Todo era absurdo: ella había sido una tontuela romántica e inexperta. Bueno, en adelante sería más juiciosa, muy juiciosa, y muy discreta, y muy desdeñosa con los hombres y sus mañas.

«Supongo que más vale que me vaya con Una y haga también el curso de Economía Doméstica», pensó, de pie junto a la ventana, contemplando a través de una delicada maraña esmeralda de enredaderas tiernas el Valle del Arco Iris, que se extendía allá abajo, bañado en una maravillosa luz lila de atardecer. En ese momento la Economía Doméstica no le parecía nada atractiva, pero, con todo un mundo nuevo por construir, una chica tenía que hacer algo.

Sonó el timbre de la puerta. Rilla se volvió a regañadientes hacia la escalera. Tenía que abrir: no había nadie más en la casa; pero en ese momento detestaba la idea de tener visita. Bajó las escaleras muy despacio y abrió la puerta principal.

En los escalones había un hombre vestido de caqui: un joven alto, de ojos y pelo oscuros, con una fina cicatriz blanca que le cruzaba la mejilla morena. Rilla se lo quedó mirando un momento como una tonta. ¿Quién era?

Debería conocerlo: sin duda había en él algo muy familiar...

—Rilla-mi-Rilla —dijo él.

—Ken —dijo Rilla con el aliento cortado. Claro que era Ken..., pero parecía mucho mayor, estaba tan cambiado: aquella cicatriz, las arrugas en torno a los ojos y los labios... Sus pensamientos giraban en un torbellino, sin que ella pudiera sujetarlos.

Ken tomó la mano vacilante que ella le tendía, y la miró. La esbelta Rilla de cuatro años atrás se había redondeado en formas armoniosas. Había dejado a una colegiala, y encontraba a una mujer: una mujer de ojos maravillosos, con el hoyuelo en el labio y las mejillas de rosa en flor; una mujer del todo hermosa y deseable; la mujer de sus sueños.

—¿Es Rilla-*mi*-Rilla? —preguntó él, con intención.

La emoción sacudió a Rilla de la cabeza a los pies. Alegría, felicidad, dolor, miedo: todas las pasiones que le habían estrujado el corazón en aquellos cuatro largos años parecieron agolparse por un

instante en su alma, mientras se removían las profundidades de su ser. Intentó hablar; al principio la voz no le salió. Entonces...

—Tí —dijo Rilla.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB